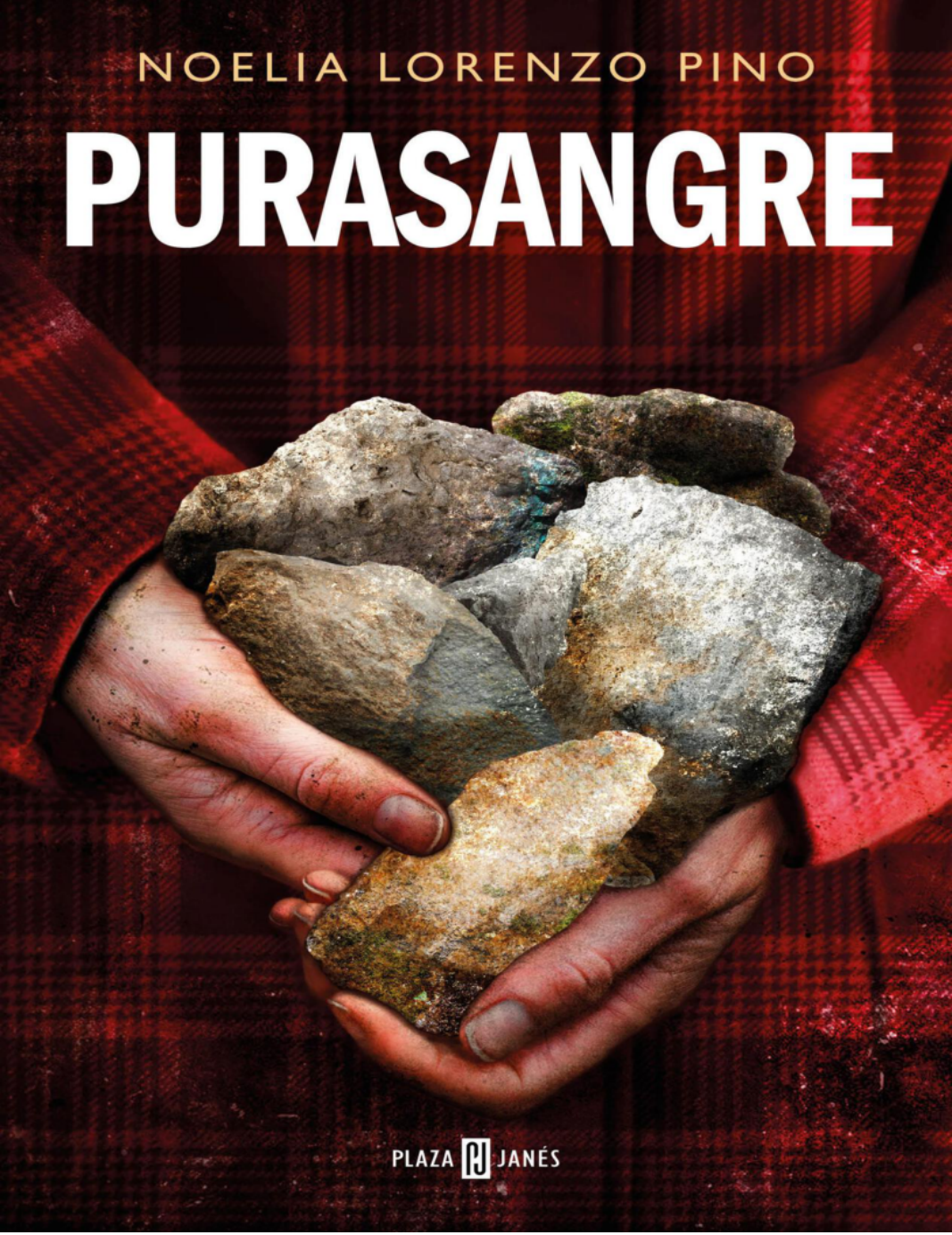
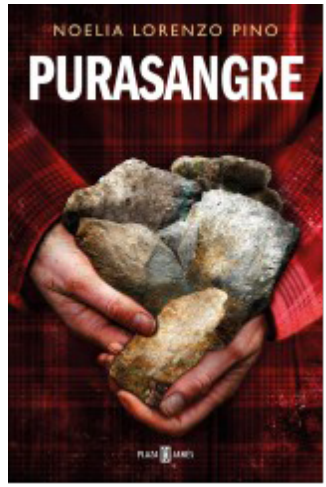
NOELIA LORENZO PINO

PURASANGRE



PLAZA JANÉS

Escribo desde Irún.
Anoche vi a la chica del abrigo rojo.
Encontradla, por favor.
Corre peligro.



Un mensaje misterioso enviado a la Ertzaintza y una desaparición repentina en la ciudad fronteriza de Irún reúnen a la oficial Lur de las Heras y a la agente Maddi Blasco en un enigmático e inquietante caso. La desaparecida es Sua, una chica del entorno cercano de Lur, pero a la que hace años que no ve. A través de la reconstrucción de los días previos a su desaparición, Lur y Maddi se ven envueltas en el mundo oculto de la joven, una telaraña de relaciones tóxicas, miedo, depresión y adicciones. Las dos mujeres no solo deberán descubrir qué ha pasado con Sua, sino tratar de que este descenso al lado más oscuro del ser humano no afecte a sus vidas personales. Conocemos realmente a las personas que nos rodean? ¿Y a nosotros mismos? ¿Qué seríamos capaces de hacer en una situación extrema?

Elogiada por autores de la talla de Ibón Martín o Susana Martín Gijón, llega la nueva y esperada novela de Noelia Lorenzo Pino, una de las escritoras más leídas del euskalnoir, con el regreso de la pareja de ertzainas favorita de los lectores: Lur de las Heras y Maddi Blasco.

NOELIA LORENZO PINO

PURASANGRE

PLAZA JANÉS

La cantera siempre a tus pies, aita .

Esta novela es solo para ti.

Lo que daría por que pudieras leerla

Alguien que cuide de mí,
que quiera matarme
y se mate por mí.

«Alguien que cuide de mí»,
CHRISTINA Y LOS SUBTERRÁNEOS

Viernes, 10 de enero

El invierno se había apresurado a entrar y lo había hecho con ganas. Temperaturas bajas, cielos despejados y amaneceres cubiertos por una capa gruesa de escarcha. Lur observó su bloque antes de apearse del taxi. Ni siquiera el sol de mediodía, que pegaba contra la fachada y se colaba por las ventanas, conseguía templarlo.

Subió hasta su piso, metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. La casa, más que fría, estaba helada, y por eso optó por encender la calefacción en cuanto entró. Guillermo no estaba en ninguna habitación, y eso le hizo sentir rara, incluso vacía. No quería acostumbrarse a llegar y no encontrarlo por ninguna parte. Llevaban conviviendo poco más de un mes y se había habituado demasiado a su compañía. A su presencia apaciguadora. Era Guillermo. Su Guillermo.

El exlíder de una secta.

A Lur la atrajo desde el minuto cero. Desde que lo vio por primera vez en el caserío de la familia Fritz y distinguió en sus ojos la soledad que ella tan bien conocía. Fueron unos días intensos cargados de tristeza, desconfianza y confusión. También de confesiones. Cuando la investigación estaba a punto de resolverse, tuvieron unos minutos de intimidad. Un beso anhelado. El deseo desbocado. Pero echaron el freno y ni siquiera la posterior convivencia había acelerado las cosas. Compartían piso, pero no cama. Cada uno ocupaba su dormitorio. Su espacio. Con frecuencia comían o veían la tele juntos, como lo haría cualquier compañero de piso, mientras en secreto se desnudaban con la mirada sin que el otro lo notara. Los dos desconocían o fingían desconocer que el sentimiento era mutuo. Que la atracción, de una fuerza juvenil, seguía intacta desde aquel primer encuentro.

Él lo único que tenía claro era que ella intentaba salir como podía de una rara enfermedad sin diagnóstico ni tratamiento que la llenaba de dolores y limitaciones. Y que, mientras su cuerpo estuviera a merced de diferentes especialistas, él no se atrevería ni a acariciarla. Bastante tenía la pobre.

Y ella, que él hacía apenas unos meses que había perdido a su hijo. Motivo suficiente para echarse a un lado, para darle tiempo. Un

tiempo de luto. De duelo en soledad. Además, le había dado cobijo en su casa para que empezara una nueva vida fuera de la secta y no quería que malinterpretara su invitación.

Suspiró contrariada.

Guillermo había empezado a trabajar como nutricionista en un centro. No llevaba mucho, ni diez días, pero, a Lur, la sola idea de que quisiera buscar un piso lejos de su lado la atormentaba. Quería que fuera feliz, que encontrara la paz que merecía, pero no podía evitar temer su marcha.

Un timbrazo la sacó de golpe de sus cavilaciones.

Miró hacia el pasillo. Ni siquiera se había quitado el abrigo negro. Se había quedado en medio de la cocina pensando en Guillermo como una tonta. Fue hasta la puerta. Quizá su guía regresaba del trabajo y llamaba porque se había olvidado las llaves.

Al otro lado una mujer menuda la esperaba con gesto serio. Era Rosa, la vecina del tercero y la que fuera íntima amiga de su abuela. Su rostro, el cual no recordaba tan arrugado, estaba blancuzco. O más bien gris.

—Perdona que te moleste —se disculpó la mujer. Llevaba una bata granate de invierno abotonada de arriba abajo y un pañuelo de tela apretado en el puño derecho.

—¿Estás bien, Rosa?

Tenía los pequeños ojos castaños enrojecidos y hundidos bajo unos párpados abotargados. Lur no era la primera vez que la veía así. Hubo otra ocasión y la recordaba muy bien. Fue hacía trece años, cuando su hijo perdió la vida en un accidente laboral. Su abuela y ella se presentaron en el tanatorio para acompañarla en aquellos momentos tan duros.

La estudió en silencio. Su rostro expresaba la misma angustia que entonces.

—Es mi nieta. Mi nietita. —Varias lágrimas gordas y veloces descendieron por las mejillas como si llevaran siglos retenidas.

—¿Qué le ha pasado a Sua? —preguntó alarmada.

—Ha desaparecido —añadió al tiempo que se tapaba la boca con el pañuelo para contener un alarido que pujaba por salir de lo más

hondo de su ser.

*

La había guiado de los hombros hasta la cocina y ahora estaban sentadas a la mesa. Sua era la única nieta de Rosa, el resto eran todos nietos y ya mayores. Lur no se acordaba de sus nombres ni de cuántos eran, pero sí de que eran chicos. La mujer tenía dos hijas, además del hijo que murió hacía trece años, el padre de Sua. Lo tuvo con cuarenta y dos, y entre él y ellas había más de veinte años de diferencia. Siempre fue su niño pequeño. Su ojito derecho.

—La madre de Sua me llamó esta mañana —dijo acongojada—. Anoche se quedó dormida en el sofá y se despertó de madrugada con la sensación de que no la había oído entrar en casa. Fue a su habitación y la cama estaba sin deshacer.

—¿Ha denunciado su desaparición?

—Sí. Antes de hacerlo intentó localizarla, pero el teléfono estaba apagado. Hacia las seis se presentó en la comisaría de la Ertzaintza.

—Hablaré con el subcomisario.

—Dime que vas a participar en su búsqueda —rogó en un susurro.

A Lur se le partió el corazón al oírla.

—Haré lo que pueda, claro que sí.

Se ahorró la explicación de que estaba de baja. De que el caso lo llevarían sus compañeros. ¿Cómo iba a decirle todo aquello?

—Tienes que encontrarla, por favor…

Ella respiró hondo, asintió con gravedad y la tomó de la mano por encima de la mesa. A un lado descansaba la infusión de pasiflora y azahar que le había preparado, una de tantas de las que Guillermo hacía artesanalmente utilizando hierbas que compraba a peso, recogía cuando iba a pasear por el monte o incluso cultivaba él mismo en dos pequeños huertos urbanos que tenía en el balcón. Pese al olor floral y el vapor que emanaba la taza, Rosa no la había tocado.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó Lur.

—Ya sabes que no la veía muy a menudo. Desde que mi hijo murió… nada volvió a ser como antes. Mi nuera se hizo muy celosa de su intimidad y nos costaba acercarnos a ellas…

La oficial carraspeó.

—Mi abuela me contó que Nekane, tu nuera, cayó en una depresión.

—Sí. Decía que estaba triste. —Rosa tragó saliva—. Todas lo estábamos. Yo era su madre. Imagínate cómo era el tamaño de mi tristeza. —Una nueva lágrima asomó de uno de sus ojillos. Era más pequeña. Antigua—. Mis hijas y yo intentábamos que hiciera piña con nosotras para consolarnos las unas a las otras, pero no lo ponía fácil. Siempre dando largas. Esquivándonos.

Lur pensó en la chica, la que por entonces tenía tan solo veinticinco añitos. Acababa de perder a su marido. Al amor de su vida. Al padre de su hija de cinco. Sospechó que la pena la embargó de tal manera que no soportó también cargar con la de su suegra y sus cuñadas. ¿Acaso se pueden ayudar las personas que luchan contra la misma tristeza? ¿Es posible algo así? ¿O es una pelea en solitario?

—Me habría gustado tener más relación con ellas —se lamentó—, pero Nekane se fue distanciando de nosotras.

—Haz memoria, Rosa. —Le apretó la mano con afecto—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con Sua?

—En agosto. Una semana después de su cumpleaños. Quería darle dinero como regalo e insistí hasta que se pasó por casa.

—¿Y qué tal la viste?

—Cariñosa, como siempre. Pero con ese tabique de por medio que su madre logró levantar. —Se quedó callada, como haciendo memoria—. Siempre le ha costado mirarme a los ojos. Sé que me quiere, pero no puede evitar hacer eso. Me pregunto si me culpa de algo. Si me culpan.

—No le des vueltas a eso, Rosa, puede ser simple inseguridad, nada más. ¿Qué años tiene ahora?

—Dieciocho. —Se secó con el pañuelo el contorno de los ojos—. Me da igual lo que le haya contado su madre o que no forme parte de nuestra vida tanto como yo quisiera…, pero solo de pensar que le haya podido pasar algo… —Ahogó el llanto, empujándolo muy dentro del pecho—. ¿Podrás hacer algo? Lo que sea. Yo solo quiero que esté bien.

—Cabe la posibilidad de que se haya ido por su propio pie.

Rosa meneó la cabeza con vehemencia.

—Sua y su madre son uña y carne. Jamás se alejaría de ella. Estoy segura de que le ha pasado algo… ¡Se la han llevado en contra de su voluntad! No puedo ni pensarlo, con todas las cosas que se oyen en la radio y en la tele. ¿No ves lo guapa que es la niña? ¡Se la han llevado! Estoy segura. Segurísima.

*

Media hora después volvía a bajarse de un taxi. Primero de vuelta de rehabilitación y ahora al ir de casa a la comisaría de la Ertzaintza de Irún. Consultó el reloj y rezó para que el subcomisario Nando García aún no se hubiera ido a casa a comer. Subió las escaleras hasta la puerta y reconoció al agente que estaba en la recepción, a la que llamaban «la pecera», ya que lo componían cuatro paredes de cristal blindado. Se saludaron con la cabeza.

—¿Sabes si García se ha marchado?

—Por aquí no ha pasado —dijo acariciándose la barba canosa.

A Lur le sorprendió ver en activo a aquel hombre. No sabía por qué, pero pensaba que estaba jubilado. No se detuvo a preguntárselo para no perder más tiempo.

Ya en la comisaría varios compañeros se giraron a su paso y ella saludó con un rápido «*Arratsalde on!*». Algunos la correspondieron. Otros, sin embargo, se quedaron mudos. Para muchos siempre había sido la rara, la que hablaba con los cadáveres. La que les prometía hacer justicia.

Lur, la oficial de la enfermedad sin nombre. ¿O era cuento?

Lur, la mujer que siempre vestía de negro. Melena azabache, ojos azul polar.

Lur, la *sorgina*.

A eso había que sumarle la sospecha de que dejó inconsciente, y aposta, a un compañero estrellándole la culata de su arma en la cabeza y que ahora convivía con el exlíder de la secta que estuvo implicada en el último caso en el que ella participó.

¿Qué rondaría por las mentes de todos ellos? ¿Qué opinarían al respecto? A la gente le gusta hablar. Imaginar. Eso lo sabía Lur. Lo sabía muy bien. Y le daba igual. Y más en aquel momento de su vida

en el que le dolían hasta las uñas de los pies. Le dieron ganas de gritarles que su líder y ella aún no habían practicado ninguna postura del kamasutra Fritz. Porque, de todo lo que la envolvía, seguramente se estarían cuestionando esto último.

El morbo siempre por encima.

Llegó al despacho de Nando y llamó antes de entrar.

El subcomisario estaba inmerso en los papeles que tenía sobre el escritorio. La luz invernal penetraba por la ventana que tenía a su espalda y potenciaba la blancura de los folios.

Nando García se había cortado el pelo al cinco y dejado la barba crecida. Estaba canosa, como la del agente de la puerta.

Sus ojos verdosos se clavaron en los de la oficial.

—Pero ¡qué sorpresa! —Se levantó para abrazarla—. Te veo muy bien, Lur. ¿Qué tal estás?

El achuchón de su superior hizo que se le resintiera la columna vertebral.

—Mejor. Poco a poco.

Nando y ella, además de haberse formado juntos en Arkaute —la academia de la Ertzaintza— y de haber sido compañeros durante muchos años, eran amigos. El subcomisario la apreciaba de veras por muchos motivos, uno de ellos que le salvara la vida en un tiroteo en la comisaría. Un detenido le robó el arma a un compañero y, si Lur no hubiera reaccionado rápido, tirándolo al suelo, le habría alcanzado una de las balas que se dirigían a él.

—Ya me imaginaba que no te pillaría de descanso para comer. Somos terribles, ¿eh? —le dijo a García mientras se sentaban.

—Cómo lo sabes… Si a media tarde me enchufo un sándwich de esos de la máquina con el quinto café del día ya me podré dar con un canto en los dientes. Pero cuéntame tú, mujer, cuéntame.

Lur se acomodó en la esquina de la silla y se puso seria. La rigidez lumbar tiraba menos en esa postura.

—Vengo por lo de la desaparición.

—¿La de la chavala de dieciocho años?

—Sua Arismendi. ¿Qué se sabe? ¿Tenéis alguna sospecha?

—¿La conoces? Aún es pronto, en cualquier caso.

—Es nieta de mi vecina y hace un rato bajó a casa para suplicarme ayuda. Dime la verdad, Nando. ¿Pinta bien o mal?

—A mí, personalmente, no me gusta. Mi intuición me dice que es una desaparición de riesgo. —Tomó aire—. Ojalá me equivoque. Ya he dado el aviso a la sección de delitos contra las personas y, de inmediato, han abierto una ficha para no perder ni un segundo.

La preocupación de Lur aumentó al pensar en la sección que Nando acababa de nombrar. Se hallaba en Bizkaia, en la comisaría de Erandio, y se ocupaba de las desapariciones sospechosas.

—Anoche no regresó a casa y esta mañana no se ha presentado en el instituto. He llamado hace un rato.

—No pinta bien, no. Desatender así sus rutinas siempre es mala señal… Pero Sua ya es mayor de edad —murmuró Lur, intentando que la positividad calara en ella y lapidara la angustia que rondaba—. Los adultos, a veces, deciden tomarse unos días para reflexionar. No sería la primera vez que vemos algo así.

No quiso verbalizar la posibilidad del suicidio. También se habían topado con muchos casos con ese triste desenlace.

—Sí, lo sé, pero hay algo más —murmuró Nando.

—¿A qué te refieres?

—Esta mañana temprano alguien envió este mensaje a la app de la Ertzaintza. —Buscó en su ordenador—. Mira.

> Escribo desde Irún
> Anoche vi a la chica del abrigo rojo
> Encontradla, por favor
> Corre peligro

Lur no pudo evitar quedarse estupefacta ante el mensaje.

—No tengo la menor idea de si tendrá relación o no con la desaparición de Sua —reconoció el subcomisario.

—Qué mensaje más críptico. ¿«Vi»? ¿A qué se refiere con eso? ¿Sola o acompañada?

—Nuestros compañeros, en un principio, no le dieron mucha

importancia al email porque la dirección parecía de spam. Fíjate.

Lur miró la pantalla.

futhrndqoiu@gmail.com

—Pero llegó a sus oídos lo de la desaparición de una chica joven aquí en Irún y prefirieron reenviar el email a la sección de delitos contra las personas y a nosotros. Lo hemos recibido hace menos de media hora.

—Abrigo rojo —repitió Lur.

El subcomisario se rascó la barba.

—Y aún no sabemos si Sua llevaba uno o no. Por cierto, ¿cómo has dicho que te has enterado de la desaparición?

—Su abuela ha estado en casa, era íntima de la mía. La pobre mujer está muy angustiada.

—Entonces, ¿conoces a la chica y a la familia?

—Sobre todo a Rosa. A Sua, a su madre y a sus tías también, pero hace mucho que no las veo.

—Pero ellas te conocen a ti, ¿verdad? —Los dos se estudiaron en silencio—. Ya sabes lo importante que es algo así en estos momentos… —murmuró García sin quitarle los ojos de encima.

—Estoy en plena rehabilitación, Nando. No me la puedo saltar ni un día o la suspenden de inmediato. En el hospital es así.

Cuando hallaron el cuerpo sin vida de una cría en el caserío de la familia Fritz, el subcomisario se vio obligado a pedirle que se incorporara. No es que estuviera orgulloso de exponerla a más estrés o a situaciones complicadas cuando su salud ya era lo suficientemente complicada, pero Lur era su mejor oficial.

—No tienes por qué saltártela. Puedes compaginarla. ¿Cuántos días a la semana vas?

—Tres.

—Y me imagino que no más de una hora.

—A veces se alarga. Depende del fisioterapeuta que me atienda. —Respiró hondo—. Sé claro, Nando.

—Pues que sería valioso que te incorporaras. Tenemos más posibilidades de que la familia se abra contigo que con cualquiera de nosotros.

Este revolvió entre los papeles de la mesa y plantó ante Lur la hoja de búsqueda de Sua, con una fotografía de la chica en grande sonriendo ante la cámara. Ella se irguió en la silla y cogió el papel. Sua se había convertido en una mujer preciosa. Piel dorada plagada de pecas color avellana. Cabello largo, marrón y ondulado que llevaba sobre un hombro atado en una coleta ladeada. Nariz pequeña, ojos castaños, labios carnosos. Transmitía dulzura e inocencia. La recordaba tal cual, pero con unos rasgos más aniñados.

«¿No ves lo guapa que es la niña? ¡Se la han llevado!», recordó las palabras de Rosa.

—Hay que encontrarla —presionó él.

Claro que había que encontrarla y Lur sabía que se iba a sentir fatal quedándose de brazos cruzados, apoltronada en el sofá, sobre la manta eléctrica, mientras esperaba con ansia novedades y Rosa se deshacía en lágrimas unos pisos más arriba.

—Tú y Maddi Blasco os incorporáis al equipo de búsqueda. ¿Qué me dices?

A Lur el solo hecho de oír su nombre la hizo sonreír. Fue una sonrisa invisible pero real. Qué buena compañera era aquella mujer. Qué buena persona. Solo habían investigado juntas el caso de la familia Fritz, pero sentía como si se conocieran desde crías. Nando se las sabía todas.

Observó el rostro angelical de Sua.

—Cojo el alta voluntaria, pero mantengo la rehabilitación —anunció levantándose—. Yo me encargo de avisar a Maddi.

*

El paisaje pasaba ante sus ojos con monotonía. Acera, viandantes, árboles, farolas. Su compañero le estaba soltando un rollo sobre la guerra que le daban sus hijas: «Es que no tengo un rato para mí», «Necesito vida social, tener conversaciones con adultos», «Y encima mi mujer duerme con ellas y a mí me mandan al sofá». Maddi estaba cansada de oírlo lloriquear. La víspera no había dejado de quejarse de sus padres, de que últimamente se llevaban de pena y le iban a él con el cuento. «Yo no les voy contando las trifulcas que tengo con mi

mujer». Y Maddi se calló la boca, pero a punto estuvo de decirle que para qué, si se desahogaba con ella. A la gente le había dado por quejarse por todo y a todas horas. Una perorata incesante sobre la mala salud, las malas relaciones… Ella también estaba jodida, por no decir deprimida. Pero no decía ni pío. Se lo tragaba para no cargar mochilas ajenas; además, tampoco es que tuviera tanta confianza con su compañero.

Desde que resolvieron el caso de la familia Fritz, Maddi no lograba levantar cabeza. Le cayó del cielo colaborar en la investigación y a su marido le dio tal ataque de celos que se las hizo pasar canutas. Los dos eran patrulleros, pero el sueño de él era trabajar en algún equipo de investigación. Ella no lo buscó, fue cosa del destino, pero Fidel tuvo un acceso de masculinidad frágil y entró en barrena con la envidia, los comentarios pasivo-agresivos y demás tonterías más propias de un quinceañero que de un padre de familia. Tras la resolución y la vuelta a la carretera, su marido estaba más tranquilo, incluso atento, pero ella ya no había vuelto a ser la misma. Echaba de menos el trabajo en equipo con Lur, la seguridad que le aportó que la oficial confiara en ella, la adrenalina que pululaba por su cuerpo al verse en medio de un caso de gran envergadura. Tampoco ayudaba que no dejara de darle vueltas al comportamiento que Fidel tuvo con ella. Estaba obsesionada. Era como si no fuera capaz de perdonarlo o, peor, como si ya no sintiera nada por él. Cero. Mía e Igor, sus hijos, eran el motivo principal para seguir a su lado. ¿O el único?

—¿Me has oído, Maddi?

—Sí, claro que sí —contestó ella sin pensárselo.

—¿Y crees que tengo razón o no?

El teléfono de ella empezó a sonar y se lo llevó a la oreja sin mirar siquiera quién la llamaba. Le daba igual que fuera un comercial o incluso un timo con tal de zanjar aquella conversación.

«Págate un terapeuta y déjame en paz», dijo para sus adentros.

De inmediato se sintió culpable. Ella no era así. Era una mujer comprensiva. Alegre. Empática ¿Qué demonios le pasaba?

El saludo de Lur al otro lado de la línea la sorprendió.

Hablaron durante un par de minutos y, en cuanto colgó, le dieron ganas de abrir la puerta y tirarse del coche en marcha. Le había dicho que sí, que claro que sí, pero lo había hecho sin detenerse a valorar las

consecuencias. Siempre sopesaba pros y contras antes de tomar cualquier decisión, pero esta vez su desencanto y la necesidad de empezar a pensar un poco más en sí misma la habían empujado a dejarse llevar.

—Da la vuelta en esa rotonda y llévame a comisaría, por favor.

—¿Ha pasado algo?

—Me han pedido que colabore en la desaparición de Sua Arismendi.

Su compañero abrió mucho la boca, pero no dijo nada. Bendito silencio. Se puso serio e hizo caso a las indicaciones de Maddi. En su reacción era palpable cierta decepción. No quiso ni imaginarse cómo sería la de su marido cuando se enterase.

*

Una corriente gélida abrió una de las ventanas del aula y el profesor se apresuró a cerrarla. Oier siguió los movimientos del hombre desde el pupitre y después consultó el teléfono móvil una vez más. Llevaba así toda la mañana y Juanma también. Se miraron y negaron en silencio de forma simultánea. Entre los dos chicos se hallaba el pupitre —hoy vacío— que solía ocupar Sua. Los tres eran inseparables y no entendían qué había sucedido. Si alguno iba a faltar a clase avisaba a los otros. Por eso ambos estaban tan pendientes del teléfono. Temían que algo grave hubiera pasado, porque, de estar enferma o de haber pasado cualquier imprevisto tonto en casa, ella les habría escrito contándoselo.

—¿No tienes el número de su madre? —se atrevió a susurrar Oier.

Juanma volvió a negar con la cabeza.

Él se mordisqueó la uña del dedo meñique y se hizo sangre en una de las comisuras. Chupó la mota roja y se obligó a meter la mano bajo el pupitre para no seguir destrozándose los dedos. Las tripas se le encogieron un poco más. Llevaban toda la mañana contrayéndose y cada minuto que pasaba aceleraba más la retracción.

Los tres eran repetidores. Desde que coincidieron el curso pasado en el instituto, no se habían separado. El trío calavera, como solían llamarse. Eran íntimos.

«No tenía que haber entrado en clase sin ella», se dijo Oier.

¿Y si Sua lo necesitaba? Tenía que haberse acercado a su casa. ¿Y si le

había ocurrido algo a ella o a su madre?

—No tendríamos que haber entrado sin ella. —El susurro salió de los labios de Juanma.

Los dos chicos se miraron. Sus ojos ahora cargaban más inquietud si cabía.

Una nueva corriente de aire volvió a abrir la ventana, pero ninguno de ellos se percató.

*

La llave de la taquilla se le encasquilló y a Maddi le costó un triunfo abrirla. Cuando lo consiguió, se quitó el uniforme a toda prisa, se puso la ropa de calle y se dirigió al despacho conjunto que compartían todos los miembros de la Sección de Casos de Irún. Al entrar vio una figura azabache, estilizada. La oficial Lur de las Heras estaba de espaldas mirando por el ventanal. Cabello largo y abundante, jersey de cuello alto, pantalón pitillo. Todo negro como la noche. El rostro, que Maddi veía de perfil, como los pétalos de una dalia blanca.

—¿Qué tal, Lur?

La oficial se giró y sonrió al verla. Vaquero desgastado, chaqueta de punto grueso y su inconfundible melena rubia desenfadada. Un corte asimétrico con los mechones frontales más largos. Se dieron un sentido abrazo.

—Bien, ¿y tú?

—Agradecida por volver a trabajar contigo y con ganas de encontrar a Sua Arismendi —reconoció la patrullera.

Tras la resolución del último caso, Lur y Maddi habían tomado algún café juntas para no perder la relación, pero las rutinas de cada una las habían ido distanciando y hacía semanas que no se veían. Se sentaron a la mesa y su compañera le explicó de qué conocía a la chica desaparecida y a sus familiares y le resumió la visita de Rosa.

—Perfecto, ya estáis aquí —dijo Nando saliendo de su oficina, que estaba al fondo del despacho conjunto—. Bienvenidas. Quiero que vayáis al instituto y habléis cara a cara con los amigos de Sua. Según su madre, se llaman Oier y Juanma. No tiene sus números de teléfono ni sus apellidos, pero parece que la chica se juntaba mucho con ellos desde el curso pasado. Presentaos allí de inmediato. Tenemos que reconstruir el día de ayer y averiguar quién fue la última persona que

estuvo con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio la madre? —quiso saber Lur.

—Ayer por la mañana. No volvieron a coincidir en todo el día, pero sí se enviaron algún mensaje y todo parecía estar en orden. Hacia las ocho de la tarde su madre se quedó dormida en el sofá y se despertó de madrugada.

—¿Qué impresión te ha dado?

Nando se mesó la barba.

—Estaba sobrepasada por la situación. Muy nerviosa. No ha sabido decirme qué ropa llevaba su hija. Ni siquiera el color del abrigo. Ha rebuscado en su armario para comprobar qué prendas faltaban, pero se ha desmoronado.

—Nekane no lo ha tenido nada fácil —les explicó Lur, mirando alternativamente a Maddi y a Nando—. Perdió a su marido con tan solo veinticinco años y ahora esto. Sua es su única hija.

—Sí, eso nos ha dicho. Me gustaría que hablaseis con ella, pero antes quiero que os reunáis con Oier y Juanma. Preguntadles qué ropa llevaba ayer. Los de Erandio ya han metido la fotografía y la información de Sua en la base de datos europea. Solo faltaría una descripción de las prendas que vestía.

Lur se puso el abrigo, que estaba sobre una silla.

—De acuerdo. Te llamaremos en cuanto la tengamos.

*

Los dos callaban al respecto, no habían hablado de ello en toda la mañana, pero temían que ese fuera el motivo por el cual Sua hubiese cortado la comunicación. Oier y Juanma habían estado tentados de presentarse en su casa, pero esa duda los corroía y los obligaba a estar como dos autómatas en medio de la clase sin atender al profesor.

En la última hora ya no consultaban el teléfono. Tampoco se miraban. La complicidad se había esfumado y a la preocupación se le había sumado el miedo. La culpabilidad. ¿Habían tensado la cuerda?

Juanma apretó los párpados y deseó poder volver atrás. Sí, deseó hacerlo porque él no era así. Nunca lo había sido y nunca lo sería.

Se levantó y salió del aula sin mirar a Oier. Fue hasta el servicio y se

contempló en el espejo. Se pasó las manos por el cabello, muy corto, y apretó la mandíbula. Él no era así.

Él no era así.

Ya no se reconocía. Puso la palma de la mano sobre el espejo para no verse. Juanma era un chico guapo. Tenía la cara angulosa, las cejas espesas y el pelo castaño claro. Se encerró en uno de los baños y se subió la capucha de la sudadera. No quería salir de allí. Quería que el tiempo pasara, que borrara lo ocurrido o que simplemente se detuviera. Una bomba nuclear, un meteorito. Un tsunami colosal que los ahogara a todos y fin de la historia.

Salió de allí pasados quince minutos y regresó a clase. No soportaba más la soledad, el encierro, el olor a váter, las frases escritas en la puerta. Darle tantas vueltas a lo mismo.

En el aula no había rastro de Oier. Sacó el móvil antes de tomar asiento.

Y ahora dónde cojones te has metido tú?
Joder, tío. Todo esto
es por tu puta culpa

Escribió el mensaje incapaz de contener su ira y lo envió sin pensárselo dos veces.

*

A Oier se le habían puesto de corbata cuando el profesor le había dicho que la Ertzaintza quería hablar con él. Sabía que se había quedado pasmado frente a él, pero no durante cuánto tiempo. ¿Segundos? ¿Minutos? Imposible medirlo. Lo que sí recordaba era que había deseado desaparecer para no enfrentarse a lo que fuera que quisiera la Ertzaintza. No sonaba bien, claro que no, y menos con Sua sin dar señales de vida. Por su cabeza también habían desfilado todos los miembros de su familia: su hermana, su padre, su madre y hasta su perro Tom. Un accidente, una desgracia… Todo oscuro e insoportable. Los metros que separaban su pupitre de la puerta los había recorrido como un zombi.

Una morena y una rubia. Dos ertzainas sin uniforme. ¿Cómo habían dicho que se llamaban?

Lo habían llevado a uno de los despachos del instituto para hablar con él. ¿Hablar de qué? Deseó gritarles.

—¿Eres amigo de Sua Arismendi? —preguntó la morena.

—Sí, claro. ¿Pasa algo? No sé dónde está. No contesta a mis llamadas ni a mis mensajes.

La rubia anotó sus respuestas en una pequeña libreta.

—¿Desde cuándo? —La morena volvió a la carga.

—Desde esta mañana. No ha aparecido por el insti. —Se frotó las manos. Sudaban—. ¿Dónde está? ¿Le ha ocurrido algo?

—Su madre ha denunciado su desaparición. Anoche no volvió a casa —explicó la rubia.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

La respiración del chico se agitó.

—¿Has oído, Oier? Necesitamos saber cuándo la viste por última vez.

—Ayer. Ayer por la tarde.

—¿Hacia qué hora? —preguntó Lur.

La oficial tenía enfrente al chico. Era alto y delgado, pero con el cuello y las manos grandes y fuertes. La piel morena, la nariz y los labios anchos. Los ojos marrones. El cabello rizado, alborotado. Vestía de manera informal. Un vaquero oscuro y una sudadera azul sin capucha. Estaba alterado y se notaba. ¿Era solo preocupación por su amiga o había algo más?

—Serían las ocho de la tarde. Estuvimos todo el día juntos. Comimos unos bocadillos y tomamos algo en Donosti.

—¿Los dos?

—No, con Juanma. Los tres solemos ir al bar Koh Tao.

—¿Qué pasó?

—Nada. Nos fuimos a casa. Juanma en moto y nosotros en el Topo. Cogimos el de las siete y media y nos despedimos en el paseo Colón.

Aquel tren popularmente conocido como el Topo daba servicio a Irún y a otras ciudades cercanas. Lur hacía más de una década que no montaba en él, pero, cuando tenía la edad de Oier, era el transporte público que utilizaba para ir hasta Donostia con su cuadrilla. Treinta y cinco minutos de trayecto, de traqueteo. De cháchara y de risas con sus amigas.

El chico colocó las manos sobre la mesa. Lur reparó en que tenía sangre reseca alrededor de la uña del dedo meñique.

—¿Sua estaba bien? ¿Notaste algo raro en su comportamiento?

Los ojos de Oier se humedecieron.

—Tenía frío. Me giré y la vi marchar. —Tragó saliva antes de recapitular—. Llevaba los hombros encogidos y se abrazaba a sí misma.

La descripción hizo que las dos ertzainas se la imaginaran de espaldas, sola, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

—¿Y de ánimo? ¿Cómo estaba? ¿Le iban las cosas bien? En casa, en el instituto…

—Es por descartar ciertas cosas, Oier —intervino Maddi con cercanía —. Son preguntas protocolarias. Intenta hacer memoria, por favor. Cualquier detalle puede ser importante.

—No sé. Yo la vi como siempre.

—¿Crees que le inquietaba algo? —siguió Lur—. ¿Que ha podido irse por decisión propia?

El pecho de Oier dejó de moverse. Había cortado la entrada de aire. De golpe. Lur estudió al chico con detenimiento.

—¿Irse? ¿Por qué iba a irse? ¿Y dejar a su madre? No creo que hiciera eso jamás. Nunca quiere preocuparla.

—¿De veras? —se interesó Maddi.

—Sua siempre está pendiente de ella. Me contó que, tras la muerte de su padre, su madre estuvo mal, muy mal. Que le costó salir del bache.

Lur asintió, seria.

—¿Cabe la posibilidad de que tu amiga estuviera deprimida?

Oier se puso rígido de repente. Sua a veces lloraba, pero se lo calló para no tener que explicar lo demás.

—No que yo sepa, pero, si lo estaba, no es el motivo de su desaparición.

A ambas mujeres les sorprendió la respuesta, pero intentaron no

expresarlo.

—Entonces, tu teoría es que no se ha ido por voluntad propia —dijo Lur.

—Sí, claro. Estoy convencido.

—De que le ha pasado algo.

Oier se acodó en la mesa y apoyó la cara sobre la palma de las manos.

—A esas horas nunca la acompaño a casa. —Se lamentó—. No vive lejos de la parada, en la calle Berio, y yo en el barrio San Miguel.

—Tranquilo, Oier, no era tu responsabilidad acompañarla. Seguiremos investigando; no obstante, quizá tengamos que volver a hablar contigo más adelante… Por ahora solo una cosa más, ¿te parece? —Lur le acarició el brazo brevemente—. Por favor, dinos qué ropa llevaba ayer.

—Estuvimos todo el día juntos, así que… Llevaba una bufanda negra, de esas enormes, y un bolso grande. También un vaquero y un jersey, todo negro. Y un abrigo grueso de cuadros.

Lur se irguió en la silla. El ritmo cardiaco se le disparó.

—¿Recuerdas el color del abrigo?

—Rojo.

«Anoche vi a la chica del abrigo rojo. Encontradla, por favor. Corre peligro».

*

La puerta se abrió y un Oier más pálido de lo habitual entró. Llevaba los hombros caídos y arrastraba los pies al caminar. Juanma, en un acto reflejo, se levantó al verlo. Intercambiaron una mirada intensa. «¿Qué ha pasado? —quiso preguntar—. ¿Por qué tienes esa cara? ¿Por qué me miras así?». Pero no dio tiempo porque dos mujeres lo nombraron desde la puerta.

—¿Eres Juanma? ¿Puedes acompañarnos, por favor? —pidió una alta y delgada.

El chico volvió a mirar a Oier, pero este ni se dio cuenta porque, con manos temblorosas, recogía a toda prisa las cosas de su pupitre.

—No te robaremos mucho tiempo, Juanma —insistió la mujer.

No volvió a mirar a Oier, como tampoco al resto de sus compañeros ni al profesor.

Las dos mujeres lo guiaron a un despacho, se presentaron como ertzainas y le soltaron la bomba que le hizo comprender por qué su amigo había entrado en el aula blanco y tembloroso.

Sua había desaparecido.

Sua no había dormido en casa.

Su madre lo había denunciado en la comisaría.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Ayer por la tarde. —Se pasó las palmas de las manos por el cabello corto y lo frotó con ímpetu—. Tomamos algo en un bar de Donosti y nos despedimos en la puerta. Yo me volví a Irún en moto y ellos dos en el Topo.

—Cuando dices ellos dos, ¿a quiénes te refieres?

—A Sua y a Oier. Acabáis de hablar con él, ¿no?

—¿Qué ropa llevaba ella?

—Ella… Ella no quiere que la acerque en moto. Prefiere venir y volver en el Topo para no dejarlo colgado. —Las palabras continuaron saliendo de su boca a borbotones antes de que Lur o Maddi pudieran intervenir—. Yo la habría dejado en su portal. Yo habría esperado a que se montara en el ascensor. Yo le habría pedido que me mandara un wasap en cuanto entrara en su casa. ¿Qué hizo Oier, eh? ¿Qué os ha dicho? Fue el último en verla. ¿Qué pasó?

—Juanma, cálmate.

—La moto, joder. Yo podía haberla llevado en moto.

—Por favor, Juanma, es de vital importancia que tanto tu amigo como tú estéis tranquilos y colaboréis con nosotras —intervino Maddi, manteniendo la serenidad—, que confiéis en nosotras y en el resto de la Ertzaintza. Que para eso estamos. ¿Podrías decirnos qué ropa llevaba Sua?

—Un… Un abrigo… de esos de cuadros rojos.

—¿Algo más?

—Nunca lleva mochila, pero sí uno de esos bolsos grandes en los que entra de todo. ¿Qué le ha pasado?

—Estamos intentando averiguarlo. ¿Crees que se ha podido ir voluntariamente?

—No. Claro que no. ¿Irse? ¿Adónde? ¿Con quién?

—¿Qué tal estaba ayer?

—Bien. —Se rascó la barba, crecida de un par de días.

—¿Estás seguro?

—¿Por? ¿Oier no la veía bien? ¿Es eso?

—Juanma, céntrate en el aquí y ahora. Estamos hablando contigo y es muy importante que nos cuentes tus impresiones. Las primeras horas son cruciales y también los testimonios de las últimas personas que la vieron. ¿Entiendes eso?

—La vi bien. Como siempre. —La barbilla le tembló—. ¿Y alguien la está buscando?

—Estamos siguiendo el protocolo.

—¿Protocolo? ¿Qué queréis decir con eso? —Los ojos desorbitados—. ¿Habéis recorrido su calle? ¿Los alrededores? Yo puedo hacerlo. Tengo la moto ahí fuera. —La cara desencajada—. No tardaría ni tres minutos en llegar a su calle. Puedo ayudar.

—Limítate a contestar a las preguntas y podrás irte enseguida.

—¿Adónde ha ido Oier?

—¿Sua tenía algún enemigo? —preguntaron, haciendo caso omiso—. ¿Alguien con quien tuviera problemas? ¿Novios, exnovios, amigos, compañeros de clase, vecinos, familiares? Haz memoria, Juanma, es importante.

—Sua no se mete con nadie. Nunca nos ha contado que tuviera problemas.

—¿Sale con alguien?

—No.

—¿Y hasta hace poco?

—Yo no le he conocido ningún novio. En eso no puedo ayudaros.

—¿Tomaba algún tipo de droga?

—No, claro que no. —Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y medicación?

—¿De qué tipo?

—Del que fuera.

—Yo solo la he visto tomar unos sobres. A veces le duele la cabeza. Los días de viento sur.

—¿Nada más?

—No, no… Nada más.

Lur reflexionó.

—Está bien. Voy a darte mi tarjeta. Si recuerdas cualquier cosa, por mínima que te parezca, no dudes en llamarnos, ¿de acuerdo?

—¿Puedo ir a buscarla?

Ella lo observó. Inquieto. Mirada huidiza. ¿Sobrepasado? ¿Arrepentido? Era un chico terco, muy terco. Y muy guapo. De esos a los que no les es difícil ser popular, deseado. También envidiado. Se detuvo en sus ojos. Eran almendrados, marrones.

Llenos de secretos.

—Claro. Ve.

*

Por la noche había llegado a casa con barro entre las uñas y un comecome en el estómago. Una especie de preocupación, de dolor, pero eso no había impedido que nada más acostarse cogiera un sueño profundo. Por la mañana, ese mismo desasosiego lo había asaltado y suponía que lo acompañaría durante semanas. Iría perdiendo fuerza día a día hasta desaparecer. De eso controlaba un rato. Esa era su vida, su realidad. Con sus dificultades, sus vicios y sus arrebatos, de los que procuraba no arrepentirse. Pensó en la víspera. Ya dos muertes sobre su espalda. Dos. Y no le dolían. Ese comecome no era dolor. ¿Le

pasaría eso a todo el mundo? Matar y no sentir. Matar y verlo justo.

Sobrevivía. Punto.

Se encerró en el baño y se examinó las manos. Bajo las uñas aún resistía el barro. Se había resecado y teñía de negro la punta de los dedos, haciéndole parecer un tío sucio. Se frotó con un cepillo como un salvaje y los arañazos que le causaron las cerdas enmudecieron la zozobra. Sí, eso quería, ese tipo de anestesia, para mirar al frente y seguir tirando para adelante.

Él y sus historias.

Él y sus contradicciones.

Él y su destino.

Él y solo él.

*

Kirmen González y Mateo Algorta, dos agentes que hasta hacía un mes trabajaban en la comisaría de Oiartzun, completaban el equipo del departamento de casos de Irún que se iba a encargar de la desaparición de Sua Arismendi. Los dos ertzainas tenían treinta y cinco años y llevaban un lustro siendo compañeros.

El subcomisario hizo pasar a los cuatro miembros al despacho compartido.

El equipo se acomodó en sus respectivas sillas y, después de las presentaciones, Lur y Maddi resumieron los encuentros que habían tenido con el tutor y con los amigos de Sua.

—¿Primeras impresiones? —quiso saber Nando García.

—Por un lado, me atrevería a decir que la noticia ha pillado por sorpresa a los dos chicos —opinó Lur—, pero hay algo más. Maddi y yo hemos captado un…

—Una especie de hermetismo —continuó ella—. Algo guardan bajo llave. *A priori*, los tres son íntimos. Eso es, al menos, lo que nos ha contado su tutor.

—Pero hemos detectado desconfianza entre los dos. ¿Ocurría algo entre los tres amigos? Tendremos que averiguarlo.

—Hablaremos con ellos aquí en comisaría. Les tomaremos declaración

de manera formal. —El subcomisario miró a los dos agentes—. Aún no os he contado que Lur es vecina de la abuela de Sua y que creo que sería conveniente que se encargara junto con Maddi de hablar con esa parte.

—Buena idea —dijo Mateo. Iba afeitado, pero era tan moreno y velludo que la sombra de la barba colonizaba la mitad de su rostro.

—He pedido una triangulación urgente de su teléfono móvil. Si la jueza no nos pone trabas y la compañía telefónica responde también con urgencia, quizá en cuestión de pocas horas tengamos la información. El siguiente paso —añadió el subcomisario mirando a Lur— es hablar con Nekane Santesteban, la madre de Sua. No lo demoréis más. Y el resto encargaos de localizar las cámaras que pueda haber desde la parada del Topo hasta su casa.

Los cuatro asintieron antes de ponerse en marcha.

*

Seguía ese viento desagradable, frío. Y, para rematar la jornada, el cielo se había cubierto de nubes grises. Un ambiente desesperanzador cargado de amenazas. De mal augurio.

Oier salió del instituto y sacó el teléfono del bolsillo. Llamó a Sua.

«Apagado o fuera de cobertura».

Antes de guardar el móvil mandó un mensaje a Juanma y miró el cielo por vigésima vez en lo que llevaba de mañana. No supo por qué lo hacía, pero no dejaba de recurrir ahí arriba, a las nubes, al infinito, a la lejanía. Caminó hasta la calle de Sua y se detuvo frente al portal. Podía llamar, subir y entrar en su casa. En su dormitorio. ¿Y si aún estaba adormilada entre las sábanas? ¿Y si nadie se había dado cuenta de eso?

Se acercó al interfono dispuesto a pulsar el botón, pero en el último momento titubeó y dio un paso atrás. Quería hablar con su madre, pero no la conocía. Había visto alguna foto en el teléfono móvil de Sua, pero nada más. Lo poco que sabía de ella era que se llamaba Nekane y que vivían las dos solas.

Madre e hija.

Inseparables.

No podía haberse ido por su propio pie.

Se mordisqueó los padrastros del dedo pulgar hasta hacerlo sangrar.

*

Los asientos del coche que les habían asignado estaban congelados y, al apoyarse, las dos sintieron un escalofrío desde la rabadilla hasta la nuca. Maddi puso el motor en marcha y conectó la calefacción. ¿Cómo podía hacer tanto frío?

Lur echó mano al botón, pero su compañera fue más rápida en decirle:

—No te molestes: ya he puesto yo la calefacción a tope. Ojalá reaccione enseguida. Como sea como mi coche, de aquí a casa de Nekane Santesteban, nos da una hipotermia.

Las dos eran gente de costa. De temperaturas templadas. De humedad y salitre. Lur se cerró el último botón del abrigo, a la altura del cuello.

—¿Se acordará de ti? —preguntó Maddi.

—¿Nekane? Bueno. De niña yo vivía con mi padre, pero pasaba mucho tiempo en casa de mi abuela. Su marido y yo, que por aquel entonces éramos unos críos, nos llevábamos muy bien. Cuando empezó a salir con ella me la presentó y solíamos coincidir mucho por ahí. Era una chica muy maja. Mi abuela y yo estuvimos en su boda. —Se frotó las manos con ímpetu—. Rosa se empeñó en que fuéramos.

—Qué mala suerte. Viuda tan joven…

—Fue horroroso. Esperemos que Sua se haya ido voluntariamente y aparezca en unos días.

—¿Tienes esa corazonada?

Lur respiró sonoramente.

—No. Como bien ha dicho Nando, esto no pinta bien.

—Joder —murmuró la patrullera.

—A ver qué tal con los nuevos compañeros. —Cambió de tema para animar un poco el ambiente y alejar de sus cabezas los malos presentimientos. Incluso le dieron ganas de abrir la ventanilla para que se largaran lo antes posible, pero no tuvo las agallas de hacerlo—. No guardo buen recuerdo del último equipo con el que trabajamos. —Con «equipo» se refería a Ernesto Quivera. A quién si no. El muy cabrón cumplía condena en Martutene. La tentación de abrir la ventanilla regresó con ganas—. Mateo es el moreno y Kirmen el rubio,

¿verdad?

Maddi asintió.

—Los dos son de mi edad. Llevan poco en la comisaría de Irún. Creo que algo más de un mes. He oído que Mateo está casado y que acaba de tener su segunda hija. Si no me equivoco, Kirmen está soltero. Lo conozco de la academia. Coincidimos en Arkaute. Tenía fama de agonías, de triste, pero no puedo asegurarlo porque apenas cruzamos un par de palabras en lo que duró la formación.

—¿No congeniasteis?

—Digamos que yo solo tenía ojos para Fidel. —Sonrió con nostalgia—. Fue allí donde nos enamoramos, y, bueno, te lo puedes imaginar. Lo nuestro fue un flechazo a primera vista.

—¿Qué tal os va?

—No sabría qué decirte. —Se detuvo en un semáforo en rojo y suspiró —. Desde que cerramos el caso de la familia Fritz está mucho mejor. Vuelve a comportarse como un hombre de su edad en vez de como un crío, pero… —Maddi se calló. ¿Estaba contándole sus penas, como su compañero hacía con ella? No podía creerlo.

—¿Pero? —se interesó la oficial.

Los ojos claros de Lur la observaban con afecto.

—Pues que ahora soy yo —confesó azorada. Después metió primera y reanudó la marcha—. No soy la de siempre con él. No sé qué me pasa.

—Supongo que necesitas tiempo, nada más. Pasasteis un bache gordo y ahora todo tiene que ir asentándose.

—Puede ser. Hoy he aceptado el caso sabiendo que a él no le va a hacer mucha gracia. A ver qué tal… La anterior vez le jodió y mucho.

—Dices que últimamente actúa como un hombre de su edad, ¿no? Pues mira, le pones en bandeja la situación perfecta para que lo demuestre.

Lur notó la pesadumbre en su compañera y amiga. Le hubiese gustado aconsejarle otra cosa. Que lo mandara a la mierda, que no la merecía, pero se ponía en su piel y la entendía: un hogar, dos niños. Un matrimonio. Maddi debía recorrer aquel camino sola. Quiso decirle que avanzara, que no tuviera miedo, que ella estaría a su lado para lo

que necesitara.

—¿Qué bloque es? —preguntó de pronto, ya en la calle Berio.

Lur señaló uno que había enfrente del colegio Eguzkitza. Maddi aparcó enfrente del edificio.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Esta vez no tengo ganas de gilipolleces. Él verá. Yo voy a centrarme en el caso. Encontrar a Sua Arismendi es mi prioridad —remató mientras bajaba del vehículo y cerraba la puerta con ímpetu.

*

El tráfico y el movimiento de los viandantes eran los normales en un viernes a media mañana. Jubilados que habían salido a andar. Mujeres y hombres cargados con bolsas o con carros de la compra. Madres y abuelas empujando cochecitos de bebé. Perros de paseo con sus humanos. Algún transportista. Juanma agarraba el manillar con fuerza y miraba en todas las direcciones. Dobló la espalda, aceleró y salió de la rotonda para tomar la siguiente recta. Toda esa gente no le interesaba, eran meros peones del juego en el que le había tocado participar. ¿Dónde estás, Sua? Buscaba su abrigo rojo de cuadros. Buscaba su melena larga, ondulada. Su sonrisa. Esa cara plagada de pecas. Un rostro diferente, misterioso, como una galaxia lejana. ¿Dónde estás, Sua? Las tripas se le encogían cada vez que lo pensaba. Cada vez que su cabeza le decía que era verdad.

«Sua no está. Es real lo que estás viviendo. Has hablado con dos mujeres de la Ertzaintza. Conduce y no pienses. Busca».

Detuvo la moto delante de su portal y se quitó el casco para mirar hacia arriba.

«Asómate al balcón, Sua».

Tenía que subir y hablar con su madre. Se llamaba Nekane. ¿Tendría relevancia lo que había pasado? ¿Cómo iba a contarlo?

El teléfono vibró en el bolsillo.

Era un mensaje de Oier:

> Tenemos que hablar
> ¿Quedamos en el garaje de tu hermano?

*

Qué raro se le hacía a Guillermo ser el único habitante de aquella casa. Lur siempre estaba. Formaba parte de su nuevo hogar. Ella era su hogar. No podía ni quería imaginárselo de otra manera. ¿Sin ella? ¿Solo ahí? Por la noche le había dicho que tenía rehabilitación a primera hora de la mañana, pero de eso ya habían pasado unas horas. ¿Dónde estaría? No quiso llamarla por teléfono. Entrometerse en sus planes. Quizá había quedado con una amiga, con su padre o… con un amigo… Sí, con un amigo. Era una mujer adulta, inteligente, generosa. Guapa. Tarde o temprano ocurriría. Encontraría a alguien. ¿Qué haría él entonces? La vida le había enseñado que los cambios eran continuos y, a menudo, no deseados, y por ello había contemplado la posibilidad de que su tiempo junto a Lur fuera más breve de lo que le gustaría. Había hecho algunas búsquedas en internet sobre el voluntariado internacional y las vibraciones habían sido buenas. Viajar, ayudar a los demás. Podría encajar. Así lo sentía.

Ella regresó a su cabeza y lo hizo suspirar. Cabía la posibilidad de que no estuviera buscando a nadie. ¿Y si estaba bien sola? En casa.

Con él.

Guillermo se sintió ridículo pensando en todo aquello. Estaba algo perdido. Había enviudado hacía catorce años y hacía décadas que no ligaba con nadie. ¿Todavía seguía llamándose así? Daba igual, el caso era que él no tenía ni idea de cómo hacerlo. Cómo acercarse. Cómo conquistar espacios ajenos. Demasiado tiempo metido en la familia Fritz. Demasiado. Salir de la comunidad había sido un choque social en todos los sentidos. Qué grande era todo a su alrededor. Y debía estar agradecido, porque no le había costado encontrar un trabajo en el que además estaba a gusto. Se sentaba tras un escritorio y trataba a diario con pacientes normales. Sí, fuera del caserío la gente era normal. Con sus días buenos y sus días malos, con sus problemas y alegrías. Él los escuchaba y trataba de mejorarles la salud elaborando una dieta específica para cada uno.

Salió al balcón con la esperanza de verla aparecer. Pero no había rastro de ella. Se acercó a los dos huertos urbanos que había instalado. Jengibre, menta, salvia, lavanda, manzanilla. Todas las plantas que allí crecían eran aromáticas, pero, al ser invierno, excepto el romero y el perejil, estaban de capa caída. Tenía ganas de que llegara la primavera para verlas resurgir. Pasar de vivir en un caserío con terreno a un piso tampoco había sido fácil. Esos huertos le daban oxígeno. Lo mantenían sujeto a la tierra. A la naturaleza.

Entró en la cocina. La temperatura era templada, casi tibia. De

haberse encontrado Lur, la cosa habría sido diferente, ya que los radiadores de la casa estarían a la máxima potencia. Guillermo era caluroso, pero echó incluso eso de menos.

Decidió comer sin ella. No podía esperarla más. A las dos tenía que atender a un paciente.

*

Al abrir la puerta y verlas, Nekane torció el gesto y se encogió de pies a cabeza. La oficial De las Heras se apresuró a ponerle las manos sobre los hombros para tranquilizarla.

—Solo queremos hablar contigo, Nekane —susurró.

¿Cuántas veces tendría que hacerlo? Ir, asustarla, calmarla. ¿Y si llegaba el momento en el que se presentaba en su casa para comunicarle lo peor? Se sacudió esa idea de la cabeza. Eso no iba a pasar. Sua iba a aparecer. Viva.

—Pasad —dijo con un hilillo de voz.

Hacía años que Lur no la veía. Siempre había sido una mujer delgada, pero ahora estaba flaca. Consumida. Sus labios gruesos, que ella recordaba sensuales, ahora se habían transformado en una boca grande que no acababa de encontrar su lugar en aquel rostro pequeño.

Nekane las guio hasta el salón y se sentó en una esquina del sofá. La estancia era moderna y discreta, mobiliario claro, parqué de roble y cojines púrpuras y lilas combinados.

Las ertzainas se acomodaron en el sofá contiguo y agradecieron la temperatura cálida que no tardó en abrazarlas.

—A primera hora mi suegra me envió un mensaje diciéndome que había hablado contigo —dijo, frotándose los párpados hinchados y enrojecidos.

—Sí, Rosa bajó esta mañana a mi casa.

—¿Vas a llevar el caso?

—La agente Maddi Blasco y yo somos parte del departamento de casos de Irún. Trabajaremos con la ayuda del equipo de Erandio.

—¿A qué equipo te refieres? —preguntó, estirando las mangas del jersey grueso para cubrirse el dorso de las manos.

—Pertenece a la sección de delitos contra las personas.

Nekane tragó saliva.

—No puedo creer que esto esté pasando. Tengo mucho miedo. ¿Qué le puede haber ocurrido? ¿Que se la haya llevado alguien? ¿Es eso lo más probable? —La voz le tembló, pero se las ingenió para contener el llanto.

—Eso pretendemos: averiguarlo. —Lur suspiró y recapituló en voz alta —. Hemos hablado ya con sus amigos y, según cuentan, se despidieron de ella a la hora de siempre. Oier la vio marchar en dirección a casa. Hemos pedido una triangulación urgente del teléfono móvil de Sua. También nos vamos a encargar de localizar las cámaras que pueda haber por aquí cerca.

—No dejo de llamarla, pero me salta esa odiosa voz que dice «Apagado o fuera de cobertura».

—¿Qué tal estaba Sua? ¿Has notado algún cambio en ella, en su carácter, durante estos días?

—No, estaba como siempre. Ayer desayunamos juntas y después se marchó a clase. Esa fue la última vez que la vi. Al despedirnos. Yo estaba en la cocina y se asomó para decirme adiós. —Volvió a tragar saliva—. Es una chica tranquila, cariñosa… Tú ya la conoces, Lur. Si hablaras con ella, te darías cuenta de que no ha cambiado mucho. Sigue siendo la misma niña buena. Siempre he dicho que he tenido mucha suerte. —Esta vez Nekane no pudo impedir que las lágrimas comenzaran a rodarle por las mejillas—. La vida no se portó nada bien con nosotras. Mi marido se mató en aquel trágico accidente y lo hemos pasado muy mal. Pero ella es un regalo. Lo único por lo que respiro. Tienes que traerla de vuelta, por favor…

Lur le acarició el brazo.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano. Y estoy segura de que Maddi también.

La mujer miró a la otra ertzaina, que no había parado de tomar notas en una libreta. Tenía los ojos marrones y vidriosos. Asintió ante su mirada y no tardó en decir:

—Que no te quepa duda, Nekane.

—¿Nos dejarías ver su dormitorio? —añadió Lur.

A ambas les dio un vuelco al entrar en la habitación de Sua. La guarida de la chica, su espacio, el rincón que mejor la conocía de todos los lugares del mundo. Las paredes estaban pintadas de azul turquesa y los muebles eran blancos. La cama, que llevaba horas esperándola, estaba hecha y cubierta de cojines de diferentes formas y colores. En las baldas abundaban los libros. También los globos terráqueos: unos, multicolores para distinguir países, mares y fronteras políticas, y el resto, más excepcionales, negros, con constelaciones, minimalistas, con rutas de viajes míticas impresas en la superficie… Lur contó siete. Sobre el escritorio había un portátil, un bote lleno de bolígrafos, una agenda escolar, una foto de cuando era niña agarrada de la mano de su padre y de su madre, y tres pequeños cactus. A excepción de unas deportivas grises, que descansaban bajo el radiador, lo demás estaba recogido y ordenado.

—A Sua le gusta tener todo en su sitio —explicó la madre—. Yo no he tocado nada.

Lur avanzó hasta el escritorio. La agenda estaba abierta. Miércoles 8 y jueves 9. En esa última página había una C y una interrogación escritas con bolígrafo azul.

—¿Sabes qué puede significar esta C?

Nekane se acercó y se apresuró a negar con la cabeza. Tenía los brazos cruzados. Nada más entrar en la habitación los había puesto así, arropándose a sí misma.

Maddi fotografió la página con el móvil.

Lur echó un vistazo al resto de los días de la agenda. Empezó por la primera hoja. Algunas estaban vacías, otras tenían anotaciones sobre exámenes y trabajos. También había alguna fecha de cumpleaños y de estrenos de películas. Todo muy breve, sin grandes explicaciones. La oficial acarició con el dedo índice otra C que había escrita. Y después otra, y otra. Estaban ahí, con tinta azul.

Todos los jueves desde octubre.

Llegó al mes de enero y se percató de que era el más irregular. La hoja del jueves 2 no tenía ninguna C. En la del 9, el día de su desaparición, sí asomaba la letra misteriosa y era la única acompañada por una interrogación. Y en el miércoles 8, la víspera de su desaparición, aparecía una B.

Maddi las fotografió todas.

—¿Pasa algo? —preguntó Nekane ante el silencio de las ertzainas.

—¿Sua hacía algo diferente los jueves?

—No que yo sepa.

—Piensa en esa C, por favor. Intenta vincularla a algo, a lo que sea —le pidió Lur.

Mientras Nekane recapacitaba entrando y saliendo de la habitación, las dos investigadoras registraron toda la estancia: cajones, armarios, baldas, libros. Maddi se agachó para mirar bajo la cama e incluso debajo del colchón, pero ninguna halló nada que les llamara la atención.

—Si no te importa, nos llevaremos su agenda.

—Lo que necesitéis.

—Nekane, antes de marcharnos, nos gustaría preguntarte sobre la salud de Sua. ¿Tiene algún tipo de enfermedad o trastorno? ¿Toma medicación?

—No, no. Sua no. ¿Mental? ¿Te refieres a eso? —Descruzó los brazos para rascarse el cuello, dejándose marcas enrojecidas e irritadas en la piel—. Ya sabes, algún ibuprofeno para los dolores de cabeza que le causan la menstruación y el viento sur. Poco más. Es una chica buena, responsable, cariñosa, de verdad, a veces hasta me preocupaba por no tener los problemas de comportamiento y desobediencia que tanto dicen en la tele que tienen los adolescentes de hoy en día. Ella nunca los tuvo. Sua es un regalo.

—¿Se te ha ocurrido algún otro amigo o conocido que no hayas puesto en la lista que le pasaste a mis compañeros? Perdona que insista, pero… ¿no te extrañó nunca que no tuviera amigas?

Nekane suspiró.

—Alguna vez lo comentamos, pero, desde la muerte de su padre, Sua ha sido siempre más madura que el resto de las niñas de su edad. Quizá por eso le costaba intimar. Cuando coincidió con Oier y Juanma, me dijo que con ellos sí, que por fin había encontrado a su grupo. Claro que en el pasado se juntó con otros compañeros en el colegio al empezar el instituto, pero hace tiempo que no tienen relación. Los nombres están en la lista. —Reflexionó en silencio. Su rostro reflejaba cansancio, más si cabía—. Vuestros compañeros han insistido, pero yo no recuerdo que me hablara de enemigos. Tampoco

de novios. Para eso Sua es muy reservada. No le gusta compartir ese tipo de cosas conmigo. Y lo entiendo. Yo tampoco lo hacía con mi madre.

Lur evitó por todos los medios ponerse en la piel de Nekane, debía mantenerse fría, pero no lo consiguió. La angustia flotaba. Crecía. Se palpaba. Su hija, su único bastón, se había esfumado, y el miedo de esa madre le alcanzó las entrañas. Esa mujer estaba destrozada y solo se recompondría encontrando a Sua viva. No existía otra vía.

—Te voy a dejar mi tarjeta para que me llames si recuerdas cualquier detalle. ¿De acuerdo? Estoy para lo que necesites. —Nekane la tomó —. No te apures por la hora que sea. Tú llámame. E insisto: para lo que necesites.

—De acuerdo. Gracias.

—Nuestros compañeros de informática se pasarán por aquí para llevarse todos los dispositivos electrónicos de Sua.

—Cuando quieran. —Se volvió a estirar las mangas del jersey—. Yo no me voy a mover de aquí.

—Sus amigos han asegurado que ayer por la tarde llevaba un abrigo rojo de cuadros. No lo hemos visto en el armario. ¿Recuerdas si lo llevaba puesto?

Nekane lo abrió para comprobarlo con sus propios ojos.

—Antes estaba tan nerviosa que ni siquiera lo eché de menos. Me quedé en blanco delante de vuestros compañeros. —Suspiró frente a la ropa de su hija—. Sí, lo llevaba cuando se despidió de mí en la cocina. —Un timbrazo sobresaltó a las tres—. Será mi madre. Hace años que se fue a vivir a La Rioja, a su pueblo natal. La noticia la ha pillado allí y hace un rato me llamó para decirme que ya estaba a pocos kilómetros.

Había llegado el momento de darle un poco de intimidad.

Las tres salieron del dormitorio y fueron hasta la puerta. Se despidieron de ella antes de que abriera y abandonaron la vivienda dejando atrás a una Nekane rota en los brazos de su madre.

*

«Una parada rápida para comer algo y vuelta a la comisaría. Os quiero aquí en una hora». Esa había sido la última orden de García. A Maddi

le habría encantado quedarse con Lur para seguir trabajando, pero había optado por volver a casa y así hablar con Fidel cara a cara. Nada de mensajes rápidos, fáciles. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a su reacción, y cuanto antes mejor.

Se sintió culpable por esperarse lo peor. Y triste. Su marido llevaba unos meses demostrándole que estaba cambiando. Merecía una oportunidad. Sin desconfianza por parte de ella.

Preparó una ensalada a toda prisa y dos bocadillos con una barra de pan que acababa de comprar en la tienda del barrio. Hoy se tendrían que conformar con un menú un tanto atípico.

A Maddi su cocina le daba paz y se agarró a esa emoción. Era la estancia que más le gustaba. Cuando decidió decorarla con tonos pastel, jamás pensó que la harían sentir así de bien. Cada silla de un color: azul, verde, amarillo, salmón, rosa, a juego con los azulejos frontales. La vajilla de diferentes formas y materiales y los cubiertos sin combinar. Un desorden elegido con mimo.

Un portazo. El clásico portazo de Fidel que hacía temblar el edificio. La inercia de su cuerpo de casi dos metros de estatura no conocía la delicadeza.

A Maddi se le encogieron las tripas.

Bebió un trago de agua, buscando calmarlas. Detestaba que reaccionaran así. Su cuerpo retorciéndose por dentro, autocastigándose. Ni que tuviera que decirle que había asesinado a alguien. Qué barbaridad.

«Solo vas a colaborar en la búsqueda de una cría, joder. Valórate un poco», se dijo tomando el timón.

Fidel entró en la cocina. Observó la mesa puesta y arqueó las cejas.

—¿Y eso? —preguntó extrañado, señalando los dos bocadillos.

—Hoy no tengo mucho tiempo.

Él se acercó y le dio un beso en los labios.

Desde el último bache habían recuperado la bendita costumbre de saludarse así.

—¿Y a qué viene tanta prisa? —preguntó mientras se quitaba el anorak.

—Te lo explico mientras como. Ya voy mal de tiempo. —Se sentó y tomó uno de los bocadillos. Le dio un mordisco—. Me han pedido que colabore en la búsqueda de Sua Arismendi —dijo con la boca llena mientras hundía el tenedor en el bol de ensalada—. ¿Te has enterado de la desaparición? Pues parece que es algo feo, porque el subcomisario ha vuelto a pedir ayuda a Lur y eso… —Sus oídos solo escucharon como respuesta sus propias mandíbulas triturando el pan. Reunió el valor para mirar a Fidel.

Él estaba allí, a pocos centímetros de ella. De pie. El anorak colgado de un brazo. Quieto. Paralizado. Los ojos muy abiertos. Maddi se limpió las migas de las comisuras de los labios con una servilleta.

—No lo entiendo.

—¿No ha corrido la voz hasta la comisaría de Donosti? —insistió ella, fingiendo.

—Joder, Maddi.

—¿Cómo que joder?

—No te hagas la tonta.

Ahora fue ella la que se quedó quieta. Dejó el bocadillo en la mesa de la cocina y lo miró a la cara.

—¿Cómo dices?

—¿Otra vez ella? ¿Te lo ha ofrecido ella?

Maddi sintió cómo la rabia empezaba a hacerse un hueco en su organismo. ¿Qué problema tenía con Lur? Tragó el trozo de pan a medio masticar.

—Como te he dicho, el subcomisario García ha pedido nuestra colaboración. Vamos a formar parte del equipo.

—Y has dicho que sí.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Por lo que nos pasó la otra vez. ¿O es que no lo recuerdas? ¡Pero si fue hace dos días, como quien dice!

Maddi no se detuvo antes de contestar.

—Recuerdo un ridículo ataque de celos. ¿A eso te refieres? Cómo no

iba a recordarlo, Fidel. Me las hiciste pasar canutas, pero durante semanas he creído que habías recapacitado y aprendido algo de ello.

—¡Esto ya es el colmo!

—No, el colmo es que no soportes que me ofrezcan algo que tú siempre has querido. ¿Acaso crees que si no lo aceptara iban a ofrecértelo a ti? Sabes que no. Entonces, ¿por qué no lo celebramos? ¿Por qué no compartimos esta investigación? Cada avance. ¡Como una puta pareja de ertzainas que se respeta, joder! ¿Qué problema tienes? ¿Eh? A mí explícamelo porque no lo entiendo. Ni yo ni nadie.

Maddi estaba furiosa, decepcionada, tenía ganas de gritar. No podía creer que después de todo hubiera vuelto a suceder. Pero ahora tenía claro que no lo aguantaría, de eso nada, ya no iba a dejar pasar ni una.

Fidel escupió un bufido.

—¿Ni tú ni nadie? Con ese nadie a quién te refieres, ¿a Lur? ¿A tu amiguita del alma? —Empezó a ponerse el anorak que se acababa de quitar.

—¿Adónde vas?

Él la dejó con la palabra en la boca. Su marido atravesó la casa en dos zancadas y se fue con un portazo que hizo temblar los cimientos del bloque y de la manzana entera.

*

Nueve semanas antes de desaparecer

Sua llevaba un rato caminando y sabía que él iba a pocos pasos de ella. No le daba miedo, ni siquiera la incomodaba. Lo había visto varias veces en la cantera abandonada y nunca le había dado motivos para desconfiar. Él provenía de una familia humilde. Vivían en la explotación minera, en la antigua casa del guarda. Eran cinco. La madre, dos hijos, una hija y el bebé de esta. Alguna vez había oído a la chica nombrar al niño. Se llamaba Max. «Mi pequeño Max», solía decir con cariño. Se mantenían unidos. Aislados. No era muy diferente a la relación que Sua tenía con su madre. Ellas rodeadas de gente, en un bloque al más puro estilo colmena, pero solas al fin y al cabo. ¿De qué sirven los vecinos o la familia si están a años luz de ti? De tus problemas. De la realidad que vives.

—Tienes un autobús que pasa cada media hora por el barrio. —El chico lo dijo tras ella.

Sua aminoró la marcha para que se pusiera a su lado.

—No te preocupes. Me gusta caminar. —Sonrió agradecida—. No vivo lejos.

Él agachó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos del abrigo de estilo militar.

Tenía cara de pillo, pero sus ojos decían lo contrario. Era un buen chico, Sua no lo dudaba. Tenía el pelo de las sienes y del cogote rapado, y el de la parte de arriba más largo. Lo suficiente para que se notara despeinado y algo sucio. La piel tostada de pasar muchas horas al aire libre. La dentadura blanca y alineada, una pequeña cicatriz en la barbilla y los hombros rectos y fuertes. Era mayor que ella. Unos veinte.

—¿Estudias? —se atrevió a preguntar ella.

—Ahora mismo no —dijo ruborizándose—. Dejé el cole con dieciséis años, cuando mi padre casi mata de una paliza a mi madre.

—Vaya, lo siento. —A Sua se le puso la piel de gallina—. Lo siento muchísimo.

—No me moví del hospital hasta que le dieron el alta. Y entonces decidí quedarme a su lado, por si al cabrón le daba por regresar.

—Tuvo que ser muy duro —susurró ella—. ¿No lo denunciasteis?

—Mi madre no quiso. La Ertzaintza se presentó en el hospital, pero ella se negó a hacer nada.

—Qué pena. El miedo es poderoso.

—Demasiado.

El último tramo lo recorrieron en silencio. Encogidos de frío bajo una noche despejada. No era tarde, no llegaba a las nueve, pero parecía que caminaban en plena madrugada, ya que no había apenas movimiento. Aquella parte del barrio Olaberria era una zona tranquila, alejada de la urbe y rodeada de montes. Una especie de valle que acogía la cantera y algo más de una docena de casas. Poca iluminación, una carretera oscura, un río y un puente por el que pasaba la autopista AP-8. Atravesaron el puente por debajo y cruzaron la calzada para tomar la acera que iba en paralelo a un colegio.

—Vivo ahí mismo —dijo señalando un grupo de bloques—. Gracias por la compañía.

—Gracias a ti por escucharme.

El chico olía bien. A jabón de manos o a detergente. Sonrió y sus dientes centellearon en la oscuridad.

—Nos vemos —se despidió Sua.

Quiso confesarle que ella también cuidaba de los suyos.

Y que tenía miedo por el nuevo cariz que había tomado su vida, pero que debía seguir adelante.

*

A las tres tenían que estar en comisaría. No podían llegar tarde. Diez minutos antes, Lur salió del portal y esperó en la acera a que Maddi pasara a recogerla. Sacó un plátano del bolso y lo mordió sin ganas. Apenas había probado bocado, ya que Rosa había tocado su puerta en cuanto la oyó llegar. La oficial, que la vio a través de la mirilla, barajó la posibilidad de no abrirle, pero enseguida descartó aquella ruin idea. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Era la abuela de Sua y estaba desesperada. No podía dejarla en la estacada.

Pese a que seguían sin información, había conseguido calmarla. ¿De qué manera? Lur no tenía ni la más remota idea de cómo lo había logrado. Buscando la esperanza debajo de las piedras. Dejando de ser objetiva. Mostrándose positiva.

Desgastándose hasta el límite; sí, desgastándose.

Rosa la había dejado triste y agotada, y era algo que no podía permitirse. Ejercer como psicóloga poco iba a ayudarla. Tal vez a Rosa sí, pero no a ella ni al caso. Imaginó que tendría que lidiar con aquello cada vez que llegara a casa. Al pensarlo, el mundo quiso venírsele encima.

Para remate, no había visto a Guillermo. Comían juntos a diario. Como ella estaba de baja, se adaptaba a los horarios de él, ya que a veces tenía que atender a sus pacientes a horas un tanto raras. Imaginó que hoy habría sido uno de esos días. Le extrañó que no le hubiera escrito preguntándole si la esperaba para comer. Aunque, por otro lado, ella tampoco lo había hecho para explicarle que se había incorporado al trabajo. Lur se había quedado un poco mosca por un detalle que nada tenía que ver con eso. Sobre la encimera siempre tenían una tablet que utilizaban los dos y Guillermo se la había dejado encendida. Al ir a apagarla, el navegador le reveló que había estado buscando información sobre una ONG. ¿Tenía pensado marcharse?

Quizá la nueva vida se le hacía pequeña. De ser así, le daba pena que no lo hubiera hablado con ella. Se había quedado un tanto confusa ante el descubrimiento. ¿Y si había dejado la tablet allí con la intención de que se enterara? ¿Era de ese tipo de personas?

Tiró la cáscara a una papelera justo antes de que su compañera parara en doble fila.

—¿Te ha dado tiempo de comer algo? —le preguntó Maddi en cuanto subió al coche.

—Ni unas tristes aceitunas —se lamentó. Después le resumió el encuentro con Rosa.

—Vaya papeleta. No me gustaría estar en tu pellejo —dijo sin energía —. Aunque reconozco que, si yo fuera ella, habría hecho lo mismo.

Los ojos marrones y curiosos de Maddi ya no estaban tan vivarachos como por la mañana. Lur se percató de ello. Después se fijó en su rostro. Estaba más pálido. Apagado.

«Fidel», pensó.

—¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Has hablado con tu marido? —se aventuró a preguntar.

—Sí. —Las dos se quedaron calladas. Unos segundos incómodos, pesados como horas, flotaron en el aire—. Y no se lo ha tomado nada bien —añadió.

Lur vio la tremenda tristeza que la envolvía. Maddi estaba ahí dentro, indefensa. Como las presas de las arañas bajo los hilos viscosos con los que las inmovilizan.

—Lo siento. Lo siento de veras.

—Ya se le pasará. No te preocupes.

«A mí sí que no me gustaría estar en tu pellejo —quiso confesarle ella —. Menuda mierda. ¿Qué demonios le pasa a ese hombre?».

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes que solo tienes que…

—Lo sé —la interrumpió—. Gracias, Lur.

Bajo el cielo gris que las acompañaba desde la mañana habían empezado a desfilar unas nubes ligeras y casi negras. Se movían veloces, como si las impulsara la fuerza de un imán o una mano

invisible.

—Me da que va a llover —dijo Maddi para cambiar de tema. Redujo la velocidad y entró en las instalaciones de la comisaría—. Hemos quedado a las tres, ¿verdad?

Llegaron a tiempo a la sala de reuniones, aunque fueron las últimas en tomar asiento. Pese a que aún quedaba un minuto, a Kirmen no pareció hacerle gracia que aparecieran tan justas.

Ahí estaba el agonías que Maddi había descrito.

«Seguro que tú no has tenido que lidiar con la abuela de Sua Arismendi ni con un marido tocapelotas», pensó Lur.

La oficial miró al techo. La luz estaba encendida, pero la estancia parecía ensombrecida. Tal vez por culpa de las nubes de fuera y por el humor de dentro. Tal vez. Observó a sus dos compañeros. Qué diferentes eran entre sí. Kirmen era alto y flaco. Larguirucho. Mateo también era alto pero fuerte. De esqueleto poderoso. Imponente. Por muy a dieta que se pusiera, jamás lograría el aspecto espigado de su compañero. Y luego estaba el cabello. El primero era tan rubio que parecía que no tenía cejas ni pestañas. Las del otro, sin embargo, eran tan espesas y oscuras que parecía que llevaba los ojos maquillados.

—Buenas tardes —dijo García—. Iré al grano. La jueza ha accedido a emitir la orden de la triangulación del teléfono de Sua y la compañía se ha comprometido a enviarla con urgencia. O sea que estará al caer. ¿Qué hay de vosotros, Mateo?

—Estamos a la espera de recibir las grabaciones de las cámaras de la estación del Topo, de la Kutxa de la avenida Gipuzkoa y de la gasolinera de Elitxu. No hemos encontrado ninguna más por la zona, pero tenemos intenciones de volver para preguntar en cada uno de los locales.

Kirmen asintió para corroborar lo que su compañero acababa de decir.

Maddi resumió el encuentro con Nekane. El registro del dormitorio y el hallazgo de la agenda de Sua.

—No nos ha dado tiempo a revisarla a fondo —explicó Lur—. Examinaremos el contenido y haremos una copia para cada miembro del equipo. Creemos que es importante analizarla en profundidad. Puede que lo que no veamos unos lo hagan otros.

—En marcha, entonces. Yo me encargaré de hablar con los chavales.

Se llamaban… —Se detuvo para comprobarlo en sus papeles—. Eso, Oier Cortés y Juanma Roitz. Y también veré a varios antiguos amigos de Sua.

El movimiento de las sillas sobre el suelo anunció que la reunión acababa de finalizar.

Después de escanear la agenda y programar la fotocopiadora, ambas se arrinconaron en una esquina del escritorio, cerca del radiador. Las dos echaban de menos trabajar en casa de Lur, en el despacho improvisado, pero esta vez las cosas habían cambiado. La oficial estaba más recuperada y a Nando, los de arriba, no se lo habrían permitido.

La oficial suspiró al pensar en su manta eléctrica —qué bien le vendría para relajar los músculos de la espalda, para entrar en calor—, en un buen bol de aceitunas —qué bien les vendrían a su paladar y a su pobre y triste estómago— y en Guillermo —qué bien le vendría a su espíritu; era su ser apaciguador—. Volvió a rumiar el asunto de la ONG. ¿Sería cierto que tenía intenciones de irse? ¿Por qué? La idea la angustió. No quería perderlo. ¿Tan pronto?

Mientras las copias iban saliendo automáticamente de la máquina, Lur abrió la pequeña agenda cual tesoro y la depositó en la mesa.

—Vamos allá —murmuró—. Día 1 de septiembre. Domingo.

Maddi se arrimó a la oficial y comenzaron a estudiar cada página, cada escueta frase, cada marca.

Cuando acabaron, ya hacía rato que la fotocopiadora había terminado de reproducir cinco montones de folios con las páginas de la agenda. El eco de la máquina fue sustituido por el rumor de los halógenos sin que se dieran cuenta. Recapitularon al llegar al final. Estaban cansadas de estudiar con meticulosidad cada milímetro cuadrado de papel, aunque lo único destacable que habían hallado eran las dichosas C. Desde octubre hasta diciembre, todos los jueves, había una escrita en tinta azul. En enero se ausentaba hasta el día de su desaparición, el jueves 9. Y el miércoles 8, la víspera, aparecía una B.

—¿Quiénes o qué sois? —murmuró Lur con la mirada fija en el trazo de las letras.

No obtuvo respuesta.

*

Anita, la madre de Nekane, no dejaba de moverse por la casa. En el rato que llevaba había puesto en orden el frigorífico y había preparado una jarra de café y un par de infusiones para ellas dos. «Es por si vuelven las policías, para tener algo que ofrecerles», había insistido mientras sacaba varios paquetes de galletas de un armario.

—Tranquila, ama. Para un poco. Están buscando a Sua, no hospitalidad ni otra cosa.

—Con el estómago lleno, o caliente al menos, se trabaja mejor.

Estaban en la cocina. Nekane sentada a la mesa y su madre danzando como una peonza.

—Haz lo que quieras. Pero me estás poniendo nerviosa.

—Nerviosa estás ya, y con razón. —Cogió varios trapos que había sobre la encimera y se puso a doblarlos—. Bebe la infusión, te ayudará a estar mejor. Y come algo, anda, que cada día estás más flaca.

Nekane obvió esto último, se calentó las manos con la taza y se la acercó a los labios para beber un sorbo. El sabor dulce la asqueó al instante. Su madre tenía la tendencia de echar demasiada azúcar a todas las cosas.

—¿No te gusta? —dijo Anita mirándola de reojo.

—Sí, aunque está un poco empalagosa.

—Pues trae, ya te preparo otra. —Le quitó la taza de las manos, tiró el contenido por la fregadera, cogió un cazo y abrió el grifo.

Nekane tomó aire. Estaba claro que mantenerse activa ayudaba a su madre. De acuerdo, pues que hirviera más agua. Litros, si lo creía oportuno. A ella le daba igual con tal de no verla de aquí para allá.

Mientras la mujer encendía la vitrocerámica, ella recapacitó sobre la misteriosa C. ¿Qué significarían aquellas letras? Lur le había pedido que pensara, que buscara en su memoria, que tratara de ponerse en la piel, en la mente de su hija. Sua nunca le había mencionado nada al respecto. C mayúscula. Si en vez de esa hubiera otra letra, tal vez ella podría darles una explicación, pero, como no era el caso, no iba a hablar de ello. No, claro que no. ¿Para qué?

«¿Estás segura? —se dijo—. ¿Lo habrías contado de haber sido otra letra?».

No, no, no, no, no, no. NO. Esas cosas no podía compartirlas. Eran de Sua y de ella.

—Había una C, una C mayúscula escrita en la agenda de Sua, en el día de ayer —dijo en voz alta—. Las ertzainas me han dicho que haga memoria, que piense qué puede significar.

Su madre dejó la nueva infusión sobre la mesa y observó a su hija en silencio.

—No tengo la menor idea de qué puede tratarse —confesó compungida, como intentando convencerla de que no mentía—. Te lo aseguro, ama.

*

A media tarde, García los volvió a convocar. Maddi, sabiendo que llegaría tarde a casa, había tenido que movilizar a su madre para que acudiera a la parada del bus de la ikastola a recoger a Igor y Mía. No podía contar con Fidel, y ese hecho no era ni medio normal. Era ella la que tiraba del carro, del hogar. Trabajo, tareas, niños. Ella siempre decía que su hobby eran sus hijos, y no le faltaba razón, porque adoraba cada segundo que pasaba con ellos, pero había dejado de lado la lectura, pilates, los paseos por la playa mientras escuchaba música. Fidel, sin embargo, seguía dedicando el mismo tiempo a las aficiones que tenía antes de que llegaran los críos: la consola, el gimnasio, salir a correr… Su vida no había cambiado demasiado. ¿Y la de Maddi? ¿Qué había sido de su vida?

Ella se había acostumbrado a recoger la cocina, a hacer las coladas y a limpiar el baño con el tiroteo de los videojuegos de fondo como banda sonora. Se había cansado de darle toques de atención, de regañarlo como si fuera su hijo mayor, de ese tira y afloja constante. Hacía y callaba. Hacía y se hartaba. Posiblemente habría aguantado así carros y carretas, pero los celos laborales fueron la gota que colmó el vaso y que reveló a un Fidel que había estado oculto. Un tío resentido. Una persona con la que jamás se habría casado. Con el regreso de Maddi al coche patrulla había vuelto la calma a su hogar. Ella había cedido y él se esforzaba en barrer —sin tocar una puñetera escoba— bajo la alfombra toda la mierda desatada previamente. ¿Y ahora?, se preguntaba ella. ¿Ahora qué tocaba?

¿Abandonar el juego?

«No —pensó—. Tirar los dados y seguir».

El carraspeo de García la sacó de golpe de sus devaneos.

—Ya tenemos las grabaciones de la estación, de la sucursal y de la gasolinera. También la triangulación del teléfono móvil de Sua, que la sitúa, más o menos, donde se despidió de su amigo Oier.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Maddi—. ¿Qué lo apagó ella misma o alguien detuvo un vehículo y se la llevó?

—De momento no lo sabemos —reconoció el subcomisario—. Ojalá las grabaciones arrojen alguna pista al respecto. Id a por un café. Os quiero despiertos para las visualizaciones.

Cinco minutos después y con cafeína en los vasos y en las venas, el equipo se acodó en el escritorio compartido para revisar las grabaciones.

El abrigo rojo de cuadros apareció en la pantalla del ordenador. Sua iba arrebujada en él. Se veía cómo se despedía de Oier Cortés y tomaba rumbo hacia su casa. Esa cámara, la de la estación del Topo, no recogía nada más. Dejaron que pasaran los minutos por si el chico volvía a aparecer, pero no pasó nada. Unos metros más arriba se hallaban las cámaras de la sucursal y de la gasolinera. En ellas se veía pasar a Sua por la avenida Gipuzkoa y desaparecer por la avenida Euskal Herria. Ahí se perdía el rastro. No había más cámaras. No había más pistas. La separaban setecientos metros de su casa. Unos diez minutos.

Los suficientes para desaparecer.

*

Otra vez en el rellano, frente al felpudo rectangular. Lur se fijó en él. La primera vez estaba tan nerviosa que ni siquiera lo miró. Un Ongi etorri en el centro rodeado de hojas de roble custodiaba la morada de los Arismendi Santesteban. Las ertzainas oyeron pasos al otro lado de la puerta. En el umbral apareció la madre de Nekane. Su figura era todo lo contrario a la de su hija. De menor estatura y más rellenita. Su cara redonda apenas mostraba arrugas, pero sí el mismo temor de su hija.

El pasillo cálido las arrancó del frío rellano acogiéndolas con familiaridad. Había luces encendidas a lo largo de toda la casa y olía a café. Quizá era una manera de huir de la lobreguez que acechaba. De luchar contra ella. Al tener iluminados el salón, el comedor y la cocina era casi como si hubiera mucha gente en casa. El silencio, aun así, era

revelador.

—¿Ha pasado algo? ¿Ha aparecido? —preguntó Nekane al verlas.

—Por desgracia, no —dijo Lur—, pero queríamos hacerte unas preguntas. Si no es molestia, claro. Y disculpad las horas…

No era molestia, claro que no. Y menos teniendo en cuenta las circunstancias. Las hicieron pasar al salón y la madre de Nekane, que insistió en que la tutearan y la llamaran Anita, se encargó de llenar la mesa con una jarra de café, galletas, servilletas y tazas antes de dejarlas a solas.

—Sé que es volver sobre lo mismo —se disculpó Lur—, pero es importante saber cómo estaba Sua el jueves y los días previos.

—Ya os he dicho que como siempre y a vuestros compañeros también.

Para ella y Maddi era importante asegurarse de que la desaparición era de riesgo. Cuanto más la justificaran, antes se pondría en marcha el protocolo de búsqueda.

—¿Alguna vez se marchó sin avisar? ¿Aunque solo fueran unas horas?

—Nunca. Además, no estamos hablando de unas horas. Mi hija ha pasado la noche fuera. A mi hija se la han llevado o le ha sucedido algo.

—Sus amigos nos han dicho que el jueves llevaba un bolso grande. ¿Has echado de menos algún pijama, mudas, ropa en general?

—Siempre lleva ese bolso. Es su bolso. Y no he echado en falta nada, ni siquiera sus ahorros. Su hucha está llena, no falta ni un solo billete. ¿Adónde iba a ir sin dinero? También he entrado en su cuenta y no ha habido ningún movimiento.

—¿Tienes acceso a ella?

—Sí, y Sua a la mía. No tenemos secretos. Puedo enseñártela si quieres.

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Sé que años atrás lo pasasteis muy mal. —Lur habló en un tono tranquilo sin dejar de mirarla a los ojos. No sabía cómo abordar este tema—. La vida os golpeó duro. Aunque ahora las cosas no sean como antes, Rosa me contaba entonces lo mal que lo estabas pasando. Ya sabes que tu suegra era íntima de mi abuela. Y Sua era tan pequeña…

Nekane meneó la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

—No sé adónde quieres llegar, Lur, no lo sé —espetó.

Ella puso la espalda recta en el sofá, pese al dolor que eso le provocó en buena parte de las lumbares y las caderas.

—Es importante saber si la pérdida de su padre le pudo ocasionar una depresión que arrastrara desde entonces. Que afectara a su carácter de forma permanente. O a su comportamiento.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Nekane.

—Yo lo llevé peor, yo sí que estuve deprimida e incluso necesité tratamiento psiquiátrico, pero eso ya forma parte del pasado. —Se secó las lágrimas con el jersey—. Sua estaba bien y me aterra adónde quieres llegar con todo esto.

—Son preguntas que debemos hacer para saber dónde buscar, qué hacer.

—Sua no estaba deprimida ni lo ha estado nunca, y, si lo que estás tanteando es si se ha podido quitar la vida, desde ya te digo que no.

Lur suspiró.

—Solo planteaba la posibilidad de que se hubiera marchado para aislarse unos días, para reflexionar, para…

—No, no y no —la interrumpió—. Tienes que creerme. Tenéis que hacerlo.

Maddi asintió y aguantó estoica la mirada suplicante de Nekane. Lur aguardó un momento para que la mujer se recompusiera.

—Antes de irnos nos gustaría que nos facilitaras alguna muestra de ADN de Sua.

La mujer se llevó las manos al pecho.

—¿Ha aparecido alguien? ¿Algún cuerpo? —Su pecho empezó a agitarse y su rostro a palidecer.

—No, tranquila. —Lur la agarró de las manos—. Pero pedirlo está dentro del protocolo.

La mujer se esforzó por relajarse.

—De acuerdo. Yo… ¿Cómo puedo…? ¿De dónde saco el ADN?

—Con llevarnos su cepillo de cabello o de dientes es suficiente.

Antes de marcharse, le pidió a Nekane la captura de los últimos movimientos de la cuenta de Sua y también que, por favor, consiguiera los informes médicos por si algo se les escapaba. Después, se ofreció a llamar a urgencias para que la viera un médico por si necesitaba algún tipo de relajante, pero ella se negó en redondo.

Abandonaron la vivienda sembrada de luz y se arrojaron al frío de la calle y a la oscuridad de la noche, que no tardó en engullirlas.

*

Su casa —la que en el pasado fue de su abuela—, el olor a frutos rojos y el calor la acogieron en cuanto abrió la puerta. Ese era su planeta, su hogar. No había otro lugar en el mundo que la hiciera sentir así. Allí había pasado momentos muy buenos. También malos. Solo esas paredes conocían el dolor, la incertidumbre y las limitaciones por las que había pasado los últimos años. Muchos días habían supuesto un peregrinaje continuo de la cama al sofá y del sofá a la cama. Encerrada en un cuerpo rígido que la capturaba como una armadura maciza. Seguía sin diagnóstico, pero, gracias a los estiramientos diarios y a una dieta sin gluten, había ganado calidad de vida y cierta libertad.

Entró en la cocina. Guillermo estaba de espaldas, frente a la encimera, con las manos metidas en un bol lleno de una masa pastosa. Llevaba un pantalón de chándal gris y una sudadera negra. En casa siempre vestía así. Cómodo, informal. A Lur aún se le hacía raro verlo con ropa que no fuera blanca. Como si aquel impostor con el que compartía piso ya no fuera el verdadero Guillermo que conoció en el caserío de la familia Fritz, el Guillermo que siempre iba ataviado con prendas impolutas, de la marca Blanco Inmaculado, que la propia secta confeccionaba y comercializaba.

—¿Qué tal? —dijo él, volteándose.

El brillo en sus ojos lo delataba: seguía siendo el mismo. Un hombre tranquilo, honesto, comprensivo y guapo. Muy guapo. Cuánto lo había echado de menos durante la interminable jornada. ¿Cómo iba a dejarlo marchar?

—Hoy me he incorporado al trabajo. Por eso llego a estas horas.

—Vaya —dijo él mientras iba hasta la fregadera a lavarse las manos.

Sintió alivio al verla y al oír la explicación. Llevaba todo el día temiendo que tampoco apareciera a la hora de cenar—. ¿Y la rehabilitación? Creí entender que aún te quedaban varias sesiones.

Mientras se quitaba la bufanda y varias capas de abrigo, Lur le resumió la visita de Rosa, su paso por la comisaría y todo lo que había seguido después.

—Tiene que ser terrible para la familia. Ojalá deis con ella muy pronto. No quiero ni pensarlo… —Respiró hondo y señaló la encimera —. Ahora, hablar de la cena me parece frívolo. He preparado hamburguesas de azukis. Las he amalgamado con avena sin gluten. ¿Te apetecen?

Tranquilo, honesto, comprensivo, guapo, buen cocinero y atento. ¿Dónde estaba la trampa? ¿Dónde?

—Sí, claro. Lo cierto es que ni he comido… —Sonrió, pero sus labios solo lograron mostrar una mueca de cansancio—. Tengo un hambre que no me tengo ni de pie.

Un sonoro timbrazo le desdibujó la mueca de la cara. Él consultó el reloj que había en la pared de la cocina.

—Será Rosa —dijo ella—. Al mediodía también me abordó. Lo está pasando mal. Cena sin mí —murmuró resignada dirigiéndose a la puerta.

Una hora después, Lur por fin se sentó a la mesa. Guillermo había tenido el detalle de emplatarle dos gruesas hamburguesas de azukis con unas patatas al horno y una ración de aceitunas que había decorado con una ramita de romero de su huerto urbano, pero ya no había rastro de él. Se lo imaginó en el dormitorio, con los auriculares puestos. Le gustaba escuchar música antes de dormir. Le dio rabia no haberle preguntado por su día, no haber compartido un rato más con él. No haber salido de dudas en lo referente a la dichosa ONG.

Cenó despacio y en silencio el menú ya frío. Estaba tan cansada que ni siquiera fue capaz de meterlo en el microondas. Tras recoger la cocina, lavarse los dientes y desmaquillarse, cogió de la sala la manta eléctrica y se la llevó a su dormitorio. Al pasar junto al de Guillermo, lo oyó mover una silla.

—Gracias por la cena. Estaba riquísima. —Lur apoyó la mano sobre la puerta—. Que pases buena noche.

—De nada. Descansa.

Se quedó parada durante unos segundos antes de decidir arrastrar los pies hasta su cama. Se tumbó con la manta eléctrica a la máxima potencia y solo entonces reparó en que tenía contracturas en cada músculo del cuerpo.

Intentó pensar en Sua, en cómo abordarían la investigación al día siguiente, pero los párpados le pesaban tanto que cayó en un sueño profundo sin darse ni cuenta.

Sábado, 11 de enero

Paró el despertador antes de que sonara. Maddi se quedó quieta, bocarriba. Aún no era la hora de levantarse, pero estaba aburrida de dar vueltas sobre el colchón. Su marido dormía a su lado. Respiraciones sonoras, profundas, y algún que otro ronquido aislado que empezaba a desquiciarla. No habían vuelto a hablar desde la discusión. Estaba picado. Su orgullo hueco y tonto, herido. Nada nuevo bajo el sol. Y encima era ella la que no había apenas descansado mientras él dormía de lo lindo. Bostezó, sintiendo el cansancio en todo su cuerpo. Abandonó la cama en silencio, se dio una ducha y se preparó un café bien cargado. Cuando estaba a punto de dar el primer sorbo, su marido entró en la cocina en calzoncillos, con cara de sueño, y llenó un vaso de agua.

—Estaré todo el día de aquí para allá —murmuró ella—. El caso lo requiere. No he avisado a mi madre, así que tendrás que ocuparte de Mía y de Igor. Hoy y mañana tienes libre, ¿no?

Él echó un par de tragos y regresó a la cama sin decir ni mu.

«Anda, ve a roncar otro rato», se dijo mientras apretaba los dientes.

Se aferró a la taza de café. Ardía. ¿O era su cuerpo incendiado por la rabia? Sorbió el líquido amargo e intentó no darle ni media vuelta más al tema de su marido. En treinta minutos tenía que estar en comisaría. Recogería a Lur y se centraría en la desaparición de la chica.

Y en nada más.

*

Salió de entre las sábanas y sintió el frío de la habitación. Se echó una manta sobre los hombros. Miró la mesilla. Estaba llena de ceniza, migas y polvo. Había un porro apagado, un mechero y media napolitana que decidió coger. Estaba endurecida, pero, al llevársela a la boca, le supo a gloria. El chocolate algo tieso lo hizo salivar a buena velocidad. Se sentó en una esquina del colchón para masticarla con calma. No tenía prisa. Nadie lo esperaba en ningún lado. Al terminarla, se encendió el porro. Inspiró el humo y cerró los ojos. Lo

expulsó hacia al techo con una tranquilidad que asustaba.

El comecome casi había desaparecido por completo. Y era algo que no esperaba, porque la primera vez tardó más en irse.

Mejor para él. Lo que había hecho tenía justificación.

Su justificación.

Antes de darle otra calada al porro, se fijó en sus dedos. Bajo las uñas aún quedaba algo de barro. Era tan mínimo como la culpa que sentía.

Volvería a rascarlas con el cepillo.

Cuanto antes desaparecieran, antes recuperaría la total normalidad.

*

Maddi Blasco, Lur de las Heras, Kirmen González y Mateo Algorta estaban en el despacho y escuchaban con atención al subcomisario mientras les contaba que se había activado un dispositivo de búsqueda. La desaparición de Sua, en teoría, había tenido lugar en un entorno urbano, pero, no muy lejos de su barrio, se alzaban los terrenos de un convento de monjas y varias hectáreas de huertas. Era allí por donde la persona de Protección Civil responsable de la búsqueda había movilizado a su equipo.

Nando García vio alivio en el rostro de los ertzainas. Los comprendió a la perfección porque él también lo estaba. Llevaban esperando algo así desde la víspera.

—Por otro lado, el email de la chica del abrigo rojo, según el rastreo de la dirección IP, se envió desde un locutorio de San Miguel. Me quiere sonar que ese barrio está relacionado con el caso. Alguien de la investigación vive ahí, ¿no es cierto?

—Uno de los amigos de Sua —contestó Lur—. Oier Cortés, el del cabello rizado. El último en verla. ¿Conseguisteis hablar con ellos?

—Ayer a última hora —dijo García—. Me dio la misma sensación que a vosotras: que algo esconden, vaya. Les he puesto vigilancia hasta que todo se aclare. No quiero sorpresas. —El subcomisario revisó unos folios que tenía sobre la mesa antes de proseguir—. Este es el plan para hoy: vosotros dos os encargaréis de hablar con las compañías de autobuses de la zona. Que os pongan en contacto con los chóferes que cubrían el turno de tarde del jueves. Hablad también con los taxistas. —Miró a Lur y a Maddi—. Y vosotras acudid al locutorio.

Antes de que salieran del despacho, sonó el teléfono del jefe.

—Dime. —Hizo un gesto con la mano para que no se fueran.

—(…)

Su rostro cambió de pronto, se ensombreció.

—¿Otro?

—(…)

—Ahora mismo lo comprobamos.

Colgó, dejó el teléfono sobre la mesa y encendió su portátil.

—Tenemos un nuevo correo electrónico.

El equipo rodeó a García mientras lo buscaba en su bandeja de entrada.

> Sua Arismendi, la chica desaparecida que la gente no deja de difundir en redes, es la que vi aquella noche, la del abrigo rojo. Sí, es ella. Es la misma. Por favor, encontradla ya. Su vida corre peligro.

*

El cabello largo y rizado de Nekane estaba enredado de no haber podido parar quieta ni un solo segundo en toda la noche. Su madre la miraba con preocupación mientras iba de aquí para allá.

—¿Qué buscas, hija? —le había preguntado Anita en varias ocasiones.

Pero ella no respondía. Se limitaba a entrar y salir de los dormitorios, a ponerlos patas arriba. Armarios, cajones, cajas. Todo lo revolvía. Buscaba y buscaba.

Anita se plantó en medio del pasillo y le bloqueó el paso. La agarró de los brazos.

—Tranquila, Nekane, tranquila. Como sigas así, voy a tener que llamar al médico.

A la preocupación de la desaparición de su nieta se unía el comportamiento de su hija. Necesitaba descansar, comer algo. No había querido probar bocado desde que tomó aquella infusión sin azúcar la víspera por la tarde. Así no podía seguir.

—No vas a llamar a nadie. Y me vas a dejar tranquila —dijo zafándose

de sus manos—. Ayer eras tú la que no podías parar y yo no me interpuse en tu camino. Déjame en paz. —La echó a un lado para alcanzar otra habitación.

—Dime al menos qué buscas.

—¿Qué va a ser? Algo que me diga dónde está Sua.

—Pues déjame ayudarte. Dame alguna pista.

—¡Yo no tengo pistas, ama! —gritó desquiciada—. ¿Qué quieres que te diga?

Anita la siguió y vio cómo revolvía entre el desorden.

—Ahí no hay nada, hija, ya has buscado. ¿O es que no lo ves? —soltó con impotencia.

Nekane hizo caso omiso, se quitó el grueso jersey y se quedó en camiseta interior de tirantes para seguir escarbando con el ímpetu de un animal.

Su madre se fijó en que tenía los brazos rojos, arañados. Si seguía en ese estado de nervios, no le iba a quedar más remedio que llevarla a urgencias, se pusiera como se pusiera.

*

No tardaron ni cinco minutos en llegar al barrio San Miguel. Aparcaron junto a la oficina de Correos y pusieron rumbo al locutorio. El frío, que seguía instalado en la ciudad, les mordió el rostro nada más salir del coche. Las dos llevaban toda la mañana con las manos y los pies helados. Lur miró el cielo. Del gris de la víspera habían pasado al blanco. Un blanco absoluto, como si anunciara nieve. En la calle no observó el movimiento habitual. Había poca gente y apenas se oía nada. Una extraña calma que achacó sin saber por qué al color del cielo.

Maddi señaló un local que tenía un escaparate atestado de relojes y pequeños electrodomésticos. Locutorio Irún Frontera, rezaba un cartel azul con letras blancas.

Dentro, además de baldas llenas de *snacks*, refrescos y golosinas, había una mesa longitudinal con cuatro ordenadores. También dos teléfonos dentro de cabinas delimitadas con tableros contrachapados blancos. El mostrador lo ocupaba una chica joven con rasgos latinoamericanos. Tras ella había una vitrina atestada de relojes que, más o menos,

replicaba el escaparate.

—Buenos días —dijo Lur.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlas? —contestó con acento cantarín.

Llevaba el cabello oscuro atado en una coleta tirante. Maddi se acercó al mostrador mientras su compañera se paseaba por los pasillos y echaba un vistazo.

—Somos de la Ertzaintza y nos gustaría hacerle unas preguntas.

La chica se llevó las manos al pecho y echó un paso atrás. Tenía las uñas largas decoradas con filigrana brillante.

—Tranquila —se apresuró a aclarar Maddi—, es sobre un par de emails que se han enviado desde aquí. Nada más.

—¿Desde acá? ¿Cuándo? ¿Adónde?

—Hemos rastreado la IP y nos ha traído hasta aquí. Los enviaron ayer y hoy a primera hora de la mañana.

—Pero… —Jugueteó, nerviosa, con la filigrana de sus uñas—. ¿Qué tipo de mensajes? ¿Sobre algo de acá? ¿Sobre nosotros?

—No, pueden estar tranquilos. —Lur se movió hacia la mesa longitudinal vacía—. Por lo que veo, ahora mismo los ordenadores no los ocupa nadie. ¿Suelen tener mucho movimiento? ¿Qué me dice de esta mañana a primera hora?

—No sabría decirles. Yo me acabo de incorporar ahorita. Verán, el negocio es familiar. Yo suelo atenderlo por las tardes y mi primo por las mañanas, pero me llamó para decirme que no se encontraba bien. Tenía muchos dolores en las tripas. No está pasando muy buena racha, el pobre. El caso es que me vine para acá para que él fuera a urgencias.

—Vaya, qué casualidad —dijo Lur mientras recorría el local—. ¿Y esa cámara?

La chica hizo un mohín con los labios y negó en silencio.

—Dios mío, van a creer que oculto algo, pero les juro y perjuro que lleva más de un mes estropeada. Mi primo es el manitas del negocio y, como ya les he dicho, no está pasando por su mejor momento. ¡Esto es un desastre! No saben cuánto lo lamento. ¿Cómo puedo ayudarlas?

Díganme. Puedo darles el número de teléfono de mi primo si así lo desean. O que él las llame. Lo que me digan.

Lur cruzó una mirada con Maddi, que sonrió y se inclinó hacia la chica.

—¿Nos dejaría instalar una nueva?

*

Oier entró en el garaje y aguardó en medio a que Juanma lo hiciera también. El lugar estaba helado y en silencio. Dos amplias plantas de paredes y suelos bastos, de cemento. Una moto de trial, un quad, un 4×4 con las ruedas embarradas y trastos por todas partes ocupaban el espacio. Había un hueco vacío al fondo, el único rincón que el hermano de Juanma le había cedido para que dejara la CBR a resguardo.

Observó varias telas de araña negruzcas que se apelotonaban en las esquinas del techo. Percibió un olor extraño. La última vez que estuvo no recordaba haberlo sentido. ¿Humedad? Oyó los pasos de su amigo tras él y la puerta metálica cerrándose.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Oier.

—¿A qué viene esa pregunta? —Juanma se frotó el pelo corto—. Te recuerdo que fuiste tú el último en verla.

—¿Qué insinúas?

—Tú has preguntado primero. ¿Qué hostias quieres que te diga?

—Joder, me refería a qué te dijeron ayer los ertzainas en comisaría. —Dio un paso hacia él—. Tranquilízate un poco, tío.

Juanma retrocedió amedrentado y sus talones se toparon con las ruedas del todoterreno.

Oier se detuvo de golpe. Estudió a su amigo. Tenía la nariz y las orejas rojas a causa del frío. La mirada penetrante, vidriosa. Y muy en el fondo una mezcla chocante: miedo y desafío.

—Nos despedimos al bajar del Topo —explicó Oier—. La vi marchar en dirección a su casa. Sé lo mismo que tú. ¿O no?

Juanma se movió inquieto. Oier no había dejado de escribirle desde la víspera para quedar y hablar, y él le había dado largas hasta que ya no había podido esquivarlo más.

—No vamos a volver a quedar aquí. ¿Te ha quedado claro? —Echó a andar y lo empujó en el hombro para adelantarlo—. Y por mí como si no vuelvo a verte.

Oier se giró.

—¿Y eso por qué, eh?

—Porque paso de ti y de tus mierdas —soltó desde la entrada.

—¿Has dicho «mis mierdas»? ¿Se te va la olla o qué?

—¡Sí, se me fue hace tiempo! —estalló yendo hacia él—. ¡Y todo por tu puta culpa!

El primer empujón pilló a Oier desprevenido y a punto estuvo de caer, pero el siguiente lo recibió con los pies afianzados al suelo, por lo que pudo responder con la misma fuerza para alejarlo. Juanma lo agarró con rabia de la pechera y lo lanzó contra el capó del todoterreno. Solo lo liberó para lanzarle un puñetazo a la cara, y después otro.

Oier consiguió agarrarlo de los hombros y se lo quitó a duras penas de encima. Se incorporó medio atontado.

—¿Qué hostias haces? —dijo llevándose la mano a la boca.

Juanma se quedó paralizado al ver los dedos de su amigo manchados de rojo.

—Me has partido el labio. ¿De qué vas?

El sonido de un taladro en algún garaje vecino cambió el rumbo de la energía malsana que los rodeaba.

Después llegó el silencio. Incómodo y rabioso.

—Lárgate de aquí, Oier —dijo sin mirarlo.

Él sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se lo pasó por los labios.

—¿Me has oído? ¡Pírate!

—Que te den, cabrón de mierda —murmuró, yendo hacia la puerta, mientras el clínex se teñía de carmesí.

Juanma apretó los puños y, pese a que se moría por volver a golpearlo, lo dejó marchar.

*

Si la persona regresaba al locutorio Irún Frontera para enviar un nuevo mensaje a la app de la Ertzaintza, esta vez, la cámara recién instalada grabaría todos sus movimientos. Los emails no habían arrojado ninguna pista sobre el supuesto testigo. ¿Era hombre, mujer? ¿Joven o viejo? El equipo, que volvía a estar reunido, solo sabía que su ortografía era correcta, que estaba preocupado por Sua Arismendi y que, por lo que fuera, no quería ser descubierto. El subcomisario se había encargado de contestar al último mensaje agradeciendo la colaboración y pidiendo más datos, pero todavía no había llegado ninguna respuesta.

—Ha podido ser alguien de su entorno. Su madre, algún amigo… —opinó Maddi—. Para que nos tomemos en serio su desaparición desde el minuto uno. No hace tanto de lo de Angustias Hernán.

Todos recordaban el trágico suceso del que hablaba. Aquella mujer desapareció y, pese a que su marido insistió en que la demencia había comenzado a manifestarse en ella, el juez, pretextando que era una mujer adulta y que podía haberse ido por decisión propia, se negó durante días a pedir una triangulación urgente de su teléfono móvil. Cuando por fin lo hizo, ya era tarde. El cuerpo sin vida de Angustias apareció en una zona rural de Irún, cerca de los hornos de Irugurutzeta. Por lo visto, caminó desorientada, sin rumbo fijo, y no logró sobrevivir a las frías noches.

—Podría ser alguien de su entorno, sí —murmuró Lur—. Oier Cortés vive en esa zona.

—¿Habéis hallado cámaras cerca del local? —preguntó Mateo.

—Hay una que está a unos metros, aunque no alcanza la puerta ni la calle del locutorio. Maddi y yo hemos solicitado las grabaciones, pero, si el remitente de los mensajes no eligió esa ruta, no va a servir de nada.

—¿Y el propietario del local, el que estaba cuando se enviaron los correos? ¿Se ha puesto en contacto con vosotras?

—La prima nos llamó hace un rato para decirnos que acababa de entrar en quirófano. Apendicitis —explicó Maddi—. Ya es mala suerte.

Kirmen murmuró por lo bajito. En las horas que llevaban trabajando juntos el ertzaina se había dejado la piel para que el resto entendiera por qué tenía esa fama de agonías. Nando García le hizo un gesto para que repitiera lo que acababa de decir, ya que ninguno había logrado escucharlo.

—Digo que a ver si no se complica nada en la intervención. Peritonitis, sepsis…

Además de triste, agorero.

Mateo puso los ojos en blanco.

—Estad atentas por si llama —zanjó García—. Su testimonio es importante. ¿Qué tenéis vosotros?

—Hemos hablado con los buseros y los taxistas que hicieron turno la tarde-noche del jueves y han asegurado no haber visto a Sua.

García se levantó y se puso junto a la pizarra.

—Bien. La triangulación y las grabaciones de la gasolinera la sitúan por última vez en la avenida Euskal Herria, a pocos metros de su casa. —Dibujó una equis con un rotulador azul en la superficie blanca—. Alguien tuvo que verla. Alguien tuvo que llevársela a algún lado, a las buenas o a las malas.

—Es un barrio cercano al centro, pero a veces no pasa ni cristo por ahí. —El agorero volvió a hacer acto de presencia—. Y menos por Miguel de Ambulodi, la calle paralela, que también da acceso a su casa.

—Hablaremos con los vecinos de esas dos rectas.

—Lo del teléfono móvil me inquieta —musitó Lur—. Dejó de emitir señales por esa zona. ¿Por qué? ¿Lo apagó ella y se fue por su propio pie? ¿Alguien la abordó, se la llevó y se encargó de apagarlo?

—Y tan cerca de su casa… —murmuró Mateo.

—La C de su agenda tiene que significar algo importante —opinó Maddi—. Si fuera algo sencillo, como…

El móvil del jefe volvió a sonar. La lluvia de ideas e hipótesis se detuvo hasta que García, con la mandíbula tensa y un gesto de cansancio, regresó a la conversación.

—Era una de las patrullas no uniformadas que siguen a los amigos de Sua. Al parecer, los dos chicos han quedado en un garaje y Oier ha salido de allí con el labio partido.

*

Frente a él, en un despacho de la comisaría de Irún, estaban el

subcomisario y la mujer morena. Los dos le habían dicho que solo querían tomarle declaración, que no era un interrogatorio, que podía irse si quería.

Oier Cortés fue a hablar, pero la herida del labio le dolió a rabiar. Sintió el calor de la sangre descender por la grieta abierta y se pasó la lengua antes de que los ertzainas se percataran. El escozor y el sabor a hierro, a incomprensión y a impotencia, lo encendieron por dentro. Él no quería estar ahí. Quería lanzarse por la ventana y salir corriendo hasta alcanzar un lugar remoto donde solo tuviera cabida él y, como mucho, su perro Tom.

—Ten. —La mujer le tendió un pañuelo de papel—. Estás sangrando.

Oier volvió a pasarse la lengua por la herida. La cascada sanguinolenta le embadurnaba los labios. Lo aceptó.

—Cuéntanos qué ha sucedido, Oier —pidió el subcomisario Nando García—. Es evidente que algo no marcha bien.

—Me tropecé y me mordí.

Lur carraspeó antes de hablar.

—La primera vez que hablé contigo, me dio la sensación de que aprecias a Sua. De que la aprecias de verdad.

—Sí, claro. Es mi amiga.

El pañuelo ya no era blanco, sino escarlata. Y parte del dedo índice estaba manchado de rojo. La oficial le tendió otro clínex.

—Pero, como comprenderás, nos ha parecido sospechoso que sus dos mejores amigos se encierren en un garaje y que uno de ellos salga con el labio partido.

—¿Nos estáis siguiendo?

—Solo queremos dar con ella.

—Pues buscadla —espetó él, casi escupiendo sangre—. Está ahí fuera. Ahí fuera, joder.

—¿De quién es el garaje? —preguntó el subcomisario.

—Del hermano de Juanma.

—¿Y por qué habéis quedado allí?

—Juanma guarda la moto en ese garaje.

—Eso no responde a mi pregunta. Hoy tu amigo ha dejado la moto en la puerta y ha esperado a que llegaras. Después habéis entrado los dos. ¿Para qué?

Oier miró hacia otro lado.

—Habéis dicho que podía irme si quería, ¿no?

Lur asintió y él se levantó y se dirigió a la puerta.

—Pues voy a hacerlo. No tengo nada que esconder. No sé a qué viene todo esto. Vi a Sua por última vez el jueves por la tarde después de bajar del Topo. Os lo dije a vosotras, luego a ti y ahora a los dos. No puedo ayudaros. Lo siento.

*

En la cara de Juanma Roitz no había rastro de golpes ni de arañazos. Su rostro estaba impoluto, más bien pálido y desdibujado, y lo que más resaltaba eran dos enormes ojeras violetas. El chico guapo, pensó Lur. Al igual que su amigo, tampoco había querido colaborar. Ella no sabía cómo interpretar sus silencios.

—Oier entró en el garaje con el labio en perfecto estado —comentó Nando—, salió con él partido y tú no sabes por qué.

—Yo estaba a mis cosas cuando se fue. No sé qué le pasaría. Igual se golpeó. Los dos estamos nerviosos por la desaparición.

—O sea que el garaje es de tu hermano y tú guardas allí la moto. Nada más. ¿Oier y tú soléis ir a menudo? ¿Sua también?

—No, qué va. Tengo la moto desde Reyes. Antes del día 6 yo ni tenía la llave.

—¿Crees que tu hermano tendrá algún inconveniente en que echemos un ojo allí dentro?

Juanma elevó las cejas y las ojeras se expandieron como si quisieran teñirle de morado todo el rostro.

—Se lo preguntaré.

—¿Podrías llamarlo ahora? Nos gustaría zanjar este tema y así poder seguir buscando.

El chico se quedó quieto, callado, como si alguien lo hubiera sustituido por una réplica. Un muñeco. Luego puso en marcha el brazo —la musculatura de su rostro seguía congelada— y después la mano para sacar el móvil del bolsillo del abrigo. Buscó en sus contactos y se lo llevó a la oreja.

—Carlos, estoy en comisaría.

—(…)

—Por la desaparición de Sua.

—(…)

—No, nada nuevo.

—(…)

—Los que llevan la investigación me preguntan si pueden darse una vuelta por tu garaje.

—¿Y eso a qué viene?

Lur y Nando oyeron al chico al otro lado. Por lo visto había elevado el tono.

—No lo sé, Carlos. No lo sé. —Se levantó y se fue a una esquina del despacho.

—(…)

—Sí, tranquilo.

—(…)

—Están esperando una respuesta. Ya te he dicho que estoy en comisaría.

—(…)

—De acuerdo. *Agur*. —Guardó el teléfono y se volvió a sentar—. No tiene problemas en que vayáis…

—Gracias, Juanma —dijo Lur.

Por fin podrían avanzar. Sin trabas.

—Siempre y cuando llevéis una orden —remató el chico.

*

Seguía recorriendo la casa y desordenando las habitaciones con obsesión. Anita la observaba sin saber qué hacer. Entendía sus nervios. Sua había desaparecido y continuaban sin noticias, pero ¿hasta qué punto era normal su comportamiento? ¿Cuándo alarmarse?

El paso de Nekane era frenético e iba de aquí para allá en bragas y camiseta interior. Su hija decía que tenía calor, que le picaba todo. Una desazón por el miedo y la preocupación. La incertidumbre le arrasaba cada centímetro del cuerpo. De dentro afuera. Desde las entrañas hasta cada poro de su piel. El cabello cada vez más alborotado, como si se lo hubiera cardado para disfrazarse de bruja o de zombi, y los ojos abiertos. Desorbitados.

—¡Para un poco! —gritó Anita, contagiada por el desquicie—. ¡Tienes que controlarte, hija!

Nekane en aquel momento salía del servicio e iba a buena velocidad por el pasillo. Ignoró los gritos de su madre.

Esta fue tras ella y, en un arrebato, la agarró de la cintura. Anita era más baja, pero estaba rellenita y utilizó su peso para anclarla al suelo. La sostuvo durante unos segundos, lo que pudo, pero la hija, joven, delgada y con los nervios de punta, se escurrió como una anguila y se giró.

—¡Déjame en paz, ama! —Tenía los labios resecos y la mirada endemoniada.

Anita se quedó quieta. Dio un paso atrás.

—No puedo dejarte en paz. Ni siquiera has probado un trago de agua —susurró—. Te vas a deshidratar.

—¿Por qué no te vuelves al pueblo? —preguntó, señalándola—. No me ayudas en nada. ¡En nada!

La mujer tragó saliva mientras veía a su hija retomar la actividad obsesiva hasta desaparecer entre los trastos de una de las habitaciones.

Cogió aire, indecisa, y se metió en la cocina. Cerró la puerta. Localizó su bolso colgado en el respaldo de una de las sillas. Hurgó en él hasta encontrar el teléfono. Lo sacó con manos temblorosas y marcó el 112.

—Necesito que ayuden a mi hija —dijo en cuanto surgió una voz al

otro lado.

*

La jueza los acusó de hacerle perder el tiempo, porque Carlos Roitz ni siquiera era sospechoso de la desaparición de Sua. De pedir órdenes sin pies ni cabeza. El equipo aguantó el chaparrón y quedó con el dueño del garaje igualmente. Cuando Lur y Maddi llegaron, él las estaba esperando con la puerta abierta. Era un chico alto. Grande. No parecía meter horas en el gimnasio, como su hermano. Tenía cinco años más que él y la misma cara angulosa. Sin antecedentes. Un chico limpio, como Oier y Juanma.

—Carlos Roitz, ¿verdad? Sentimos las molestias —dijo Lur, acercándose—. Soy la oficial Lur de las Heras y ella es la agente Maddi Blasco.

Carlos hizo un gesto con la cabeza. No dijo nada más.

—Enseguida llegarán nuestros compañeros de la científica y les dejaremos hacer su trabajo —añadió—. ¿Nos permites?

Él empujó la puerta.

—Adelante.

Lur y Maddi dieron un paso al frente, pero decidieron no ir más allá para no tentar a la suerte. Echaron un vistazo desde la entrada. Era un garaje amplio. Había una moto de trial, un quad y un 4×4 con las ruedas de tacos llenas de barro.

—¿Qué tienes en la planta de arriba?

—Un sofá, una televisión, un frigorífico… Cosas de ese estilo. Lo utilizo para estar tranquilo.

—Supongo que conoces a Sua.

«¿La C de la agenda se refería a Carlos?», pensó Lur.

—Sí, claro, la conozco por mi hermano, pero no he coincidido mucho con ella.

Había manchas granates en el suelo.

—Hará meses que no la veo —añadió.

El teléfono sonó en el bolsillo del abrigo de Lur. Era un mensaje de sus

compañeros de la científica. Salió del garaje y los localizó a pocos metros. Les hizo un gesto con la mano.

—Has sido muy amable, Carlos. Nosotras aquí no podemos hacer mucho más. Mis compañeros te preguntarán si prefieres que el registro de los vehículos se haga dentro o fuera del garaje.

—¿Cómo? ¿Y dónde está la orden?

—Para los vehículos no necesitamos ni tu permiso ni oficio judicial. —Lur alargó la mano hacia él, ofreciéndole una tarjeta—. Llámame si recuerdas algo que creas que pueda facilitarnos la búsqueda de Sua.

Él estaba atónito. Parpadeó antes de cogerla.

*

Estaba fuera de combate y a ratos le costaba levantar los párpados. Tenía frío y le dolía todo el cuerpo. Su mujer le decía que tenía que descansar, que acababa de salir de una intervención de apendicitis, que se olvidara de lo demás, pero él no se quitaba de la cabeza lo que le había contado su prima. Entre sueños iba y venía el runrún y se le estaba haciendo obsesivo. Agónico.

—Tengo que llamarlas —dijo con un hilillo de voz.

—Ya lo hemos hablado. —Ella estaba sentada al lado de la cama. Se subió las gafas a la cabeza y cerró el libro que estaba leyendo—. Ahora no.

—Marca el número, por favor. No soporto más este calvario. No se me va de la cabeza.

Dejó el libro sobre la colcha y se levantó. Le puso la mano en la frente.

—Mañana será otro día.

—Si no lo hago ya, no voy a conseguir pegar ojo en toda la noche. Coge mi móvil y llama al número que te dio mi prima.

Su mujer resopló y tomó el teléfono que estaba en la mesa auxiliar. La tarjeta de la ertzaina estaba también ahí. Se volvió a colocar las gafas y marcó el número.

—Buenas tardes. ¿Lur de las Heras?

—(…)

—La llamo desde el hospital. Mi marido quiere hablar con usted, es el dueño del locutorio Irún Frontera. Si tiene un rato para conversar, se lo paso.

—(…)

El hombre alargó el brazo para atender la llamada.

—Hola, buenas tardes, agente.

—(…)

—Salió bien, gracias.

—(…)

—Esta mañana no veía el suelo que pisaba. Estaba con mucho dolor. Entró gente al locutorio, pero los recuerdos están confusos. Lo lamento mucho.

—(…)

—No tenemos datáfono. Los clientes pagan en efectivo.

—(…)

—Ayer, a esas horas que me dice, recuerdo a tres personas que no había visto nunca por el local. Un chico alto y una chica flaquita de pelo liso y oscuro, los dos de raza blanca.

—(…)

—No, no iban juntos. También entró un joven negro. Me pareció entender que era de Senegal, pero no me haga mucho caso.

—(…)

—Ya le digo que hoy con los dolores no sé quién entró, no sé si alguno de la víspera regresó.

—(…)

—Claro, cuando quieran.

—(…)

—A usted.

Volvió a alargar la mano para que su mujer dejara el teléfono en la

mesa auxiliar.

—Me han preguntado si podían venir acá. Quieren mostrarme unas fotografías y que yo les diga si corresponden a alguno de los clientes que entraron ayer temprano.

*

Ocho semanas antes de desaparecer

Caía una lluvia fina y Sua, al salir de la cantera, dudó si acercarse a los bloques y coger el autobús, pero al final optó por volver andando a casa con la esperanza de regresar en la compañía del chico. Rebuscó en el bolso y no halló su paraguas plegable. No solía separarse de él, ya que no pesaba nada, pero vete a saber dónde lo había olvidado. Se abotonó el abrigo hasta el cuello y se cubrió el cabello con la bufanda.

—Mira que te dije que por el barrio pasa un bus.

Sua sonrió y el corazón se le aceleró bajo las costillas.

—¿Y recuerdas qué te respondí?

El chico se puso a su lado y la cubrió con un paraguas.

—Claro, pero ¿lloviendo también?

—Que somos del norte —bromeó ella—. ¡Si solo son cuatro gotas!

Él se rio por lo bajito y Sua pensó que su risa era tal cual se había imaginado. No le pegaba nada en absoluto carcajearse. Montar un escándalo. Era silencioso. Una sombra. Un guardián. Protegía a su madre y ahora ¿a ella también? Lo llevaba en la sangre. Un cuidador nato.

«Así nunca conseguirás ser feliz —quiso decirle—. Hazme caso. Lo sé por experiencia».

—El otro día no me dijiste qué fue de tu padre tras agredir a tu madre.

Se miraron a los ojos.

Sua, además de percibir ese aroma a jabón que emanaban sus manos o sus prendas, distinguió también el de un champú cítrico que ella misma utilizó en el pasado. Su cabello corto esta vez estaba limpio.

—No ha vuelto por aquí.

—Me alegra oír eso.

—Yo, por si las moscas, duermo con su escopeta de caza. No pienso consentir que vuelva a hacerle daño.

—Joder —se le escapó a Sua. Aunque en el fondo le habría dicho que ella también lo haría por su madre. Que no eran tan diferentes el uno del otro.

—En realidad no sé si está vivo o muerto. Era un cabrón —se desahogó— y un puto borracho.

—Y un maltratador —añadió ella.

—Sí, pero de eso no se mueren, de lo otro sí. Ojalá se haya destrozado el hígado a base de lingotazos.

—Qué injusta es la vida… El mío se mató trabajando. Se cayó de un andamio cuando yo tenía cinco años.

El chico tragó saliva.

—Lo siento. —Al decirlo arrimó el hombro al de ella.

—Lo echo de menos.

—Debería haber sido al revés. Qué pena. Así tú y tu madre estaríais disfrutando de tu padre y el mío habría dejado de hacerle sufrir a la mía.

—La ansiada justicia divina… Me temo que es más irreal que los príncipes azules —murmuró ella a la altura del puente.

Él aprovechó para sacudir las gotas de lluvia del paraguas.

—Muchas veces deseaba que una piedra se desprendiera de la cantera y lo sepultara. Un golpe seco. Letal.

Sua se imaginó el impacto y le sobrevino un pequeño espasmo en los músculos de los hombros.

—Pensarás que no estoy bien de la cabeza —dijo él antes de suspirar. La volvió a cubrir con el paraguas—. No es normal desear que le ocurra algo así a tu propio padre.

—Después de las calamidades por las que habréis tenido que pasar, lo raro sería no desearlo.

—¿Por qué eres tan maja?

—Porque con personas como tú es bien fácil serlo.

A pesar de la noche, Sua distinguió rubor en sus mejillas.

—Ahí está tu barrio. ¿Quieres que te preste el paraguas?

—No, bastante has hecho acompañándome hasta aquí. Además, si me lo llevo, el que se moja eres tú. Menuda pedazo de egoísta sería, ¿no crees?

—No sería para tanto.

—Hasta otra —se despidió, echando a correr.

—Agur *—contestó él*.

Pero ella ni siquiera lo oyó porque esprintaba como una gata bajo la lluvia.

*

Varios pantallazos de los viandantes que pasaban cerca de la única cámara que había a unos metros del locutorio. Fotografías de los amigos de Sua. Familiares. Esas eran las imágenes que le habían mostrado al propietario del locutorio.

A Lur y a Maddi les había dado cierto reparo presentarse en el hospital, pero no podían dejarlo para otro momento. Las horas iban pasando y la chica seguía sin aparecer. Quizá también lo hicieron un poco contagiadas por la negatividad de Kirmen. ¿Y si la recuperación de la apendicitis se complicaba? Ahora el testigo estaba despierto y lúcido. Convaleciente, pero operativo. Por eso no dudaron ni un segundo y se plantaron en la habitación antes de acabar la jornada.

El pobre hombre, sin embargo, no reconoció a nadie.

—Vayámonos de aquí —dijo Lur, ya en el pasillo—. Me asfixian el calor, la atmósfera recargada, los olores… Cada vez que piso un hospital, se me instalan los nervios en el estómago. Pasé muchas horas aquí metida con mi abuela.

Maddi esperó a llegar al vestíbulo, cerca de las puertas de salida y bien lejos de las habitaciones, para preguntarle.

—Los hospitales son así. Nos curan unas veces y nos atormentan otras. ¿Sufrió mucho, tu abuela?

Lur meditó la respuesta.

—A veces una no sabe quién sufre más, si los que están ahí dentro o los que venimos de fuera a cuidarlos. Fue todo hace diez años. Mi padre no se ocupó porque no podía verla así, enferma, así que yo fui la que se encargó de todo.

—El clásico egoísmo. ¿Se le ocurrió preguntarse si tú podías verla así? Además, ¿por qué era más responsabilidad tuya que suya?

—Él bastante tenía con ir de aquí para allá con Maribel. Ya sabes, su novia. Además, acababa de conocerla y estaba como un quinceañero.

A Lur no le sobraban los apoyos. La primera en largarse fue su madre. La abandonó cuando tan solo era un bebé. Después vinieron las partidas de su abuela y, por último, de su padre. Seguía entre los vivos y seguía viviendo en Irún, pero, desde que había conocido a Maribel, era como si ella ya no tuviera cabida en su nueva etapa. Pareja con hija y nietos. Para qué más. Se había entregado a ellos en cuerpo y alma, y a Lur ya ni las migajas. Su progenitor había vivido la enfermedad de su hija desde la distancia, incluso cuando estaba llena de limitaciones severas. Claro, supuso que tampoco podía verla así.

—Uy, ¿aquella no es la abuela de Sua?

La pregunta de Maddi le cortó por lo sano los pensamientos. Miró allí donde señalaba su compañera y vio a la madre de Nekane metiendo unas monedas en una máquina de café.

—Anita, ¿todo bien? —preguntó Lur acercándose.

En el rostro de la mujer había cansancio y preocupación.

—Es mi hija. Esta tarde tuve que llamar a una ambulancia porque ya no sabía qué hacer. Nekane estaba histérica. Puso los dormitorios patas arriba buscando pistas, o lo que fuera, mientras se quitaba la ropa y se rascaba todo el cuerpo. Nunca la había visto así. Lo de Sua… —Le tembló la barbilla. Extrajo un pañuelo de tela del bolso para secarse las lágrimas—. Ahora duerme en uno de los boxes. A las enfermeras les ha costado tranquilizarla. No atendía a razones. Estaba fuera de sí. Enseguida me explicaron que se trataba de un ataque de ansiedad o de pánico.

Se sentaron en unas butacas del pasillo y acompañaron a Anita durante un rato. Maddi y Lur poco más podían hacer que escuchar a la pobre mujer. Bien es cierto que eso era para ella suficiente. Cuando se tranquilizó y se acabó el café, las ertzainas se despidieron de ella y, además de ofrecerle su ayuda si la necesitaba, le pidieron que las mantuviera informadas.

*

Casi eran las nueve de la noche cuando abrió la puerta de casa. Recordó la mañana antes de poner rumbo a la comisaría y le pareció

que hubiese pasado un siglo desde entonces. Apenas había pensado en Fidel, y mucho menos en sus morros, y tampoco en Mía ni Igor. La actividad frenética le había fundido todo tipo de sentimientos. No se avergonzaba. Emplearse a fondo en un trabajo que la apasionaba, y que como último fin tenía acabar con el sufrimiento de una familia, la dejaba en paz consigo misma. Suspiró y cerró la puerta. No tenía ninguna gana de enfrentarse a su marido, pero se moría por ver a sus hijos. Por comérselos a besos, por inspirar el olor que desprendía su piel.

Sus abrazos la derretían y sus «Te quiero, ama» le henchían el corazón.

—¡Hola! —gritó desde la entrada.

Se preparó para recibir un susto de sus hijos. Tenían esa manía y ella fingía que casi la mataban de un infarto. A veces hasta se tiraba al suelo para darle dramatismo. Ellos se lanzaban entonces como hienas y la aplastaban contra el parqué.

Avanzó por el pasillo, pero enseguida se dio cuenta de que no le aguardaba ninguna sorpresa tras las puertas de los cuartos y los armarios. La casa estaba fría, demasiado, como si la calefacción llevara horas apagada.

—¿Dónde os habéis metido? —dijo recorriendo las habitaciones.

Además del frío, se percibía un silencio hueco que para nada reconocía.

Allí no había nadie.

Consultó el teléfono por si Fidel le había enviado algún mensaje, pero desde la víspera no se habían mandado ninguno.

Marcó su número.

Un tono, dos tonos, tres tonos.

Nada.

Volvió a insistir, pero halló el mismo resultado.

Son casi las nueve
¿Dónde os habéis metido?
Estoy en casa y me ha extrañado no veros a estas horas

Envió el mensaje seguido de otros dos:

Observó la pantalla durante unos minutos, esperando que Fidel leyera los wasaps, pero su marido no estaba en línea.

Se preparó un sándwich y un puré de patata ligero, sin dejar de consultar el móvil cada minuto, y cenó sin despegar la mirada de él.

Al terminar, decidió enviar un mensaje a su cuñado, a su madre y también a unos amigos. Fue breve e intentó redactarlo de una manera informal para no alarmar a nadie pese a que en su interior la alarma había saltado en cuanto sintió el frío en su hogar.

¿No estarán por ahí Fidel y los niños?
Llevo todo el día trabajando y ya no recuerdo en qué quedamos

Todos, excepto su marido, contestaron enseguida.

Ninguno los había visto.

*

Lur, sin embargo, encontró la casa templada y viva, ya que una canción melódica se escapaba del dormitorio de Guillermo.

Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Rosa acababa de abordarla en el rellano de la escalera y, para no empeorar las cosas, Lur no había querido revelarle que su nuera estaba ingresada. Tampoco que los operativos de búsqueda se suspendían por la noche. Dio dos vueltas a la llave e, ignorando la preocupación que le tenía reservada la noche, fue directa al sofá con la sensación de que la jornada había terminado.

Afinó el oído y reconoció *I Need My Girl*, de The National. El exguía había permanecido catorce años aislado de la sociedad, sin radio ni televisión, y, desde que era libre, se había aficionado a escuchar Spotify. Sobre todo elegía grupos estadounidenses de rock independiente: Band of Horses, The War on Drugs, Sea Wolf.

Conectó la manta a la máxima potencia y se tumbó con una necesidad que rozaba lo vital. Llevar dos días sin parar le había acarreado agujetas por todo el cuerpo. Por no hablar de la tensión que llevaba horas soportando en la espalda y el diafragma. Ya no se tenía en pie e incluso le costaba respirar. Por suerte, el calor enseguida la fue reconfortando y las rigideces y contracturas comenzaron a ceder a su manera. Primero a la altura del sujetador, después en la zona lumbar y, por último, y con ayuda de varias respiraciones profundas, el

diafragma. Seguía hecha un trapo, pero la armadura en la que se había convertido su cuerpo ya no apretaba tanto.

Oyó los pasos de Guillermo desde el salón. Ya no sonaba The National.

—¿Estás bien?

—Sí, solo necesito un momento.

Él le observó los pies, aún calzados con los botines negros.

—Estaba tan rígida —se apresuró a explicar— que he preferido tumbarme antes de hacer ningún movimiento brusco. ¿Conoces esa maldita sensación de que estás a punto de partirte? Como si los músculos hubieran perdido toda la elasticidad.

—Quizá te has apresurado y debas seguir de baja.

—No te preocupes. Aguanto bien. —Se giró de lado para levantarse—. Hace unos meses, pasar todo el día fuera de casa era impensable.

—¿Adónde vas? —preguntó dando un paso hacia ella.

—A cenar algo.

—Yo me encargo. Aún quedan hamburguesas de ayer. Anda, sigue descansando un rato más.

—Te lo agradezco, pero…

—Chis —la interrumpió—. Ahí quieta.

—El día que me cobres todo lo que haces por mí no voy a poder pagarte ni atracando un banco.

—Me conformo con que me cedas la casa. —Le guiñó un ojo antes de desaparecer camino a la cocina.

Lur sonrió. Era una broma interna que solo ellos dos entendían. Los miembros de la familia Fritz cedían sus bienes antes de ingresar en la comunidad. Mientras oía a Guillermo tararear, el traqueteo del cuchillo sobre la tabla de madera y el aceite siseando en la sartén, se adormeció en el sofá y se sintió verdaderamente en casa.

Esta vez, él acompañó las hamburguesas con una generosa ensalada de hojas de roble, aguacate, nueces y aceitunas rellenas de limón. Una presentación que a Lur conquistó y a su pobre estómago enamoró. Llevaba dos días portándose muy mal con él. Comiendo poco y a

deshoras. Por eso decidió cenar sin prisa. Saboreando lo que el exguía había preparado con mimo.

Al terminar se puso de pie dispuesta a recoger la mesa y, al ver que Guillermo agarraba un plato y hacía el amago de levantarse, le posó la mano en el hombro.

—Yo me encargo. Faltaría más. —Los dedos de Lur seguían apoyados. Él emanaba calor. Emanaba un hormigueo. Un aleteo que siempre se apoderaba de ella. Quitó la mano como si le hubiera dado un calambrazo, consciente de que la había mantenido sobre la sudadera más tiempo de lo normal—. ¿Quieres tomar una infusión de jengibre? —Ella sabía que eran sus favoritas.

—Solo si me acompañas. —La voz de Guillermo, segura y contundente, dio paso a un silencio tonto.

—Claro —dijo sin girarse.

El hormigueo del cuerpo de Lur se transformó en un seísmo.

«Lo que les faltaba a mis pobres músculos».

Se sentó con las infusiones y los dos se llevaron la taza a los labios. Aquel mejunje ardía tanto que era imbebible.

Las volvieron a dejar sobre la mesa y sus miradas se cruzaron. Se detuvieron en los ojos del otro, después en los labios.

Un fogonazo combustionó dentro de ella, pero sus defensas, siempre alerta, se encargaron de apagarlo obligándola a decir lo primero que le vino a la boca.

—La tablet.

Guillermo la localizó sobre la encimera.

—¿Qué le pasa?

—No… Que ayer te la dejaste encendida. —Agarró la taza. Seguía quemando. La soltó.

—Vaya, no me di cuenta.

Lur se pasó la servilleta por los dedos secos. Se dio cuenta de que él observaba sus extraños movimientos.

—Si no pasa nada. Pero eso, que al apagarla… vi lo de la ONG.

Él parpadeó y tragó saliva. Ella lo notó al percibir cómo su nuez basculaba. Estaba incómodo. ¿Por qué?

—Tranquilo. No tienes que explicarme nada. Discúlpame.

—No, si yo…

El sonido del teléfono de ella zanjó la conversación.

—Qué raro —murmuró—. Es Maddi.

*

Lur le había dicho que estuviera tranquila, que intentara relajarse. Que no se moviera, que cogía un taxi e iba a su casa. Que algo se les ocurriría. Que seguro que estaban a punto de aparecer. Pero esperarla se le estaba haciendo agónico. Era la única a la que le había contado que la situación no le gustaba ni un pelo.

El sonido del interfono casi la hizo saltar. Corrió hasta él con la esperanza de que fuera su marido, pero fue la voz de Lur la que oyó.

Maddi se echó a llorar en cuanto entró en casa. Su compañera la rodeó de los hombros y la atrajo hacia sí.

—Tranquila, tranquila.

—Joder, siento ponerme así. Siento haberte mareado a estas horas —dijo ella al separarse—, pero es que no sé qué hacer. Ya han pasado más de dos horas desde que lo llamé la primera vez. Son casi las doce. Mis niños ya deberían estar en casa.

—Dices que nadie de tu entorno los ha visto, ¿verdad?

Maddi asintió y se secó las lágrimas con el puño del jersey.

—Podemos empezar preguntando en los hospitales —sugirió Lur—. Llamamos a comisaría y que nos echen una mano.

—No, por favor, no ha podido pasarles nada. No, joder…

—No tiene por qué ser más que un susto, Maddi.

—Es que, además, por más vueltas que le doy… Ahí fuera hace menos dos grados. ¿Dónde están? —Un nuevo mensaje llegó justo entonces a su teléfono—. Es mi madre. Me pregunta si ya están en casa. No puedo decirle que no. No puedo cargarla con…

Al tener la mirada clavada en la pantalla, Maddi se percató de que Fidel estaba en línea.

El corazón le dio un vuelco.

Lo llamó.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos, cinco tonos, seis tonos.

Un clic.

—¿Dónde estáis? ¿Qué ha pasado? —preguntó ella, alterada, sin darle tiempo a contestar.

—Me había quedado dormido y ahora he visto tus mensajes y llamadas. También me ha escrito mi hermano preguntándome dónde estábamos.

—¿Dormido? ¿Dormido dónde?

—¿A qué te refieres? ¿Qué narices te pasa?

—Estoy en casa y aquí no estáis.

Maddi no entendía nada y la corroía un terror desconocido.

—Ya te dije que me llevaba a los niños al apartamento de Guéthary.

—¿Qué apartamento de Guéthary?

—Aquel al que fuimos tú y yo hace años. El de las vistas impresionantes. La mar está revuelta y quería enseñarles desde aquí las olas.

Maddi se quedó paralizada, la vista clavada en ningún sitio, la boca abierta. Lur habría querido intervenir, pero con oír el eco de la conversación al otro lado del móvil tenía bastante.

—Pero ¿qué me estás contando? —saltó.

—Te lo dije esta mañana. Me comentaste que no contáramos contigo, que ibas a estar todo el fin de semana trabajando.

Ella distinguió cierto retintín pese a que su marido se empeñó en disimularlo casi a la perfección.

—Esta mañana no me dirigiste la palabra. Desde ayer no lo haces, Fidel.

—Maddi, te lo dije. Después de beber un vaso de agua… No me fastidies.

La patrullera apretó los dientes. Sus mejillas eran presas de un calor sofocante.

—¿Dónde están Mía e Igor? —preguntó, cortando por lo sano. Por ahí no iba a seguir. Por ahí no.

—Dónde van a estar… Acostados.

—Voy ahora mismo para allá.

—No son horas, Maddi. Quédate en casa y descansa. Nosotros mañana por la tarde estamos de vuelta.

—No, ni hablar. Pásame la ubicación. Salgo ahora mismo. —Colgó y miró a Lur con una mezcla perfecta de angustia y rabia en los ojos—. Lo ha hecho para castigarme —susurró. Le dolían las mandíbulas, la mano de sostener el teléfono, los hombros. El pecho.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, te lo agradezco —dijo poniéndose el abrigo a toda prisa.

—Como quieras. Pero mantenme informada, ¿de acuerdo? —Cogió el bolso—. Y pásame la ubicación por si necesitas que vaya —pidió preocupada.

*

Veinte kilómetros separaban su casa del apartamento de Guéthary. Veintiséis minutos en coche. Maddi cruzó la frontera francesa y tomó la autopista A-63. A unos diez minutos de su destino, tomó la salida tres y continuó por una carretera sinuosa que transitaba en paralelo a la costa. A aquellas horas no había tráfico y el mar parecía una superficie de petróleo. Bajó la ventanilla y oyó la marejada a lo lejos. Sonaba enfadada. Rugía. La cerró porque el frío no tardó en colarse en el interior del vehículo. La pantalla del salpicadero la alertó de que ahí fuera estaba helando. Agarró el volante aún más fuerte y notó la musculatura tensa en los brazos, en los hombros, en el cuello. A ese ritmo le reventaría cada hueso del cuerpo.

«Cálmate», se dijo.

Reconoció en el horizonte el bloque longitudinal de apartamentos. Era una casa blanca de dos plantas con contraventanas rojas de madera.

Alrededor, un jardín cuidado donde abundaban las palmeras y algún plátano de sombras. El encanto que Maddi recordaba de aquel complejo vacacional ahora se le antojaba tenebroso y lóbrego.

Estacionó en el aparcamiento situado cerca de recepción y, al salir del coche, echó un vistazo rápido y reconoció una sombra alargada en una de las puertas. La altura de la persona que aguardaba le indicó que sin duda era su marido.

Una tormenta de sensaciones se apoderó de ella. Había nervios, tristeza, frustración, ansia. Miedo.

Caminó hasta él y lo miró a los ojos. Brillaban. Cuántas veces se había perdido en aquel centelleo mágico. Incontables. Lo había querido tanto, tantísimo… ¿Qué le había pasado? ¿Qué clase de persona se había apoderado de él?

Estaba serio.

—¿De qué vas? ¿Eh? ¿De qué coño vas? —soltó ella. No voceó, pero su tono sonó amenazante.

—Oye, si te vas a poner así, mejor te largas. He venido a descansar, no a que nadie me toque las pelotas.

Maddi tomó una bocanada de aire gélido para intentar templarse. Por dentro ardía de rabia.

—Aparta.

Su marido tenía los brazos cruzados sobre el pecho, la espalda recta, la barbilla levantada. No se había movido de la entrada de la casa para hablar con ella ni lo hizo ahora, cuando se acercó para pasar.

—¿En serio no vas a dejarme entrar? —Un incipiente cuadro de ansiedad se instaló en su cuerpo. Lo reconoció enseguida: sensación de debilidad, presión en el pecho, sudoración…—. ¿Me has oído? —insistió, sintiendo los primeros síntomas de ahogo.

Fidel ladeó la cabeza y se movió lo justo; ni siquiera en eso fue generoso. Maddi se coló como una contorsionista por el hueco que quedaba entre su cuerpo y el marco de la puerta y consiguió no rozarlo al hacerlo.

Buscó a sus hijos por el pequeño apartamento. Abajo se hallaban la cocina, el baño y el salón con un sofá cama. Arriba, dos habitaciones. Una era de matrimonio y estaba vacía, a excepción de la maleta de

Fidel, colocada en medio del colchón. Se asomó al otro dormitorio. Estaba a oscuras. La luz artificial del pasillo que se coló la ayudó a distinguir dos camas y dos siluetas bajo las sábanas. Eran sus hijos. Aguzó los sentidos y los oyó respirar. Allí dentro olía a ellos y a algo más. Productos de limpieza y detergentes ajenos.

Después de enviar un mensaje a su madre y a Lur para que se quedaran tranquilas, entró con sigilo, se descalzó y dejó el abrigo y el pantalón vaquero sobre una silla de madera. Se acercó a la cama donde dormía su hija. Su piel finita, sus párpados relajados. Le besó la frente y los labios le hormiguearon.

«Mi niña», pensó.

Mía seguía cuidando de su hermano pequeño. Desde que Igor había empezado con las pesadillas, no se separaba de él por las noches. Ni su carácter independiente la había frenado de abandonar su habitación para mudarse a la de él.

—¿Ama? —preguntó la niña en sueños.

Maddi retiró los labios de su frente y se alejó para no despertarla. Se acercó a Igor. Los hermanos dormían en camas separadas. Estaban tumbados de lado, frente a frente. Como si se vigilaran.

Se metió en la de su hijo y lo abrazó por la espalda. Oyó los pasos de Fidel y, después, cómo se encerraba en la habitación de la maleta.

Maddi pegó la nariz al cabello de Igor y percibió su olor. Ningún aroma intruso. Únicamente su olor.

Solo entonces, con ellos, con su camada, se sintió en su verdadero hogar y a salvo.

Domingo, 12 de enero

«Inquietud» era la palabra que la había acompañado durante toda la noche. Pese a que Maddi le había escrito desde Guéthary diciéndole que todo estaba en orden, Lur no había logrado quitarse de encima la preocupación. ¿Cómo iba a estar todo en orden? No le entraba en la cabeza lo de Fidel.

«Lo ha hecho para castigarme».

Le daban escalofríos solo de recordar esa frase en boca de su amiga. Los hijos como arma arrojadiza, como objetos de escarmiento. ¿De qué maldito infierno salían los hombres como él?

Iba a vigilarlo muy de cerca.

Le dio un vuelco el estómago al ver el coche acercándose. Paró a su lado. Nada más entrar vio la cara de cansada que traía su compañera. Desvelo, tristeza, contrariedad. Había un poco de todo.

—Gracias por lo de ayer y perdona. —La patrullera dudó antes de seguir—. No debí llamarte a aquellas horas.

—No te disculpes. Yo habría hecho lo mismo. Motivos no te faltaban. —La miró a los ojos—. ¿O ahora crees que sí?

La aludida suspiró.

—¿Y si de verdad Fidel me dijo por la mañana que se iba a pasar el fin de semana al apartamento?

—Maddi, llevaba sin hablarte desde la víspera.

—Lo sé. —La tristeza ganó la partida a los demás sentimientos y le cubrió el rostro como si se tratara de una máscara. Metió primera y enfiló la carretera—. ¿Y sabes lo peor? Que ya me he condenado. Soy la culpable ante el resto. A todos los que ayer pregunté por Fidel y los niños, les he tenido que decir que me avisó sobre lo de la escapada, pero que, con el trajín de la investigación, se me olvidó. ¿Cómo iba a contarles nuestras mierdas? ¿Cómo enzarzarme en algo así?

Ahora fue Lur la que suspiró. Los hilos viscosos que envolvían a Maddi se habían multiplicado y apretaban con fuerza. Quería ayudarla a salir de ahí, pero no sabía cómo.

—«Me lo debió de decir, pero ni lo oí, ama»; ese es el mensaje que le escribí anoche a mi madre. Y me avergüenzo un huevo, ¿sabes? Es como si hubiera dos Maddis y a una la hubiera amordazado.

Ambas guardaron silencio.

—No sé ni qué decirte —reconoció Lur—. Los celos enturbian a la gente y tu marido lleva muy mal que hayas alcanzado el puesto que él lleva tiempo ansiando. Además, es la segunda vez que lo aceptas. Está herido, pero, sobre todo, frustrado y rabioso. Ya no sabe qué hacer para que recules.

—Tiene que entender que me merezco esta oportunidad. Que no la puedo dejar pasar. No voy a recular. No es justo.

—No debería meterme donde no me llaman, pero… ayer… ¿se puso agresivo?

—No, apenas intercambiamos palabra. Él en sus trece. Que me lo dijo. —Lo recordó delante de la puerta del apartamento. Ahí parado, dificultándole la entrada como si fuera el guarda de seguridad de una discoteca—. Esta mañana apenas podía mirarlo a la cara. Al margen de lo que me hizo pasar anoche, me duele en el alma que me haya obligado a mentir a los míos.

Al aparcar frente a la comisaría, Maddi respiró hondo. Lur casi notó cómo los hombros de su compañera se inclinaban hacia delante, empujados por una carga inmensa. Los ojos de Maddi enfocaban a ningún sitio.

—Eres la única que está al tanto de toda esta mierda…

—En mí puedes confiar —se adelantó Lur—. Esto no saldrá de aquí. Y voy a estar a tu lado para lo que necesites. Y te lo digo en serio, Maddi.

La patrullera la miró.

—Te prometo que mi vida privada no va a interferir en la investigación —susurró con culpa y vergüenza en el gesto.

—Ni se te ocurra pensar así. No te lo permito. Eres una profesional de los pies a la cabeza. Yo lo tengo muy claro. Solo espero que también lo

sepas tú.

Maddi cogió aire, sonrío casi sin fuerzas, se armó de seguridad y dijo:

—Tú y yo vamos a encontrar a Sua.

—Ya lo creo que sí —dijo Lur sonriendo también y abrazándola, aún en el interior del vehículo.

*

Antes de llegar al despacho compartido oyeron las voces de sus compañeros. Se pisaban al hablar con el subcomisario. Había novedades.

—Sentaos —ordenó García al verlas—. Kirmen y Mateo han encontrado algo en las grabaciones de las cámaras de la gasolinera. Mirad, es aquí.

Lur y Maddi se fijaron en el ordenador, allí donde señalaba el jefe. Era la carretera. Vieron pasar varios coches.

—Les pedí que las revisaran y anotaran las matrículas de todo cuanto circuló tras el paso de Sua. Que comprobaran si alguno de los propietarios tenía antecedentes.

—¿Y ha habido suerte? —quiso saber Lur. La corroía la impaciencia.

—Observad.

Las dos ertzainas analizaron con detenimiento cada coche que pasaba. Hubo uno en concreto que las hizo erguirse.

—Lo habéis reconocido, ¿verdad?

—¿Coincide la matrícula? —preguntó Maddi.

García retrocedió en la grabación e hizo zoom.

Coincidían el modelo, el color y, sí, también la matrícula.

Era el todoterreno de Carlos.

*

Siete semanas antes de desaparecer

Esta vez no se molestó en avanzar sin él. Salió de la cantera y lo esperó en la acera de enfrente acodada en la barandilla del río. El agua bajaba

mansamente emitiendo un sonido relajante. El cielo negro se reflejaba en la superficie y Sua distinguió la luna tiritar unos metros a la derecha.

—No es como vivir enfrente del mar, pero no está mal tener un río en el barrio —comentó el chico, acodándose a su lado.

—Es un lugar bonito.

Él rebuscó en los bolsillos del abrigo de estilo militar y sacó un porro perfectamente liado. Se lo llevó a los labios y lo encendió con un mechero medio gastado al que le costó reaccionar.

—¿Quieres? —le ofreció después de darle una honda calada. Entornó los ojos, llorosos a causa del humo.

—No, gracias.

—Si te molesta, lo apago.

—No, para nada. No fumo, pero he de reconocer que el olor me gusta.

Él sonrió al tiempo que expulsaba el humo hacia el cielo.

Ella contempló cómo la columna perdía densidad al extenderse y echó su propio vaho para que el frío lo disfrazara de calada. Las dos cortinas blancas se entremezclaron en la noche. Una trenza alba confeccionada con el aliento de los dos.

—Yo no fumo mucho, solo por las noches. Me ayuda a conciliar el sueño —explicó con el porro entre los labios.

Se alejaron de la barandilla y echaron a andar en dirección al barrio de Sua.

—Tu hermana es muy joven —comentó ella.

—Tiene dieciocho años.

—Entonces, como yo.

—Se quedó embarazada con dieciséis.

—De Max —susurró ella.

—Sí, ese es el nombre de mi sobri —dijo con orgullo.

—Alguna vez la he oído llamarlo.

—En un principio le aconsejé ponerle otro nombre. ¿Max? A mí me sonaba

más a perro que a bebé.

—¿En serio? —preguntó riendo. De inmediato se acordó de Tom, el perro de su amigo Oier. Era un mestizo mediano de color marrón. Tom y Max. Sí, podría ser—. A mí Max me gusta.

—A mí también ahora que me he acostumbrado. —Se quitó una brizna de tabaco de la lengua—. No me imagino llamándolo de otra manera.

—¿Tú cómo te llamas? —quiso saber Sua.

—Llámame C.

—¿C? —dijo deteniéndose.

—Es que no me mola mi nombre.

—¿Por qué? ¿También te parece de perro?

—Nooo. Pero es muy cutre…

—Qué intriga…

—Igual te lo digo algún día. ¿Y tú?

—Sua.

Él se quedó callado.

—«Fuego» en euskera —recapacitó C—. ¿Puedo llamarte así, Fuego?

—¿Qué pasa, que tampoco te mola? —Puso los brazos en jarras.

—Es broma, me gusta Sua, sí. Te pega.

Ella sacó la lengua y jadeó como si fuera un cachorrito y él rio por lo bajo.

—Voy a apagar el porro. Creo que te está afectando más a ti que a mí.

—Qué gracioso… —dijo divertida.

Con él nunca estaba triste. ¿Por qué? Aquel chico era un bálsamo para ella. Tal vez porque también estaba jodido. Y probablemente más que ella.

C apretó la punta del porro contra la pared del puente y lo llevó apagado entre los dedos. Aminoraron aposta el ritmo y estuvieron hablando de nombres y de perros hasta que llegaron al barrio de Sua.

—Hoy alargaría el paseo un poco más —reconoció ella—, pero mañana

tengo un examen.

—Pues lo dejamos para la semana que viene —propuso él.

—Claro, C. Nos vemos el jueves.

Sua aceleró la marcha y llegó hasta el portal, ignorando que C, al igual que el resto de las noches que la había acompañado, no se movió hasta que la vio desaparecer por la puerta.

*

—Entonces, reconoces ser tú quien iba dentro del vehículo —insistió García.

En la grabación, la oscuridad de la noche y los reflejos en la luna del coche dificultaban reconocer al conductor. Carlos suspiró y miró a su alrededor. Le habían pedido que acudiera para tomarle declaración y había accedido no del todo convencido.

—Sí. Volvía a casa del trabajo. Me lie con unos papeles y salí más tarde de lo habitual.

—Si no me equivoco, aún vives en Oñaurre, con tus padres —apuntó Lur.

—No te equivocas.

—Ese barrio queda más atrás. No entiendo por qué bajabas por la avenida Euskal Herria.

—Sí, queda más atrás. Iba al garaje. Ayer pudisteis comprobar que está en Palmera Montero. ¿Ahora os cuadra la ruta?

—Continúa, por favor —dijo García.

—Yo necesitaba un sitio para meter el todoterreno, la moto de monte y el quad, y me salió este garaje a muy buen precio. Por lo general voy a trabajar con mi Ford Fiesta, pero aquella tarde decidí llevar el todoterreno para moverlo un poco. Hacía días que no lo subía al monte y no me gusta que esté tanto tiempo parado. Después de comer fui con el Ford hasta el garaje y lo intercambié por el Nissan. Al salir del trabajo me disponía a hacer la misma operación.

Los ertzainas asintieron.

—¿Viste a Sua de camino? —preguntó Nando.

—No, claro que no. De haber sido así, os lo habría dicho.

—Llevaba un abrigo rojo, de cuadros —lo ayudó Lur—, y bajaba a pie por la avenida Euskal Herria en el mismo momento en que pasabas tú.

Además de la grabación, varios vecinos de la zona habían reconocido haberla visto cerca de su bloque. ¿Y si le ocurrió algo en el propio portal? ¿Y si llegó a casa? Las hipótesis daban vueltas en la cabeza de la oficial De las Heras.

—Ya he dicho que no la vi.

García suspiró, sopesó la mirada del chico y asintió.

—Una última pregunta. ¿Sua ha estado alguna vez en el garaje?

—Para nada. Esa chica no es mi amiga ni ninguna otra cosa. Quiero que quede claro que no teníamos relación. El único nexo con ella es mi hermano. Si no fuera por eso, yo no estaría aquí.

—Estamos investigando cada vehículo que bajaba por allí tras su paso y da la casualidad de que uno era el tuyo —explicó Lur—. No nos hace falta el nexo. Eres un posible testigo. A Sua se le pierde el rastro en ese tramo. Haz memoria, Carlos, por favor. ¿Viste algo raro?

—No vi nada. No la vi. No recuerdo nada especial.

—No dejes de pensar en ello —concluyó García— y llámanos si se te ocurre cualquier detalle.

El chico arrastró la silla hacia atrás, pero no se levantó.

—¿Puedo irme ya?

*

Después del encuentro con Carlos, Lur buscó a Maddi por la comisaría y se fueron juntas a visitar a Nekane. Querían enseñarle la fotografía del chico por si le sonaba de algo. Encontraron a la pobre mujer acostada. Adormilada. De vez en cuando se meneaba, movida por espasmos involuntarios que le costaba controlar. Según les contó Anita, la víspera la mandaron a casa con un tratamiento para mitigar los efectos de la ansiedad y desde entonces estaba en ese estado. «Ha pasado de los picores y el calor al frío», había susurrado. En cuanto Nekane aseguró no conocer a Carlos, se fueron. No querían molestarla más para que siguiera descansando, aunque ni en sueños parecía lograrlo. Se marcharon desmoralizadas de aquella casa desordenada

en la que el exceso de calor ya ni siquiera era agradable.

En la calle el frío las recibió con violencia. Un frío cortante que, al menos, les despejó la cabeza. Se montaron en el coche, que tenían estacionado frente al portal. El cielo se estaba cubriendo por unos nubarrones de un gris negruzco. Se asemejaban al humo de ruedas recién quemadas. Qué lejos quedaba el cielo blanco de la víspera. Qué lejos la calma chicha. Un bocinazo las sobresaltó. Un conductor con cara de pocos amigos quería saber si iban a dejar el aparcamiento libre.

—Vayamos a comisaría. —La voz de Lur salió sin energía—. Quiero pedirle a Nando que solicite la triangulación de esos jueves en los que aparece la dichosa C. Es crucial saber adónde iba. Tal vez sea un callejón sin salida, pero debemos adentrarnos en todos.

—Y la persona que mandó los emails a la app de la Ertzaintza sigue sin dar señales de vida…

—Nada. Ni un mensaje nuevo. Tampoco ha respondido al que le enviamos. La cámara sigue esperándola en el locutorio. —Consultó el móvil y vio que tenía cinco llamadas perdidas de Nando. Marcó su número.

Maddi escuchó atenta la conversación, pero no fue capaz de descifrar de qué se trataba, ya que fue muy breve.

—Cambio de planes. Dirígete al barrio San Miguel.

—¿Al locutorio?

—No. A casa de Oier.

Maddi la miró. Lur estaba pálida.

—Han llamado al 112 desde una cabina de Bizkaia para decir que vieron a Sua la víspera de la desaparición en un bar de Bilbao buscando purasangre.

A la patrullera le impresionó tanto la nueva información que redujo la velocidad sin querer. ¿Sua y purasangre? Ninguno había contemplado la posibilidad de que su desaparición estuviera relacionada con un tema de drogas.

—¿Cómo?

Purasangre. Casta. El caballo de los ricos. Así la llamaban.

Una *rara avis*. Exclusiva y escasa.

—Venga ya. ¿Purasangre? No me encaja. ¿Ya será fiable la llamada?

—El hombre no se ha querido identificar. Quizá sea información falsa. Hay personas a las que les da por eso, por marear en vez de ayudar. Pero la víspera de su desaparición fue el miércoles 8 y ese día en su agenda había una B.

Maddi entendió al vuelo hacia dónde iba Lur.

—B de Bilbao. ¡Tiene sentido!

—Puede ser, pero, entonces, ¿a qué lugar pertenece la C?

—En Gipuzkoa no me suena ninguna ciudad ni pueblo que empiece por esa letra. Tampoco en todo el País Vasco. Pero sí en Francia y Navarra. Por ejemplo, Ciboure, a menos de catorce kilómetros desde la frontera.

—Si se tratara de cualquier otra droga, descartaría Francia de inmediato —dijo Lur—, ya que es aquí donde vienen nuestros vecinos a comprarla. Pero, al tratarse de purasangre, no sabría qué decirte. A ver qué nos dice Oier. Kirmen y Mateo se van a encargar de hablar con Juanma Roitz. Se acabaron las excusas y los secretos.

*

La madre de Oier las acomodó en la cocina mientras el chico regresaba de dar una vuelta con el perro. La estancia olía a guiso. El mobiliario era moderno. Electrodomésticos de acero inoxidable, armarios de color pistacho y azulejos y baldosas grises. Estaba nueva. A Lur le dio la impresión de que la habían reformado hacía poco. Una olla exprés sobre la vitrocerámica emitía un siseo continuo. Según les relató la madre de Oier, no conocía a Sua en persona, pero sí de oír a su hijo hablar de ella.

—No me quiero ni imaginar por lo que estará pasando su familia —dijo antes de que un portazo las hiciera callar.

Un mestizo marrón fue el primero en entrar y olisquear a las dos desconocidas. Movía el rabo como si las conociera de toda la vida. Lur le acarició la cabeza. Era un perro imponente. La cabeza ancha. Maciza. Los ojos pequeños. Tal vez un cruce entre labrador y pitbull. Él le devolvió el saludo lamiéndole la mano.

—Ay, perdonad —dijo la mujer—. Sal de aquí, Tom.

—No te preocupes. Puede quedarse.

Oier se asomó y su energía debió de cambiar, ya que el perro comenzó a ladrarle.

—¿Ha pasado algo? —El animal se le pegó a la pierna y lo estudió desde abajo con mirada expresiva.

—Seguimos sin muchas novedades, pero nos ha llegado una pista y estamos aquí para autentificarla.

—Siéntate a la mesa —le dijo su madre. Lo ayudó a quitarse el abrigo invernal y le dio un pequeño empujón para que avanzara.

El chico obedeció y la mujer cerró la puerta antes de apagar la vitrocerámica y desaparecer con el anorak entre los brazos. Tom se puso a su vera y, como si intuyera quién era la líder de la manada, clavó los ojillos en Lur.

—Estamos reconstruyendo los días previos a la desaparición. Nos gustaría que hicieras memoria, Oier. Piensa en el pasado miércoles. ¿Estuviste con Sua?

—El miércoles… Sí, en clase.

—¿Y después?

El chico hinchó el pecho para coger aire. La herida del labio apenas estaba inflamada. Una raja granate reseca y un tono violáceo alrededor.

—Se saltó las últimas horas de clase porque le dolía la cabeza. No volví a verla hasta el día siguiente.

—¿Sabes adónde fue? —intervino Maddi.

—Pues a casa, supongo, si se encontraba mal.

Lur se acomodó en la silla y puso la espalda recta.

—Voy a hacerte una pregunta y me gustaría que fueras sincero. Es muy importante para poder seguir avanzando. ¿Entiendes eso? —El chico tragó saliva, pero asintió—. ¿Sabes si Sua consumía algún tipo de sustancia ilegal?

—¿Cómo?

—Drogas. En especial una llamada «purasangre».

—Pero ¿cómo va Sua a…?

—Estamos aquí para encontrarla, no para juzgarla. A nosotras nos da igual lo que hiciera. O lo que hicierais.

—Pero ¡eso es de locos! ¿Purasangre?

—Es posible que la vieran en Bilbao buscando pura el día anterior a su desaparición.

Oier negaba con la cabeza mientras se retorcía los dedos, presos en el regazo. Hasta Tom lo miraba, confundido.

—¿En Bilbao? No, no puede ser. Sua no consume. Nosotros tampoco. Bebemos de vez en cuando, nada más. ¿Quién ha dicho algo así? Han debido de confundirla…

Tenía el dedo índice irritado y una gota roja brotaba como un champiñón. Lur pensó que a aquel chico siempre lo rodeaba la sangre.

*

Ni Juanma ni Oier vinculaban a Sua con la purasangre. Ambos lo habían jurado y perjurado. Ante ello, se mostraban tres escenarios posibles: que mintieran, que no tuvieran ni idea o que la información recibida desde Bilbao fuera falsa.

Eran las tres de la tarde. Lur, Maddi, Kirmen y Mateo habían comido algo rápido y, mientras esperaban a que llegaran las triangulaciones de ese miércoles y de los jueves anteriores, se pusieron codo con codo para averiguar un poco más sobre la droga.

Pura, casta, purasangre, el caballo de los ricos… Eran algunos de los nombres que recibía la selecta sustancia consumida, en su mayoría, por la clase alta, dado su elevado coste. En la actualidad, la más cara del mercado. Unos cien euros el gramo, casi el doble que la cocaína y la heroína. La pura era una droga depresora. Un opioide sintético creado en Holanda que estaba compuesto por una mezcla de diferentes sustancias utilizadas en fármacos legales. Era altamente adictiva, pero muy discreta. Nada que ver con la heroína ni con el fentanilo. La huella sobre el consumidor era casi imperceptible, lo que la hacía más atractiva aún. Llevaba poco en el mercado, con lo que todavía no se conocían de primera mano los efectos sobre el organismo a largo plazo.

La purasangre, al «deprimir» el sistema nervioso central, producía una profunda relajación muscular. También seguridad, euforia contenida,

paz. Felicidad. Bienestar. La sensación de poder con todo.

Al no ser una droga estimulante, no se conseguía en las zonas de ocio; tampoco se utilizaba para la diversión, pero sí para lograr dormir y descansar después de un fin de semana de consumo desenfrenado de cocaína y anfetaminas. Quienes podían permitírselo tiraban de ella para abordar la semana recuperados del exceso con más exceso.

García entró en el despacho y lanzó la bomba ante el equipo:

—La triangulación del miércoles sitúa a Sua en el casco antiguo de Bilbao. Personaos en la zona y preguntad por los bares. Alguien más tuvo que verla.

—¿Y los jueves? ¿Dónde la localizan? —preguntó Lur mientras los dos ertzainas se levantaban y cogían los abrigos para dirigirse a la capital vizcaína.

—Ya sabéis que las triangulaciones no son exactas. No revelan gran cosa, ya que la sitúan en su casa o alrededores.

—No entiendo nada —murmuró Maddi—. ¿C de casa? ¿C de Carlos? ¿C de casta? ¿C de camello?

Nadie pudo dar respuesta a sus preguntas. Ambas se quedaron solas en el despacho compartido. Juntaron las sillas para trabajar de espaldas al ventanal. Los nubarrones se habían detenido y cubrían el cielo por completo. Se avecinaba un buen chaparrón. Se concentraron en la pantalla, dispuestas a saberlo todo sobre la purasangre. A causa de la poca demanda, la distribución era escasa.

—Tal vez nadie la pase por aquí y por eso la buscaba en Bilbao.

—Tengo algunos contactos. Habrá que intentar averiguar si alguien la mueve en Irún o en Donosti —dijo Lur mientras abría una página de internet.

El sonido de una repentina granizada las hizo voltearse y mirar el ventanal. Caía tal aguacero que apenas se distinguía la calle. Devolvieron la vista al ordenador y ella arrugó la frente al leer un párrafo.

—¿Has visto esto, Maddi? —preguntó señalándolo con el dedo.

La patrullera lo leyó en voz alta:

—«Los síntomas de abstinencia de la purasangre son dilatación

pupilar, piel erizada, agitación y conducta inquieta, nerviosismo, picazón. Calor extremo».

Se miraron, intentando asimilar el hallazgo.

—«Un calor que, con el transcurso de las horas, da paso al frío y a tiritonas incontrolables» —remató Lur.

—¿Crees que…? —empezó a decir Maddi.

Pero no hizo falta que acabara la frase para que cogieran al vuelo los abrigos y salieran del despacho.

*

Tres mantas, la calefacción a buena temperatura y una bolsa de agua caliente en los pies. Anita ya no sabía con qué más arropar a su hija para detener sus temblores, para que entrara en calor. Sus piernas se agitaban bajo las sábanas como si estuvieran siendo zarandeadas por un seísmo y sus dientes castañeaban sin control.

—Voy a prepararte un caldito, hija. Tienes que intentar comer para coger fuerzas. Igual estás así por pura debilidad. O a lo mejor el médico tiene que darte algo más fuerte para que puedas descansar.

—Sin Sua no voy a poder hacerlo —dijo tiritando—. Tienen que encontrar a mi niña…

Anita ahogó el llanto en el centro del pecho. ¿Cómo tenía que ser no saber dónde está tu hija? El peor de los sufrimientos, no le cabía la menor duda. Un timbrazo la hizo correr hacia la puerta. Se secó las mejillas antes de abrir.

—Hola otra vez, Anita. ¿Podemos pasar? ¿Se encuentra tu hija mejor? —preguntó Lur, directa.

La mujer se hizo a un lado de la entrada y las invitó con un gesto. Allí dentro hacía un calor insoportable. Las ertzainas se quitaron el abrigo a toda prisa.

—Nekane sigue en su dormitorio. Está más espabilada, pero ahora le han dado unas tiritonas que yo ya no me explico. Es como si tuviera fiebre.

Las acompañó hasta allí y después las dejó a solas. La habitación estaba en semioscuridad y el ambiente era opresivo. Enfermizo. La temperatura, aún más asfixiante, le dio a Lur un repentino dolor de

cabeza. La mujer casi convulsionaba bajo las mantas. La oficial se sentó en la cama.

—¿La habéis encontrado? —preguntó con dificultad.

—No, lo lamento. —La miró a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas.

Nekane se llevó una mano a la frente y se echó a llorar. El pijama se le remangó lo justo para descubrir una muñeca esquelética.

—Pero tenemos una pista —añadió Lur.

El llanto se detuvo. Las observó a ambas alternativamente. El círculo negro de los ojos creció hasta apoderarse casi por completo de los iris.

—¿Cuál? ¿Qué ha pasado? —El castañeo remató la pregunta.

—Purasangre.

Silencio… Silencio… Silencio… Silencio.

Solo el temblor de las piernas de la mujer demostraba que el tiempo no se había detenido.

—¿Sabes si Sua consume? —tanteó Lur.

Más dosis de silencio.

—Nekane, es importante que contestes.

—Necesito descansar, necesito dormir. No me encuentro… bien —susurró al tiempo que se tapaba hasta la barbilla.

Lur se levantó de la cama justo en el momento en el que la granizada se intensificaba y arremetía contra el bloque.

—¿No quieres que encontremos a tu hija? ¿Es eso? —soltó con dureza. Tenía que espolearla de alguna manera.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—Tu hermetismo no nos ayuda. Será mejor que nos vayamos. Aquí solo estamos perdiendo el tiempo.

Nekane emitió un alarido de desesperación que le nació de las entrañas.

Lur le puso la mano sobre el hombro.

—Solo estamos tú, Maddi y yo, Nekane. Entiendo que todo esto es muy duro, pero debes enfrentarte a ello —susurró con cautela—. Es evidente que…

—No puedo —se lamentó hipando—. No puedo.

—¿Consumís las dos?

Meneó la cabeza.

—Solo tú.

No contestó.

—La víspera de su desaparición se la vio por Bilbao buscando purasangre —aportó Lur.

—No puede ser… ¿Qué he hecho? ¿Qué? —Salió de la cama y se sentó en una equina, dándoles la espalda. Llevaba un pijama de forro polar rosa. El color y el tejido contrastaban por completo con la aspereza de la situación.

—Nekane. —Se acercó y se arrodilló frente a ella. La agarró de las manos. Tenía la mirada perdida en dirección a la ventana. No entraba un ápice de luz natural, ya que la persiana estaba bajada. Los granizos la golpeaban sin compasión—. Lo que importa es el ahora. Presente y futuro, no lo olvides. No te lamentes más. Tenemos que encontrarla. ¿De acuerdo?

Ella bajó los párpados y los apretó.

—¿Me has oído? —Lur elevó el tono y le soltó las manos—. No podemos perder más tiempo. Tú y tu madre queréis encontrarla. Nosotros también y no vamos a parar hasta hacerlo.

Maddi se sentó a su lado y comenzó a acariciarle la espalda. Estaba tan delgada que las yemas de los dedos no tardaron en toparse con las costillas y las vértebras de la mujer. Sintió una inmensa pena.

—Confía en nosotras —le rogó.

Nekane agachó el rostro.

—Llevo un par de años enganchada. —Se humedeció los labios—. La muerte de mi marido me hundió. Era incapaz de vivir sin él. Tú sabes lo mucho que nos queríamos. Tú lo sabes. Solo teníamos veinticinco años. Me diagnosticaron depresión mayor recurrente y subsistí durante mucho tiempo con terapias y medicación, con rachas mejores

y peores, pero los pensamientos involuntarios de suicidio y la tristeza iban ganando la partida. No lograba deshacerme de ellos. Mi niña no merecía verme así. Mi niña me necesitaba. Mi psiquiatra ya no sabía qué hacer y, como ya tomaba mucha medicación, me sugirió someterme a una… —tembló— terapia electroconvulsiva. A mí algo así me daba mucho miedo y me negué. Me dijo que lo pensara y que si no la aceptaba tendría que dejar de atenderme. No volví a la consulta. No lo hice… Fue entonces cuando me agarré a una solución drástica. Leí en internet sobre la eficacia de la purasangre en casos como el mío. Estaba tan desesperada… Pregunté aquí y allá y… en un bar me dieron el nombre de un chico. Él me estuvo surtiendo durante unos meses y Sua me descubrió un día hablando con él. Por lo visto lo conocía porque habían coincidido en unas clases particulares de inglés… y le extrañó vernos juntos. Cuando llegué a casa me interrogó hasta que acabé confesando.

Lur se mantenía atenta. La tiritona iba y venía y el testimonio de Nekane era de todo menos fluido.

—Mi hija no se opuso. Solo me escuchó. Me entendió. Habíamos pasado horas muy bajas y yo estaba mejor. Las dos lo estábamos. Con el pretexto de haber sido compañeros de las particulares se empeñó en encargarse de adquirir la dosis… semanal. Y yo lo permití. —Ahora fue ella la que le agarró las manos a Lur. Apretó con fuerza—. Debí haberla protegido, pero no lo hice. Una madre no hace una cosa así. ¡No, joder!

—¿Todos los jueves traía la dosis para toda la semana?

—Sí. —Su murmullo fue casi imperceptible.

«Por supuesto, C de casta o de camello», pensó Lur.

—No entiendo qué falló. ¿Por qué buscaba la pura en Bilbao? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué?

—Ahora lo importante es hacernos con el nombre del chico que le pasaba la pura y ponerte en buenas manos para que te ayuden. ¿Estás de acuerdo?

Nekane asintió, la abrazó y lloró con desconsuelo.

*

La tormenta había amainado y era de agradecer, pero el invierno se mantenía firme como un carámbano y dentro del coche no había quien aguantara el frío. Lur y Maddi no dejaban de encender el motor,

intentando en balde calentar el habitáculo mientras hacían guardia frente a la villa de Pascual Mares, el supuesto camello que surtía a Sua.

Según habían comprobado, era un chico de diecinueve años, sin antecedentes y que vivía con sus padres en Anaka. En aquel momento la vivienda estaba vacía.

Eran las cinco de la tarde y a esas horas las calles ya se habían teñido de noche. Era un domingo absurdo, tranquilo. El primero después de Navidades. Las luces de la mayoría de los hogares brillaban a través de las ventanas. Era un día de tiempo inestable, de recogimiento. Las dos desearon estar al abrigo de su casa.

Maddi envió un mensaje a Fidel. Llevaba todo el día haciéndolo. La desconfianza hacia él la había empujado a no desconectar ni un solo instante. A pretextar cualquier tipo de excusa para escribirle.

Hay lasaña en el congelador
Si quieres, sácala para la cena

A lo que él no tardó en responder que tenía intención de pedir unas pizzas.

A Maddi le daba igual lo que comieran. Lo único que necesitaba era eso. Que le contestara. Saber que estaba al otro lado. Que el miedo se disipara.

Tras la revelación de Nekane, las dos se habían quedado tocadas. Sentían lástima por madre e hija y rabia por todo por lo que habían tenido que pasar. Años de miedo y sufrimiento. ¿Dónde buscar ayuda cuando parece que toda la que existe se acaba? ¿Cómo no temer una terapia electroconvulsiva? Había tanto desconocimiento, tanto tabú con respecto a la salud mental y sus tratamientos, que Nekane prefirió cargar con el estigma de la drogadicción y cortar por lo sano. Dejó de acudir al seguimiento de su psiquiatra y ahí se volvió invisible. Una mala jugada y todo se desmoronó a su alrededor en cuestión de segundos.

—Conozco a una persona a la que la sometieron a terapia electroconvulsiva y le funcionó —opinó Maddi—. Pero entiendo que Nekane se asustara. Es un tratamiento muy estigmatizado.

—Todos sabemos los pros y los contras de una quimioterapia, por ejemplo, pero no de una terapia de electrochoque. Se habla tan poco al respecto… Si tratásemos con más naturalidad la salud mental, no estaríamos como estamos.

Se quedaron calladas, intentando pelear contra la tristeza que les había calado hasta los huesos. Dar con Sua ahora era una necesidad. Tenían que averiguar dónde estaba y llevarla de vuelta a casa.

—Creo que ahí va nuestro chico —anunció Lur—. Va directo a la villa.

Delgado y de baja estatura. Chándal negro. Abrigo con capucha también negro. Deportivas blancas. Parecía un crío.

Salieron del vehículo y fueron tras él. Lo siguieron a una distancia prudencial y esperaron a que se acercara a la puerta de su casa para evitar que, al verse sorprendido, decidiera huir.

—Buenas tardes. ¿Eres Pascual?

El chico aún tenía la llave dentro de la cerradura cuando se giró hacia ellas. Tenía el pelo rizado, corto, y los ojos pequeños y oscuros.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?

—Somos de la Ertzaintza. Solo queríamos hacerte unas preguntas.

Entornó los ojos.

—¿Ha pasado algo? ¿Mis padres están bien?

—Sí, todo en orden, no venimos por ellos —dijo Maddi con delicadeza —. Verás, estamos investigando la desaparición de Sua Arismendi y tenemos entendido que la conoces. No te robaremos mucho tiempo.

El chico giró la llave y abrió la puerta.

—Fuimos juntos a clases particulares de inglés. Nada más. Me he enterado por las redes de lo sucedido. Qué marrón. No dejo de darle vueltas.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? Estamos buscando cualquier tipo de pista.

Puso cara de circunstancia mientras empujaba la puerta.

—Hace bastante, creo.

—¿Podrías concretar?

—Si me dais un momento… Me urge entrar al servicio. Después hablamos lo que necesitéis.

Las dejó con la palabra en la boca. Entró y cerró tras de sí.

—Vigila la puerta —dijo Lur al tiempo que apoyaba la mano sobre su arma.

Se agazapó y bordeó la vivienda. Dentro, no halló ninguna luz encendida. ¿Dónde se había metido? El sonido de una ventana abriéndose le hizo pegarse a la fachada. Aguzó el oído y avanzó hasta la esquina. Distinguió una pierna asomar por una ventana de la parte trasera. Pantalón negro. Deportivas blancas. ¿Adónde creía que iba? Cuando lo vio sentarse en el alféizar y saltar, Lur se incorporó y fue hacia él.

—¡Eh! ¡Detente! ¡Solo queremos hablar contigo!

Pascual la miró de soslayo y echó a correr.

«Mierda», se dijo ella al acordarse de sus limitaciones.

Apretó los dientes y lo siguió mientras una maraña de dolores la envolvía de arriba abajo. Las rigideces de sus músculos tiraron como si fueran a partirse y las articulaciones le pellizcaron las caderas y las rodillas. No iba a lograrlo. No podía.

Una sombra negra apareció de la nada.

Era Maddi.

Volaba.

Lur fue testigo de su esprint hacia él. Esquivaba árboles, farolas, motos aparcadas… A ella le sorprendió la agilidad casi tanto como la rapidez. Su compañera se puso a la par del chico, que, al verse alcanzado, se detuvo de pronto, se arrodilló y elevó los brazos. Maddi frenó en seco ante él y lo retuvo mientras Lur los alcanzaba.

—¿A qué vienen esas prisas? —preguntó la oficial De las Heras con dureza.

—¿Acaso es un delito echar a correr?

—Vacía los bolsillos y deja todo lo que tengas en el suelo —le ordenó Maddi sin titubear. Solo entonces se dio cuenta de que alguna rama le había arañado en la mejilla al correr—. Y despacito —le advirtió enfadada.

Depositó sobre la acera un teléfono móvil, ciento sesenta y cinco euros, una tarjeta de crédito, su DNI, cocaína y hachís.

Ya lo tenían. Lur extrajo las esposas. Si sabía algo de Sua, se lo

sacarían como fuera.

«Buen trabajo, Maddi», pensó la oficial.

*

«Yo no sé nada de Sua». «Hace tiempo que no la veo». Las pocas frases que habían logrado sacarle a Pascual retumbaban en la cabeza de ambas. Aseguraba que la droga requisada era para consumo propio. Había jurado que él no trapicheaba. De eso no quería saber nada. Pasaría la noche en el calabozo, de eso estaban seguras. No iban a dejar escapar aquella posibilidad.

—Ojalá las horas de encierro lo hagan cantar —comentó Mateo, acodado en el escritorio del despacho.

Tenía mala cara y Kirmen también. Los dos ertzainas se habían recorrido Bilbao y habían averiguado muy poco sobre Sua. Consiguieron alguna grabación en la que se la veía caminando por varias calles y entraron en diferentes bares, pero sin resultados. Su regreso de la capital vizcaína estaba más cargado de desánimo que de pistas.

Nando se ausentó unos minutos para llamar al responsable del equipo de búsqueda y pedirle que le resumiera la jornada. Sua ya llevaba tres días desaparecida y esta iba a ser la cuarta noche que pasaba fuera de casa.

—Nada, ¿verdad? —se adelantó Kirmen en cuanto vio que regresaba al despacho.

—Marchaos a casa —les dijo como respuesta.

—No puede ser que sigamos como al principio —reconoció Lur, frustrada, agotada, furiosa.

Nando la miró con compasión.

—Mañana será otro día. Intentad descansar.

*

Maddi detuvo el vehículo delante del portal de su compañera. A través de la luna delantera distinguieron varios relámpagos en la lejanía. Aquella tormenta no tardaría en llegar y era muy probable que la siguiera otra gran granizada. Esta vez las pillaría en su casa. A resguardo.

—¿Estás bien? —preguntó la oficial señalándole el pómulo.

—Solo es un arañazo. No te preocupes. No veas lo que me he desfogado esprintando de esa manera. Si no llega a ser porque teníamos que conseguir que Pascual se detuviera, habría seguido corriendo hasta Donosti.

Lur sonrió, cómplice.

—Nos vemos mañana —le dijo llevando una mano a la puerta del coche. Quería pedirle una cosa antes de irse, pero no se atrevía. Se armó de valor—. Maddi…

«Mándame un wasap cuando llegues a casa —pensó—. Con que me digas que todo okey es suficiente», pero las palabras no le salieron de la garganta.

Era violento soltarle algo así. Reconocer que no se fiaba de su marido. No podía inmiscuirse de esa manera. No podía. Decidió que sería ella quien le escribiría cada noche con cualquier pretexto para comprobar que todo estuviera en orden. Un «¿Mañana por la mañana desayunamos juntas antes de ir a comisaría?» o algo por el estilo.

—Nada. —Disimuló un bostezo—. Que duermas bien.

—Tú también.

*

Lur, ya en el rellano de su casa, abrió lo más silenciosamente posible y se coló como un lince. Quería una noche tranquila. Sin el interrogatorio de Rosa. Cenar y descansar, o viceversa. Le daba igual el orden. Estaba hambrienta y cansada a partes iguales.

Cerró, se apoyó sobre la puerta y suspiró.

Se tensó entera al oír de fondo la voz de Guillermo. ¿Hablaba por teléfono? Tal vez Rosa estaba ahí dentro, esperándola. Llenó los pulmones con desgana y no le quedó más remedio que poner rumbo a la cocina.

Al entrar se sorprendió al verlo charlando animadamente con otro hombre.

Delgado. Espalda recta. Cabello canoso.

Josetxo de las Heras se conservaba bien.

—¿Aita? ¿Qué haces aquí?

—Os dejo tranquilos —dijo Guillermo antes de abandonar la cocina.

Lur se quitó el abrigo y se sentó en la silla que el exguía había dejado libre.

—Qué desgracia lo de Sua. Rosa estará destrozada.

¿Ese era el motivo de su visita? ¿Escarbar en la investigación?

—Sí. Nos estamos dejando la piel en saber qué ha pasado. —Se masajeó la nuca—. Estoy agotada.

«Y es tarde», quiso añadir. Pero se calló.

No sabía si su padre cazaría la indirecta. Rogó que así fuera y se sintió como una auténtica cabrona. Como una hija «ejemplar».

—¿No tenéis nada? —insistió él.

—Aita, sabes que no puedo hablar de ello.

—Ya. Lo entiendo —soltó, disimulando su insatisfacción.

—¿Qué tal te va todo? —se esforzó Lur. Aunque hacía tiempo que habían dejado de preocuparse el uno por el otro, era su padre. Llevaba años pasando de ella y le dolía, pero no podía olvidar que de niña había sido su aita, había estado ahí.

—A mí bien. ¿Y a ti? —Apoyó los codos en la mesa y deslizó el cuerpo hacia ella—. Me preocupa que ese hombre siga aquí metido —susurró.

—Qué tontería.

¿Ahora se iba a poner sobreprotector? ¡A buenas horas!

—De tontería nada. El tío este es el exguía de una secta. ¿O es que no lo recuerdas?

—Aita, ya soy mayorcita. —Meneó la cabeza—. No sé a qué viene esto ahora.

—Pero ¿estáis liados? Maribel está convencida.

A Lur le subió un calor intenso, insoportable, como el que había sentido en casa de Nekane. La novia de su padre, la metomentodo, provocaba eso en ella. Una furia desbocada. Un descontrol que aborrecía. Lo miró con frialdad.

—Dile a Maribel de mi parte que deje de teorizar sobre mi vida privada.

Su padre elevó las cejas y se irguió. Parecía molesto.

—Yo solo te prevengo. Me preocupa que…

—Sí, y te lo agradezco. Pero estoy bien y Guillermo también.

—¿Has pensado en qué pasaría si de repente quieres que se vaya de aquí y no lo hace?

—Lo mismo podría pasarte a ti con Maribel. Lleva años metida en tu casa —soltó, midiendo el cabreo. Se obligó a contenerse. No quería un enfrentamiento con su padre. ¿Para qué? ¿Para llevarse un mal rato?

—Entonces, ¿el de la secta y tú estáis juntos? —Volvió a la carga.

Josetxo no se lo estaba poniendo nada fácil. Apretó la mandíbula para no estallar.

—Aita, ya vale. Estoy cansada. Mucho. Y mañana me espera una jornada larga. —Se levantó—. Supongo que entenderás que ahora mismo lo único que me preocupa es encontrar a Sua.

—Claro, hija. —Se quedó quieto unos segundos. Contrariado. Hasta que optó por ponerse de pie—. Te dejo descansar.

—Otro día, con más tiempo, si quieres quedamos los dos para comer juntos —cedió ella. Le fastidiaba proponerle cualquier plan porque nunca llegaban a realizarlos. Él siempre tenía algo mejor que hacer.

—Cuando quieras. Una última cosa, Lur. ¿Aún guardas las cartas del tarot de la abuela?

Claro que las conservaba. Cuando esta murió y ella decidió quedarse con la casa, su padre, al que le resultaba doloroso desprenderse de las cosas de su madre, le dijo que hiciera lo que quisiera con todo. Para Lur fue terrible hurgar en toda una vida. En esos recuerdos tan bonitos, que por aquel entonces se volvieron tristes y amargos, pero hizo de tripas corazón y dedicó días a recoger sus pertenencias. Algunas las donó, otras las tiró y solo unas pocas decidió conservarlas en un baúl que también perteneció a ella.

—¿Por? Están aquí.

Los dos entraron en el salón y Lur abrió el baúl. Se emocionó al inhalar el olor a ella que aún perduraba ahí dentro.

«Abuela», pensó.

Su padre metió la mano y cogió la baraja.

—Mira que dan yuyu —murmuró—. Tu abuela se dejó un dineral en su momento. Aunque supongo que hoy en día no tendrán ningún valor.

—Me da igual lo que valgan. Venderlas no entraba en mis planes.

—Si no te importa, voy a llevármelas.

—¿Las cartas? ¿Para qué?

—Los nietos de Maribel tienen un cuento de una tarotista en el que aparece una baraja y les dije que la abuela tenía una. A ellos les fascinó la idea. Y a mí que vaya a tener una segunda vida. A la abuela le haría ilusión. ¿No crees?

El calor demoniaco volvió a apoderarse de Lur. Le arrancó la baraja a su padre de las manos.

—No le haría ninguna ilusión. Para nada —dijo enfadada—. ¿O es que no te acuerdas de cómo era? Esta baraja era sagrada para ella y esos mocosos van a destrozarla en menos de dos días —soltó, incapaz de contenerse.

No tragaba a los nietos de Maribel. Eran unos consentidos. Unos retorcidos. Y tampoco a su hija. Una pija repipi. Una resabiada al más puro estilo de su madre. Se preguntó si la aversión estaba movida únicamente por los celos. Al fin y al cabo, su padre la había sustituido por aquella familia. ¡Por aquella secta! ¿Cómo se atrevía a pensar mal de su Guillermo? Qué cara más dura.

—¡Qué más te da, Lur! ¡Pero si tú no has creído nunca en estas cosas!

—Pero ella sí. Si no las tiré fue por algo. Quiero conservarlas. A ella le habría gustado.

La madera del baúl crujió y ella sintió que su abuela le daba la razón.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio. Cómprales unas y a correr. Te las pago yo si hace falta, pero estas no salen de aquí.

Su padre murmuró algo ininteligible para el cuello de su camisa.

Lur no se molestó en saber qué había dicho. Le daban igual sus protestas.

Se despidieron con dos besos. Padre e hija más tiesos que un cirio. El encontronazo no le hizo olvidar el lince en el que se había transformado al entrar en el portal y abrió con sigilo la puerta para que Rosa no la oyera desde su casa. No podía bajar la guardia ni cabreada. Eso ya era el colmo.

—Cuando se las compres, mándame un wasap con la cantidad y te hago un bízum.

—Yo no tengo de eso. —Al decirlo dejó escapar un tono que anunciaba orgullo. Rabia.

—Pues a Maribel.

—Tranquila. No hará falta.

—Como quieras. Cuídate.

—Tú también.

Lur lo observó mientras bajaba por las escaleras. Echaba de menos a su antiguo padre. Aquel hombre atento, cariñoso. Que no se metía en nada. Que vivía y dejaba vivir. Que la respetaba y la cuidaba.

Él, ella y la abuela. Siempre tres.

Apoyó la mano en la madera y cerró despacio mientras la tristeza la embargaba, sepultando el resto de los sentimientos.

Lunes, 13 de enero

Fidel se había cogido varios días de vacaciones y se iba a encargar de los niños. Por la noche, solícito y amparado por la semioscuridad, se lo dijo a Maddi mientras esta entraba en la habitación de sus hijos para leerles un cuento. Ella, que no contaba con esto último, ya había pensado en su madre para que por la tarde fuera a esperarlos a la parada del autobús de la ikastola. Tenía que reconocer que ese giro, en parte, la había dejado más tranquila. Quizá él estaba rectificando. Tal vez se sentía culpable por lo que le había hecho. Maddi había corrido un tupido velo. Se había puesto una venda en los ojos para salvar la investigación. Para salvarse ella de caer en un pozo lóbrego del que temía no poder salir. Porque, si se preguntaba cómo él había sido capaz de mentir, de llevarla al límite, de manipular la situación, ¿qué respuestas obtendría? ¿Que no solo no conocía a Fidel, sino tampoco a sí misma? Nunca imaginó encontrarse en esa situación, pero, de haberlo hecho, se habría visto reaccionando de otra manera. No así. Quieta. Cómplice. Sobrevolando como si fuera una espectadora alada. Un pequeño colibrí.

Salió de la ducha y se envolvió en su albornoz mientras seguía dándole vueltas. Tenía que hacer algo. No podía seguir fingiendo.

Quitó el vaho del espejo y se observó el pómulo enrojecido. Inflamado.

Aquella marca le recordó la persecución, la desaparición de Sua, la desesperación en el rostro de Nekane.

Un golpeteo en la puerta y un «¿Se puede?» le hicieron tensar la mandíbula. Fidel asomó por el resquicio cuando ella le indicó que entrara.

—Necesito el baño unos segun… Oye, ¿qué te ha pasado en la cara?

Le rozó el rostro con los dedos delicadamente. A Maddi se le puso la piel de gallina. Demasiado tiempo sin sentir sus yemas, su cariño. Se miraron a los ojos y el tiempo se detuvo. Lo único que se movieron fueron las gotas de su melena cayendo sobre el albornoz.

—Anoche tuvimos un encontronazo con un posible sospechoso. —Con la excusa de coger una toalla para envolverse la cabeza, se alejó de su mano pese a que su piel gritó. Lo más alto que pudo.

—Joder. ¿Estás bien?

Maddi le explicó lo sucedido mientras se frotaba el cabello con ímpetu. De repente estaba activa. Enérgica. Rara. Charlar con su marido con normalidad la ponía nerviosa. «¿Quiénes somos? ¿Dónde están nuestros antiguos yos?», quiso preguntarle. Él no se movió del cuarto de baño hasta que ella acabó. Le incomodó soltarse el albornoz para vestirse. Tampoco se atrevió a decirle que se fuera, que le diera la intimidad que de pronto necesitaba. Fidel se sabía de memoria cada centímetro de su piel, pero fue como desnudarse ante un desconocido.

Desayunaron juntos y se despidieron con torpeza. Sin beso, pero se despidieron, al fin y al cabo.

El rumbo era incierto.

Cada día más.

*

Pascual Mares tenía mala cara. Los párpados hinchados, ojeras y un brillo malsano en la piel del rostro. Había dormido en el calabozo. Aunque, a juzgar por su aspecto, Lur dudaba que lo hubiera conseguido. El subcomisario, el chico y ella estaban en una sala aislada para volver a hablar con él. No habían llamado a su abogado, necesitaban ganar tiempo. Tirar de algún hilo. La víspera el letrado lo acompañó en todo momento y no consiguieron sacarle nada. Estaban sentados frente al chico. Sobre la mesa, tres vasos de plástico llenos de agua.

—Tres gramos de cocaína y tres bellotas de hachís —recordó el subcomisario.

—Ya os dije ayer que eran para consumo propio. No es ilegal. Si no me equivoco, no alcanzan las cantidades prohibidas.

—No es ilegal, pero sí llevar droga encima.

—¿Y cómo narices la traslado hasta casa? Es ahí donde la consumo. No tiene lógica.

—Tres gramos de cocaína muy bien divididos —recordó García—.

Llevabas seis medios pollos listos para vender. ¿Te crees que somos tontos?

Lur respiró hondo e hizo un gesto de indiferencia bien fingido antes de intervenir:

—A nosotros no nos preocupa eso, Pascual. Cuánto llevabas encima, dónde ibas a consumirla, si ibas a venderla… Lo que me mosquea es que huyeras de nosotras. Y me escama mucho. ¿Por qué lo hiciste?

—Pues por esto mismo. No quería acabar durmiendo en el calabozo.

—¿Y por qué no te deshiciste de ella en casa?

—No lo pensé. Solo actué. —Cogió su vaso y bebió un sorbo—. Además, ¿desde cuándo es ilegal echar a correr? Me sentí intimidado. Acosado.

—Tú puedes correr y nosotras también. ¿O es que acaso te hicimos algo? Te recuerdo que la única que resultó herida fue mi compañera.

Pascual apuró el vaso de agua. Le temblaba la mano.

—Estás aquí por Sua —recondujo Lur—. Vamos a centrarnos en ella. ¿De acuerdo?

—¿Otra vez? Ya os lo expliqué todo. ¿Y por qué hoy no está mi abogado?

—¿Crees que lo necesitas?

—No, claro que no. Yo no he hecho nada.

—No es un interrogatorio. Estamos hablando, nada más —aclaró García.

—Sé que es difícil reconocer algunas cosas —tanteó Lur—. Yo lo entiendo. Pero Nekane nos ha hablado de ti. Ya te lo dijimos ayer.

Pascual tensó la mandíbula.

—Es probable que ese capítulo ya no forme parte de tu vida, y lo entendemos —continuó ella—. Que sea agua pasada, pero es innegable que le vendías purasangre a la madre de Sua.

—¿Es innegable porque lo ha dicho ella? Supongo que será su palabra contra la mía, ¿no? Porque, por esa regla de tres, a todos nos podrían acusar de cualquier mierda. Existe la justicia. La presunción de

inocencia.

—Sí, Pascual, pero da la casualidad de que unas cámaras os grabaron en uno de los momentos del trapicheo. Llevamos toda la noche buscando pruebas y las hemos encontrado.

Era un farol, pero dudaba que Nekane hubiera mentido sobre eso.

—Y también sabemos que desde hace unos meses Sua se encargaba de hacer de intermediaria —añadió García.

Pascual hincó los codos en la mesa y apoyó la frente en las palmas de las manos.

—Nosotros no nos dedicamos a investigar el menudeo. Ni siquiera el tráfico de drogas —lo tranquilizó ella—. Nando García y yo pertenecemos al departamento de casos y lo que estamos intentando averiguar es el paradero de una chica inocente que lleva cuatro días desaparecida. ¿Tienes idea del calvario por el que está pasando su familia? Ponte por un momento en su piel. Puede que se haya ido por su propio pie, y puede que no. Te propongo que nos ayudes y, a cambio, te podrás marchar.

—No puedo ayudaros —murmuró sin levantar la cabeza.

—¿El jueves la viste? ¿Le pasaste pura?

Levantó la cabeza.

—No.

—Podemos retenerte hasta setenta y dos horas —recalcó el subcomisario—. Tú mismo.

—Ya no paso pura. Os lo juro. Ya no vendo nada.

—Pero ¿reconoces que se la pasaste a Nekane durante un tiempo y después a Sua?

Pascual miró en todas las direcciones. Lur frunció el ceño.

—No estamos grabando la conversación —dijo—. Además, sin tu abogado esto no tiene ningún tipo de validez. ¿Entiendes eso? Solo queremos encontrarla.

El chico se movió en la silla con ansiedad y balbuceó una maldición.

—Vendí durante un tiempo. Nada más. Ya no.

—¿Por qué lo dejaste?

—No quería estar envuelto en eso.

—¿Recuerdas cuándo paraste?

Lur pensó que quizá ese fuera el motivo que empujó a Sua a ir a Bilbao.

—A finales de verano.

Las fechas no cuadraban. La chica solo había ido a la capital vizcaína una vez.

—¿Hablaste con ella para explicárselo?

—Sí, claro. Quedamos una tarde y le dije que ya no contara conmigo.

—¿Y con quién contó a partir de ese día?

—Yo qué sé —soltó incómodo—. Le dije que se buscara la vida.

Lur lo observó durante unos segundos antes de proseguir.

—Un nombre, Pascual, y podrás irte a casa y todo esto se quedará en una multa administrativa.

—No lo tengo. Yo no sé nada.

—Nadie se enterará de que nos lo has pasado. Recibimos muchas llamadas al cabo del día. En cualquiera nos pueden dar el chivatazo y fin de la historia.

—No quiero movidas.

—Ten por seguro que vamos a proteger tu identidad —prometió el subcomisario—. A ninguno nos convienen más líos de los que tenemos.

Lur extendió los brazos por encima de la mesa. No llegó a tocar las manos temblorosas de Pascual, que arañaban la superficie de melamina, pero intentó que la cercanía fuera sincera, que él notara su franqueza.

—Conoces a Sua. Es buena chica. Se merece que la encontremos. Ayúdanos, por favor.

Él resopló y negó con la cabeza.

—En Irún hay un tipo… Tiene la exclusividad de la pura. Vive en la cantera del barrio Olaberria.

Lur suspiró. Ya está. Ya tenían esa brecha, ese resquicio por el que quizá acabara asomando la luz. Pero Pascual no había terminado. Levantó la vista y los miró muy serio, con algo distinto a la rabia en los ojos: miedo.

—Se llama Daniel Romedo y es peligroso.

*

Seis semanas antes de desaparecer

Daniel era un mal bicho. Una persona de la que desconfiar. A Sua le parecía increíble que fuera el hermano de C. ¿Cómo podían ser tan diferentes? Era el mayor de los tres hermanos y siempre llevaba una gorra sobre el cabello sucio. Lo llamaban el Gorras, aunque ella nunca se dirigía a él por ningún nombre ni mote.

Como todos los jueves desde hacía unas semanas, volvía de la cantera acompañada por C. Hoy, mientras esperaba al Gorras, había enfocado varias piedras con la linterna del móvil y había descubierto una cubierta de pirita y otra de cuarzo. Era un lugar lleno de tesoros ocultos. Ella siempre acudía de noche, pero apostaba a que bajo la luz del sol sería un lugar impresionante.

—¿Cómo acabasteis viviendo en la cantera?

—Mi padre era el guarda de la explotación y vivía en la caseta. En un viaje a Salamanca, al pueblo de un amigo, conoció a mi madre en un mercadillo y se encaprichó de ella. Mi madre es gitana, o sea que te puedes imaginar cómo se tomó su familia que un payo que le doblaba la edad pretendiera a su hija. El que peor lo llevó fue mi abuelo. Según me contó mi madre, era un hombre muy rígido. Le daba miedo.

Sua lo escuchaba con atención.

—Mi madre debía de sentir algo muy fuerte hacia mi padre, porque decidió desobedecer a su familia, dejarlo todo, mudarse a la cantera y casarse con él. —Reflexionó durante unos segundos—. Aunque quizá también lo hizo para huir de mi abuelo. Alejarse de su yugo. Si fue ese el motivo, qué mal le salió la jugada.

Se sentaron en el banco de un parque que había cerca del barrio de Sua.

—Mi padre fue ampliando poco a poco la chabola del guarda para vivir

más cómodo con ella. Y para formar una familia.

—¿Y el dueño de la explotación no puso pegas?

—Mucho antes de aquello la empresa se había ido a pique y el dueño, a cambio de las mensualidades que debía a mi padre, puso a su nombre la chabola.

—Vaya historia.

—Cuando mi padre casi la mata de una paliza, yo le sugerí llamar a su familia, pero no quiso. Me dijo que no tenía el valor después de haberlos desobedecido. Que ya no sería bienvenida. Ninguno de nosotros. Y que veía a su padre capaz de rematarla.

—Pobre mujer. Lleva muchos años viviendo con miedo. Qué rabia.

En los ojos de C había una honda tristeza.

—Hago lo que puedo para cuidarla, para que esté bien.

—No lo dudo.

—Y por eso decidimos seguir en la cantera.

Sua ladeó la cabeza y lo contempló.

—Es un lugar especial —opinó ella—. Tiene que haber sido bonito crecer ahí. Corretear entre las piedras. Hoy mismo he descubierto una con pirita y otra con cuarzo y he sentido que había hallado un verdadero tesoro.

Él sonrió.

—No me quejo. A mí también me parece especial. Y me alegra que Max vaya a crecer allí.

—¿Qué fue de su padre?

—Se desentendió en cuanto dejó embarazada a mi hermana. Es un gilipollas con el que salía.

—Menudo idiota.

—Ella tuvo que dejar el cole para cuidar del peque. Para una de la familia que tenía interés en los estudios… Pobre Maca. Desde niña tuvo claro que quería ser profesora.

—Vaya.

—Se ve que las mujeres de mi familia no tienen mucha suerte.

—La suerte va y viene.

—¿Tú crees?

Sua subió los pies al banco y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Es lo que quiero creer. —Le sonrió con melancolía y decidió que era el momento de contarle por qué acudía a la cantera cada jueves.

*

Mateo y Kirmen conocían bien a Daniel Romedo Bodón. Hacía algo más de un año recibieron la denuncia de una chica que aseguraba que aquel tipo la había agredido sexualmente. La joven se había refugiado en casa y llamó desde allí a la comisaría de Oiartzun. Su voz no dejaba dudas de que estaba deshecha. Los dos agentes se presentaron en la vivienda, y, en ese transcurso de tiempo, debió de cambiar de idea, ya que cuando llegaron aseguró que había sido un error, que lo sentía. Que la relación había sido consentida. La chica tenía mal aspecto, saltaba a la legua que era politoxicómana, y temblaba de pies a cabeza. Les rogó que la perdonaran y que lo olvidaran. Que no volvería a molestar.

Los agentes se marcharon seguros de que era cierta la primera versión, pero no lograron convencerla de que denunciara. Recordaban que echaron un ojo en la base de datos para saber si el tal Daniel Romedo Bodón tenía antecedentes, pero estaba limpio. Sin denuncia no pudieron hacer nada más que cagarse en él.

La cantera estaba poco después de pasar bajo el puente de la autopista. Era un enorme mordisco en la tierra. Una herradura que miraba al río que había enfrente. Maddi aparcó delante de la verja que delimitaba la entrada principal. El resto estaba rodeado por el propio monte escarbado. Un agujero. Un refugio en medio de la tierra. De la nada. A través de los barrotes distinguieron dos chamizos dentro. Uno más grande que el otro. Edificaciones humildes, pero sólidas. Mateo y Kirmen no habían llegado tan lejos, esperarían a pocos metros, dentro del coche, por si la cosa se ponía fea y la primera avanzadilla necesitaba refuerzos.

—¡Hola! —voceó Lur—. ¿Hay alguien?

Maddi localizó un timbre y pulsó. Pasaron unos segundos hasta que oyeron una voz femenina a través del interfono.

—Buenos días. Nos gustaría hablar con Daniel Romedo.

—¿Daniel? No… Ahora mismo no está.

—¿Sabe si volverá pronto?

—No lo sé. ¿Quién lo pregunta?

—Verá, somos de la Ertzaintza.

—¿Ha hecho algo? Soy su madre.

—¿Nos permitiría entrar?

—Ya le he dicho que no está en casa.

—Solo será un momento, señora.

La mujer se quedó callada y, mientras aguardaban en silencio, oyeron un pequeño desprendimiento de las paredes de la cantera.

Un clic en la verja las animó a empujarla y adentrarse en la colosal hendidura.

La tierrilla blanca no tardó en mancharles el calzado. Había piedras enormes y cuadradas por todas partes. Paredes cortadas en vertical como si se tratara de una tarta de milhojas. Hierba verde asomando desde la cima. Árboles pequeños que se habían aferrado a la arcilla para seguir creciendo en la tierra que un día les perteneció.

El ser humano se las ingeniaba para destrozarlo todo. Para demostrar su paso firme y poderoso. Pese a la salvajada, era un lugar atrayente. Surrealista y bello a la vez. Como si aquel pedazo de cráter perteneciera a un planeta lejano.

Una mujer morena salió a su encuentro. Era más joven de lo que habían imaginado. Cuarenta o cuarenta y pocos. El chico tenía veintidós. Debió de tenerlo de muy joven.

—¿Es usted la madre de Daniel? —dudó Lur.

—La misma. Jimena Bodón. Mucho gusto.

Tenía los labios gruesos. La tez tostada. La cara redonda, amigable. Casi infantil. El cabello largo y liso atado en una coleta. Llevaba un anillo charro de plata y unos pendientes a juego.

—Soy la oficial Lur de las Heras y ella es la agente Maddi Blasco —

dijo tendiéndole la mano—. Nos ha dicho que Daniel no se encuentra en casa.

—Así es. Hace días que no lo vemos. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila. Estamos en medio de una investigación y cabe la posibilidad de que su hijo pueda darnos alguna pista —explicó Lur—. ¿Desde cuándo no lo ve?

—Esperen un momento. —Se dio la vuelta y voceó en dirección a la puerta del chamizo principal—. ¡Hijo! Hijo, sal, por favor.

Un chico salió de la casa. Llevaba las sienes rapadas y la parte de arriba del cabello más larga y alborotada. Vestía un chándal amplio.

—¿Qué pasa?

—Son de la Ertzaintza. Preguntan por tu hermano. ¿Hace cuántas noches que no pasa por casa el Daniel? Yo no lo recuerdo.

El chico elevó las cejas y removió las piedrillas del suelo con la punta de la deportiva.

—El jueves ya no durmió aquí, ¿no? —murmuró.

Madre e hijo se miraron y recapacitaron en silencio.

Una chica más joven se asomó con un bebé en brazos y se quedó apoyada en el umbral de la puerta.

—Maca, ¿tu hermano pasó la noche del jueves en su casa?

La chica se parecía a Jimena, aunque estaba más delgada y tenía rasgos angulosos.

—Creo que no. La última vez que lo vi fue por la tarde.

El bebé, que no llegaría al año de edad, aprovechó y se aferró con sus manitas pegajosas a la melena de la chica. Ella movió la cabeza en todas las direcciones hasta que consiguió liberarse.

—¿Os dijo adónde iba? —preguntó Lur. Maca se encogió de hombros y negó con un gesto mínimo—. ¿Ha desaparecido sin más?

—Así es —contestó la madre.

—¿Y no lo han denunciado?

—Mi hijo nos tiene acostumbrados a estas cosas. Él viene y va. No le

gusta que nos metamos en su vida. No vive con nosotros. Tiene su propia casa. —Señaló el chamizo contiguo.

—Entiendo. —Lur miró hacia los alrededores. En el fondo, a unos metros, había un coche destartalado—. ¿A quién pertenece?

—Al Daniel —contestó el chico.

—¿Y no les resulta extraño que se haya ido sin él?

—Suelen venir a buscarlo a la puerta y no regresa en días —explicó la madre.

—¿Quiénes vienen a buscarlo?

—Colegas, digo yo —respondió él.

—¿Y saben quiénes son?

Jimena meneó la cabeza.

—El Daniel es muy desconfiado con lo suyo. Nosotros no sabemos nada. Tiene muchos conocidos, pero nunca entran.

—¿Nos dejaría echar un vistazo a la casa de su hijo?

—A mí no me importaría, pero sé que a él no le haría ninguna gracia. —Jimena se cruzó de brazos—. Como comprenderán, yo no quiero líos.

—¿Y podrían facilitarnos su número de teléfono?

—Claro. Aunque les adelanto que contesta cuando quiere. Él va a su aire…

—Se lo agradecemos, Jimena. Les voy a dejar mi tarjeta para que me llamen si aparece por aquí o si se enteran de algo.

—¿Y su marido? —intervino Maddi—. ¿El padre de Daniel? Tal vez él sepa algo.

—Nos abandonó hace unos años. No tenemos ni idea de adónde fue.

—Se largó después de darle una paliza que la mandó al hospital —soltó el chico señalando a su madre—. No queremos saber nada de él.

Maddi tragó saliva.

—Vaya, lo lamentamos.

—Una última cosa —apuntó Lur—, ¿podrían decirme si reconocen a esta chica?

Los tres miraron la imagen y aseguraron no conocerla de nada, excepto el chico, que dijo haber visto su foto compartida en las redes sociales.

Antes de abandonar el cráter, ambas se preguntaron qué habría empujado a aquella familia a vivir allí. Era un lugar aislado y árido. Las casas, sencillas pero macizas, estaban construidas con materiales baratos. ¿Soñarían con irse? ¿Con vivir en cualquier otra parte? ¿O nada más lejos?

Se fueron sintiendo que no habían hecho lo suficiente. Que algo se les escapaba. Lo último que oyeron fue el llanto del bebé.

*

Cinco semanas antes de desaparecer

Esa noche las temperaturas eran más bajas y los dos sentían el frío en los huesos. En la garganta, en los dedos de los pies. La aplicación del tiempo del móvil decía que hacía un grado, también que de madrugada descendería hasta menos tres, y eso, en una ciudad cercana a la costa, era poco habitual.

Sua y C iban arrimados hombro con hombro, pero ninguno apreciaba el calor del otro, ya que la ropa estaba helada. La última vez que la acompañó, ella decidió contarle por qué iba a la cantera una vez por semana. Era la primera persona con la que se sinceraba y no sabía por qué. Le daba confianza. Quizá porque él nunca le había preguntado los motivos. No se metía en nada. Respetaba sus idas y venidas. No la juzgaba. Él no se sorprendió al oír la explicación, como si siempre lo hubiera sabido. Cosa que Sua agradeció. Ahora él sabía su secreto. Una carga con la que convivía y de la que no estaba orgullosa, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Había pasado por mucho ya. Grande y profundo. Sombrío. No quería más de eso. De momento, así. Vivir el día a día sin pensar en el pasado ni en el futuro.

—Ojalá se materializara tu nombre —soltó él.

—¿Cómo?

—Sí, así me dabas un poco de calor. Joder, es que hace un frío de la hostia —dijo guiñándole un ojo.

Ella sonrió y a punto estuvo de abrazarlo para templarlo, pero se detuvo antes de hacerlo para que no malinterpretara el gesto. ¿Qué sentía por él?

Ni ella lo sabía. Era su cómplice, su protector. Un chaval con problemas. Un espejo en el que mirarse. Sua nunca había salido con chicos como él. ¿Qué dirían sus dos amigos si apareciera un día con C? El chico de la cantera, de la familia marginal. A primera vista, un quinqui. Pero no lo era. C tenía un gran corazón. Vivía y dejaba vivir. Cuidaba de su madre. ¿Cuántos chicos de su edad hacían eso? Podría enamorarse de alguien así. ¿O ya lo estaba?

Se imaginó dándole la mano. Empezaría con un pequeño roce de dedos para no asustarlo. Después treparía por la palma hasta agarrarle la mano con firmeza. Sí, lo he hecho y estoy segura.

Un escalofrío la recorrió y fue en aumento al pensar en el sabor de sus labios. En lo fríos que estarían al principio. En la humedad y el calor de después.

Se le escapó un sonoro suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Oier y Juanma no lo entenderían. Es más, se enfadarían con ella. C no encajaba. C solo podía habitar en sus sueños.

—Sí, algo cansada. Y muerta de frío.

—Tu bloque está ahí mismo. Enseguida llegamos.

Se detuvieron en el lugar en el que siempre se despedían.

—Nos vemos el jueves —añadió él.

—Claro, C.

—Me llamo Cristian.

Ella ladeó la cabeza y lo estudió en silencio.

—El otro día tú fuiste muy sincera conmigo, lo fuimos los dos, y creo que ya era hora de que supieras mi nombre.

—¿Y por qué no te gusta? No suena a perro.

—Pero sí a religión. Y yo paso de todas.

Sua se tapó la cara con las manos.

—Eres incorregible…

—Anda, corre a tu casa si no quieres que muramos congelados.

—Entonces, ¿te puedo llamar Cristian?

—Haz lo que quieras.

—Pues que tengas buena semana, Cristian.

—Y tú, Fuego.

Sua se giró y dejó campar a sus anchas la sonrisa que se le abría como una flor. Caminó hasta su casa sin saber que él también se moría por tomarla de la mano, por besarla. Por mirarla con fijeza y contar cada peca de su rostro durante el resto de sus días.

*

El cerco empezaba a cerrarse. Lo sentía muy próximo, casi encima. Como un parapeto asfixiante. Una prisión. Durante estos días había logrado reunir un buen pellizco de dinero, pero no el suficiente. Aún tenía algunos deudores a los que podía apretar las tuercas. El pago más los intereses. También le debían algún favor, y esta vez se los iba a cobrar.

Su pellejo ahora sí que corría peligro. No era tan ingenuo como para no saberlo. Le urgía alejarse de veras. Esfumarse para siempre y comenzar una nueva vida. Adiós al pasado mugriento. Él podía ser quien quisiera ser. Valía mucho. Valía su peso en oro. No pocos mediocres lo habían subestimado. Gente con la que había estudiado de crío. También profesores. ¿Dónde estaban ellos? ¿Eh?

«Que os den. No merecéis mi tiempo», pensó asqueado.

Recaudar más pasta y largarse.

En eso invertiría su tiempo.

El futuro lo esperaba.

*

Lur salió del despacho de la comisaría con la misión de llevar café al resto del equipo. La tarde acababa de empezar, pero ella ya sentía el agotamiento que dejan en el cuerpo las últimas horas del día. Estaba cansada. Lo estaban todos, además de furiosos y frustrados. La desaparición de Sua pintaba mal. Muy mal.

Se detuvo frente a la máquina y consultó el teléfono móvil. Le acababa de entrar un mensaje. Era de Guillermo.

Hola, Lur. No dejo de darle vueltas a la conversación que el otro día dejamos a medias y, como se está volviendo tan complicado coincidir en casa a solas, pues me he decidido a escribirte para que lo de la ONG no se convierta en un malentendido

Lur leyó el wasap dos veces seguidas. Y una vez más. Cuanto más lo hacía, más nerviosa se ponía. Guillermo estaba en línea. Su cuerpo le pedía que fuera sincera con él, que le rogara que no se marchara, que esperara un poco, que ni siquiera se habían dado una oportunidad. Pero optó por escribir esto:

Hola, Guillermo
No tienes que explicarme nada, de verdad
Siento si ayer te lo pareció
No fue mi intención

Los dedos respondieron lentos y torpes, como si se hubiese olvidado de dónde estaban las letras en el teclado.

No tengo por qué, Lur, pero quiero

Ella no contestó.

Verás, llevo un tiempo informándome sobre el voluntariado internacional, no es que desee marcharme, ni mucho menos, porque estoy muy a gusto en tu casa, contigo, pero está bien contemplar todas las posibilidades por si las cosas cambiaran a mi alrededor

Estaba a gusto con ella. Estaba a gusto con ella. A Lur eso le bastó.

Claro que está bien
Y yo te apoyaré decidas lo que decidas
Tienes que pensar en ti, por encima de todo

En comisaría la temperatura era agradable, pero ella empezó a acalorarse.

Y tú también, Lur
Quiero recalcar que no entra en mis planes irme, pero si un día ya no encajo en tu vida solo tienes que decírmelo

Claro, cuenta con ello

No te molesto más
Está a punto de llegar un paciente y tú supongo que estarás hasta arriba de trabajo

Nos vemos por la noche, Guillermo
Me alegra haber hablado un rato contigo

Regresó al despacho con los cafés. El cansancio seguía en su cuerpo, pero la conversación la había serenado. Necesitaba algo así para poder continuar. Para afrontar aquella desaparición tan desalentadora. En cuanto dejó los vasos humeantes sobre la mesa, sus compañeros los

agarraron con desesperación. Ojalá tuvieran el mismo efecto balsámico que Guillermo. El equipo merecía un empujón.

Entre sorbo y sorbo reflexionaron sobre el caso. Las nuevas pistas habían dado un giro a la investigación y no sabían muy bien por dónde continuar. Demasiados secretos en torno a Sua. Acababan de hablar con Oier y Juanma y los dos habían asegurado no haber oído hablar en la vida de Daniel Romedo Bodón. ¿Sería cierto? No dejaban de darle vueltas a ese labio partido. ¿Qué ocultaban? ¿Qué pasaba entre los dos? ¿Y con Carlos, el hermano de Juanma? ¿Escondía algo o la casualidad lo había puesto en la carretera —y a la hora exacta— en la que a Sua se le perdió el rastro? ¿Y con la persona que envió los emails a la app de la Ertzaintza desde el locutorio Irún Frontera?

Habían puesto en libertad a Pascual Mares, pero una patrulla no uniformada lo seguía muy de cerca por si estaba implicado en la desaparición. No podían fiarse de nadie. Ni bajar la guardia. Sua llevaba casi cuatro días en paradero desconocido, y eso eran muchas horas. La mayoría de las desapariciones se resolvía de manera satisfactoria, ya que los individuos reaparecían o eran localizados medianamente pronto. Motivos de salud que los hacían desorientarse, accidentes, problemas que los empujaban a alejarse por voluntad propia…

—Constan 27.560 denuncias por desaparición el año pasado. Es una burrada —reflexionó Mateo. Debían repasar el material recabado hasta entonces, las estadísticas. Todo. Él mismo se había encargado de fotocopiar y repartir a sus compañeros el último informe del Gobierno —. Más de setenta y cinco personas al día.

La puerta estaba cerrada a cal y canto. Llevaban tanto rato ahí dentro que el ventanal estaba empañado. Ya no se apreciaba nada del exterior. Como si no existiera. Ni tráfico, ni nubarrones, ni frío. Solo ellos y la investigación.

—Pero solo una de cada seiscientas se considera de alto riesgo — recordó el subcomisario.

Todos callaron. La de Sua, por desgracia, se colocaba en esta categoría.

Que Daniel Romedo también estuviera desaparecido desde la misma noche había hecho saltar aún más las alarmas. Un tío sospechoso de abusos sexuales. Un trapichero de purasangre. Un individuo peligroso.

—¿Y si Sua y él huyeron juntos? El amor, a menudo, es ciego —

murmuró Maddi. Pensó en Fidel, en los primeros meses de noviazgo. Apenas lo conocía y habría dado su vida por él. De haberlo hecho, ahora se habría arrepentido. Su marido no merecía una ofrenda de esa envergadura—. Puede que estuviera agotada de callar. De proteger a su madre. Una especie de fatiga por compasión. Demasiados años cuidándola, cargando con su dolor, desatendiéndose a sí misma. Aparece Daniel, un tipo con poder. Quizá la sedujo, le prometió una vida diferente. Un descanso.

—¿Sua con un individuo como Daniel? —preguntó Lur—. Oier y Juanma ni siquiera habían oído hablar de él. No, joder. No puede ser que se haya ido voluntariamente con un tipo como ese.

—¿No puede ser o no quieres que sea? —quiso saber Maddi. Se rascó sin querer la raspadura de la mejilla y le escoció.

La oficial torció el morro. No quería que Sua hubiera elegido ese destino.

—Peores cosas hemos visto, Lur —le recordó el subcomisario—. No es descabellado.

Ella suspiró antes de anotar la teoría en un taco de papeles que tenía sobre la mesa. Pensó que en el fondo la prefería. Las circunstancias que rodeaban la desaparición de Sua eran muy feas. Además, que fuera mujer de entre catorce y veinticuatro años aumentaba la posibilidad de un desenlace trágico por causa homicida.

—¿Qué sabemos de Nekane? —preguntó Nando García.

—Ha pasado la noche en el psiquiátrico —informó Maddi—. Su madre nos ha explicado que ayer lo vieron oportuno. Al menos hasta estabilizarla. No tardarán en mandarla a casa.

—A Anita le tocará supervisar la medicación —añadió Lur.

—Vaya papeleta —opinó Mateo—. Desaparece la nieta y descubre que su hija es toxicómana.

—Sua y Nekane me dan mucha lástima —reconoció Lur—. La depresión te aísla, te arranca de cuajo la vida social y causa que la gente se acabe alejando y observando desde la distancia. Por eso apenas tenía relación con la familia de su marido. Si hubiesen estado más pendientes de ellas, tal vez habrían descubierto que, desde hace años, se trataba de una drogadicción.

—Las personas huyen de las enfermedades ajenas. Se cansan —dijo

Kirmen—. Ojos que no ven… Nuestra sociedad cada vez es más individualista y lo acabaremos pagando muy caro.

Lur pensó en su compañero el negativo, el agorero. En este comentario no le faltaba razón. Ella había experimentado en sus propias carnes cómo la gente se alejaba hasta desaparecer. De la noche a la mañana se vio con una enfermedad sin diagnóstico que la llenaba de dolores y limitaciones. Fue como caerse de un trasatlántico y quedarse sola a la deriva en un pequeño bote. Ella aún no sabía cómo consiguió sacar la fortaleza para tirar adelante. No lo sabía. Pero sí que tuvo mucha suerte, ya que el viaje de mucha gente se acababa ahí, en ese océano infinito. Qué importante era el soporte cuando la salud física o mental fallaba. Qué importante.

—Yo insisto en lo de solicitar a la jueza una orden de registro para el chamizo de Daniel. También triangular su teléfono —exteriorizó Lur.

—Nos va a ser imposible convencerla de que este sujeto es el principal sospechoso de la desaparición —dijo García—. Al menos hasta que no encontremos más evidencias que apuntalen la hipótesis; algún testigo, alguna amenaza previa sobre la víctima, imágenes en las que se la vea con él…

—Sabemos que iba cada jueves a por pura. Sabemos que el último jueves desapareció y Daniel también —aportó Lur.

—Le falta solidez a la rutina de los jueves —intervino Mateo—. Deberíamos trabajar en ello. Ese tipo me da muy mala espina. Busquemos todas esas evidencias para convencer a la jueza.

—Si la yonqui hubiera denunciado a este tipo, lo tendríamos más fácil. Pero no logramos convencerla, joder —se quejó Kirmen.

—Había un coche en la cantera —caviló Lur—. La familia de Daniel ha asegurado que es de él.

—¿Tenéis el modelo? —preguntó Nando.

—Un Lada Niva. Color rojo.

—¿Y la matrícula?

Maddi sacó su libreta y se la dictó.

—Voy a comprobar si es el propietario. —El subcomisario se levantó —. Por mi parte, tenéis vía libre para ponerlo patas arriba. Hallar ADN de Sua en él podría abrirnos alguna puerta.

El equipo asintió. Lur cogió el teléfono y, cuando estaba a punto de llamar a los de la científica para avisarlos del registro, le entró una llamada de un número que no conocía.

—Oficial De las Heras, dígame.

—(…)

—De acuerdo. Gracias. Vamos para allá.

—(…)

—Nos vemos ahora.

Lur colgó y miró al resto.

—Era Maca, la chica de la cantera. Dice que Daniel ha pasado por allí.

*

Cuatro semanas antes de desaparecer

El río bajaba con fuerza y arrastraba un agua marrón, embarrada. Había llovido sin parar durante varios días, y hoy por fin las nubes habían decidido dar una tregua. Sua fantaseó con que conspiraban para que pudiera ir hasta la cantera tranquilamente y regresar en compañía de Cristian. Aunque hoy lo notaba muy silencioso. Demasiado. Por eso no era capaz de desconectar del sonido que emitía el río.

Lo estudió de soslayo, con disimulo. Él iba fumando un porro, pero no lo hacía como otras veces. Las caladas eran cortas y el movimiento de la mano, nervioso. Tenía el gesto serio. El ceño fruncido, la mandíbula apretada. Cuando la tensaba, la piel de la barbilla descubría más la cicatriz que se alojaba ahí.

—¿Estás bien, Cristian?

Iban a la altura del puente y él rozó la punta del porro con la pared para apagarlo.

—Estoy preocupado.

—¿Ha pasado algo?

—Quiero pedirte una cosa, Sua.

La chica tragó saliva.

—Sí, claro. Lo que sea —dijo sin pensárselo dos veces.

—Que no vuelvas por aquí.

Ella se detuvo y se giró para mirarlo.

—Pero ¿qué dices?

A él le brillaban los ojos. Quizá por el porro, quizá por lo que acababa de decirle.

—Mi hermano es peligroso. No es seguro que vuelvas a verlo.

—Pero…

—Te lo pido por favor.

—Sabes muy bien por qué quedo con él cada semana. No puedes pedirme algo así.

—Busca en otro lado, Sua.

—Ya lo intenté antes de dar con él. No conozco a nadie más.

—Mi hermano violó a una chica. —Tensó los hombros—. Aunque el muy cabrón se libró de pagar por ello. —Ella se quedó petrificada—. Es como mi padre. Un mierdas. Hace años que no me hablo con él. Amedrenta a mi madre con sus exigencias. Es un puto tirano.

—Vale, sí, ¿y qué hago yo? Sabes que necesito venir. Es el único que pasa purasangre en Irún.

—Voy a intentar enterarme de si hay alguien más. No puede ser el único.

—No quiero involucrarte en mis historias, joder. Esto es cosa mía.

—No me importa, Sua. Cualquier cosa con tal de que no sigas viniendo.

Cruzaron la carretera a la altura del parque que había junto al colegio y ella decidió sentarse en un banco.

Él también lo hizo, pero a una distancia prudencial. En otras ocasiones habían caminado con los hombros juntos, pero esta vez era diferente.

Estuvieron callados durante un buen rato.

—Lo intentaré, Cristian, pero no te prometo nada.

—No lo intentes solo, por favor.

Él había visto cómo la miraba su hermano. Lo conocía muy bien. Cuando

deseaba a una mujer, mostraba aquellos ojos leoninos. Depredadores. Con Sua había ido más despacio. Se ve que Daniel entendía que no era una adicta como las demás. Con las yonquis no se andaba con chiquitas y enseguida las amenazaba con cortar el suministro si, además de la pasta, no le daban algo más. Ellas accedían con tal de llevarse la dosis. Cualquier cosa antes de aguantar el mono.

—¿Quedamos aquí la semana que viene a las ocho? —propuso ella—. Si ha habido suerte, no volveré a la cantera, ¿de acuerdo?

Él afirmó en silencio, no del todo conforme.

Sua se levantó.

—Nos vemos, Cristian. —Lo observó. Seguía sentado. Inquieto. Le dieron ganas de ponerse frente a él y rodearle la nuca con los brazos para atraer su cabeza hacia el pecho. Besarle el cabello, que seguía oliendo a cítricos, y decirle que estuviera tranquilo. Que junto a él nunca le pasaría nada.

Pero, en vez de eso, echó a andar hacia su bloque con el cuerpo lleno de preocupaciones y anhelos.

*

Lo primero que vio Lur al entrar en la cantera fue que el Lada Niva de Daniel ya no estaba. Maddi también debió de darse cuenta y de inmediato llamó a comisaría para avisar. Tenían que conseguir dar con el vehículo. Los familiares las esperaban fuera de la casa.

—Vino y se fue —explicó Maca—. Oímos su puerta y nos acercamos para decirle que lo estabais buscando, pero no nos hizo caso.

—¿Os contó algo? —preguntó Maddi.

—Nada. Ni siquiera nos abrió. Lo siguiente que oímos fue el motor de su coche en marcha.

—¿No llegasteis a verlo? —Lur miró al chico y a Jimena, animándolos a que hablaran también, pero fue Maca la que volvió a contestar.

—No. Pero iba al volante. ¿Quién iba a ser si no? Aquí no viene nadie.

—¿Hace cuánto ha sido eso? —se impacientó Lur.

—Ya hace un rato. —Bajó el rostro—. Más de una hora.

—No sabíamos qué hacer —intervino la madre por fin—. Lo hablamos entre los tres hasta tomar una decisión. No queremos que el Daniel se

enfade… No sé si me entienden.

Lur suspiró e intercambió una mirada con Maddi. Bajo la luz blanquecina del día, la raspadura del rostro de la patrullera la hacía parecer una guerrera. La oficial creyó que las agallas y la sensibilidad de su compañera la capacitaban para desempeñar el trabajo que quisiera.

—Gracias por llamar. Han sido muy amables. Manténganos informadas, por favor.

*

—Puede estar en cualquier parte —protestó Kirmen—. ¿Más de una hora desde que salió de la cantera al volante de su coche? Francia, Navarra, Bizkaia, Araba… Se encontrará en cualquier sitio menos en Gipuzkoa.

—Revisaremos todas las grabaciones de las carreteras —animó García al equipo, que volvía a estar reunido—. Daremos con la ruta que ha tomado.

—La familia le tiene miedo —apuntó Maddi—. Es terrible. Se reunieron los tres antes de llamarnos. ¿Por qué tanto temor? ¿De qué es capaz Daniel?

—Por lo pronto, sabemos que es traficante y un posible violador —dijo Lur.

—Encargaos de conseguir las grabaciones —concluyó el subcomisario —. Yo voy a meter prisa a los de la científica con los restos de ADN hallados en el todoterreno de Carlos. A ver si podemos conseguir cerrar una línea de investigación.

*

Tres semanas antes de desaparecer

En el parque, a la hora acordada, una silueta oscura esperaba sentada en el banco. Sua la vio desde lejos y le bastó para saber que pertenecía a Cristian. Sus hombros, la forma del abrigo de estilo militar. Era él. ¿Quién si no? Al reconocerlo, las tripas se le contrajeron. En ellas se entretejían emociones bien diferentes entre sí. Por un lado, estaban los nervios por saber si Cristian había dado con algún camello y, por otro, las ganas que tenía de verlo. De oír su voz. De pasar un rato con él.

—Ey —dijo sentándose en el banco.

A su alrededor no olía a porro, pero tenía los ojos vidriosos.

—Lo siento —dijo él. Ella agachó la cabeza, decepcionada—. ¿Tú tampoco, Sua? —preguntó, sintiéndose un miserable por no haber podido ayudarla.

—En Irún no hay nadie que pase purasangre. He hablado con Pascual, mi antiguo camello. Tu hermano tiene amedrentado al resto.

—Es un desgraciado de mierda —dijo entre dientes.

—Ayer me di una vuelta por Errenteria y Donosti y volví con los bolsillos vacíos.

—Joder. Yo llevo toda la semana dándole vueltas, preguntando a unos y a otros, pero nada.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho.

—Hoy se la pillo a tu hermano, no queda otra, y seguimos buscando de aquí al jueves que viene. —Él apretó los puños—. Tienes que entenderlo, Cristian. No puedo irme sin la dosis.

—Vigilaré muy de cerca a ese cabrón, y, como se le ocurra pasarse, le vuelo la cabeza con la escopeta.

Ella le puso la mano sobre el hombro tenso.

—Tranquilo, ¿vale? No puedes dejarte llevar por la rabia. Yo voy a estar bien. No va a hacerme nada.

—No lo conoces, Sua. No conoces a ese cerdo.

—Si se pasa, grito tu nombre, ¿de acuerdo? —dijo conteniendo las ganas de llorar—. Hasta entonces, no se te ocurra aparecer, y menos armado.

*

La jornada se había hecho larga y pesada, pero por fin se había acabado. Las dos iban en coche de camino a casa, agotadas. La revisión de las grabaciones de tráfico no había dado los frutos deseados. Al menos no todavía. Llegaba un momento de la jornada en el que más valía parar, volver al hogar, poner punto muerto y esperar al día siguiente para continuar.

—Mañana tendremos más suerte —dijo Maddi, intuyendo en qué pensaba su compañera—. Los lunes son duros.

Lur dio un respingo.

—¿Hoy era lunes? ¡Mierda! —dijo.

La patrullera cayó en la cuenta.

—¡La rehabilitación…! Maldita sea —gruñó la oficial.

—Me temo que es complicado conciliarla con la investigación.

—Tendré que dejarla para cuando terminemos…

No había vuelto a llover desde la víspera y las calles estaban secas. Maddi condujo hasta el barrio de Lur y se detuvo cerca del portal.

—Por cierto, ¿qué tal te va con Fidel? —No había encontrado el momento de preguntárselo y no quería irse a casa sin hacerlo.

—Creo que quiere correr un tupido velo. Hoy se ha interesado por mi pómulo y por la investigación. En cualquier caso, estoy cansada de tonterías —reconoció metiendo primera—. Es la única conclusión a la que he llegado.

—Te entiendo —dijo Lur. Le apretó el hombro con afecto, se cruzó el bolso y tiró de la manija de la puerta—. Que descanses, Maddi.

Entró en el portal y subió por las escaleras. Tenía ganas de ver a Guillermo. De relajarse. De cenar con él. De compartir una película. Sí, por qué no, como hacían antes de que se embarcara en la desaparición de Sua. Aunque, por otro lado, sabía que había una mecha que estaba a punto de encenderse. Con tanto ir y venir, habían perdido esos ratos de intimidad, pero, la última vez que se miraron a los ojos, vislumbró que las cosas estaban a punto de precipitarse. Que la hubiera escrito para aclarar el tema de la ONG la había dejado más tranquila, también más nerviosa. Y contrariada. No quería que Guillermo desapareciera de su vida, eso lo tenía muy claro. ¿Y entonces? ¿Qué era? ¿Estaba preparada para iniciar una relación? El recuerdo de Maddi, de su hartura, de lo asustada que la vio y de lo triste que estaba le hizo considerar si no estaría mejor sola, como hasta ahora. ¿Para qué complicarse la vida? Llevaba años protegiéndose el corazón. ¿Por qué debilitar la fortaleza ahora? ¿Merecía la pena? Si había conseguido sobrevivir sola, incluso en los peores momentos, ¿por qué no seguir haciéndolo ahora que estaba mejor, con menos limitaciones?

Abrió la puerta. La luz de la cocina llegaba hasta la entrada. Como el día anterior, varias voces se encontraban en la casa. Rosa asomó por el

pasillo al oír la puerta cerrarse y abordó a Lur mientras esta aún se estaba quitando el abrigo.

—Hija, hija mía, ¿qué tal? Te he traído un pastel de berenjena al horno. La receta era de tu abuela —señaló la encimera. Había una fuente de cristal tapada con papel de film—. Por todo lo que estás haciendo.

Guillermo le hizo un guiño y sonrió antes de dejarlas a solas.

—No es necesario, Rosa. Es mi trabajo. Faltaría más.

—Si ni siquiera has parado durante el fin de semana. Además, a mí no me cuesta nada. Cocinar me mantiene entretenida. No soporto esta incertidumbre.

—Te lo agradezco.

—Dime, ¿hay novedades?

—Sabes que, de poder ponerte al tanto de alguna, ya lo habría hecho. Tienes que confiar en mí.

Rosa asintió con vehemencia y se disculpó con ella; sabía que era impertinente insistir tanto, pero no lo podía evitar. Justo entonces, la mujer señaló un rincón de la encimera.

—Uy, ¿y eso? —Lur la miró sin saber a qué se refería—. ¿Son las cartas de tu abuela?

La baraja del tarot se había quedado allí tras la discusión con su padre.

—Sí. Las mismas —dijo cogiéndolas.

—¿Recuerdas la cantidad de veces que me las echó? Qué buenos momentos pasamos las dos. Cuidábamos la una de la otra.

—Mi abuela te quería mucho. —Lur le sonrió con afecto—. Cuando enfermó, eras de las pocas personas a las que quería ver.

—No sabes cuánto la echo de menos.

—Yo también, Rosa.

—Oye, y crees que tú, que tú… —Señaló las cartas que tenía en las manos.

—¿Yo? —Meneó la cabeza.

—Sí, tú. —Se cruzó la bata de invierno.

—No, no, Rosa. Yo no —dijo devolviendo la baraja a la encimera.

—Tu abuela tenía un don, seguro que lo has heredado.

—De verdad que no, Rosa. Yo nunca he creído en estas cosas. Las respeto, pero nada más lejos de ahí.

—Podríamos intentarlo. Quizá nos ayuden a encontrar a Sua. —En sus ojos había un ruego desesperado.

—Yo ni siquiera sé interpretarlas. —Lur empezaba a sentirse abrumada. Tenía que cortar aquello como fuera—. Sería una locura.

—Yo recuerdo más o menos qué significado tienen la mayoría de ellas.

Rosa parecía haber encontrado el clavo ardiendo al que agarrarse y por eso insistía. A Lur le dio la impresión de que ahora no habría quien la parara.

—No me pidas algo así, por favor. Me voy a sentir una auténtica farsante. Es que para mí sería como traducir un texto en japonés, no sé si me entiendes. Y lo de Sua es muy serio. No podemos arriesgarnos y seguir una corazonada que solo consiga que perdamos el tiempo.

Oyó la madera del baúl crujir en la sala.

—Claro. Perdóname —se disculpó llevándose las manos al pecho—. Ya no sé a qué recurrir para devolver a mi nieta a su casa.

—No te disculpes. Te entiendo.

—Que disfrutes de la cena. Me marcho ya.

—Muchísimas gracias, Rosa. Mañana te subo la fuente.

—No hay prisa.

La acompañó a la puerta y, al cerrarla, se sintió una mala mujer que acababa de arrancar la esperanza a aquella pobre abuela.

*

Tres semanas antes de desaparecer

Si Cristian no le hubiera metido el miedo en el cuerpo, ella habría ido al

encuentro sin ningún tipo de preocupación, como lo había hecho las anteriores veces. Pero ahora no se quitaba de la cabeza que Daniel era un violador y que debía tomar precauciones y largarse de allí cuanto antes.

Contempló al chico y sintió asco. La gorra, el pelo grasiento saliendo por debajo y esa mirada cruzada. La primera vez que lo vio no se detuvo a analizarlo con minuciosidad. Era un camello y no esperaba toparse con una hermanita de la caridad. Un proveedor de pura y punto. No fue más allá. Pero, ahora que Cristian la había advertido, veía otra cosa.

Sua extendió el brazo para entregarle el dinero y él le tomó la mano acariciándola con descaro. La retuvo entre los dedos con fuerza.

—Esto empieza a no ser suficiente.

—¿Ha subido? —preguntó disimulando—. ¿Cuánto quieres?

—No es dinero lo que pido.

—No sé de qué me hablas. —Se zafó de la mano.

Él se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, claro que lo sabes. —Pinzó la bolsa con los dedos y la balanceó delante de su cara—. Estás jodidamente buena. Lo sabes, ¿no? ¿O eres de esas pecosillas que no se enteran?

Sua echó la mano hacia la bolsa y él, con un movimiento rápido, se la metió en la cinturilla del pantalón.

—Si quieres cogerla, tendrás que buscarla.

—Creo que te estás equivocando conmigo.

—Yo nunca me equivoco. —Se mordió el labio inferior con deleite.

—Te he dado el dinero y tú me tienes que dar la bolsa. Así lo acordamos. —Se le encaró ella—. No puedes coger la pasta y cambiar el trato.

—La pecosilla es lista además de guapa. —Se metió la mano en la cinturilla y llevó la bolsa hasta sus partes antes de sacarla—. Ten, anda. —Sua la cogió pese al asco atroz que la recorría de arriba abajo—. Lárgate. —La señaló con el dedo índice—. Pero quiero que tengas una cosa clara: el trato ha cambiado y, la próxima vez, si quieres la pura, me traes la pasta y nos damos un homenaje. ¿Te queda claro, pecosilla?

—Déjame en paz. Te he dicho que conmigo te equivocas. —La rabia y la impotencia se le alojaron en el pecho. También la sensación de indefensión.

—Que me equivoco, dice… No seas estrecha.

Sua se dio la vuelta y él aprovechó para darle un azote en el culo.

—¡Los dos lo vamos a pasar bien, ya lo verás! —voceó eufórico.

Ella aceleró el paso y salió de la cantera lo más rápido que pudo.

*

—¿Has cenado? —Lur entró en la sala y agradeció que Guillermo no estuviera aún en su dormitorio—. Si el pastel de berenjena está la mitad de bueno que el de mi abuela…

—Seguro que sí. Tenía muy buena pinta. —Se incorporó en el sofá y apagó la televisión con el mando—. ¿Me estás invitando?

—En realidad invita Rosa.

—Lo haré por ella, entonces.

Lur observó el baúl que estaba junto a la puerta, contra una de las paredes de la sala.

«Qué quieres de mí, abuela».

Le gustaba pensar que la presencia de Ausencia, que era así como se llamaba, la acompañaría siempre.

Su fantasma favorito.

—¿Antes lo oíste crujir? —dijo señalándolo.

—Sí, menudo estacazo pegó —contestó Guillermo—. Me asusté.

Lur sonrió en dirección al baúl antes de salir de la sala.

Fueron juntos a la cocina y ella troceó un buen puñado de aceitunas negras sobre el pastel de berenjena antes de recalentarlo en el minihorno. Si algo podía reprocharle a Rosa era lo poco generosa que había sido con las olivas. Su abuela con eso no tenía límite, como ella. Menos mal que a Guillermo también le gustaban, o eso decía.

—Cuéntame algo de tu día —le pidió Lur mientras se apoyaba en la encimera.

—Eva y yo fuimos al cementerio. Bruno e Irene también vinieron. Han insistido en que cene mañana con ellos. —Se colocó junto a ella, de espaldas al minihorno. Entendió por qué ella había elegido ese lugar.

El calor. Siempre buscaba el calor.

—Claro. —Lur consultó el calendario que había colgado frente a la mesa—. Hoy hace tres meses.

—Tres meses sin Ari.

Lo miró. Estaba sereno. La voz firme. Y ese poso de tristeza en el fondo de los ojos.

—¿Y qué tal estás?

—Ni lo sé. Me ha cambiado tanto la vida que siento como si hubiera transcurrido un siglo desde entonces. O igual es porque, sin Ari, los días parecen décadas.

—Es muy duro. Y aún está muy reciente.

—Hay mañanas que me despierto triste; otras, enfadado. Las menos, resignado. Pero mis emociones no cambian la realidad. Ni la cambiarán.

—Tienes que darle tiempo y seguir para adelante. Por lo pronto, el día a día.

Se quedaron callados. El tictac del horno sonaba detrás de ellos.

—He de reconocer que agradezco que estés en ese día a día. Vas y vienes, templas la casa… —dijo él.

—Según tú, demasiado —bromeó Lur para animarlo.

—Sí, a veces te pasas con la calefacción —repuso sonriendo.

—Es que hace mucho frío y se cuela por todas las rendijas de la casa —se defendió ella—. Ya sé que vienes de un caserío helado de techos altísimos, pero…

—Se está mejor aquí —la interrumpió—. Sin ninguna duda.

—¿Y qué tal está Eva? —se apresuró a preguntar. Su cabeza siempre la obligaba a alejarse de cualquier acercamiento. Era un acto reflejo.

—Está bien. Ha empezado a quedar con unas vecinas de su bloque.

—Vaya, me alegra —dijo ilusionada. La buena de Eva era libre. Tenía el mundo a sus pies. Deseó que fuera feliz y que los palos que recibiera a lo largo de su vida le dolieran poco, muy poco.

—La veo contenta, porque, en las valoraciones que le están haciendo para decidir en qué curso entrará el próximo septiembre, le han adelantado que está muy igualada a los chicos de su edad.

—Qué buenas noticias.

—Le he aconsejado que se agarre a esas ilusiones. Son vitales ahora mismo. Es tan joven… Tan vulnerable…

—Es buena, luchadora y tiene grandes apoyos. En ti confía.

—Sí, a veces creo que sigue sintiendo que soy su guía. Tiene que cortar ese vínculo.

—No se lo pidas. El tiempo y nuestra sociedad irán poniendo todo en su sitio. No hay que olvidar que ella nació en el seno de la familia Fritz. No ha conocido no tener un guía.

—No, si a mí no me molesta, todo lo contrario. En ella está Ari. Es la única que me acerca a él —reconoció con nostalgia en la voz—. Cuidaré de ella si así lo necesita. Toda su vida o, al menos, toda la mía.

«¿Eres así de verdad o acabará cayéndose la máscara tras la que finges ser el hombre perfecto?», quiso preguntarle.

El temporizador del horno se detuvo después de emitir un timbre.

—La cena está lista —dijo Guillermo posando la mano en la espalda de Lur.

La oficial sintió la ropa calentada por el horno sobre la piel de la zona lumbar y la recorrió un escalofrío de pies a cabeza. Cuando la retiró, estuvo a punto de obligarlo a que volviera a posarla, pero él ya se había alejado de ella y ahora estaba de espaldas, colocando un par de servilletas en la mesa.

«Cuántas cosas quiero de ti, Guillermo, y cuánto miedo tengo», pensó observando sus manos fuertes. Nervudas.

*

Tres semanas antes de desaparecer

—¿Qué te ha dicho, eh? —Cristian estaba desquiciado—. Joder, dime qué te ha dicho ese mierdas.

Estaban sentados en el banco del parque.

—Déjalo ya, Cristian. Olvídate. —Sua tenía las mejillas sonrojadas a pesar del frío. La vergüenza, el miedo y la impotencia en su organismo provocaban que la piel le ardiera. Como un sarpullido. Un rechazo a lo ocurrido.

—No puedes volver. ¿Lo entiendes o no?

—Sí. —Los ojos se le humedecieron.

—Vamos a buscar a otro que pase pura. Igual nos cuesta un tiempo.

—No dispongo de él.

—Habla con tu madre. Cuéntale lo que ocurre.

—Nonononononononono —dijo nerviosa—. Eso sí que no.

—¿Por qué? Lo haces todo por ella. Si le cuentas lo de hoy, seguro que no quiere que vuelvas por aquí.

—Me da miedo.

—¿Qué?

—¿Y si le da un ataque de pánico y tenemos que volver al hospital? No sé cómo se lo va a tomar. Es muy frágil.

—Es tu madre, Sua.

—Lo hemos pasado muy mal. —Hizo memoria en silencio—. Se tiraba al suelo y quería arrancarse el pelo. No podemos pasar por eso otra vez. No, por favor.

—Tu madre necesita ayuda profesional.

—La buscamos en mil sitios. No te puedes imaginar las puertas que hemos tocado. —Se frotó las mejillas para intentar aliviar esa quemazón—. Ya te dije que la última sugerencia de su psiquiatra fue aplicarle terapia electroconvulsiva.

—¿Y no se ha planteado probarla? Igual funciona.

—El solo hecho de oírlo la hundió más en el pozo. ¿Tú te ves sometiéndote a algo así? Piénsalo, Cristian.

—¿Y es mejor depender de la puta pura?

—No lo sé —dijo angustiada—. ¡No lo sé! —Volteó la cara para que él no viera el temblor que se había apoderado de su barbilla—. Ahora se

encuentra muy bien. No está triste, no tiene ansiedad. Vivimos el presente.

—Es una yonqui —soltó y se arrepintió al segundo de hacerlo.

Sua se levantó del banco.

—¿Y antes no? Lleva siendo una adicta desde que mi padre murió.

—Perdóname, Sua. Yo…

—Tomaba tantos antidepresivos que le salían por las orejas.

Cómo explicarle que a veces su madre tocaba fondo y que en esa inmersión, se ahogaban las dos. ¿Cómo? Que su corazón estaba pendiente de los latidos del de ella para funcionar. Que su sonrisa solo se activaba cuando los labios de su madre lo hacían. Él no tenía ni idea de cómo era convivir con semejante tristeza. Con la soledad que envuelve a algunos pacientes.

Silencio, oscuridad, vergüenza, incomprensión. Un dolor que te hunde en lo más profundo.

—Sua, yo… Es que yo… Quiero ayudarte, joder.

—Bastantes problemas tienes ya, Cristian. No te preocupes más por mí. —Había pasado del calor al frío y ahora tiritaba.

—Para el jueves que viene habré buscado una solución. Te lo juro, Sua. —Se puso de pie.

—Quién te mandaría juntarte a mí. A mis… mierdas.

—El jueves nos vemos aquí a las ocho. ¿De acuerdo? —preguntó frente a ella.

Sua afirmó con la cabeza, se acercó a él, titubeando, y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias y perdóname tú a mí —susurró antes de irse.

Cristian se llevó la mano al moflete mientras la veía marchar. Ahora era a él a quien le ardía la piel.

Martes, 14 de enero

El paseo diario era sagrado.

Antiguamente Xanti subía andando desde Irún hasta la falda de Peñas de Aia y se daba una buena vuelta por el monte. Ahora su cuerpo y el de Pako, su border collie negro y blanco, no estaban para tantos trotes y por ello iban en coche hasta el segundo merendero y desde allí seguían a pie hasta la peña de Arburu.

La pequeña cima pertenecía al parque natural de Peñas de Aia y contaba con un vértice geodésico y una manga de viento que habían colocado los aficionados al parapente, que se tiraban desde la ladera que colindaba. Una ladera que hacía las veces de mirador: trescientos sesenta grados de fascinante paisaje. Peñas de Aia, la bahía de Txingudi, Donostia y Francia. La costa vascofrancesa en su mayor esplendor. En los días de buena visibilidad incluso se podían localizar las Landas, a más de ciento cincuenta kilómetros de allí.

Para Xanti aquel recorrido era oxígeno. Vida. Su chute diario. La dosis que le hacía sentir que pertenecía a algo mágico. Un regalo que no tenía pensado desperdiciar.

Las vacas y los caballos pastaban en libertad. Pako no era ninguna amenaza para ellos. Su humano lo había educado para que los respetara y los observara desde la distancia. Grandes herbívoros, pacíficos, que apenas levantaban el hocico de la hierba. El sonido de los cencerros, las moscas revoloteándolos. Mugidos y algún trote.

Aquella mañana, como venía siendo habitual desde noviembre, hacía frío, mucho frío. En las tres cimas de Peñas de Aia, que se elevaban a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar, se apreciaba nieve y un verdor impresionante. La humedad conservaba vivo el paisaje y acentuaba los olores de la naturaleza. Tierra, musgo, helechos, bostas secas y recientes.

Cuando estaba a punto de alcanzar la peña, Pako dejó a Xanti plantado para girar a la izquierda y correr cuesta abajo. Él lo llamó a voces, pero el perro olfateaba con obsesión y no atendía a razones.

—*Atoz honera, Pako! Pako!*

Nunca lo desobedecía. Jamás antes lo había visto así.

Corrió tras él para no perderlo y advirtió que se detenía en medio de una arboleda.

—*Pako!*

El perro empezó a ladrar en respuesta y a escarbar como si le fuera la vida en ello.

Xanti llegó jadeando e hincó las rodillas en el suelo al ver una mano surgiendo de la tierra oscura. Antes de quedarse paralizado, tiró del collar de Pako para que dejara de desenterrar a quien fuera que estuviera allí y llamó al 112.

*

Sobre la mesa del bar del centro había dos cafés, una generosa rebanada de pan con tomate y aceite y una ración de aceitunas.

Maddi pegó un bocado a su tostada, y estaba tan crujiente que el chasquido llegó hasta los oídos de Lur. La oficial salivó con envidia. Qué difícil era encontrar en Irún establecimientos que ofrecieran opciones sin gluten. Metió el palillo en el cuenco y pinchó una aceituna. Por suerte, era un surtido de esos que a ella le gustaban. Olivas negras, marrones y de diferentes tonos verdes bañadas en aceite. Quien no se conformaba era porque no quería. Mordió la elegida y saboreó el amargor que desprendía.

—Llevamos desde el viernes trabajando juntas y es la primera vez que nos sentamos con tranquilidad —reflexionó la patrullera tras suspirar.

A las dos se les notaba el cansancio en el rostro, pero una sombra de tristeza marcaba el de Maddi. A Lur le dolió verla así.

—Es verdad. No hemos parado durante estos cuatro días.

—Me gustaba más investigar desde tu casa. Las aceitunas estaban muchísimo más buenas.

—Yo también echo de menos nuestra oficina improvisada. —Agarró la taza—. Por cierto, el bonsái de olivo que me regalaste está precioso. No sé qué narices le hizo Guillermo el mes pasado que ha pegado mucho cambio. Rebosa vida. Tengo que hacerle una foto para que lo veas.

Pensó que ya tenía excusa para escribirle esa noche antes de acostarse. Se llevó el café a los labios. Fue entonces cuando descubrió que Maddi la contemplaba con una sonrisa de medio lado.

—Vaya con Guillermo —murmuró con picardía.

—Eso digo yo también. —Le alegró infinitamente sentir que la pena de su compañera se echaba a un lado.

Rieron de buena gana.

Lur le habló de lo fácil que era convivir con él y le confesó la química que había entre ellos. No quiso contarle que, cuando la llamó preocupada por el paradero de Fidel y los niños, la combustión estuvo a punto de estallar.

—Ay —suspiró—. Es un auténtico domador de almas. Te lo aseguro.

—Tiene madera de líder de secta. —Maddi le guiñó el ojo.

Intercambiaron una mirada cómplice. Lur tenía que preguntárselo y ella sabía que tarde o temprano lo haría.

—¿Y a ti qué tal te va? No dejo de darle vueltas.

Su amiga recogió las migas de la mesa y las echó en el plato. La puta tristeza había regresado.

—No ha vuelto a haber sobresaltos. —Se limpió las manos con la servilleta de papel.

Lur dejó que se lo contara a su ritmo.

—Hay tensión entre nosotros —prosiguió—, pero nos comportamos como autómatas. Bueno…, yo más que él. Estoy fría. Como si una parte de mí se hubiera muerto. —Pinchó una aceituna—. Fidel tiene varios días libres y se está ocupando de todo. Está en plan marido modélico.

—Quizá sea consciente de lo que hizo.

—Sí, me lo está dejando muy claro. —Se metió la aceituna en la boca —. Cubre las necesidades básicas diarias. Lo que nunca ha hecho. Sin grandes detalles, tampoco te creas, y se mantiene a una distancia prudencial.

—Actúa con cautela.

—A buenas horas.

—Tiene miedo.

—Yo también.

Cuando Lur estaba a punto de preguntarle por qué, los móviles de ambas, sobre la mesa, se iluminaron y empezaron a vibrar a la vez. Al de una llamaba Kirmen; al de otra, el subcomisario García.

*

El aviso hizo saltar todas las alarmas. Un cuerpo enterrado en el parque natural de Peñas de Aia. ¿Y si se trataba de Sua? El hombre que lo había hallado había dicho que no sabía el sexo, pero que parecía alguien joven. Que no había querido tocar nada más para no contaminar ninguna prueba.

Cuando la Ertzaintza llegó, el testigo, que estaba junto a su perro a una distancia prudencial del cadáver, señaló el lugar.

El equipo del departamento de casos se quedó con él para tomarle declaración mientras los de la científica acordonaban la zona.

El hombre estaba pálido y se frotaba las manos para que entraran en calor. Contó con detalle lo sucedido mientras su perro no paraba de olisquear en dirección a la tumba que había descubierto.

Estaban a casi quinientos metros sobre el nivel del mar y ahí el frío embestía con más intensidad. Las ortigas y los helechos, de un verde intenso, crecían por todas partes. Lur alzó la vista y contempló Peñas de Aia. Había leído que era la formación geológica más antigua del País Vasco y que pertenecía a las estribaciones de los Pirineos. Milenios y milenios observando con sus ojos graníticos desde su atalaya privilegiada. El blanco de la nieve de sus cimas parecía competir con el color del cielo. La pureza estaba ahí mismo. Muy cerca.

A pocos metros, el horror.

Los de la científica seguían haciendo su trabajo. No querían que interfirieran hasta que habilitaran una zona para que pudieran acceder.

Lur estaba impaciente. Quería que la dejaran pasar de una vez por todas. Se vio reflejada en el perro, que tiraba de la correa con obsesión hacia aquella tumba ahora abierta. Le urgía saber si era una mujer. Si

llevaba un abrigo rojo de cuadros. Los de la científica dieron respuesta a sus preguntas antes de lo que imaginaba: aquella no era la escena del crimen y el cuerpo pertenecía a un hombre joven. Solo entonces se acercaron para echar un vistazo al cadáver. Llevaba un pantalón vaquero, una sudadera, unas deportivas y estaba cubierto de tierra húmeda. La cara era una argamasa marrón. Algo grotesco a medio camino entre un ser humano y una escultura aterradora.

—Tiene un buen golpe. —El hombre que habló sostenía con las manos enguantadas la cabeza y la ladeó para que vieran la contusión a la que se refería.

El ruido de los flashes de la cámara de fotos desentonó con los sonidos de la naturaleza. La soltó con delicadeza y rebuscó en todos los bolsillos. Halló una cartera en el pantalón. Era negra, pequeña. La abrió bajo la atenta mirada de los allí presentes.

Un DNI, tarjeta sanitaria y carnet de conducir.

El nombre coincidía en los tres documentos.

Daniel Romedo Bodón.

*

En la cantera el silencio era absoluto, como si ya guardara luto por Daniel. Un par de aguiluchos sobrevolaban la hendidura en círculos, casi de forma ceremonial, y había comenzado a lloviznar. A Lur y a Maddi les habían encomendado dar la trágica noticia. Ya conocían a la familia, y eso, quizá, facilitara el trago.

—¿Han encontrado a mi hijo?

Aquello fue lo primero que dijo Jimena al recibir a las dos agentes. Lur se preguntó por qué algunas madres tenían esa intuición tan aguda. Sí, claro que sí, habían dado con él.

—¿Nos dejaría pasar?

La mujer se quedó callada y tardó un momento en asimilar las implicaciones de esa pregunta.

—Cómo se ha puesto la tarde —dijo contemplando el cielo. Se acarició el anillo charro—. Claro. Pasen si no quieren empaparse.

Dentro olía a verdura cocida y a frituras. La habitación principal hacía las veces de cocina y de salón. El mobiliario era viejo, pero no había

ni una mota de polvo encima de él. Había orden y limpieza. Maca estaba sentada en el sofá y la criatura a su lado, dormida.

—No traemos buenas noticias —susurró Lur.

Jimena se la quedó mirando, seria, pensativa. Después, se dirigió a los fuegos, apagó uno de ellos y retiró una cazuela.

—¡Cristian! ¡Cristian, ven! —exclamó en dirección a una habitación cerrada. El chico abrió la puerta y se quedó apoyado en el marco—. Ustedes dirán —dijo; tenía un trapo en las manos bien apretado.

—Verán, hemos hallado el cuerpo sin vida de su hijo Daniel. Lo lamentamos mucho.

A un primer momento de silencio y miradas vacuas lo siguió otro más tenso, inestable. Como si el suelo temblara y las paredes se torcieran.

—¿Cómo? —replicó Jimena girando la cabeza—. No puede ser. ¿A que no, Maca?

La chica tenía la boca abierta y los ojos encharcados.

—¿Dónde, cómo?

—Un senderista lo ha encontrado en el monte.

—¡No! No puede ser…

La madre rompió a llorar y la hija se levantó del sofá para estrecharla entre los brazos. Cristian se acuclilló y se tapó la cara con las manos.

—Ama, ama —sollozó Maca—. Tranquila, ama.

—Hija, hija mía. Mi hijito —murmuró hipando.

—Lo sentimos muchísimo —dijo Maddi—. Y haremos todo lo que esté en nuestra mano para esclarecer lo sucedido.

—¿Lo han matado? —Jimena levantó el rostro del hombro de su hija y las miró a los ojos. El trapo estaba tirado en el suelo.

—Hasta que no le hagan la autopsia no lo sabremos. El cuerpo presenta un fuerte traumatismo craneal, pero desconocemos si fue fruto de un accidente o provocado.

El bebé se despertó y empezó a llorar sobre el sofá. Levantó las manitas y lanzó puños al aire. Como si peleara con el destino. Con la

noticia de que su tío había muerto.

Maca agarró del brazo a su madre y la invitó a que se sentara mientras ella cogía al niño.

—Estoy aquí, Max —susurró besándole la cabecita.

—En unas horas vamos a necesitar que se presenten en el anatómico forense; no hace falta que vayan todos, pero sí que alguien de la familia reconozca el cadáver. Eso agilizará el proceso.

—Lo que haga falta —dijo Jimena. Se sacó un pañuelo de la manga y se enjugó la nariz.

Cristian se levantó y se puso tras su madre. Le colocó una mano en el hombro.

—¿Les parece bien si intentamos localizar al padre de Daniel para informarlo?

—Sí, háganlo —contestó Jimena. Se tomó un tiempo antes de proseguir—: Su nombre es Adolfo, Adolfo Romedo. Es natural de Cádiz y lo llaman el Gaditano, por si los datos pueden ayudarlas en la búsqueda.

Lur observó la escena antes de irse. Madre, hija, hijo y nieto unidos por la tragedia. El amor y el dolor no conocían fronteras ni clase social. Analizó bien a Maca, tan pendiente del bebé como de su madre, joven y anciana a la vez. No era tan diferente a Sua. No lo era. Con el sufrimiento y las responsabilidades de varias vidas pegados a la piel. Después estudió a Cristian, aturdido, más frío pero igualmente tocado. Tanto Lur como Maddi habían sido testigos del temor de la familia a Daniel, pero, sobre todo, del amor que sentían o habían sentido también por él. Un hijo era un hijo. Un hermano era un hermano.

Ahora ya no estaba. Ya no estaría.

Adiós al temor.

Adiós al amor.

*

La familia llegó puntual al anatómico forense. Los tres estaban de pie, uno junto al otro. Jimena, entre sus hijos, iba totalmente de negro. Cristián y Maca también, excepto por los abrigos. La chica llevaba un

plumífero blanco y el chico una chaqueta verde de estilo militar. El pequeño Max dormitaba en los brazos de su madre con un anorak azul celeste. Apenas se le veía la carita blanca entre el pelo de la capucha.

—Encenderemos el circuito de cámaras para que procedan al reconocimiento —anunció Lur.

—¿Cámaras? No, yo quiero estar con mi hijo. —La voz de Jimena iba cargada de firmeza—. Quiero tocarlo.

—Eso ahora no va a poder ser. Lo lamentamos. Aún tienen que realizarle la autopsia —explicó la oficial.

Después pensó en que ella tampoco lo había tocado. Tenía la rara costumbre de posar la mano en las víctimas y prometerles que llegaría a la verdad. Cerrar un pacto con ellas. Comprometerse. Pero con Daniel no lo había hecho. Tenía la sospecha de que era el verdugo y que hubiera aparecido sin vida la descolocaba. Sua seguía en paradero desconocido. Cuando había drogas de por medio solía desatarse la violencia. Un móvil muy típico. Como los crímenes económicos y pasionales. ¿Podría Sua tener relación con la muerte del camello? Ella no tenía coche. Sola no podía haberlo hecho. ¿Y con ayuda?

—¿Cuándo podré estar junto a él? ¿Cuándo podremos darle la despedida que se merece?

—Pronto —dijo Maddi apretándole el hombro con afecto.

Jimena asintió con pesar. Tenía los ojos vidriosos, pero dentro de ellos, muy dentro, había dureza. Una piedra como las de la cantera. Maciza y resistente. El pequeño Max, que se despertó sobresaltado, echó la mano hacia la cara de su abuela como si quisiera arrancarle esa piedra. O el dolor, quién sabe. Maddi dedujo que no tenían a nadie más. Llevar consigo al niño a algo tan duro decía mucho de la situación de la familia Romedo Bodón.

Qué diferentes eran unas vidas de otras. Ellos en su cantera. Aislados. Marginados.

«¿Por qué nos cuesta tanto relacionarnos con las personas que consideramos distintas? ¿Por qué?», se preguntó Maddi.

Las pantallas se encendieron y el absoluto negro dio paso a algo más oscuro aún. Los tres miraron las imágenes del cadáver. El silencio revoloteó por la estancia hasta que el llanto de Jimena lo hizo pedazos. Maca también lloraba, cabizbaja. Y Cristian bajó los párpados y se apoyó contra una de las paredes.

—¿Se trata de Daniel Romedo Bodón? —Era obvio, a juzgar por la reacción de la familia, pero Lur lo preguntó de todas formas.

—Sí —balbuceó Maca—. Es mi hermano.

*

Dos semanas antes de desaparecer

Las ocho y cinco. Las ocho y diez. Las ocho y cuarto. Sua esperaba inquieta en el banco. Cristian nunca se retrasaba. Era puntual como un reloj. ¿Y si le había pasado algo? No tenía su número de teléfono. No tenía nada de él. Solo su lealtad y el calor de su mejilla en los labios. ¿Qué haría si no aparecía? ¿Presentarse en la cantera?

—Siento el retraso —dijo sentándose a su lado.

Había venido de otra dirección y Sua no lo había visto llegar. Lo miró aliviada, pero enseguida volvió a inquietarse al ver que estaba muy serio.

—No te preocupes, Cristian —murmuró al comprender que no había conseguido pura. Se arrastró por el banco para ponerse a su lado. Lo tomó de la mano que tenía sobre el pantalón—. Buscaré una solución. Soy yo la que tengo que sacarme las castañas del fuego.

Él se soltó y rebuscó en el bolsillo del abrigo.

—Guarda esto. Tu madre tiene para dos semanas. —Dejó las dosis sobre la palma de Sua, que se había quedado abierta sobre su pierna. Ella la cerró de inmediato.

—Lo has conseguido. —Exteriorizó emocionada—. Lo has conseguido. Gracias.

Sacó la cartera y extrajo varios billetes.

—No quiero el dinero. La pura no me ha costado nada.

—Pero ¿de dónde la has sacado?

—Eso da igual.

—No, no da igual.

—Es mejor que no lo sepas.

—Vale, pues no me lo digas, pero este dinero es tuyo. —Intentó metérselo en el bolsillo del abrigo.

—Que no, joder. Guárdalo, por favor —le pidió agarrándola de la muñeca para apartarla.

Sua suspiró mientras metía los billetes en la cartera.

—Gracias, Cristian.

Se quedaron en silencio sentados uno junto al otro. La respiración acelerada de los dos. El sonido de los camiones circulando por la autopista. Así durante segundos, minutos, hasta que ella entrelazó su brazo con el de él.

Se miraron a los ojos y Sua acortó la distancia para darle un beso en los labios.

Ambos temblaron en cuanto las bocas tomaron contacto. Tanto tiempo deseándose, tanto tiempo, que la descarga eléctrica les prendió fuego desde los pies hasta la cabeza. Un beso ardiente cargado de cariño y de deseo. Lleno de una ansiedad que empujaba desde el pecho como si quisiera explosionar los cuerpos.

—No, Sua, no —dijo retirándose.

—¿Qué te pasa?

—Yo no soy mi hermano.

—Ya lo sé. No te entiendo. ¿A qué viene eso?

—Pues que yo no necesito que me des nada a cambio —soltó hiriente.

—No es eso, joder. ¿Qué tipo de persona crees que soy? —preguntó ofendida.

—La que debe alejarse de mi hermano y de mí.

A Sua le latían los labios.

—¿Por qué de ti también, eh?

—Porque pertenecemos a mundos diferentes. —Se secó los suyos con el dorso de la mano para mostrarle lo arrepentido que estaba de lo que había ocurrido.

—Eso de que pertenecemos a mundos diferentes es una chorrada. Dime que no te gusto, que sales con otra, que me consideras un problema. Lo que sea antes de lo que acabas de…

—Toma —la interrumpió. Esta vez le entregó un papel—. Aquí tienes el nombre de un tío y la dirección de un bar de Bilbao. El tipo pasa pura. Sé que no es tan cómodo como venir aquí, pero no he encontrado nada más cerca.

Sua se quedó perpleja. Quería darle las gracias, pero estaba sobrepasada por la situación.

—No vuelvas por la cantera —añadió él levantándose—. O yo mismo me encargaré de traerte de vuelta hasta aquí.

—Cristian, joder.

—Buena suerte, Sua.

—No me dejes así, por favor —susurró—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te he hecho? —preguntó con desconsuelo.

—Pasa que yo nunca me fijaría en alguien como tú —contestó de espaldas a ella mientras se alejaba.

*

En cuanto hallaron el cuerpo sin vida de Daniel Romedo Bodón, el subcomisario Nando García envió un equipo de la científica al chamizo del chico para registrarlo, pidió la triangulación de su teléfono móvil y mandó activar la búsqueda de Sua en el parque natural de Peñas de Aia.

Llevaban horas peinando la zona. Contra reloj. Las predicciones meteorológicas no auguraban una labor fácil. Seguía lloviznando, pero habían anunciado incluso nieve al nivel del mar. Si acertaban, el mismo manto blanco que cubría las tres cimas de Peñas de Aia envolvería toda la provincia.

El departamento de casos se devanaba los sesos en el despacho compartido. El que consideraban el principal sospechoso había aparecido enterrado y Sua seguía en paradero desconocido. Lur propuso estudiar, una vez más, toda la información recabada hasta el momento. Revisar cada declaración y hallazgo y recorrer paso a paso cada decisión tomada por los miembros del equipo durante la investigación para, ahora, a la luz de los nuevos acontecimientos, encontrar aristas, nuevos recovecos, lugares de sombra pasados por alto. La oficial De las Heras tenía la esperanza de que, con la puesta en común y el repaso meticuloso, alguno de sus compañeros sacara algo en claro.

—El día de la desaparición —dijo Mateo—, y a juzgar por las C de su agenda, Sua tenía programado ir a la cantera. Eso explicaría por qué las triangulaciones de los jueves la situaban cerca de su casa. De la cantera a su bloque ni siquiera hay un kilómetro. La cuestión es si llegó a la cantera, si se reunió con Daniel.

—Tuvo que hacerlo sí o sí —intervino Maddi—. Los dos llevaban desaparecidos desde ese día. Como bien ha dicho García, no hay casualidades que valgan, y menos en este tipo de casos.

—Pongamos que se reunió con él —dijo el subcomisario—. ¿Se fugaron juntos y algo salió mal? —Miró a Lur porque sabía que esa hipótesis no le gustaba un pelo—. ¿Alguien secuestró a los dos? ¿O es posible que Sua sea la responsable de la muerte de Daniel?

—De serlo —apuntó Maddi—, tuvo que ayudarla alguien, ¿no creéis?

—Pudo actuar sola y que una o varias personas le echaran una mano para deshacerse del cuerpo —opinó Kirmen.

Se hizo el silencio. Nando recorrió de un vistazo el despacho y estudió la mirada de Lur. La conocía bien. Sabía que algo le rondaba la mente.

—Dinos qué piensas —le pidió el subcomisario.

La oficial tomó una copia de la foto de la chica y se concentró en ella.

—De todas estas hipótesis, la que más me cuadra es la de que alguien los secuestrara a los dos. Que Sua fuera a la cantera y se topara con un ajuste de cuentas entre Daniel y otro camello. Sabéis que estas cosas suceden a menudo. El tipo este se había hecho con el monopolio de la pura. Quería la exclusividad en la zona. También entra dentro de la ecuación que Daniel le debiera dinero al que se la suministraba, qué sé yo. O un yonqui desesperado.

—Yo descartaría lo del yonqui —dijo Maddi—. Podría haberlo matado en un calentón, pero no creo que se llevara el cuerpo y lo enterrara. Lo hubiese dejado allí tirado y se habría ido. Por no hablar de lo de secuestrar a Sua.

—Por lo pronto, no descartaremos nada. —Nando fue hasta la pizarra y habló en voz alta mientras escribía—. Uno: ajuste de cuentas. Dos: Daniel y Sua se fueron por voluntad propia, pero algo salió mal. Tres: Sua acabó con la vida de Daniel y alguien la ayudó a deshacerse del cuerpo. Cuatro: Sua decidió marcharse porque estaba harta de todo y nada tiene que ver con el homicidio.

—De ser así, ya habría aparecido —opinó Lur—. La historia está en todos los medios de comunicación y me extrañaría mucho que no diera un paso al frente para esclarecer los hechos. Esta noticia asustaría a cualquiera.

—Aún faltaría una hipótesis —dijo Kirmen, que llevaba todo el rato muy callado. El equipo auguró que se trataría de una muy triste, como todo lo que salía de su boca—. Que Sua el jueves se quitara la vida.

—Cinco: suicidio. —García lo escribió en la pizarra—. ¿Dónde está si aún sigue viva? ¿Escondida o secuestrada? Y si está muerta, ¿dónde está el cuerpo? ¿Enterrado o a la deriva? Creo que no hay muchas más opciones.

Lur analizó la lista. La muy cabrona parecía acusarla desde la distancia.

—No son pocas —reconoció con tristeza.

*

Juanma entró al aula, pasó al lado de Oier sin mirarlo y ocupó su silla después de dejar el casco de la moto a los pies. No había vuelto a clase desde la desaparición de Sua. Sus compañeros lo contemplaban con tal descaro que se arrepintió de haber ido. Él no era un mono de feria. ¿De qué iban?

Oier abrió la mochila y sacó varios libros para que la presencia de Juanma no lo apabullase. La última vez que estuvieron juntos, su supuesto amigo le partió el labio y era algo que jamás olvidaría.

Ninguno prestó atención a lo que el profesor expuso durante una hora, y, al contrario que a la entrada, fue Juanma el primero en abandonar la clase.

Oier, sin embargo, recogió con lentitud sus cosas y salió el último para no encontrárselo por los pasillos.

—¿Qué sabes del tipo ese? Del tal Daniel Romedo Bodón.

La voz de Juanma lo hizo detenerse de golpe. Su amigo estaba contra la pared del pasillo. El casco en la mano, la rodilla doblada y el pie apoyado. Oier se giró para ponerse enfrente, pero a más de un metro de distancia. No iba a permitir que esta vez sus puños lo alcanzaran.

—No sé nada. —Clavó los ojos en él—. Te digo lo mismo que les he dicho a los ertzainas que llevan el caso. ¿Y tú?

—No había oído hablar de él. Sua jamás lo nombró. Tampoco la pura —dijo rehuyéndole la mirada—. ¿Crees que consumía? Nunca noté ningún comportamiento extraño en ella.

Oier se encogió de hombros.

—Ni idea. No es estimulante, de las de salir de fiesta. Pudimos no darnos cuenta. Quizá.

Juanma se mordió el labio. El otro percibió la angustia en el rostro de su amigo.

—No entiendo nada —reconoció mirándolo por fin.

Oier quiso decirle que lo echaba de menos, que por qué no aunaban fuerzas. Sua no estaba y él tampoco. En pocos días había perdido a sus dos grandes apoyos.

—Un equipo de búsqueda lleva dos días rastreando los alrededores de su barrio —comentó Juanma—. No sé para qué he venido a clase. Aquí no pinto nada. Voy a darme una vuelta en moto. Tengo la esperanza de encontrarla en algún lado.

Despegó el cuerpo de la pared y se fue. Oier lo observó marchar mientras comprendía que la brecha entre ellos era insalvable.

*

En el chamizo de Daniel habían encontrado una balanza de precisión, veinticinco mil euros en efectivo, un huevo de hachís y gran cantidad de purasangre: más de un kilo. Pruebas que demostraban que era traficante, pero que no esclarecían el homicidio, ya que no habían detectado rastros de sangre. Ni el terreno donde apareció el cadáver ni la vivienda eran el lugar del crimen. La triangulación de su móvil tampoco había arrojado nada de luz al caso. El jueves lo situaba en la cantera, y ahí se perdían todo tipo de señales.

Por si el equipo del departamento de casos no tuviera bastante, ahora, sobre la mesa de la sala de reuniones, y para enrevesar el asunto un poco más, estaban los inquietantes resultados del ADN hallado en el todoterreno de Carlos. Las coincidencias no dejaban lugar a dudas. Un pelo encontrado en el maletero y un par en el asiento del copiloto lanzaban la posibilidad de que Sua hubiera estado allí. ¿Mintió el chico? ¿Por qué no se limitaban a decir la verdad? Oier, Juanma, Carlos e incluso Nekane, su propia madre, llevaban desde el principio obstaculizando la investigación. Pascual y el difunto Daniel tampoco lo habían puesto fácil.

—Aparte del ADN, sobre Carlos solo tenemos las grabaciones de la gasolinera en la que se ve a Sua bajar por la avenida Euskal Herria y, minutos después, a él tomando esa carretera —sintetizó García.

—Él pudo ayudarla a deshacerse del cuerpo de Daniel —dijo Maddi.

—¿Qué más tenemos en ese informe? —preguntó Lur—. ¿Algún hallazgo más?

—Además de los cabellos, la científica ha encontrado restos biológicos que no pertenecen a Sua. Por lo pronto, van a contrastarlos con el ADN de Daniel.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados hasta que lleguen los resultados —murmuró Maddi.

—La reacción de Carlos es importante —dijo Lur—. Cuanto antes hablemos con él, mejor.

—De acuerdo, hablad con él y estad atentas —aceptó el subcomisario —. A ver por dónde sale. Pero recordad que no tenemos nada contra él. No quiero que tengamos que arrepentirnos de ningún paso en falso.

*

El chico, más delgado y ojeroso, se mostró enfadado y cansado cuando se presentaron en su casa. Exteriorizó que se sentía acorralado, que estaban dando palos de ciego y cebándose con una pobre víctima.

«Para mí, esto no cambia nada. Lo que os dije es la verdad y la sigo defendiendo. Yo apenas conozco a Sua. No tengo relación con ella. Y jamás ha estado en mi coche. ¿Qué más quieren que les diga? Mi hermano pudo dejar esos pelos ahí. ¿Lo han pensado? Que él los llevara en la ropa y se cayeran ahí dentro. Eso tendría sentido. Lo demás, no», dijo segundos antes de que Lur y Maddi se marcharan con las ideas igual de confusas.

*

Su entrada en casa fue silenciosa, como si los acontecimientos del día le hubieran arrancado la energía. La alegría. Ni siquiera las voces de sus hijos que oía de fondo la animaron. Caminó hasta la cocina y los observó sentados a la mesa.

—¡Ama! —gritaron los dos niños.

Saltaron de las sillas para correr a abrazarla. Maddi se quedó de pie y

con cada mano los atrajo hacia ella.

—Hoy casi llego a la cena —dijo con nostalgia.

—Todavía estás a tiempo, ama. El aita ha hecho macarrones. —Mía le tiró de la mano y la guio hasta la silla que ocupaba habitualmente y, cómo no, Igor la imitó.

Fidel miraba la escena con una sonrisa en los labios y Maddi quiso creer que las tinieblas entre ellos se habían esfumado, que todo había sido fruto de su imaginación. Que su marido no había sobrepasado la línea, que era un buen tipo.

Que lo quería.

—Te caliento la cena —dijo él, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—Te lo agradezco. —Se sentó en la silla y, una vez ahí, se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el respaldo.

Sus hijos empezaron a relatarle anécdotas y, alterados, no tardaron en pisarse el uno al otro. Los dos querían ser el primero en contar su día en la ikastola.

—De uno en uno —rogó Maddi.

Poco a poco frenaron e hicieron turnos para narrarle los acontecimientos de la jornada. Una perorata sin interrupción y poco especial, a excepción de que salía de boca de sus hijos. Sus voces, sus risas. El brillo de los ojos, los coloretes de las mejillas. Daban igual las historias. Importaban ellos. Mía había jugado al fútbol en el recreo. A Igor le había tocado correr alrededor del patio en clase de gimnasia. Habían comido lentejas con patatas. Habían descubierto un youtuber con pocos seguidores que enseñaba a hacer trucos de magia… Todo muy amable y rutinario. Casi de mentira.

El día de Maddi, sin embargo, había sido todo lo contrario. Contó la historia de Daniel Romedo Bodón. Lo del perro del mendizale que había encontrado enterrado el cuerpo sin vida del camello. Que a Lur y a ella les tocó comunicárselo a la familia, a la que acompañaron también en el reconocimiento del cadáver. Lo del ADN de Sua hallado en el coche del hermano de uno de sus amigos. Pero todo esto se lo relató a Fidel después de acostar a Mía e Igor y leerles un cuento bonito, alegre, inverosímil y colorido. Tenía muy claro que la ficción mejoraba la realidad. También que la realidad superaba la ficción. Por eso deseó tanto, tantísimo, quedarse a vivir en un cuento.

—¿Qué habrá sido de la chica? —se preguntó Fidel mientras metía los platos en el lavavajillas—. Ojalá pudierais viajar en el tiempo y presenciar qué ocurrió el jueves por la noche. Aquellos últimos días.

«Viajar en el tiempo, vivir en un cuento», pensó ella.

—No sé si lograremos entender qué pasó el día de su desaparición —se lamentó Maddi, con el recogedor en la mano—. Y es necesario para encontrarla.

—Por lo pronto tenéis el cuerpo de este tipo. A ver qué dice la autopsia. Yo creo que estáis cerca.

Cuando hablaban del caso no era capaz de mirarla a la cara. La ansiedad volvió a asomar.

—Gracias por los ánimos. —Barrió las migas—. Voy a lavarme los dientes y a acostarme.

—Te acompaño.

En el cuarto de baño los ojos de los dos se cruzaron en el reflejo del espejo ovalado. La fricción de los cepillos de dientes, la espuma en la boca. El silencio. Maddi se enjuagó con agua más veces de lo normal. Por fin algo rutinario en su día, y no tenía ni idea de cómo manejarlo. Fidel y ella. Juntos. Esa intimidad ahora la incomodaba. La mataba.

Seguía en shock. Aún era ese colibrí que se observaba mientras aleteaba.

Se acostaron y Maddi estuvo tentada de huir, de refugiarse en el sofá con alguna excusa disparatada. Esa intimidad seguía entre los dos. Su presencia era enorme y latía con corazón propio.

Bum-bum, bum-bum, bum-bum.

Alargó el brazo y apagó la lamparita de noche.

Él se puso de costado y se acercó a ella. Lo oyó respirar. Notó su calor. La mano en el pelo, en el rostro, en los labios.

Maddi estaba paralizada por fuera, pero el tacto de las yemas provocó que ardiera por dentro. Su cuerpo le rogaba que se dejara llevar. Que se lo merecía. Que recorriera junto con Fidel el camino que tan bien conocían. La danza, la unión. El placer. La química nunca se había esfumado pese a los problemas. ¿Por qué? Siempre ahí. Tan al alcance de las manos. De los cuerpos.

Él le besó el cuello, detrás de la oreja.

Puñetera química.

No podía sucumbir. Debía recapacitar. Decidir. Los cantos de sirena solo la alejarían de sí misma. De la verdad.

—Necesito descansar, Fidel —dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano —. Mejor lo dejamos para otro día.

La serpiente guardó la lengua y se replegó. Maddi no supo si herida, ofendida o resignada.

—Está bien —suspiró—. Hasta mañana.

—Que duermas bien.

Mientras ella seguía bocarriba, quieta, él se giró hacia el lado contrario y dejó entre ellos un espacio enorme. Un vacío. Enseguida lo oyó respirar profundamente. Fidel siempre cogía el sueño en cosa de segundos. Daba igual lo que ocurriera a su alrededor. Ella, en cambio, triste, contrariada y dominada aún por el deseo, dio vueltas sobre el colchón durante más de una hora hasta que logró dormirse.

Soñó con su marido. Con sus manos grandes, hirvientes. Como si su subconsciente quisiera darle lo que, anhelante, se había negado a sí misma. Fidel sobre ella, ella sobre Fidel. La inserción perfecta hasta convertirse en un solo ser. Indivisible.

Miércoles, 15 de enero

En la comisaría de Irún, Lur de las Heras y Maddi Blasco estaban dedicando la mañana a clasificar el aluvión de llamadas que habían recibido desde la desaparición. A la mayoría le daban poca o nula credibilidad, y sentían que el tiempo se les escapaba entre los dedos y que no podían desperdiciarlo.

Lur se había levantado alicaída y le estaba costando remontar los ánimos. Seguir sin pistas sobre el paradero de Sua empezaba a ser crítico y tener a Rosa como vecina no ayudaba en absoluto. Le recordaba que, conforme pasaban los días, la investigación entraba en fases más delicadas, en puntos de no retorno. Había dormido mal. Con la inquietud enredada en las sábanas. En los pensamientos. La presencia de Guillermo siempre la calmaba, pero la noche anterior no lo había visto porque se había quedado a cenar en casa de Irene, Bruno, Eva, Joel y el abuelo. Ni siquiera lo oyó regresar. Esa familia era un gran apoyo para él. Los cinco habían dejado la comunidad a la vez que Guillermo y eran la única conexión con su pasado, con su hijo. A Lur le hubiese gustado acompañarlo el lunes al cementerio, demostrarle lo mucho que lo apreciaba, pero las horas no le daban. El miedo a iniciar una relación tampoco lo ponía fácil. La bloqueaba. La confundía. Tenía que dejar de autocastigarse y dar un paso al frente. O hacia algún lado, al menos.

—Tengo malas noticias —anunció el subcomisario asomándose al despacho compartido—. No es sobre Sua, tranquilas —dijo ante la reacción tensa de las dos—, es sobre Daniel. La prensa ha filtrado su nombre y apellidos. En unas horas todo el mundo sabrá a quién pertenece el cuerpo enterrado. También que el suceso tiene relación con la desaparición de la chica.

—Joder —bufó Lur—. Aún no era el momento. No saben el daño que hacen publicando algo así.

—Vosotras tenéis más confianza con las dos familias. Avisadlas de lo ocurrido, si es que no se han enterado ya. —El subcomisario hizo un gesto con la cabeza, señalando el mar de folios—. ¿Cómo vais? ¿Tenéis algo?

—A Sua la han visto en todas partes y en ninguna —dijo Maddi—. Si es cierto, la chica es omnipresente… Las únicas llamadas fiables son las que recibimos desde Tarragona, ya que fueron varias personas las que coincidían en la misma información, pero, como hemos descubierto hace un rato, solo es una chica que se le parece.

—Os dejo que sigáis. Tengo que enviar todo el material recabado a la sección de delitos contra las personas. —El departamento de Erandio llevaba desde el principio supervisando el caso de desaparición y Nando sabía que, tras aparecer el cuerpo sin vida de Daniel, había muchas posibilidades de que asumiera la investigación—. Avisadme si hay novedades.

Maddi, como respuesta, volvió a sumergirse en la información recabada y Lur marcó el número de Jimena y salió del despacho. Primero hablaría con ella y después con Nekane.

Las conversaciones fueron cortas y desgarradoras. La madre de Daniel no estaba al tanto de la filtración y le dolió en el alma. No tenía ganas de enfrentarse a nada más, bastante tenía ya. Necesitaba refugiarse en el anonimato, pero ahora esto lo cambiaba todo. Le agradeció el haberla avisado y prometió llamarla si la necesitaba. Y para Nekane fue un duro golpe enterarse de algo así. Cada minuto que pasaba, las esperanzas de encontrar viva a Sua se iban reduciendo. Tras la conversación, la oficial regresó al despacho y se sumó de nuevo a la labor con Maddi.

—Tengo algo —dijo Lur transcurrida media hora—. Una vecina del barrio de Olaberria asegura que hace unas semanas vio a Sua en dos ocasiones. Ambas a última hora de la tarde y en compañía de uno de los hermanos de la cantera.

—Sería con Daniel —dedujo Maddi—. ¿No dice nada más?

—Solo que iban juntos a la altura del puente hacia el colegio Eguzkitza. Voy a llamarla.

Su compañera se cruzó la chaqueta de punto y apoyó la espalda en el respaldo de la silla, dispuesta a permanecer atenta a la conversación.

—Buenos días, ¿es usted Sonia Lorenzo?

—(…)

—Soy Lur de las Heras, oficial de la Ertzaintza. La llamo por el aviso que dejó ayer en la centralita.

—(…)

—Dice que vio a Sua Arismendi en compañía de uno de los hermanos de la cantera. ¿Podría relatármelo de nuevo, por favor?

—(…)

—Pero ninguna de esas tardes coincide con la de su desaparición, ¿no?

—(…)

—De acuerdo. Hace dos y tres semanas. —Lo anotó en la esquina de un folio—. ¿Recuerda el día de la semana?

—(…)

—¿Jueves? ¿Está segura?

—(…)

—¿Conoce personalmente a los Romedo Bodón?

—(…)

—Así se apellida la familia que vive en la cantera —explicó con el bolígrafo en la mano.

—(…)

—Solo de vista, entiendo. ¿Ni siquiera los nombres?

—(…)

—Un momento. ¿Cómo dice? ¿Con cuál de los dos hermanos iba?

—(…)

Lur miró a su compañera con los ojos muy abiertos ante la respuesta de Sonia.

—¿Puede repetírmelo, por favor? —preguntó después de pulsar el altavoz en la pantalla del teléfono móvil.

—La vi con el pequeño, estoy segura. Llevo toda la vida en el barrio y los he visto crecer. El mayor siempre lleva una gorra. No se la quita. La chica iba con el otro. Además, es un poco más delgado. Los dos lo son, pero el pequeño más.

—¿Alguna vez ha hablado con ellos?

—No, no. La cantera está algo alejada de los bloques, al otro lado de la carretera, y nunca se han relacionado con los del barrio. Viven su vida, vaya. Yo los veo entrar y salir, nada más.

—Cuando se los cruzó, ¿qué actitud llevaban? Quiero decir, ¿le pareció que fueran amigos, que acabaran de encontrarse casualmente, que rieran, que fueran hablando…? Intente ceñirse a sus recuerdos. Cualquier detalle puede ser vital.

Sonia se quedó callada y tardó en contestar.

—A ver, yo… Yo volvía en coche, los vi de pasada. La primera vez apenas me fijé, pero sí la segunda. Me llamó la atención volver a verlos juntos. Iban cómodos, riendo. No sé por qué, pero me dio que eran novios.

—Entiendo. Ha sido muy amable, Sonia. Si nos surge alguna duda, volveré a ponerme en contacto con usted. ¿De acuerdo?

Cuando colgó, Maddi ya se estaba subiendo la cremallera del abrigo. Debían ir a la cantera.

Cristian les debía una explicación.

*

Las previsiones meteorológicas llevaban anunciando desde la víspera nieve al nivel del mar y era algo que el equipo de búsqueda temía como el peor de los vaticinios. Si empezaba a caer y cuajaba en la ciudad, no querían ni imaginar la nevada que le esperaba al monte. El BZ, que era la persona de protección civil responsable de dirigir al grupo sobre el terreno, había movilizado incluso a la Guardia Civil. Las búsquedas son angustiosas y las horas vuelan. Por ello, el equipo avanzaba veloz sin dejar de mirar al cielo.

Daniel Romedo Bodón había aparecido cerca de la peña de Arburu. En aquella zona un grupo de la Ertzaintza rastreaba sin descanso por si Sua no se hallaba muy lejos. Otros buscaban en la falda de Peñas de Aia y alrededores.

A la espera de nuevas pistas y mientras sus compañeras revisaban las llamadas, Kirmen González y Mateo Algorta se habían sumado, a primera hora de la mañana, al equipo para aunar fuerzas. Los dos agentes seguían a uno de los grupos por el camino que llevaba a la peña de Askain. Hacía frío, pero apenas lo sentían porque iban bien abrigados y a buen ritmo.

Kirmen no dejaba de imaginarse a Sua muerta. Enterrada. No tenía esperanzas de encontrarla con vida, y era algo que a su compañero le repateaba. Intentaba callarse al respecto, pero la expresión de su cara lo decía todo. Era un triste, como solía llamarlo él.

Se asomaron al borde del precipicio y contemplaron la cascada. Kirmen, esta vez, se imaginó a Sua lanzándose al vacío, a la garganta de Aitzondo, o siendo empujada. Analizó el terreno que descendía bajo sus pies por si localizaba el cuerpo. No fue el único en hacerlo. Varios miembros del grupo se asomaron y un helicóptero daba vueltas sobre aquel valle.

—No tendría sentido —dijo Mateo a su lado—. Si Sua corrió la misma suerte que Daniel, tiene que estar bajo tierra. No me cuadra que a una de las víctimas la enterrara y a la otra la lanzara al vacío.

El sonido de la cascada se oía desde allí.

—¿Bajo tierra cerca o lejos de la tumba de Daniel? —le preguntó Kirmen—. ¿Qué opinas?

—Si estuviese cerca, el grupo que opera allí ya la habría encontrado.

—Sí, puede ser. Revisemos este terreno.

Desanduvieron sus pasos para centrarse en la superficie de la peña. La mirada puesta en el suelo por si descubrían tierra removida. La base era rocosa. Los árboles, de grandes raíces, no encontraban el sustrato que necesitaban para seguir creciendo y los socavones, llenos de compost, hojas secas y ramas, se abrían paso por todas partes. El terreno era irregular y los grandes agujeros lo hacían más.

—Aquí no hay buena tierra —opinó Mateo—. No se me ocurriría enterrar a nadie en este lugar.

—¿Y si la metió en uno de los socavones? Algunos tienen buena profundidad. Hace años un amigo me dio una vuelta por aquí con su moto de monte recién estrenada.

—¿Tú? ¿En una moto de monte? —preguntó incrédulo.

—Sí, quién me mandaría. Lo hice por él. Le hacía ilusión… —Se frotó la nuca—. El caso es que tuvimos la mala suerte de caernos en uno de estos agujeros y te aseguro que son profundos. Menos mal que las hojas amortiguaron el golpe.

—Quién te mandaría, sí. —Sonrió y le palmeó la espalda—. Echemos

un ojo.

Recorrieron el terreno para estudiar cada uno de ellos; había más de una decena y decidieron comenzar por los que más llenos de hojas estaban.

Mateo dejó un pie en tierra firme y colocó el otro en uno de los socavones elegidos. Le pareció que la caída del hoyo era progresiva.

—Pásame un palo, por favor.

Kirmen miró a su alrededor y enseguida localizó dos ramas largas y gruesas. Las partió hasta dejarlas más o menos con un metro de longitud y se colocó junto a su compañero.

Los dos se pusieron mano a mano a rebuscar entre las hojas. Avanzaban con prudencia por todo el socavón y no paraban hasta comprobar que la base de compost que aguardaba ahí abajo llevaba tiempo sin moverse.

Al entrar en el tercer hoyo se desabrocharon los abrigos de montaña para que el frío los refrescara. Tenían trabajo por delante, ya que era el más grande. Unos seis metros de diámetro. La hojarasca que lo cubría parecía una manta cochambrosa. Movieron los palos hacia los lados para intuir el fondo mientras lo recorrían.

Kirmen notó resistencia en uno de los movimientos. Un objeto voluminoso impedía llegar al fondo.

—Aquí hay algo —le dijo a su compañero.

Mateo fue hacia él y los dos se arrodillaron para descubrir lo que fuera que escondían las hojas.

Los palos se toparon con algo duro y grande, y el sonido que emitió los hizo pensar que lo que fuera estaba hueco. Ambos dieron varios pasos y descendieron hasta ponerse sobre el objeto. Escarbaron con las manos. La cantidad de hojarasca prensada parecía no tener fin.

El color rojo, llamativo, contrastaba con los tonos apagados y oscuros de la naturaleza en invierno.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó Mateo.

Era un objeto alargado. Escarlata.

No tardaron en distinguir la antena y parte de una ventanilla.

Era un coche.

Un coche enterrado.

*

Varios periodistas que hacían guardia en la puerta de la cantera conectaron las cámaras al ver que un vehículo se dirigía hacia allí. En otra ocasión, Maddi habría aparcado cerca de la verja, pero esta vez Lur y ella habían pedido a Jimena que les abriera y las dejara entrar. Pararon frente a la casa, dejando atrás al grupo de personas que ansiaba un titular, una noticia fresca e información de primera mano. Desde el hallazgo de Daniel, en Irún no se hablaba de otra cosa. Los vecinos querían detalles de lo ocurrido.

Maca las esperaba fuera de la vivienda con Max en brazos. El niño las recibió llorando. Su llanto no era escandaloso, pero sí su gesto. Estaba rojo. La cara contraída y la boca abierta hasta atrás mostrando las encías aún sin dientes.

Maddi le acarició la cabeza y él relajó las facciones.

—Tranquilo, precioso —le susurró.

—Creo que nota nuestros nervios —se excusó la joven. Lo apretó contra su pecho y le besó el cabello—. Mi madre está dentro. Pasad.

La mujer se levantó del desgastado sofá al oírlas.

—¿Quién ha podido hacer algo así? ¿Por qué lo han publicado? Ahora no nos dejarán en paz. ¿Acaso esa gente ha perdido algún hijo? No lo creo; si no, habrían respetado su nombre. El nuestro.

—Lo sentimos, Jimena —expresó Lur—. Este tipo de datos siempre acaban haciéndose públicos. Nos habría gustado que hubiese sido más adelante, pero ya nada podemos hacer al respecto.

—Estoy cansada. Agotada. No puedo más. —Volvió a sentarse en el sofá—. Lo mismo que quiere saber esa gente es lo que queremos nosotras. Que nos dejen en paz y busquen la verdad en otra parte. Aquí solo hay dolor e incertidumbre.

Maddi intercambió alguna frase más con ellas mientras Lur se acercaba a una ventana y observaba de soslayo en la distancia. Las furgonetas de los medios de comunicación locales, provinciales y nacionales se adivinaban entre los barrotes de la verja. Al devolver la atención a la estancia, miró a Jimena.

—¿Dónde está Cristian?

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. Como si al oír su nombre se hubiera abierto una grieta en la enorme piedra que gobernaba su cuerpo.

—En su habitación —contestó Maca—. Apenas sale de ahí.

—Nos gustaría hablar con él. ¿Podríais avisarlo, por favor?

La chica se recolocó a Max entre los brazos y se dirigió al dormitorio de su hermano.

No tardaron en aparecer en la estancia principal.

—Vámonos a mi cuarto, ama —dijo Maca yendo al sofá.

Jimena asintió y siguió a su hija hasta desaparecer. El chico llevaba un chándal gris. Pantalón ancho y sudadera con capucha. Tenía los hombros caídos, como si los últimos acontecimientos se hubieran alojado allí y le pesaran. El pelo alborotado, las sienes rapadas.

Los tres se quedaron de pie junto a la mesa.

—¿Nos sentamos? —sugirió Lur señalando las sillas.

Él se revolvió el cabello y ocupó una de ellas.

—Nos gustaría hablar contigo de Sua Arismendi —anunció—. Y que nos cuentes de qué la conoces.

—Ya os dije que de nada. —Volvió a revolverse el pelo.

—Cristian —intervino Maddi—, tenemos testigos que aseguran que te vieron con ella semanas antes de su desaparición.

Un rictus de pánico apareció en la cara del chico. Lur carraspeó y habló con gravedad.

—¿Es eso cierto?

Se mantuvo callado.

—Cristian, cuéntanos la verdad.

Él frotó con los dedos una marca redonda que había en la mesa.

—A veces venía a la cantera —confesó por fin.

—¿A estar contigo?

—No, quedaba con mi hermano.

—¿Para qué?

Lur contempló la marca. Parecía de un cigarro. La mesa era vieja y estaba llena de señales.

—Ni idea. Yo no me metía en la vida de Daniel. —Tragó saliva—. Ella… no entraba por la verja. Se colaba por otra zona. Venía ya de noche y se iba enseguida. Yo no la conocía de nada.

—Pero vuestros caminos se cruzaron, ¿no es eso cierto?

—Sí, podría decirse así.

—¿Salíais juntos?

—No. Qué va —se apresuró a aclarar.

—Cuando te preguntamos por ella dijiste que la habías visto en las redes sociales. Nada más. Y hoy tampoco tenías muchas ganas de colaborar. ¿Por qué?

—Por miedo. Por qué va a ser si no…

—¿A quién?

—A vosotras. A mi hermano. No quería salir salpicado de todo esto. Daniel siempre se metía en líos.

—Pero tu hermano ya no está, Cristian. Creo que ha llegado la hora de que nos cuentes la verdad desde el principio.

Rascó la marca con la uña del dedo pulgar.

—Si no colaboras, serás tú quien se meta en un verdadero lío —lo previno Maddi—. Ahora que la noticia es de dominio público, la trascendencia del caso será mayor.

—No hay mucho que contar. La acompañé en alguna ocasión. No me parecían horas para que anduviera sola. —Ellas lo estudiaron durante unos segundos—. No es lo que parece —se adelantó—. Ni siquiera nos dimos los números. —Sacó el teléfono y lo dejó sobre la mesa—. Podéis echarle un ojo si queréis. Yo no oculto nada.

—Qué me dices del día de su desaparición. ¿Vino por aquí?

—No. Llevaba tiempo sin hacerlo. Semanas.

—¿Nunca te contó qué se traían entre manos Daniel y ella?

—No. Tampoco quería saberlo. Eran cosas suyas. —Arrastró el teléfono hasta dejarlo sobre la marca.

—¿Sua estaba preocupada por algo?

—Si lo estaba, a mí no me lo dijo. Tampoco lo noté. El trayecto era corto y no daba para hablar de mucho. Nuestras conversaciones eran triviales. Del tiempo, de la vida, de los sueños.

—¿Y con qué soñaba Sua?

Cristian, sorprendido por la pregunta, le clavó la mirada a Lur. Después bajó el rostro. Los hombros se le hundieron aún más.

—Con sobrevivir, como todos.

*

La falta de actividad había conseguido que aquella mañana, por primera vez, los agentes de la Ertzaintza González y Algorta sintieran el frío en el cuerpo. Se habían echado a un lado del socavón y, por si el coche tenía relación con el caso, habían avisado al BZ para que coordinara los equipos que viera pertinente. El responsable de la búsqueda sobre el terreno lo había hecho, y por eso ahora mismo los de la científica se estaban encargando de desenterrar el vehículo mientras etiquetaban todas las evidencias que encontraban a su paso. Kirmen y Mateo, que habían hablado con el subcomisario Nando García para informarlo de lo ocurrido, observaban a varios metros de distancia.

El cielo, cada vez más blanco, de pronto empezó a deshacerse. Unas partículas microscópicas suspendidas en el aire revolotearon alrededor de ellos. La preocupación de los allí presentes no tardó en manifestarse en las caras.

No podían permitirse una nevada.

Los copos eran tan ligeros que apenas tenían fuerza para seguir descendiendo. Flotaban y se desintegraban en la propia atmósfera. Los de la científica apretaron el ritmo.

—Hoy no vamos a acabar la jornada sin ser testigos de la suspensión de las labores de búsqueda —musitó Kirmen, sombrío—. Ya lo verás.

Mateo apretó los dientes y lo miró de soslayo.

—Todos los días dices lo mismo. Ya me estás cansando, tío.

Las probabilidades de que se suspendieran eran altas, por eso le dio tanta rabia la frase de su compañero. Solo pedía un poco de positividad. Un rayo de luz que los acompañara en el camino de esa búsqueda tan frustrante.

—No se van a suspender y vamos a encontrar a Sua —soltó Mateo, cabreado. Se giró hacia él y lo señaló con el dedo—. Y solo por joderte a ti y tus augurios. Ah, y la vamos a encontrar viva. ¿Me has oído? VIVA.

—No entiendo por qué te enfadas conmigo —dijo a la defensiva—. Solo soy realista. Re-a-lis-ta.

—Kirmen, yo también me temo lo peor, pero no lo verbalizo una y otra vez. Mis demonios ya me joden, no jodas tú también.

—¿Qué pasa? ¿Que ahora no se va a poder ni hablar? —protestó—. Pues vaya mierda. —También estaba mosqueado. La impotencia empezaba a hacer mella en ellos.

—¿Hablar? Por tu boca solo sale negatividad. ¿Eso es hablar? ¿Eh? No me fastidies, anda. —Elevó los brazos, hastiado, y se apoyó contra un árbol.

Kirmen hizo un mohín con los labios y rehusó defenderse.

—Mira a tu alrededor. ¿Notas algo? —le preguntó Mateo volviendo a la carga.

Su compañero obedeció, pero no entendió a qué se refería.

—Por si no te has dado cuenta, ha dejado de nevar. —Se cruzó de brazos—. Se ve que el universo está de mi lado.

—Bien por él —murmuró. Contempló el cielo. Qué mala pinta tenía. Optó por morderse la lengua al respecto.

—¡Es un Lada Niva! —gritó una agente de la científica—. Anotad la matrícula para comprobarlo, por favor. —Dictó el número en voz alta.

A los agentes González y Algorta no les hizo falta. Se la sabían de memoria.

Era el coche de Daniel.

*

Nochevieja
Nueve días antes de desaparecer

Llevaba años jugando a los disfraces. Tenía mil máscaras guardadas, de diferentes colores, con multitud de expresiones, pero con una única misión: fingir que todo estaba bien. Que ya no echaba de menos a su padre. Que era una chica normal, que su vida era como las demás. Como la de Oier y la de Juanma, que en aquel momento no dejaban de reírse por tonterías.

Estaban brindando con un cubata en un bar de la calle Mayor.

—¡Feliz año nuevo! —gritó Oier por vigésima vez.

Cada uno había cenado con su familia y a las doce y media habían quedado para festejar la Nochevieja. Sua se había ahumado los ojos en negro y se había aplicado en los labios un tono con halo dorado. Había elegido un pitillo negro y un jersey fino del mismo color con circonitas incrustadas. Nada de vestidos, de raso ni de terciopelo. El cabello ondulado, suelto.

Los tres estaban achispados. Vino en la cena, champán en el brindis y cubatas en los bares.

—No quería contároslo, pero no puedo guardármelo más —confesó Juanma.

El cachitas del grupo tenía una sonrisita de medio lado.

—¡Pero qué ha pasado, tío! —exclamó Oier dándole un codazo.

—Mis padres, que me han pillado una moto para regalarme en Reyes.

—¡Ostras! —exclamó Sua—. ¡No me vuelvo a montar en el Topo para ir a Donosti! —Miró a Oier—. Lo siento. Yo he sido más rápida.

El aludido se carcajeó al tiempo que le hacía cosquillas en la cintura.

—¡Para! ¡Para! —pidió ella retorciéndose.

Oier era el sensible. El más afectuoso y espontáneo de los tres. No le daba miedo abrazar ni sincerarse. Quería ser veterinario, pero Sua sabía que su empatía no se lo permitiría.

—Che, che, nada de pelearse por mí. Ya veré yo a quién llevo.

Juanma el tío duro. El fanfarrón con corazón de león. Siempre pendiente

de los dos, pero desde su atalaya. Quería ser entrenador personal, pero Sua sabía que acabaría trabajando en la empresa de transportes que su familia tenía en el polígono industrial Gabiria. Su padre era un hombre dominante y no aceptaría ninguna otra decisión.

—No nos peleamos por ti, es por tu moto. A ver si ahora se te va a subir a la cabeza —soltó Oier.

—Haya paz, chicos —intervino ella alzando su cubata—. ¡Por la moto de Juanma!

Sua la conciliadora. La silenciosa. La de la sonrisa contagiosa. La que no tenía ni idea de qué quería estudiar. Ni siquiera de quién era.

Ellos, en secreto, besaban el suelo que pisaba. Aunque ninguno se había atrevido a dar el paso nunca. Ella se había sentido atraída por los dos en diferentes ocasiones, pero lo había dejado pasar. Eran el trío calavera. Los tres mosqueteros. Era una locura empezar a salir con cualquiera de los dos. Se sentía cómoda con ellos aunque solo mostrara una cara. Oier y Juanma no le exigían nada. Cuando estaba triste, no preguntaban, solo permanecían a su lado. Apoyo y cariño. Ella no necesitaba más. Quizá por eso no tenía amigas. Las veces que lo había intentado, la relación se había estropeado en cuanto habían querido ir más allá. Ahondar en sus penas.

—¿Y por qué es un secreto lo de la moto? —quiso saber Sua.

—Porque mis padres no saben que lo sé. Me lo ha chivado mi hermano.

—Por esos hermanos que lo sueltan todo. —Oier volvió a levantar el cubata, pero el resto no le siguió el rollo.

—Me ha dicho que mis padres le han pedido que la guarde en el garaje que tiene alquilado. —Sacó unas llaves del bolsillo—. Se ha ido a Vitoria con su novia y me las ha dado esta tarde. Antes de irme a casa me paso por allí para verla.

—Dirás «nos pasamos» —balbuceó Oier.

—Hecho. —Ahora fue Juanma quien levantó el vaso.

El tintineo de los cristales apenas se oyó porque Toro*, de El Columpio Asesino, sonaba a buen volumen.*

Cristian se presentó en la cabeza de Sua. No había dejado de pensar en él desde el jueves. En el beso, en el rechazo. En las palabras. También en que tendría que ir a Bilbao todas las semanas para conseguir pura para su madre.

Tampoco olvidaba el cachete que su hermano le había dado en el culo. Ni la puta indefensión. Qué asco y qué rabia. Qué impotencia.

Ojalá Cristian estuviera por allí, brindando con ellos. Necesitaba verlo. Oír su voz. Sentirse a salvo. Abrazarlo. ¿Nunca más volverían a pasar un rato juntos? Tenía la sensación de que formara parte de un sueño. El chico de la cantera. Con su cara de pillo. Se lo imaginó en la cama, al lado de una escopeta de caza. Pertenecían a mundos diferentes, sí; él tenía razón. Y ¿entonces? ¿Por qué ese sentimiento hacia él? ¿Por qué, joder? ¿Porque era diferente? ¿Porque él la conocía más que nadie? ¿Porque jamás se sentiría como lo había hecho con él? El corazón le latía deprisa. Un enamoramiento de libro. Estaba claro que lo había idealizado. «Pasa que yo nunca me fijaría en alguien como tú», recordó ella. No estaban hechos el uno para el otro y tendría que olvidarlo. Pero lo que había hecho por ella… Eso… eso no era comparable con nada. ¿Cómo iba a olvidar algo así? Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que llevarse el cubata a los labios para que sus amigos no vieran que estaba a punto de llorar como una tonta. Al borde del llanto por un tío que ni conocían. Un tío que no quería saber nada de ella.

Un tío que le había suministrado purasangre para su madre.

Miró a Juanma; guardar discreción sobre que tus padres te van a regalar una moto en Reyes no podía llamarse «secreto». O quizá era lo de ella lo que no debía llamarse así. Tenía que existir un término que describiera todo lo que ocultaban sus máscaras, ya que «secreto» era una palabra demasiado bonita para albergar algo tan feo.

*

Igual lo acribillaba a preguntas o lo mandaba a la mierda. Contaba con esas posibilidades, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Agarró en corto a Tom, llamó al timbre y dio unos pasos atrás hasta quedarse al otro lado del felpudo, que lo recibía con un ongi etorri.

Una mujer redondita de unos sesenta años abrió la puerta. No era Nekane. Oier lo sabía porque la había visto en alguna fotografía.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy amigo de Sua. Me llamo Oier.

La mujer lo miró y después al perro. Este movió la cola e hizo una mueca con la boca que se asemejó a una sonrisa.

—He oído hablar de ti. Nekane te ha mencionado en alguna ocasión. Yo soy Anita, la abuela de Sua.

—¿Oier? ¿Es Oier? Que pase, ama.

—Claro, hija, pero viene con un perro…

—Será Tom —dedujo la voz—. Que entren los dos.

La mujer les franqueó el paso y los guio hasta la sala. El calor allí dentro era insoportable. Se quitó el abrigo y le ordenó a Tom que se quedara sentado a su lado. La madre de Sua no tardó en aparecer. Estaba flaca y desmejorada. El recuerdo que el chico guardaba de ella era más saludable. Llevaba una chaqueta gruesa cruzada con un cinturón. Al verse, se emocionaron. Él era uno de los dos mosqueteros de su hija, su cuadrilla, su familia elegida. A Nekane se le saltaron varias lágrimas. Oier las oprimió en la pared del estómago.

—Qué pena que tenga que conocerte en estas circunstancias —reconoció ella mientras se sentaba.

Él se acomodó en el sofá y se frotó los ojos.

—He leído en la prensa lo del chico ese, Daniel —dijo.

Aquella misma mañana, Nekane se había enterado, por medio de Lur, de que probablemente la desaparición de su hija tenía que ver con Daniel. Ella llevaba horas dándole vueltas al tema y había llegado a una conclusión. Ese chico, el muerto, era el que había ocupado el puesto de Pascual, quien le pasaba pura a Sua. No cabía otra explicación. Eso tenía que ser. La cuestión era: ¿dónde estaba su hija? ¿Qué ocurrió el jueves? ¿Quién había matado y enterrado al tal Daniel?

—Sua nunca nos mencionó a ese chico —explicó Oier—. No había oído su nombre en la vida.

—Yo tampoco —dijo la madre con tristeza, y luego pensó: «Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá Sua hubiera sido menos protectora, menos generosa conmigo. Ojalá hubiera pensado más en ella misma. Seguro que ahora mismo seguiría estando aquí».

—¿Qué tal estás? —Oier se arrepintió de haber formulado aquella pregunta. Era evidente cómo estaba.

—A ratos mejor y a ratos peor, pero no pierdo la esperanza. No podemos perderla.

—No, claro que no.

El perro, a causa del calor, jadeaba con la lengua fuera.

—¿Y tú? —Le puso la mano sobre la rodilla—. Sua te quiere mucho, ¿lo sabes? Cada vez que habla de ti se le iluminan los ojos.

—¿De veras? —Oier se volvió a emocionar—. Yo… quiero encontrarla.

—El equipo de búsqueda ahora está en Peñas de Aia. No quiero ni pensar qué están buscando exactamente ahí arriba. Me horroriza cada vez que esa idea me asalta.

Él dudó. Tenía que decírselo, pero no sabía cómo hacerlo sin que sonara raro. Carraspeó.

—Yo… quería pedirte que me prestaras algo de Sua, algo que oliera a ella. Quiero participar con Tom en la búsqueda. Que la huela y que sepa a quién tiene que encontrar. Él la conoce y la quiere mucho. Podría ser de ayuda.

Nekane se quedó en silencio y luego sonrió.

—Claro. Todos queremos encontrarla y agradezco que también quieras aportar tu granito de arena. Todo es bienvenido.

—Mi padre está abajo esperándome en el coche. Él va a subirme al monte.

—No perdamos más tiempo, entonces. Voy a por unas deportivas que dejó bajo el radiador. ¿Te parece?

Regresó y se arrodilló frente al perro.

—Tienes que encontrarla, Tom —rogó Nekane mientras él olisqueaba las zapatillas de Sua.

—Este es mi número de teléfono. —Oier alargó el brazo para darle el trozo de papel en el que se lo había anotado—. Llámame para lo que necesites.

Ella lo tomó y se incorporó.

—Gracias, Oier. Te haré una llamada perdida para que tengas tú el mío. —Los acompañó a la puerta y se volvieron a fundir en un abrazo —. Ahora entiendo por qué Sua te quiere tanto —le susurró antes de despedirse—. Encuentra a nuestra niña, por favor.

*

El garaje era amplio, de dos plantas, y el hermano de Juanma lo había alquilado para meter una moto de trial, un quad y un 4×4 . El monte y el motor eran sus pasiones, y, para costeárselas, enseguida entendió que lo mejor era trabajar en la empresa familiar. Por ello, y a diferencia de Juanma, no opuso resistencia y decidió estudiar un grado superior en transporte y logística. Le pareció la elección más rápida y lucrativa.

—¿No preferías en vez de una moto un cacharro como este? —Oier acarició el capó del Nissan Patrol. Tenía las ruedas de tacos, la amortiguación subida y un llamativo esnórquel.

—Ni loco.

—A mí siempre me han flipado. —Sua tiró de la manija de la puerta del conductor y se montó en él—. El día que me saque el carnet de conducir, me cojo un todoterreno. Dan seguridad. —Agarró con fuerza el volante—. Aquí arriba me siento la capitana de la carretera.

—¿Y aquí dentro? —preguntó Oier abriendo el maletero.

Sua abandonó el asiento y dio un salto para sentarse en él.

—Es enorme. ¡Me chifla!

—Oye, que hemos venido a ver mi moto. —Juanma les dio el toque. Estaba impaciente—. Tiene que ser esa. —Señaló un bulto cubierto por una sábana viaja, se acercó en dos zancadas y tiró de la tela. Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Qué guapa, joder! —dijo el chico.

Era una Honda CBR roja, negra y azul. Su línea deportiva desentonaba entre los vehículos que habitaban aquel garaje.

—Es bonita, sí —reconoció Sua bajando del maletero del Nissan—. Vaya pepino.

—No te quejarás, Juanma —soltó Oier—. Menudo regalo se han currado tus padres. Creo que a mí me van a caer unos libros, un perfume y ropa.

—Bueno, mira el lado positivo, este regalo es para todos —dijo Sua guiñándole un ojo.

Mientras Juanma seguía admirando su futura moto, los otros dos subieron por las escaleras para cotillear la otra planta. Un sofá cama, una tele, un frigorífico, una consola y una mesita llena de revistas de motor.

—Joder —dijo Oier—. Yo de mayor quiero ser como él.

—Pues ve espabilando, solo tiene cinco años más que tú.

Se acomodaron en el sofá.

—¿Qué hacéis? —Juanma apareció por las escaleras.

—Cómo se lo monta tu hermano, ¿no?

—Ya ves —murmuró sintiendo una punzada de envidia. A él, su deseo de ser entrenador personal, de momento y para desgracia de su padre, lo alejaría de tener lo que quisiera. Sabía que lo de la moto había sido idea de él. Su padre y su típica manera de llevárselo a su terreno. De disuadirlo de cualquier elección que lo alejara de la que le tenía reservada. Lo había hecho con su hermano y ahora lo estaba haciendo con él. Lo conocía muy bien. Demasiado. Abrió el frigorífico y sacó tres cervezas que entregó a sus amigos antes de sentarse.

Sua quedó en medio de los dos. Tomó la suya y jugueteó con la etiqueta. Había bebido suficiente y no tenía muchas ganas de echarle un trago. Pensó en la moto de Juanma y en lo diferente que era la vida de cada uno. En lo diferentes que eran los problemas, las preocupaciones. Se fijó en un abrigo de estilo militar que estaba colgado en un perchero y Cristian regresó a su cabeza. A su cuerpo.

«He conocido a un chico al que jamás le regalarán una Honda —quiso decirles—. Se llama Cristian, vive en la cantera y duerme con una escopeta para proteger a su madre del cabrón de su padre. Es probable que también la proteja de su hermano Daniel, un puto traficante de purasangre que me ha estado pasando dosis para mi madre. Sí, nunca os lo he dicho. Mi madre es yonqui. Desde hace un tiempo, sobrevive a base de pura. Sobrevivimos las dos, porque ahora es feliz y es lo único que yo quiero para ahuyentar la angustia que me genera verla triste. El problema es que, a partir de la semana que viene, me tengo que buscar la vida, porque Daniel, el maldito camello, es un cerdo y ya no se conforma con el dinero. Ahora me quiere a mí también. Quiere mi carne. Mi sexo».

Volvió a mirar el abrigo de estilo militar.

«Cristian, sin embargo, no quiere nada de mí. Y eso que yo estaba dispuesta a dárselo todo. Todo».

Las ganas de llorar que llevaban rato rondando se desataron de forma violenta y cruel sin que a ella le diera tiempo de coger una de sus máscaras. Dejó la cerveza en el suelo y se ocultó el rostro con las manos, pero fue incapaz de contener el cuajo.

—Ey, ey, ¿qué pasa, Sua? —A Oier se le humedecieron los ojos al verla así. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

Ella hincó la frente sobre su pecho y lloró con desconsuelo. Los problemas de su madre, la ausencia de su padre, el rechazo de Cristian… Todo dolía. Le pesaba toneladas.

Juanma le acarició la espalda con cariño.

—Estamos aquí para lo que necesites, Sua —le susurró—. En nosotros puedes confiar.

Ella seguía llorando, sin lograr parar. Tenía la esperanza de sacar toda la pena y la desazón de una vez. De quedarse seca y no volver a montar un numerito de ese tamaño.

A Oier se le contrajo el diafragma al reparar en su sufrimiento. ¿Qué atormentaba a Sua? ¿Qué?

—¿Es por tu madre? —se atrevió a preguntar.

Ella negó sobre su pecho y a él lo invadió la tristeza. Entonces, ¿qué era? ¿Y cómo podía ayudarla? Una lágrima se le deslizó por la mejilla y no pudo secársela, ya que la tenía rodeada con los brazos. No supo dónde aterrizó, pero Sua sí, o lo intuyó, porque se apartó y lo miró.

Los ojos de Oier, vidriosos y rojos, nada en comparación con su aspecto: labios, nariz y párpados inflamados, el rímel corrido, el rostro mojado, las pecas más brillantes que nunca, como si las cubriera una capa fina de cuarzo.

Sua le pasó las yemas de los dedos por la mejilla y le secó la humedad. Le emocionó sentir que lloraba por ella, con ella. Sus amigos la aceptaban tal cual era. Con sus secretos y silencios. Ambos la deseaban. Le acarició los párpados a Oier, que él bajó, y se acercó para besarlo. Los labios de Sua, adormecidos por la llantina, percibieron la humedad de las lágrimas de los dos. Con la mano buscó a Juanma, que estaba a su espalda, y le acarició los hombros, el pecho. Se soltó del otro y se giró para besarlo también.

Levantó los brazos y se sacó el jersey. Varias circonitas le rozaron la piel de la cara. Ayudó a Juanma a quitarse el suyo y tomó las manos de Oier, que guio hasta la cinturilla de su pantalón para animarlo a que se lo desabrochara.

Aquella madrugada, aquel primer día del año, Sua, buscando anestesiarse, fue más fuego que nunca y, entre jadeos y caricias, se dejó querer por los dos y los quiso como jamás los había querido.

*

El tipo ese por el que la Ertzaintza le había preguntado estaba muerto. Su cuerpo había aparecido en el parque natural de Peñas de Aia. Enterrado. En cuanto Juanma leyó la noticia, cogió su CBR y subió al monte. ¿Dónde estaba su amiga? ¿Dónde demonios se había metido? ¿Tenía algo que ver con la muerte del tío ese? Le dolía pensar en ella y no comprender nada. Temía no conocerla, que le hubiera tomado el pelo.

«¿Por qué, Sua?», se dijo con impotencia.

Las preguntas le inundaban la cabeza. Se la abotargaban. Lo torturaban. En otra ocasión habría hablado de todo ello con Oier, pero ya no. Ya no habría conversaciones. No quería. Había estado tentado de pulsar su número, con el móvil en la mano. Había mirado fotos de los tres juntos. De él solo. El cabello rizado y brillante. Alborotado. La sonrisa sincera. Casi había oído las sonoras carcajadas. Fotos y más fotos. Las había borrado todas al borde del llanto.

Aceleró por la carretera de Erlaitz hasta llegar cerca de las ruinas del castillo del Inglés. Dejó la moto en un aparcamiento improvisado que había en un lateral y ascendió hasta las ruinas.

—¡Sua!

Oír su propia voz le hizo sentir como un idiota. Si estaba enterrada, no iba a oírlo. Si tenía algo que ver con la muerte del tal Daniel Romedo Bodón, ahí no iba a estar. Ahora se encontraría a cientos de kilómetros de Gipuzkoa. Los sentimientos se enfrentaron como si estuvieran sobre un ring. La pena en la esquina izquierda del cuadrilátero. ¿Y si alguien había acabado con la vida de Sua? ¿Y si no volvía a verla? Su cabello ondulado que olía a gloria. Las pecas color avellana. Los susurros que alzaban todos sus sentidos. Su calor. Su intenso calor.

«¿Pa qué contar los lunares de tu cuerpo si tú pa brillar llevas tres lunas por dentro?», recordó la estrofa que tanto le gustaba a ella del tema *La luz*, de María José Llergo, que él mismo le cantó una tarde al oído.

«Joder, Sua —pensó con un dolor en el pecho que nunca antes había experimentado—. Si te han hecho daño, te juro que mataré al responsable. Te lo juro».

Y en la otra esquina del cuadrilátero, la incomprensión teñida de miedo. ¿Y si ella siempre fingió ser otra persona? ¿Y si jugó con ellos?

Un ser maquiavélico. Una manipuladora. ¿La conocían en realidad?

—¡Sua! ¡Sua! ¡Sua! —gritó llevando las cuerdas vocales al límite mientras; sobre el ring, la pena ganaba la pelea.

*

Ocho días antes de desaparecer

Estaba de costado, con la cabeza apoyada en el pecho de Oier y Juanma tras ella, con las rodillas acomodadas en el hueco de las suyas. Llevaban así un rato. Disfrutando de la calma que había dejado la tempestad. Callados. Avergonzados.

—Os quiero a los dos —susurró Sua—. Os quiero un montón a los dos.

Juanma hundió la nariz en su cabello ondulado y se lo beso. Oier le acarició el brazo desnudo con la punta de los dedos. Ninguno se atrevía a preguntar qué sucedería después de aquella madrugada.

—¿Estás mejor? —dijo el segundo a media voz. Aquello lo preocupaba más.

—Sí, ya se me ha pasado.

—Puedes confiar en nosotros —dijo el otro.

—Creo que os acabo de demostrar lo mucho que confío en vosotros.

Pero no a todos los niveles, eso lo sabían los tres.

Los chicos no quisieron presionar.

—¿Eso brillante que asoma por el ventanuco es el sol? —comentó Sua.

—Es que son las ocho de la mañana —dijo Oier consultando su reloj de muñeca.

—Habrá que recoger esto un poco e irnos a casa —sugirió ella.

—No te preocupes. Mi hermano se va a tirar unos días en Vitoria. Ya adecentaré el garaje en cualquier momento.

Se levantaron y se vistieron sin mirarse. Torpes. La luz que se colaba hacía que la situación fuera algo incómoda.

—Te acompaño a casa —dijo Juanma al salir del garaje—. Me cae de camino.

Sua le agarró la mano a Oier y le dio un apretón a modo de despedida.

—Nos vemos —dijo ella en un susurro. Les costó mirarse a los ojos, pero al final lo hicieron.

Volviendo a casa, Juanma y ella se aferraron al tema de la moto para evitar los silencios.

—Si os viene bien, mañana por la tarde tomamos algo —dijo Sua encajando la llave en la cerradura del portal.

—Dirás hoy —bromeó él.

—Es verdad. Se nos ha hecho tardísimo.

—Hablamos en un rato. —Juanma le metió un mechón de cabello detrás de la oreja—. Voy a echarte de menos hasta entonces.

—Y yo a vosotros.

Él se acercó y le dio un beso en los labios. La agarró de la cintura y la atrajo hacia sí. Buscó su lengua con excitación.

—No —dijo, retirándose apurada—. Sin Oier no, Juanma. —Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla con la esperanza de borrar la decepción que se le había dibujado en la cara—. Que duermas muy bien.

—Tú también, Sua.

*

Habían sacado el Lada Niva rojo del socavón y ahora, remolcado en una grúa, iba de camino a la comisaría de Erandio para que los de la científica le hicieran un análisis exhaustivo. Por lo pronto, habían distinguido restos de sangre en el volante y en el maletero. También de barro. Haber encontrado el coche y en esas condiciones los acercaba más a la verdad. A Sua. Las incógnitas eran muchas y variadas. La última hipótesis que se les había ocurrido era que tal vez Daniel había tenido un accidente de tráfico y alguien lo había enterrado.

—Esto último explicaría la contusión que el chico presenta en la cabeza —señaló Nando García—. ¿Cómo lo veis?

—El coche está destartalado. Tiene pequeños golpes por todas partes —informó Mateo—. Ahora bien, ¿abolladuras provocadas por un accidente mortal? No me atrevería a afirmarlo.

Kirmen y él, después de comer algo rápido y a deshoras, habían regresado a comisaría y se habían reunido con el equipo para reflexionar sobre el hallazgo.

—Aunque ya sabemos que un golpe bien tonto o desafortunado se lo lleva a uno por delante —opinó su compañero.

—Lo bueno es que los de la científica y la forense no tardarán en sacar conclusiones —dijo el subcomisario—. Por cierto, buen trabajo ahí arriba los dos.

Los agentes alzaron la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Qué tenemos sobre las llamadas recibidas? ¿Algo interesante? —Nando García se dirigió a Lur y Maddi.

Estas, que también habían comido algo rápido después de la última visita a la cantera, resumieron la conversación que habían mantenido con la testigo que aseguraba haber visto a Cristian y a Sua juntos en dos ocasiones.

—No hay que olvidar que el chaval, en conversaciones anteriores, siempre mantuvo que no conocía a Sua —remató Lur.

—Pero hoy, al hablar con él —intervino Maddi—, ha reconocido que la acompañó a casa alguna vez. Ha asegurado que no tenían ningún tipo de relación. De hecho, nos ha mostrado su teléfono para que lo comprobáramos nosotras mismas. En eso lo he visto muy seguro y colaborativo.

—Pero ha podido borrar su número y cualquier conversación con ella —dijo Lur—. O tener diferentes teléfonos.

Cavilaron unos segundos.

—El jueves Sua fue a la cantera a por la dosis semanal de pura —recapituló García—. En su agenda, la famosa C. ¿De cantera, de casta, de camello? Incluso C de Cristian. A partir de ese jueves se les pierde el rastro tanto a Sua como a Daniel. Hasta el lunes que, según la familia, este último se presentó en la cantera y se llevó el coche. —Tamborileó con nerviosismo sobre la mesa—. Y el martes aparece muerto y enterrado.

—¿Creéis que la familia tiene algo que ver en todo esto? —lanzó Mateo Algorta.

—Tal vez en alguna trifulca la cosa se les fue de las manos y el chico

acabó muerto —aventuró Maddi.

—¿Por qué el dolor de la familia, entonces? —quiso saber el ertzaina —. Por lo que nos habéis contado, tanto en el reconocimiento del cadáver como en su casa, era real.

—Porque el miedo hacia una persona no anula la capacidad de quererla —explicó Maddi—. Igual ese dolor que Lur y yo vimos y sentimos tan intenso fue porque iba cargado de arrepentimiento. Si fue una muerte accidental… Una muerte de un ser al que amas… Tiene que ser terrible.

—Un homicidio involuntario. —Nando García se levantó y lo anotó en la pizarra—. Daniel acaba muerto y los miembros de la familia deciden ocultar el crimen. ¿Qué opináis? ¿Los veis capaces?

—Jimena y sus hijos viven aislados. No tienen amigos ni familia —dijo Mateo—. No lo veo descabellado. Las cosas de casa se quedan en casa.

—¿Y si cuando fuimos la primera vez a la cantera Daniel ya estaba muerto? —comentó Maddi—. ¿Y si estaba en el terreno?

—O en el maletero —dijo Kirmen González—. Os recuerdo que se han hallado restos de sangre allí.

Lur se levantó, nerviosa, incapaz de estar sentada ante la deriva de la conversación.

—¿Y Sua? ¿Qué pasa con Sua? ¿Dónde queda ella en toda esta historia?

—Daniel le hizo algo —especuló Maddi— y la familia, que estaba al tanto o tenía sus sospechas, discutió con él de forma violenta y la cosa acabó mal.

—Si ha sido así —dijo Kirmen—, el cabrón se ha llevado la verdad a la tumba.

—No descartemos una de las ideas que barajamos al principio, la de la posibilidad de que Sua tuviera la mala suerte de ser testigo de algo —habló Lur—. Entró en la cantera como todos los jueves y se encontró con un ajuste de cuentas entre traficantes.

—Vamos a hacer tres cosas —apuntó el subcomisario—. Vosotros dos os volvéis a Peñas de Aia; vosotras habláis con la familia del día en que Daniel se llevó el vehículo, y yo me presento en el anatómico

forense.

—Si no te importa esperar, me gustaría acompañarte —le pidió Lur.

—De acuerdo. —Nando se alejó de la pizarra—. En marcha.

*

Ni coches ni personas. Ni murmullos. Ni ojos curiosos. La prensa había levantado el vuelo y frente a la verja de la cantera se palpaba cierta soledad, cierta desesperanza respecto a la muerte de Daniel. Las horas habían transcurrido y la noticia ya no interesaba de la misma manera. Regresarían. Lo harían. Pero solo cuando hubiera nuevos datos.

Lur llamó al interfono y Jimena les abrió la verja para que estacionaran frente a la casa.

Los cuatro las esperaron cerca de la puerta. La familia seguía cargando con esa desolación perpetua. Daba igual el vaivén de los periodistas. La angustia ahí permanecía. No daba tregua.

—¿Tenéis algo nuevo? —preguntó la madre con la barbilla alta. Pese a estar destrozada, demostraba ser el pilar. Su fortaleza tampoco se esfumaba. Siempre ahí. Con ella.

—Hemos encontrado el coche de Daniel.

Jimena se abrazó a sí misma.

—Entremos. Hace mucho frío —propuso poniendo rumbo a la casa.

—Si no os importa —la detuvo Lur—, hablaremos aquí fuera. No tardaremos mucho. Solo queremos reconstruir el momento en que se llevó el vehículo.

Maca meció a Max contra su cuerpo.

—Oímos un portazo —comenzó Jimena— y nos acercamos a su casa para decirle que lo estabais buscando. Lo hicimos a través de la puerta. No nos atrevimos a entrar.

—Insistimos un rato y no obtuvimos respuesta —añadió Cristian, que estaba apoyado en la fachada.

—¿Y después? —preguntó Maddi.

—Escuchamos el motor arrancar. Cuando nos asomamos, ya estaba en marcha.

—¿Alguno de los tres llegó a ver a Daniel? Es importante que hagáis memoria.

La familia intercambió sendas miradas.

—Yo ya te dije que no. —Maca fue la primera en responder.

—¿Y los demás? ¿De espaldas, de refilón? Nos vale cualquier cosa.

—Cuando quisimos salir, el coche se encontraba aquí. —Cristian, que seguía apoyado en la fachada, comenzó a caminar hacia la entrada.

El resto lo siguió. La verja se había quedado abierta tras la entrada de las ertzainas.

—Más o menos a esta altura. —El chico trazó una línea invisible con la mano—. Estaba a punto de salir por la puerta. Yo no sé si era él quien conducía ni si iba solo o acompañado.

—Yo tampoco llegué a distinguirlo —aseguró Jimena acariciando su anillo charro—. El coche se incorporó a la carretera y desapareció.

—¿Qué dirección tomó?

—Hacia el puente.

Todos contemplaban la carretera imaginando el Lada Niva esfumarse cuando vieron que un vehículo giraba y se aproximaba a la cantera.

Era negro, de alta gama. Un Mercedes Clase S con las ventanillas traseras tintadas.

—¡No! —gritó Jimena—. ¡No, no, no! —Giró sobre sí misma como si estuviera buscando un lugar donde esconderse.

El coche atravesó el arco de la verja.

Lur y Maddi, instintivamente, buscaron con las manos las armas mientras Maca y Cristian miraban a su madre sin comprender nada.

—Nononono.

—¡Ama! ¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —preguntó la chica corriendo hacia ella.

El resto se tuvo que echar a un lado para que el vehículo siguiera su camino. Parecía no querer detenerse.

—¡Jimena! —gritó Lur a punto de desenfundar su arma—. ¿Son

peligrosos?

Pero la mujer no contestó porque estaba paralizada, en estado de shock. El Mercedes frenó frente a las agentes. Maddi desenfundó de la sobaquera la HK USP, pero la dejó oculta bajo el abrigo. La puerta del copiloto se abrió y el tiempo pareció detenerse. Una mujer gitana se apeó del coche. El cabello largo y oscuro atado en un moño y un abrigo negro que le llegaba hasta los pies. Jimena clavó las rodillas en el suelo tras Lur y se cubrió la cara con las manos.

—Hija mía —dijo la señora con emoción. Tenía sobrepeso y la voz salió fatigada—. Mi Jimena. Mi dulce Jimena. ¿Qué te ha *pasao*, mi niña?

La oficial alargó el brazo y le impidió el paso.

—Es mi hija —explicó la mujer—. Déjeme consolarla, déjeme, por favor.

Lur se hizo a un lado y permitió que se acercara. Esta se arrodilló con dificultad frente a su hija. La puerta del conductor se abrió y un zapato elegante y masculino se asomó para pisar con decisión el suelo de la cantera. La polvareda blanca se arremolinó a su alrededor.

—No, madre. Por favor, no. Marchaos —rogó Jimena asustada, mirando el Mercedes.

La mujer, sin soltarle los hombros a su hija, volteó el rostro para ver al hombre apearse.

—No temas, Jimena, no es padre. Es mi hermano. Tu tío Roberto.

—¿Roberto? —susurró aliviada.

—Padre lleva meses enfermo. De la cabeza, hija, de la cabeza. Ya ni siquiera me reconoce.

Jimena contempló a su madre. Hacía más de veinte años que no la veía, desde que se fugó del pueblo para irse a vivir a Irún con el Gaditano. El tiempo no había pasado en balde. Tenía surcos profundos en la piel. En la frente, alrededor de los ojos, en la comisura de los labios.

—Ahora mando yo, hija. Solo yo.

La mujer le explicó que habían oído la noticia de la muerte de Daniel Romedo Bodón y que, al deducir que se trataba de uno de sus hijos, no

se lo pensó dos veces. Roberto y ella habían cogido lo indispensable y se habían echado a la carretera para llegar cuanto antes.

—Ella es la Maca, la pequeña —Jimena hizo un gesto con la cabeza—, y su hijo Max. Y él es el Cristian, el mediano.

Se levantó y tendió la mano a su madre para ayudarla. Ambas tenían las rodillas manchadas por el polvo de la cantera. Abrazó a sus nietos.

—Tenéis que salir de aquí —dijo la mujer—. En mi casa no os faltará de nada. Permitidme que cuide de vosotros, por favor.

—No creo que podamos dejar la ciudad hasta que se esclarezcan los hechos.

—Sois libres de marcharos, Jimena —intervino Lur.

—¿Y estas quiénes son? —preguntó el hombre.

—Soy la oficial Lur de las Heras y ella la agente Maddi Blasco. —Le tendió la mano, pero él la ignoró.

—Te lo agradezco, madre, pero no vamos a ir a ningún lado. Ni siquiera he enterrado a mi niño.

—Entonces, aquí me quedaré, hija. —Le acarició las mejillas con cariño—. Mi dulce Jimena. Qué palo más grande te ha *dao* la vida.

—¿Dónde está él? El Gaditano —quiso saber Roberto.

—Se marchó hace años —explicó ella—. Solo estamos nosotros.

Un incómodo silencio se instaló en la hendidura.

—¿Nos necesitas por aquí, Jimena? —preguntó Lur aproximándose.

—No, estamos bien.

—Tenéis mi número, ya sabéis que estamos a una llamada de distancia.

La mujer asintió con la cabeza.

—Volveremos pronto.

—Avisadme en cuanto podamos enterrar a mi hijo, por favor.

Las ertzainas se montaron en el coche y abandonaron la cantera con indecisión. El reencuentro familiar había sido tan inesperado para

ellas como para Jimena y los suyos. Lur ni siquiera estaba segura de que les fuera a ser de ayuda. Por las miradas y gestos de Cristian, Maca y Jimena mientras las agentes se alejaban cantera a través, cualquiera habría dicho que necesitaban que les tendieran una mano, sí, pero no del tipo que llega a bordo de un Mercedes negro de alta gama directo de un pasado del que se quiere huir.

*

Cuatro días antes de desaparecer

Tras el affaire en el garaje del hermano de Juanma, el reencuentro, al principio, no fue fácil. La naturalidad se había esfumado y cualquier conversación que entablaban parecía forzada. Pero no tardó en disiparse poco a poco y en ser sustituida por el deseo. Por eso, mientras tomaban algo en uno de los pocos bares que estaban abiertos un 1 de enero, no dejaron de mirarse los labios, las manos, los ojos. Una fuerza que los empujó a regresar al garaje, donde los cuerpos se encontraron de nuevo aquel día. También el siguiente, y el siguiente… Cinco días seguidos en los que compartieron caricias, placer, confianza y experiencias. El quinto, la víspera de Reyes, les supo a despedida desde el primer beso, porque el hermano de Juanma volvía de Vitoria al día siguiente y no podrían regresar a su nidito de amor. Si ya era difícil para una pareja expresar su pasión sin tener una vivienda, para tres todavía más.

Fue Oier quien decidió dar el paso aquel último día, en el que los besos sabían a más beso. A más deseo. El adiós afilado en la garganta lo espoleó a hacerlo sin pensarlo. ¿Acaso no se trataba de eso? ¿De compartir y de sentir? Por esa razón, mientras besaba a Sua, buscó el cuerpo desnudo de Juanma y comenzó a acariciarlo. Al principio sintió que su amigo se estremecía y se apartaba, pero solo duró unos segundos, porque, a la segunda intentona de Oier, el otro cayó rendido.

Aquel último día, a modo de despedida, los tres hicieron y se dejaron hacer sin saber dónde empezaba la piel de uno y acababa la del otro.

Sin saber que de verdad aquel sería el último encuentro.

Sin saber que jamás volverían a estar los tres.

*

El subcomisario Nando García era un hombre prudente. No abordaba de forma invasiva. Él daba tiempo, aguardaba. Por ello, de camino al anatómico forense, dejó que fuera Lur la que le hablara de la convivencia con Guillermo.

—Es una buena persona de la que podría enamorarme —mintió. Ya lo estaba. Hasta el tuétano de los huesos—. Vivir con él es bien fácil. No sé qué tiene, pero me transmite tranquilidad y ahora mismo es lo que busco. Es sensible y con una gran inteligencia emocional. Quién me iba a decir a mí que iba a acabar valorando este tipo de cosas… Pero es que no quiero que nadie me complique la vida con sus malas gestiones y decisiones. Bastantes palos da la vida ya.

Si Nando pensó en advertirle que tuviera cuidado, que era el exguía de una secta, que eran encantadores de serpientes, se lo calló.

—Te confieso que te veo bien y es lo que a mí de verdad me importa.

Se miraron a los ojos. Los dos sabían que podían contar el uno con el otro para lo que fuera. El lazo de amistad que los unía era fuerte como el cemento seco.

—Estar mejor físicamente también ayuda —reconoció ella—. No me siento tan prisionera en mi cuerpo. La pequeña tregua me ha devuelto parte de la alegría que la enfermedad me había robado.

Ya en el pasillo del anatómico forense, Lur se interesó por la mujer y los hijos de Nando y su amigo le contó que el mayor estaba barajando entrar en la Ertzaintza.

—No me importaría tenerlo como compañero —dijo ella con una sonrisa sincera—. Los buenos tipos siempre son bienvenidos. Pero adviértelo de todo a lo que se va a tener que enfrentar si entra en el cuerpo. —Tomó aire—. A menudo es una gran mierda. Desgasta, y mucho.

—Ya lo he hecho. —Se encogió de hombros—. El otro día hasta me dijo que parecía que quería quitarle las intenciones.

—Mucho superior tocapelotas, jueces que no nos dejan avanzar, falta de personal… Díselo todo.

Unos pasos apresurados tras ellos los hicieron voltearse.

—Buenas tardes —saludó la forense. Llevaba puesto el uniforme verde. El mismo que usan los médicos para entrar en los quirófanos a salvar vidas—. Acompañadme, por favor.

Empujó una puerta para que entraran. Al instante percibieron el olor fuerte y penetrante del formol. Los condujo hasta el cuerpo que estaba tendido sobre la mesa de acero inoxidable.

—Murió hace unos cinco días —explicó la forense—. La zona craneal contundida, donde recibió el golpe, es la que mayor putrefacción presenta y la que nos ha ayudado a calcular la data.

—¿Cinco días? —Lur frunció el ceño y miró a Nando. En su cabeza, varias hipótesis empezaron a tambalearse. ¿Daniel llevaba muerto desde el jueves, desde el mismo día que Sua desapareció? ¿Quién se llevó el Lada Niva de la cantera? ¿Quién lo escondió en uno de los socavones de la peña de Askain?

—Gracias al frío que está haciendo estos días, el cadáver se ha conservado muy bien, por eso tiene este aspecto pese al tiempo trascurrido desde su defunción.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó el subcomisario.

—Fractura craneal.

—Por teléfono te pregunté si era posible que hubiese tenido un accidente de coche —le recordó Nando.

—Descartado por completo. Todo apunta a un homicidio. El haberlo encontrado enterrado ya lo hace más que evidente, pero, además de eso, el cuerpo presenta signos de violencia. Sufrió un par de puñetazos en la cara. Uno en la boca y otro en la mejilla. Aún tengo que determinar si la fractura craneal se produjo por una caída o si lo golpearon con un objeto contundente.

—¿Barajas una pelea?

—La víctima tiene marcas de defensa. Me inclinaría más por una agresión que por una pelea. Si arañó al autor, el ADN estará en sus uñas. Aunque, a primera vista, no se aprecian restos biológicos bajo ellas.

—Acabas de decir que no tienes muy claro si la fractura craneal se produjo por una caída o si lo golpearon con algo.

—Exacto. La lesión se la atribuyo a un impacto contra una piedra o algo irregular. Tengo que analizar con detenimiento los rastros hallados alrededor de la herida, por si arrojan algo de luz acerca del objeto. Tampoco me ha dado tiempo a estudiar las lesiones internas. Si presenta fractura por contragolpe en la fosa craneal anterior, no habrá duda de que se trató de una caída.

—Entiendo —reflexionó Nando.

—Todo el ADN que vaya apareciendo lo cotejaré con el de Sua Arismendi. Ya sabéis que los resultados tardarán en llegar. —Esto último lo dijo a modo de advertencia. A la forense no le gustaba que la mareasen—. Luego os paso una copia de lo que tengo hasta ahora.

Lur contempló el cadáver. Ahí delante tenía al sospechoso de la desaparición de Sua. O al menos eso era lo que pensaba hacía veinticuatro horas. Daniel el camello, el conflictivo. Miedo en los ojos de su familia. Una denuncia por abuso sexual que no llegó a formalizarse porque la víctima se echó atrás. La oficial siempre prometía a las víctimas llegar a la verdad, pero con él estaba siendo diferente. Un muerto. Un verdugo. No tenía nada claro.

Aprovechando que Nando y la forense charlaban sobre la autopsia de un caso que llevaba meses sin resolverse, Lur estiró el brazo y depositó la mano sobre la sábana que le cubría las piernas a Daniel. Sintió una descarga extraña, casi de satisfacción, como si su intuición le dijera que estaba haciendo lo correcto. Y su intuición no solía fallar. Menos mal que Rosa no estaba al tanto de esto último. ¿Por qué demonios la había tomado por una echadora de cartas?

Lur la tarotista.

Lo que le faltaba.

—En cuanto tenga novedades, os aviso —concluyó la forense consultando el reloj.

El tiempo que podía dedicarles ya se había agotado. Los minutos eran sagrados para ella.

*

Maddi echó de menos no llegar más tarde a casa. La palabra «cansancio» había sido su bote salvavidas. Su excusa para esquivar a su marido, para rechazarlo por la noche. Se le erizaba la piel cada vez que recordaba los labios en su cuello. ¿Y si hoy volvía a la carga? La ansiedad le oprimió el pecho. Se angustió de mala manera. No temía que Fidel intentara seducirla, sino su propia reacción. Estaba demasiado vulnerable. Al límite. Al borde del precipicio. No podía sucumbir. No podía.

Se centraría en Mía e Igor. Sus dos faros. Cuántas veces esas luces la habían guiado. Qué perdida estaba sin ellos. Eran los únicos que lograban que la angustia no se desatara. Subía por la garganta y cerraba la entrada de aire, como si alguien le inflara un globo en la

laringe.

Mía e Igor.

Era pensar en ellos y se detenía ese espanto.

La mantenían en pie.

Llevaba días triste y contrariada. Lo que más le preocupaba era el incipiente cuadro de ansiedad. No quería perder el control. Que se desatase en su cuerpo y no fuera capaz de plantarle cara, de deshacerse de él.

—Ya estoy en casa. —A la frase le faltó el brío de siempre y le sobraron toneladas de incerteza.

Sus hijos se abalanzaron sobre ella y casi consiguieron tirarla al suelo. Era una presa fácil. Fidel se asomó desde la cocina. Tenía un trapo echado en el hombro y los labios apretados. Haberlo rechazado en la cama había dejado huella, por mucho que él quisiera disimularlo. ¿Qué esperaba de ella? ¿Que corriera un tupido velo?

—Estoy con la cena.

Maddi olió el agua hirviendo. Otra vez macarrones. El menú de casa era menos variado que el del calabozo.

—Me pongo cómoda, juego un poco con los niños y nos sentamos a la mesa. ¿Te parece?

Se desvistió y buscó en el armario su pijama favorito. Su cuerpo le pedía pequeñas satisfacciones. Era un conjunto verde esmeralda que su madre le regaló las Navidades pasadas. Qué a gusto estaba bajo él. Para qué conformarse con menos.

Se sentó sobre la alfombra del dormitorio de sus hijos y jugaron casi durante una hora a montar varios Legos que Igor había destrozado aquella tarde durante una rabieta.

—No quería cenar otra vez macarrones —confesó la niña a media voz.

«Por una vez, apoyo la rabieta de tu hermano —pensó—. ¿Tú no?».

Mía la contemplaba como si la estuviera oyendo. Tenía los mismos ojos curiosos que ella, pero distinta mirada. La de su hija era más reservada. Era una niña arisca e independiente. Y demasiado consciente de todo lo que la rodeaba.

Igor era más inocente. Una luz cálida.

—Si quieres, preparamos una bechamel para echarle a los macarrones y los gratinamos —dijo agarrando al niño de la manita—. ¿Te apetece? Con bien de orégano.

—¡Bien! —Igor se soltó, levantó los brazos y apretó los puños sobre la cabeza como si hubiera ganado una competición.

—Ay, sí. Qué ricos. —En los ojos curiosos de Mía había alivio.

—Y abrimos una bolsa de patatas fritas y la caja de bombones —añadió Maddi.

—¡Ama! —gritó Igor. Su cara decía: «¡Te has pasado y me encanta!».

El pijama verde esmeralda, sus niños, patatas fritas y bombones.

Pequeñas y enormes satisfacciones.

Cenó sin tristeza y sin ansiedad, pero en cuanto acostó a sus hijos aquellas emociones torcidas se arrojaron sobre ella.

Se metió pronto en la cama, y esta vez Fidel no la siguió. Su marido con un rechazo tenía suficiente. Miró el móvil antes de apagar la luz. Tenía un mensaje de Lur. Le proponía desayunar juntas antes de ir a comisaría. Cada noche la escribía. Buscaba cualquier pretexto para hacerlo. Maddi lo sabía. Y muy bien. Que su amiga estuviera al otro lado la hacía sentir querida. Y menos sola.

Claro, hasta mañana
Ondo lo egin

Se hizo un ovillo en su esquina de la cama y tuvo que hacer varias respiraciones profundas para impedir que el globo de la laringe se inflara.

*

Aprovechando que estaban en Donostia, Lur encargó en el restaurante Mapa Verde un *buddha bowl* de mijo, otro de falafel y dos raciones de tarta de queso. Nando hizo lo propio y a eso le sumó un asado de *jackfruit* y dos tiramisús. Había sido un día largo y difícil, y los dos querían llevarse esa cena a casa, sentarse a la mesa y disfrutar de un rato agradable con los suyos con la esperanza de desconectar.

La oficial entró en su hogar, subió la calefacción y dejó la bolsa sobre la mesa.

—*Gabon*, como decís por aquí —saludó Guillermo saliendo del cuarto de baño.

El exguía era natural de Palencia y, aunque llevaba catorce años en Irún, no sabía nada de euskera porque todo ese tiempo lo pasó metido en el caserío de la familia Fritz.

—*Gabon*, Guillermo. ¿Cómo te ha ido el día?

Tenía cara de cansado. Lur sabía que hacía el esfuerzo de esperarla sin cenar para hacerlo juntos.

—Bien. ¿Y a ti? Me he pasado la jornada oyendo hablar del caso que investigas.

Ella suspiró y dijo:

—Por desgracia, está en boca de todos.

A Guillermo le sobrevino un calor tan repentino que elevó los brazos y se quitó la sudadera. Al hacerlo, la camiseta de debajo se le recogió y dejó a la vista una tripa plana, fibrosa.

—Lo siento —se disculpó Lur—. He subido la calefacción nada más entrar.

—No pasa nada. Así estoy bien.

«Y tan bien», pensó ella.

Le sorprendió que llevara una camiseta blanca. Desde que dejó la comunidad, no lo había vuelto a ver con ninguna prenda de ese color. Se preguntó si olería a la marca Blanco Inmaculado, a Fritz. Echaba de menos las sensaciones que despertaba en todo su cuerpo aquel aroma embriagador.

—He traído algo para comer —anunció para dejar de pensar en ello.

Guillermo localizó la bolsa sobre la mesa y se acercó.

—Vaya. ¿Puedo? —preguntó señalándola.

Parecía ilusionado. Con qué poco se contentaba. A Lur le encantaba esa faceta suya, la de ilusionarse por los pequeños detalles. De eso iba la vida. De paladear cada momento, ya fuera pequeño o grande.

—Claro que puedes. Es nuestra cena —dijo ella, notando una bola pomposa en el estómago. ¿Era felicidad?

Raudo y veloz, sacó los envases y los destapó. A juzgar por la hora que era, igual, más que ilusionado, estaba muertito de hambre.

—Qué buena pinta tiene esto. Ponte cómoda, que lo voy emplatando.

—El mío es el de mijo, por lo del gluten, ya sabes —explicó ya de camino al dormitorio.

Mientras tomaban asiento a la mesa, Guillermo le relató cómo había ido la cena con Eva y su familia. Le contó que fue una noche de recordar a Ari y de reír. Que no había sido consciente de lo mucho que añoraba algo así. Cenaron despacio, disfrutando de la explosión de sabores que los boles les ofrecían. Lur rebañó el suyo. Un salteado de mijo con espinacas y pasas, calabacín al horno, pimientos asados, col lombarda, variado de lechugas, guacamole y anacardos con vinagreta de limón. Casi nada. Y Guillermo saboreó con deleite cada ingrediente. Falafel con guacamole, coliflor especiada al horno, zanahoria, mezcla de lechugas, espaguetis de calabacín y salsa de yogur y menta.

—Mañana invito yo. Te llevo adonde quieras.

Lur sonrió relajada.

—Ojalá pudiera ir. El caso nos trae de cabeza y es el que marca los horarios.

—Pues cuando lo resuelvas. No hay prisa —dijo después de beber un trago de agua—. Por lo pronto, mañana me encargo yo de la cena.

Ella se fijó en sus manos grandes alrededor del vaso. Ascendió hasta el rostro. La barba corta, descuidada, la melena atada en una coleta. Los ojos. Esos puntos brillantes que tanto le transmitían.

—¿En qué piensas? —quiso saber Guillermo.

—En nada, ¿por?

—Me estabas mirando.

—Sí —admitió, a punto de ruborizarse—. Me preguntaba qué tipo de persona eras antes de entrar en la familia Fritz.

Él entrelazó las manos y apoyó la barbilla en ellas.

—Era un tío bohemio. —Sonrió con nostalgia—. Más alegre, más enérgico… Y supongo que bastante ingenuo. La muerte de mi mujer me dejó hecho una mierda. Hasta ese momento jamás me había

tocado asomarme a un abismo semejante. Cuando sucedió, Ari era un bebé y entré en la comunidad para no enfrentarme a todo aquello. Solo no podía. Cargar con el duelo, la crianza… Necesitaba alejarme de la rutina que conocía y a la que ella no regresaría jamás. —Los ojos se le empañaron—. Cambiar de aires, conectar con la naturaleza. Qué sé yo… Cualquier cosa menos darme de bruces con el vacío, la ausencia.

—Hiciste lo que pudiste para intentar sobrevivir. Todos lo hacemos.

Se quedaron taciturnos durante unos segundos.

—Y tú —susurró Guillermo—, ¿cómo eras?

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Antes de enfermar.

Lur pasó la yema del dedo índice por el borde del vaso.

—Pues, con perdón, tenía menos mala hostia. —Él rio—. Y, al igual que tú, era bastante ingenua. De haber sabido lo que se me venía encima, me habría bebido la vida. Nos creemos eternos, que vamos a estar siempre bien. Pero los tortazos vienen y con ellos los arrepentimientos.

—No hay que mirar atrás —le aconsejó él—. Además, has mejorado mucho. Tiempo tendrás de bebértela.

—Ojalá. He notado mucho cambio en mi vida a raíz de dejar el gluten y comenzar una dieta antiinflamatoria, pero hay algo que frena mi recuperación. Mi doctora, que no se rinde, sigue buscando posibles causas. Estoy esperando varios resultados.

—A ver si hay suerte y dan con el motivo.

—Sí. ¿Tú qué tal estás? ¿Cómo va ese ánimo?

—Estoy tranquilo, que no es poco, y en paz conmigo mismo. Todavía buscando mi sitio, y no me refiero a lo del voluntariado internacional.

—Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras o irte si es lo que necesitas.

—Estoy a gusto en tu casa. En serio. Esto sí que es un hogar santuario y no el caserío. Me acogiste de manera altruista.

Lur pensó que no sabía si estaba del todo de acuerdo. ¿Lo habría

acogido si no sintiera esa atracción tan fuerte hacia él? ¿Existían los actos desinteresados? Era una especie de apego, de magnetismo. La necesidad de estar con él. Dos almas solitarias con heridas aún sin cicatrizar. Había sido una locura abrirle las puertas de su casa. Confianza ciega.

«¿Sigo siendo una ingenua o me estoy bebiendo la vida? —se preguntó —. ¿O es egoísmo puro y duro?».

—Yo lo único que quiero es que estés bien. —Lur fue totalmente sincera—. Que tengas una segunda oportunidad. Que vuelvas a ser ese tío alegre del que me has hablado. —Guillermo suspiró—. Anda —prosiguió ella, ladeando la cabeza con cariño—, ve a buscarlo al pasado y tráelo de vuelta.

—Está bien. —El exguía se frotó los párpados—. Lo haré.

—Será mejor que nos vayamos a descansar. —Bostezó—. Mañana me espera un día duro. O al menos eso es lo que intuyo.

Él se levantó y comenzó a retirar la vajilla de la mesa.

—Acuéstate ya —sugirió Guillermo, dándole a Lur un ligero apretón con la mano en el hombro—. Yo me encargo de recoger. Son cuatro cosas.

Ella se quedó quieta. Pese a que el exguía se había retirado de su lado, el tacto de los dedos seguía sobre su cuerpo. Siempre tan breve y tan intenso. Como la quemadura de un hierro al rojo vivo.

—Te lo agradezco, Guillermo.

Al levantarse se topó con su mirada. Otra vez esos ojos luminosos. Tan vivos y expresivos.

Lur se aproximó a él, decidida a dar ese pequeño paso que tanto se estaba resistiendo, y le dio un beso en la mejilla. Sintió su olor, el calor, el cosquilleo de la barba en el rostro.

El hierro al rojo vivo la recorrió y envolvió como si fuera papel de film.

—Que descanses —susurró con la mejilla a pocos centímetros de la de Guillermo. El anhelo le pedía que se quedara allí para siempre. Se retiró despacio, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Él la agarró de las muñecas para impedir que se alejara. Los dos

llevaban tiempo esperando ese momento. No les cupo ninguna duda.

Se miraron a los ojos y se buscaron con los labios a medio camino. El contacto cálido, la carne, la urgencia y la humedad fueron un bálsamo para ellos. También un elixir. Conocían de sobra a qué sabía el otro. Habían pasado unos meses desde el primer beso y ninguno había logrado olvidarlo. Lur lo rodeó de la cintura y recorrió la espalda con las manos hasta dejarlas sobre los omóplatos. Lo atrajo hacia sí.

Él la agarró del rostro con dulzura, como si quisiera memorizar todos sus rasgos, mientras le comía la boca y la lengua con un hambre desconocida. Descendió las manos hasta el pecho y comenzó a desatarle los botones de la chaqueta negra.

Lur siempre había temido que las creencias de Guillermo le impidieran dejarse llevar. Catorce años viviendo en una secta cristiana. Catorce años sometido a normas estrictas. El yugo de las consecuencias por pecar siempre presente, como una sombra tenebrosa. Asfixiante y sin sentido. Sus dedos y su deseo le dejaron muy claro que ya estaba recuperado. Que estaba preparado para vivir como cualquier animal. Sacando las uñas. Enseñando los colmillos. Lamiendo. Solo el ser humano es capaz de autocastigarse de esa manera. Le soltó los omóplatos y llevó los dedos hasta la cintura para desanudarle el cordón del chándal.

Un golpeteo en la puerta detuvo toda la maquinaria que estaba en marcha, como si a ambos se les hubiesen acabado las pilas. Lur se obligó a ignorarlo e intentó reanudar los movimientos de los labios, de las manos, de la lengua. Pero otro golpeteo le hizo imaginarse a su vecina en el rellano. Se alejó un palmo de Guillermo.

—Será Rosa. Lo siento.

El rubor de labios y mejillas contrastaba con la palidez del rostro. Él pensó que nunca la había visto tan guapa.

—Tranquila —dijo, atorado por todas las emociones y pulsiones que navegaban por su cuerpo. Comenzó a abrocharle los botones con una sonrisa en la boca.

Ella dejó los brazos paralelos al cuerpo con la intención de recomponerse. Así no podía abrir la puerta. Así no.

Él le recolocó con mimo la chaqueta. Los hombros en su sitio, el escote centrado.

Lur no pudo evitar visualizarlo en el caserío Fritz mientras

confeccionaba y probaba prendas de la marca Blanco Inmaculado. Suspiró al borde de deshacerse.

—Estará preocupada —dijo Guillermo.

—Voy a atenderla. —Lo agarró de la mano y se la apretó antes de desaparecer de camino a la puerta.

En el rellano de la escalera ya no había ni rastro de Rosa, pero decidió subir hasta su puerta. Por suerte, la mujer no la entretuvo demasiado. Los abordajes cada día eran más breves. Las dos estaban cansadas de esperar a que se obrase el milagro. De hablar por hablar. Pese a que no dejaban de suceder cosas en torno a la desaparición de Sua, había muy poco que decir sobre su pista. El deseo de encontrarla sana y salva se iba retorciendo con el paso de los días. Cada minuto más deforme. Más terrorífico.

Se despidieron con un nudo en la garganta.

Cuando regresó, Guillermo ya no estaba. Al parecer, su compañero de piso se había encerrado en el dormitorio, no sin antes dejar la cocina limpia y recogida. Se detuvo como una tonta frente a su puerta sin saber muy bien si colarse o no. Si había sido real o una fantasía.

Optó por dirigirse al cuarto de baño. Si la oía y le apetecía salir, ella lo acogería. Claro que lo haría. Se lavó los dientes y se desmaquilló frente al espejo. Estaba agotada y su cara lo reflejaba, pero también feliz.

Se metió en la cama y soñó despierta que Guillermo tocaba su puerta y entraba, pero el cansancio no le permitió avanzar. Enseguida la historia incompleta fue sustituida por una pesadilla. Daniel en el anatómico forense. Abriendo los ojos.

Respirando.

Jueves, 16 de enero

La rebanada de pan esta vez no crujió porque Maddi solo tomó un triste café. Lur se solidarizó con ella y tampoco pidió la ración de aceitunas. La bebida oscura y amarga les calentó el estómago y las despertó. Las dos estaban cansadas, con sueño. A las ocho de la tarde se cumpliría una semana desde que se le perdió el rastro a Sua. Siete días con sus siete noches. Eso era mucho.

Maddi hizo un gesto y señaló una pizarra sobre la barra. Lur leyó lo que ponía: «Endúlzate las mañanas de los JUEVES con churros, porras y chocolate. ¡Sé feliz!». Qué sencillo parecía dejarse llevar, vivir. Allí dentro, y con aquel mensaje positivo escrito a golpe de tiza, era casi imposible imaginar que la vida pudiera ser jodidamente dura. Una madre drogadicta, una hija desaparecida, el cuerpo de un chico joven enterrado en el parque natural de Peñas de Aia… Miró a su alrededor. Los clientes parecían ajenos a la tristeza y a las preocupaciones mientras devoraban el desayuno especial de los jueves. Sonrió a Maddi y se encogió de hombros como diciendo: «Y nosotras pidiendo solo un triste café… Huyendo de la *felicidad*».

—Los jueves y las famosas C de su agenda —recordó la patrullera mientras sacaba la cucharilla de la taza—. Hoy Sua acudiría a su cita semanal para comprar purasangre.

La depresión de Nekane, el duelo no resuelto. Qué desesperada debió de estar aquella mujer para no ver que la adicción a una droga, por embriagadores que fueran sus efectos, nunca era la salida. No resolvía nada; al revés. Esa huida hacia delante las había llevado a un lugar mucho más oscuro, si cabía. Pero ¿qué deberían haber hecho Nekane y Sua? ¿Pedir ayuda? ¿A quién? ¿Falló el sistema, la familia, la sociedad? Ahora que Maddi no estaba pasando por su mejor momento, era incluso capaz de entenderla. Una pastilla que la equilibrara, que paralizara la pena y la ansiedad. Que le explotara el globo de la laringe. Se imaginó a Mía a su lado, al igual que Sua lo había estado de su madre. Creyendo que cuidaba de ella. Qué duro es ver sufrir a la gente que quieres. Qué miedo. Qué punzada más intensa y profunda. La muy cabrona escarba hasta hacerte un socavón irrecuperable en el pecho.

—Si existiera una droga que te quitara todos los dolores —le dijo a Lur—, ¿qué harías?

—Ahora no lo sé. —Contempló la mesa medio vacía. El olor dulzón a chocolate caliente era muy tentador, pero lo que de verdad anhelaba era un bol de aceitunas. Ella no encajaba en ese ambiente. Dejarse llevar no era lo suyo, no. Nunca formó parte del rebaño. Tampoco era algo que se eligiera—. Tendría que sopesar mucho los pros y los contras. Pero te confieso que, cuando estaba pasando por mis horas más bajas, me enganché a la marihuana durante unos meses.

Maddi abrió mucho los ojos.

—Me fumaba un porro todas las noches —prosiguió Lur— con la esperanza de que al menos me ayudara a conciliar el sueño.

Dos mujeres entraron al bar y se coló por la puerta una corriente helada de aire.

—No había fármaco que mitigara los dolores, las limitaciones. La puñetera rigidez. Fue una auténtica pesadilla. —Cogió la bufanda, que tenía sobre una silla vacía, y se la enrolló alrededor del cuello—. Tuve la genial idea de comentárselo a Nando y menudo rebote se pilló. Me dijo que lo entendería si un profesional me hubiera recetado cannabis medicinal, pero no esa mierda que me fumaba… Yo solo buscaba tener calidad de vida. Que se obrara el milagro.

—Lo que fuera. Te entiendo.

—Le hice caso y lo dejé. La verdad es que tampoco notaba alivio ni que durmiera mejor. Dejarlo no fue fácil, no te creas. Nunca era buen día para hacerlo… Cuando lo conseguí, me tiré dos semanas ansiosa, alterada. —Se quedó callada al recordar que a veces, antes de acostarse, seguía echando de menos una calada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba en Nekane y en la depresión. En las situaciones límite. En la purasangre.

—La pura es una droga muy adictiva. Es difícil probarla y no engancharse. Me pongo en su lugar y… qué complicado sería para ella vivir sin ese chute de felicidad. Pobre mujer. Cuánta desesperación. Y luego está el monazo por el que hay que pasar si quieres dejarla.

—Ahora, por huevos, Nekane ha tenido que pasar por ello.

—Sí. Según leí, las primeras ochenta y seis horas son las peores. Ayer

le escribí y me dijo que estaba mejor.

Maddi pensó que siempre estaba pendiente de todo el mundo. Menudo trabajito diario. Su teléfono tenía que echar humo. No le extrañaba que le doliera todo el cuerpo. Cargaba con demasiado peso. El suyo y el ajeno. Era de esas personas, sí. Cuidadoras. Pese a todo, la veía bien. Aquella mañana el rostro le brillaba especialmente. Creyó tener ante sí un retrato del pintor e ilustrador Pino Daeni. Pinceladas impresionistas de gran colorido. Sus trabajos estaban cargados de sensualidad y belleza. Tenían luz propia. La misma que mostraba la cara de su compañera en aquel instante.

—Después de cómo te vi durante el caso de la familia Fritz, la verdad es que yo ahora te noto muy cambiada, Lur —dijo Maddi, reconfortada por sus propias palabras—, te veo estupenda. No sé qué habrás tomado o fumado, pero resplandeces.

En las mejillas de su amiga se instaló un maravilloso rubor. Ella vio a Pino Daeni coloreándoselas con el pincel en la mano. Qué hermosura.

—Uy, uy, uy —añadió—. ¿Qué me he perdido?

A Lur se le escapó una sonrisa bobalicona antes de hablarle del acercamiento y del beso con la ilusión de una quinceañera, y recuperó la madurez al contarle la interrupción de Rosa.

—Y, bueno, desde anoche no nos hemos vuelto a cruzar.

Como su compañera no lo estaba pasando nada bien con su marido, prefirió no seguir con el romanticismo y decidió obviar que sobre la mesa de la cocina le había dejado una nota a Guillermo: «No dejo de pensar en ti. Aún no ha empezado la jornada y ya tengo ganas de que acabe para verte. Para continuar donde lo dejamos».

Sé feliz. Ni pizarra ni chocolate con churros. Una libreta, un bolígrafo y una declaración de intenciones.

Él le había contestado con un wasap hacía un rato, mientras Maddi pedía los dos tristes cafés en la barra.

¿Sabes que eres lo mejor que me ha pasado en muchos años?

A lo que Lur respondió con un corazón rojo.

No se reconocía. ¿Un corazón rojo? ¿En serio? No entendía nada, solo que la espera hasta la noche se le iba a hacer eterna.

La puerta del bar volvió a abrirse y el invierno de la calle atacó de

nuevo. Eran tan atípicas esas temperaturas en la comarca del Bidasoa que los locales no estaban preparados para combatirlas.

—Vayamos a comisaría —dijo Lur agarrando el abrigo—. Esto no hay quien lo aguante.

—A ver si conseguimos llegar a la reunión antes que Kirmen —bromeó Maddi. El agonías era tan impaciente que se pasaba de puntual.

*

Llegaron quince minutos antes de la reunión, pero eso no evitó que fueran las segundas en entrar por la puerta. ¿Su compañero dormía allí o qué? Era increíble.

En cuanto llegó Mateo y se acomodaron alrededor de la mesa, Nando les contó que el equipo de Erandio estaba de camino. Con un cadáver de por medio, la sección de delitos contra las personas iba a asumir la investigación. Ellos tendrían que echarse a un lado.

A la espera de que eso ocurriera y de que llegara un análisis forense más exhaustivo, decidieron estudiar los avances que la médica les dio la víspera al subcomisario y a la oficial. Daniel Romedo Bodón presentaba varios golpes en la cara, fractura craneal letal y marcas de defensa.

Un homicidio.

Cinco pares de ojos miraban la autopsia inacabada y las fotografías del cadáver. ¿Quién había terminado con la vida del chaval? ¿Dónde estaba Sua?

—La familia miente —sentenció Mateo—. El lunes llamaron para decir que Daniel se llevó el coche, ¿no? Y para entonces él ya estaba muerto.

—Ninguno de los miembros vio a la persona que iba al volante —contestó Lur de las Heras—. Han mantenido ese testimonio todo el tiempo.

—¿Y quién se lo llevó, entonces? —preguntó Kirmen.

—Alguien a quien le urgía ocultarlo —dijo ella—. Ese fue el verdadero motivo. No se utilizó para huir, como sospechamos cuando desapareció. Me mosquea que se lo llevaran el mismo día que Maddi y yo pusimos los pies en la cantera.

El subcomisario arrastró la silla para levantarse.

—Tenemos tres posibilidades. —Se acercó a la pizarra—: Que nada tenga que ver con vuestra entrada y fuera fruto de la casualidad; que lo condujera un miembro de la familia, o que una tercera persona vigilara la cantera muy de cerca y viera que era el momento de sacar el coche de allí.

—Odiamos lo casual —recordó Lur señalando a Nando con un bolígrafo—. Tú más que nadie. Propongo centrarnos en las otras dos posibilidades.

—Vamos a por ellas. La familia. —El subcomisario lo subrayó en la pizarra—. Jimena, Cristian o Maca.

—O los tres —opinó Mateo.

—O una tercera persona —intervino Maddi—. Esto reavivaría la hipótesis del ajuste de cuentas.

—Daniel le arrebató a Pascual Mares la venta de la purasangre —dijo Mateo—. Este se encargaba de pasársela a Nekane y después a Sua, hasta que el otro se hizo con la exclusividad en Irún. Cuando disteis con él, huyó. Nos tragamos que fue por miedo a Daniel, pero ¿y si no lo fue? ¿Y si echó a correr por lo que había hecho?

Maddi suspiró.

—A mí no me cuadra lo del coche.

—A mí tampoco —reconoció Lur—. Imaginemos que fue Pascual. El tío va a la cantera y le pide que le devuelva su zona de venta. Daniel se niega y el otro lo agrede hasta causarle la muerte. ¿Qué pinta en todo esto el coche? Vale, pongamos que se lleva el cuerpo a Peñas de Aia para enterrarlo. Hasta ahí todo bien, pero ¿por qué narices vuelve a llevar el vehículo a la cantera?

—Igual escondió el cadáver en el maletero y ha estado ahí hasta el lunes —dijo Mateo—. ¿La forense dijo algo sobre cuánto tiempo llevaba enterrado?

—No —contestó Lur—. Solo que se había conservado bien a causa del frío.

El teléfono de Nando emitió un pitido.

Todos se callaron para mirarlo.

—¡Vaya! —exclamó—. Me informan de que ha entrado un nuevo mensaje a la app de la Ertzaintza.

—¿De nuestro misterioso emisor? —Lur se levantó para acercarse y de paso estirar las piernas y la espalda.

—Así es.

—Es breve —anunció el subcomisario y comenzó a leerlo—: «Nada es lo que parece. Ese es el problema».

*

Un día antes de desaparecer

Las vacaciones de Navidad habían sido como un oasis para Sua, en el que había logrado desconectar todas las alarmas que pitaban como locas advirtiéndole que, si no se espabilaba, los problemas la zambullirían. Un tiempo en el que se había querido y se había dejado querer y en el que no había permitido que entrara ningún otro sentimiento. El placer como bandera, como anestesia. Como droga. ¿Sería igual de adicta que su madre a la pura? De serlo, le daba igual. Su idilio con Oier y Juanma no era peligroso, no costaba dinero, no era ilegal y no hacía daño a nadie. Ni siquiera a sí misma.

Los tres habían coincidido en clase, habían tomado algo y habían estrenado la moto, pero los cuerpos desnudos no habían vuelto a encontrarse desde el domingo. Tampoco habían hablado de ello y ni siquiera habían vuelto a besarse. Una situación que, sin duda, los incomodaba. Alguno tendría que dar el paso si no querían que la relación se fuera a la mierda. ¿Estarían arrepentidos de lo que había pasado? Ella no; se sentía feliz por guardar un secreto, esta vez, bonito. Un secreto compartido. Aunque en su fuero interno temía que nada volviera a ser como antes.

«Si algo va a cambiar, que sea para mejor. Para peor nunca, joder, que la vida ya es dura de por sí», se dijo.

Pero ahora lo que pensara o dejara de pensar carecía de importancia porque tenía que volver a la realidad, y por eso se hallaba en Bilbao e iba de camino al bar que Cristian le había indicado. Llevaba en la mano el papel con los nombres del tipo y del establecimiento. Lo llevaba apretado, como si él estuviera en aquella nota arrugada. Acompañándola, infundiéndole valor.

Acarició el papel cuando llegó a la puerta del bar y entró. Era un local viejo y pequeño. Sin personalidad. Invisible. Un lugar perfecto para pasar

purasangre.

Se sentó en un taburete alto frente a la barra. El camarero, un hombre calvo de unos cincuenta años con la barba bien recortada, gafas y camisa remangada, parecía más un profesor de universidad que un barman o un camello. ¿Seguro que estaba en el lugar indicado?

—¿Qué te pongo? —preguntó él mientras limpiaba la barra con una bayeta.

Todo era de madera y de materiales en tonos marrones ajados. En la radio sonaba un programa de deportes.

—Un mosto, por favor.

Sua leyó por vigésima vez la nota de Cristian. Le extrañaba que fuera ese bar, pero en la hoja lo ponía muy claro.

El camarero le plantó enfrente un vaso que, a juzgar por lo desgastado que estaba, llevaba más lavados encima de los permitidos. Echó un trago y los hielos, del tamaño de una pelota de ping-pong, se lanzaron contra su labio superior. Se secó la boca con una servilleta, dejó el mosto sobre la barra y tiró de la punta de un palillo que asomaba con timidez. Le alegró ver que en vez de una aceituna había dos. Con qué poco se conformaba. Con qué poco.

Había un parroquiano acodado en la barra con un vino en la mano que no le quitaba los ojos de encima. Cerca de los baños, un grupo de hombres comentaba las mejores jugadas de un partido de algo. ¿Fútbol, baloncesto, tenis? No tenía ni idea. Sentado a una mesa, un tío más joven consultaba el teléfono móvil frente a un botellín de cerveza.

Sua dejó los huesos de las aceitunas en un cenicero e hizo un gesto al camarero. Lo mejor era preguntar cuanto antes.

—¿Qué más te pongo?

«Unos gramos de pura», pensó.

Tenía ganas de ir directa al grano y largarse. El bus de vuelta salía en un rato y tardaría en llegar a Irún más de hora y media. No quería perder más el tiempo. Bastante había invertido ya. A costa de la puta pura se había tenido que saltar las últimas horas de clase.

—Un amigo me ha dicho que pregunte aquí por Michel. —El «profesor universitario» elevó las cejas—. ¿Eres tú? —murmuró Sua.

—No conozco a ningún Michel.

—¿Seguro? —Miró a su alrededor. El de la mesa estaba atento a la conversación que mantenía con el camarero.

—Deja de quedarte con la chavala —soltó al ver que lo había descubierto.

El grupo de hombres detuvo su cháchara deportiva.

—¿Tú te llamas Michel? —preguntó Sua al de la cerveza.

El silencio era total. Ni siquiera sonaba la radio.

—No. Lo detuvieron hace un par de semanas por tráfico de drogas —contestó. Después bebió un trago del botellín.

Sua bajó del taburete y se sentó a la mesa.

—¿Conoces a alguien como él?

Todos la observaban.

—«¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?» —canturreó.

—Por favor, ¿puedes decirme si conoces a alguien tipo Michel? —preguntó a media voz.

—No. Lo siento.

—¿Seguro?

Él chasqueó la lengua.

—Vete a casa, anda, y deja de buscar esa mierda si no quieres meterte en un lío o destrozarte la vida.

Sua introdujo la mano en el bolsillo del abrigo y acarició la nota de Cristian. Se levantó sin decir nada, le dio la espalda y caminó hasta la puerta.

—¡Eh, tú! —exclamó el camarero. Ella se volteó. Aún había esperanza—. ¿Y el mosto?

El vaso lleno aún aguardaba sobre la barra.

—No quiero más, gracias.

—¿Y no piensas pagarlo o qué?

Ella quiso que aquel marrón ajado que la rodeaba la tragara de inmediato. Avanzó a duras penas hasta la barra y dejó dos euros sobre ella.

—¿Es suficiente?

—Sí, ten el cambio.

Pero Sua, carcomida por la vergüenza y la tristeza, se largó de allí sin esperarlo.

*

«Nada es lo que parece. Ese es el problema».

Para no variar, el mensaje era críptico, pero, por suerte, lo habían vuelto a enviar desde el mismo comercio, por lo que las cámaras esta vez habrían grabado al individuo.

Lur y Maddi no perdieron más el tiempo y a las once de la mañana se personaron en el locutorio Irún Frontera. Se había levantado un aire discreto, ya que ni siquiera se movían las hojas de los árboles, pero era gélido. Sintieron que les advertía que algo iba a ocurrir, que estuvieran atentas. Tras el mostrador se encontraba la misma chica que las atendió la última vez, pues su primo seguía recuperándose de la operación de apendicitis. La joven les comentó que durante la mañana habían entrado varias personas. Les pasó las grabaciones sin pensárselo dos veces. Les confesó que estaba deseando colaborar y que lamentaba no haber podido hacerlo antes.

La chica tenía palique para rato, y a las dos ertzainas no les quedó más remedio que dejarla con la palabra en la boca y salir precipitadamente de allí. Se preguntaron si habría actuado de la misma manera de haber sabido la envergadura de la investigación. Sospecharon que sí. En los años que llevaban de profesión habían visto de todo, y a la gente que tenía ganas de hablar no había quien la parase.

Cuando entraron al despacho de la comisaría, Nando García, Kirmen González y Mateo Algorta las esperaban como agua de mayo. Lur introdujo el lápiz USB en su ordenador y todos rodearon la pantalla.

—El mensaje se ha enviado a las 9.37 —informó el subcomisario.

Ella avanzó la grabación hasta llegar a esa hora. Frente a los ordenadores había dos personas. Un hombre y una mujer.

Maddi buscó a toda prisa en sus anotaciones.

—Cuando fuimos al hospital a hablar con el dueño, esto fue lo que nos dijo —comenzó a leer de su libreta—: «Ayer, a esas horas que me dice,

recuerdo a tres personas que no había visto nunca por el local. Un chico alto y una chica flaquita de pelo liso y oscuro, los dos de raza blanca. No iban juntos. También entró un joven negro».

El chaval ni era alto ni era negro. Pero la chica sí que podría coincidir con la descripción que dio el hombre. La observaron. Estaba de espaldas. Llevaba un plumífero y un gorro de lana. El abrigo dificultaba adivinar su silueta, pero del gorro se escapaba una melena lacia que le llegaba casi hasta la cintura.

En decenas de ocasiones se habían topado con caras anónimas o difíciles de identificar a causa de una capucha o similar. En la comisaría había un corcho lleno de capturas de grabaciones en las que aparecían rostros aún sin hallar con la esperanza de que alguien los reconociera.

Estudiaron en silencio cómo la chica se levantaba, pagaba cabizbaja y abandonaba el local.

Seguían sin ver quién era, sin conseguir un primer plano en el que se la reconociera.

—Busca el momento en el que entró —ordenó Nando.

Lur fue hacia atrás hasta encontrar el segundo en el que atravesaba el umbral de la puerta. Congeló la imagen.

¿Era ella?

Le dio al zoom.

—Sí, joder, es ella —murmuró la oficial.

*

El día de la desaparición

Tenía dolor de tripa, como si un virus la recorriese, pero Sua sabía que era de angustia. No había dormido en toda la noche. En su cabeza no dejaban de agitarse las mismas olas. Altas como edificios, pesadas y embravecidas. «¿Qué vas a hacer? Es jueves y sigues sin pura. ¿Dónde vas a encontrarla?», le repetían antes de romper sobre ella. La fuerza la llevaba hasta el fondo y, cuando conseguía salir a la superficie, volvían a la carga.

Se había distanciado de Oier y Juanma, y ellos de ella. Las conversaciones cada vez eran más superficiales. De relleno. En otra ocasión habría hablado con naturalidad del tema que los perturbaba. Incluso les habría

propuesto pasar el fin de semana en algún lado. Pero el tamaño de su problema era tan grande que no había espacio para nada más. ¿Por qué no lo hacían ellos? ¿Qué les pasaba? La angustia disfrazada de virus le retorció el estómago.

Por la tarde habían tomado algo en el bar Koh Tao de Donostia. Juanma se había ido en moto a casa, y Oier y ella en el Topo de las siete y media. Los dos se habían despedido de ella con un «Hasta mañana», nada más. ¿Dónde había quedado la complicidad? ¿El deseo?

Cuando estaba llegando al portal vio a lo lejos el parque donde quedaba con Cristian. El colegio. El puente de la autopista. La pura estaba ahí mismo. Tan cerca y tan lejos.

Sí.

Untaría a Daniel. Le ofrecería el doble para que no pudiera resistirse. Para que no la humillara.

Debía repetir de nuevo el camino.

Ganar una semana de tiempo.

Puso rumbo a la cantera sin saber que aquella decisión lo cambiaría todo para siempre.

*

Maca —la Maca, como la llamaba su madre— era la remitente de los misteriosos emails.

Después de ver la grabación del locutorio Irún Frontera, a los cinco les quedó muy claro que debían manejar con delicadeza esa información y que lo perfecto sería abordarla fuera de la cantera. Sin defensas. Sin la protección de la familia. Si había estado enviando esos mensajes era porque quería ayudar, pero desde el anonimato. Era importante que no se sintiera presionada. Nada de acorralarla.

Habían estado indagando y la chica limpiaba una casa en la calle Fuenterrabía. El locutorio la pillaba muy cerca de allí, y, a juzgar por las horas a las que había enviado los emails, todas las veces lo había hecho antes de entrar a trabajar.

Justo cuando el reloj marcaba las 12.55, Lur y Maddi se apostaron cerca del portal. Hasta donde les había llegado la información, Maca limpiaba la vivienda tres días a la semana: los jueves, los viernes y los sábados de diez a una.

La calle Fuenterrabía, casi a tres kilómetros de su hogar, parecía un buen sitio para hablar con ella. Sin la atenta mirada de Jimena y de Cristian, sin escudarse en su pequeño Max.

El tiempo seguía respetando la búsqueda de Sua. Cielos blancos y, desde la víspera, alguna que otra nevada escasa de copos casi invisibles. No podían quejarse. La nube infinita instalada ahí arriba las acompañaba, velaba por el caso. Un manto claro que se cernía sobre la ciudad como si quisiera arroparla… o asfixiarla. El frío seguía siendo inmisericorde y más con ese aire gélido que se había levantado, pero con el paso de los días aquellas temperaturas parecían morder menos. El cuerpo humano no perdía el tiempo a la hora de aclimatarse.

El ruido metálico de una puerta maciza recondujo la atención de Lur y Maddi. Maca acababa de salir del portal y subía por la calle, distraída. El móvil en la mano derecha y la vista fija en la pantalla.

Las dos ertzainas se miraron. Relajaron los hombros y caminaron hacia ella a un ritmo normal. El lenguaje corporal era importante.

Cuando llegaron a su altura, la chica seguía absorbida por el teléfono. No se había percatado de la presencia de ellas. No cabía duda.

—¿Qué tal, Maca? —preguntó Lur con naturalidad, como si se la hubiesen encontrado por casualidad—. ¿Cómo está tu madre?

Ella elevó el rostro y abrió los ojos. Apretó el teléfono con los dedos.

—Oh —murmuró sorprendida, tratando de reaccionar—. Bien —dijo inquieta. Echó una ojeada en todas las direcciones—. Le ha venido bien la visita de mi abuela. Está más entretenida.

—Nos alegra oír eso. ¿Qué te parece si hablamos un momento?

—¿Ahora? Justo acabo de salir de trabajar y no quiero perder el bus.

—No te robaremos mucho tiempo —intervino Maddi—; además, luego te podemos acercar a casa.

La chica parpadeó.

—Es que…

—Es importante, Maca —insistió Lur.

—Ahí mismo hay una Tahona —sugirió la patrullera—. No nos vendría mal tomar algo calentito.

—Vamos, Maca. Acompáñanos. —La oficial echó a andar hacia allí sin darle opción a réplica.

La chica, resignada, guardó el teléfono en el bolso y siguió a las ertzainas.

Al entrar, el calor y los olores a chocolate, café, bollería y pan recién horneado suavizaron la tensión que las acompañaba.

Lur les pidió que se sentaran y ella fue a la barra. Mientras esperaba su turno, una bandeja de baguetes humeantes la hizo salivar. Echaba de menos un buen bocadillo crujiente. El maldito gluten. Para no dejarse seducir por el resto de los manjares expuestos ante sus ojos, buscó con la mirada a Maddi. Esta conducía a Maca hasta la mesa más alejada. A esas horas estaban todas desocupadas y solo había movimiento en la zona de la panadería.

Llevó tres cafés y un plato lleno de palmeritas de multicereales antes de acomodarse. Maca fue la primera en rodear su taza con las manos. Tenía los dedos pequeños y delgados y llevaba cada uña pintada de un color.

Lur sintió lástima. Parecían las manos de una niña. Tan solo era una cría.

—Supongo que es difícil verte aquí con nosotras —comenzó la oficial —. Y lo entendemos, pero solo queremos que estés cómoda, que no te sientas forzada. Buscamos ayudar, nada más.

Ella asintió sin levantar la cabeza.

—Hasta ahora —prosiguió—, las veces que hemos hablado contigo han sido en la cantera, con tu familia. Nunca a solas. Y hemos pensado que quizá no nos has contado todo lo que te habría gustado decirnos de no haber estado presentes ni tu madre ni tu hermano.

Lur guardó silencio y esperó. Al no hallar respuesta, continuó:

—¿Estoy en lo cierto, Maca?

—No sé a qué te refieres. —La miró. El contacto visual fue muy breve, apenas dos segundos, porque volvió a bajar el rostro.

—Llevas colaborando desde el principio y te lo agradecemos. —Lur hizo una pausa—. Echándonos una mano incluso antes de conocernos.

La chica frunció el ceño.

—No te entiendo.

La oficial tomó aire.

—Hablo de los mensajes que has estado enviando a la app de la Ertzaintza.

—¿Yo? —preguntó perpleja. Volvió a mirar en todas las direcciones.

Lur también lo hizo. ¿Alguien las vigilaba? No detectó nada extraño.

—¿De quién tienes miedo?

—De nadie. Todo está bien. Yo no sé nada de esos mensajes. Os equivocáis de persona —dijo de carrerilla al tiempo que se levantaba de la silla—. Tengo que irme.

—Siéntate —le ordenó. La voz de la oficial ahora era más dura—. Por favor.

Obedeció. Tenía los ojos vidriosos. Al límite del llanto.

—«Nada es lo que parece. Ese es el problema». ¿Te suena? —susurró Lur—. Ayúdanos a encajar las piezas. A encontrar a Sua.

—No sé cómo. Yo… no puedo.

—Vamos a protegerte en todo momento —intervino Maddi—. Cuenta con eso.

A Maca le tembló la barbilla.

Un estruendo dentro del local asustó a las tres. Cerca de la barra un vaso de cristal se había estrellado contra el suelo.

—He de marcharme. —Se levantó de un salto—. Ahora mismo me estarán echando de menos —murmuró colocándose el abrigo a toda prisa.

—Maca… —rogó Lur a media voz.

—Dejadme que lo piense, por favor. Y no digáis nada a nadie. Esto no puede salir de aquí. Vosotras no lo entendéis. No lo entendéis —insistió con la mirada acuosa.

—Pues ayúdanos a hacerlo —intervino Maddi—. Estamos contigo.

—Dadme algo de tiempo.

Ambas la observaron mientras se dirigía a la puerta. Iba tan nerviosa que se tropezó con una silla y a punto estuvo de caer.

Salió de allí a toda prisa.

Sin echar la vista atrás.

*

De camino a comisaría, Lur llamó a Nando García y puso el manos libres para resumir el encuentro con Maca. Maddi y ella no habían sacado nada en claro excepto que la chica tenía miedo. Antes era a Daniel, ¿y ahora? Se dividía entre si colaborar o no por culpa de ese terror. Por eso los mensajes anónimos y lo críptico de su contenido. Se protegía. A ella y a Max. ¿A alguien más?

—¿Ha dicho cuánto tiempo necesitaba? —preguntó el subcomisario con hastío—. No disponemos de mucho… Acaban de llegar Loreto Mandier, la jefa de la sección de delitos contra las personas, y tres de sus hombres, y los estoy poniendo al día de todo. ¿A qué está jugando esa chica? Hoy hace una semana que Sua desapareció. Ella mejor que nadie lo sabe. Nos advirtió de ello en el primer email.

Lur oyó a Nando rebuscando entre los papeles.

—Aquí esta: «Escribo desde Irún. Anoche vi a la chica del abrigo rojo. Encontradla, por favor. Corre peligro» —leyó—. Si no quiere colaborar por las buenas, tendrá que ser por las malas. Que decida ella.

—Son las 13.40. Le daremos unas horas. Tenemos que ir con pies de plomo. Si a media tarde no se ha puesto en contacto con nosotras, volveremos a la carga.

—La traéis a comisaría y ya verás cómo empieza a cantar —farfulló cabreado.

Lur resopló inquieta. Su intuición le pedía prudencia, pero entendía la impaciencia de su superior.

«Aguanta un poco más, Nando, solo un poco», pensó. Pese a que algo no cuadraba, la solución no era forzar. Eso nunca funcionaba.

—¿Alguna novedad por allí? —preguntó para cambiar de tema.

—Hace un rato nos notificaron la llamada de un excompañero de secundaria de Daniel. Un posible testigo. Mateo se ha puesto en contacto con él y han estado hablando durante un rato. Asegura que el

martes lo vio pasar cerca de su casa.

Lur tardó en contestar. ¿Cómo iba a ser eso posible?

—¿A Daniel? ¿Este martes? Eso no puede ser porque el martes ya estaba muerto.

—¿Dónde fue eso? —replicó Maddi.

—Vive con sus padres en un caserío que hay subiendo a Erlaitz. Dice que lo vio por uno de los caminos blancos. Que le extrañó porque Daniel no era un chaval al que le gustara el monte ni el deporte. Con quince y dieciséis años ya apuntaba maneras y siempre estaba metido en sus tejemanejes. Era el típico liante.

Las piezas que Lur tenía en la cabeza tomaron otro cariz y por fin empezaron a encajar. ¿Era posible?

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Nando.

—¡Hay que ir a la cantera! —gritó Lur con la piel de gallina—. Es… es disparatado, pero podría ser justo lo que el mensaje intentaba decirnos. Lo explicaría todo.

—¡No te entiendo! —protestó él.

—El muy cabrón nos ha estado engañando hasta ahora.

Maddi, que tenía el intermitente dado para tomar la calle de la comisaría, aceleró y siguió por la avenida de Iparralde a para alcanzar la rotonda y así hacer un cambio de sentido.

—El último email de Maca, joder. «Nada es lo que parece. Ese es el problema». Ahí lo tenemos. ¿Y si Daniel se ha estado haciendo pasar por Cristian? El rostro del cadáver estaba deformado por los golpes y la tierra, ¿recordáis?

La patrullera la miró y lo entendió. Lo comprendió todo con una lucidez repentina y aterradora.

—Por eso ese dolor y ese miedo que vimos en los ojos de Jimena y Maca —exteriorizó, aferrándose con fuerza al volante—. Lloraban por la pérdida de Cristian.

—Y temían a Daniel, que las vigilaba y las vigila muy de cerca —se lamentó Lur—. ¡Mierda, joder!

—¡Mando varias unidades a la cantera y aviso a Kirmen y a Mateo!

Maddi pisó el acelerador hasta el fondo y las ruedas chirriaron al salir de la rotonda.

*

El día de la desaparición

La entrada de la cantera conectaba con la carretera e iba directa a la casa. Sua nunca se colaba por allí. Los que iban buscando purasangre avanzaban unos metros más por la cuneta, encendían la linterna del móvil y subían por la ladera. Una vez arriba, descendían por las piedras y hacían chocar una con otra para que Daniel lo oyera. Esa era la señal. Ni mensajes ni llamadas. Y siempre de noche. Ir a la cantera era como retroceder en el tiempo. Una llamada ancestral que lo único que buscaba era aliviar el mono.

Sua tenía el dinero en el bolsillo del abrigo de cuadros rojos. Llevaba los hombros encogidos a causa del frío y del miedo. Para más inri, se le había acabado la batería del móvil y había tenido que bajar a oscuras entre las piedras.

—Vaya, vaya. Si está aquí la pecosilla. —Daniel la deslumbró con una enorme linterna.

—Te traigo el doble de lo acordado —dijo ella mientras se tapaba los ojos con el antebrazo.

—Hace dos semanas que no te veo por aquí. —Dejó la linterna sobre una piedra—. ¿Todo bien?

—¿Me das la pura o qué?

—¿Por el doble y un favorcillo? —Se sacó la gorra y se la volvió a ajustar.

—El doble en vez del favorcillo.

—Tienes la cara muy dura, pecosilla. —Dio un paso hacia ella. Sua retrocedió, pero se topó contra una piedra cuadrada. Colosal—. Debería ser el triple. ¿O crees que me chupo el dedo? —Le agarró la cara con las dos manos—. Mi hermanito me robó dos dosis y te las dio. ¿O me equivoco?

—No sé de qué me hablas —dijo intentando zafarse.

—O sea que me debes esa pasta más la de hoy —sentenció apretándole la cara.

—Lo que sea. Te pago el triple. —Sua movía la cabeza para intentar liberarse de sus zarpas.

—Me debes tres dosis y tres favorcillos, tal cual lo acordamos. —Se apartó de ella y la señaló con el dedo índice antes de proseguir—. Ni más ni menos.

—Puedo pagarte el doble por cada una de ellas.

—Uy, pecosilla, ¿entonces estoy en lo cierto? ¿El capullo de mi hermano me las birló para dártelas?

—¡No! ¡No! Pero necesito la pura y te pago lo que sea.

—¿Y por qué no la has necesitado hasta hoy, eh? —Cogió la linterna y la volvió a enfocar como si estuviera en un interrogatorio.

—Porque me la ha estado pasando Michel.

Daniel se carcajeó.

—A ese lo trincaron hace dos semanas. No me tomes el pelo, anda —dijo más serio.

La empujó contra la piedra colosal y le inmovilizó las manos. Le hincó la boca en el cuello y empezó a lamerlo. Subió hasta el lóbulo y se lo mordisqueó.

—¡No! ¡No! Déjame, por favor, te lo suplico. Te daré todo lo que quieras.

—Esto es lo que quiero y te aseguro que si sigues gritando te taparé la boca con cinta y te haré daño. Mucho daño.

Le lanzó los labios con tanta intensidad que Sua se mordió la lengua.

—¡Ummm! ¡Ummm! —Sus quejas las amortiguaba la boca de aquel indeseable.

—¡Suéltala, Daniel! —Al otro lado, Cristian lo apuntaba con la escopeta de su padre—. Déjala marchar o te reviento la cabeza.

El aludido se retiró de Sua y apretó los dientes. En sus ojos se abrió una grieta negra. Un abismo.

A ella aquello le hizo sentir más miedo que cuando tenía las manos de él encima.

—Puto niñato de mierda. Te encoñas con la niña esta, me robas la pura y

ahora te atreves a apuntarme con la escopeta. ¿Tú sabes de verdad quién soy?

—Sua, vete —le ordenó Cristian sin mirarla.

El otro la agarró de la pechera del abrigo antes de que se moviera.

—Tú te quedas aquí.

—No me hagas apretar el gatillo, Daniel. Sabes que si hace falta lo haré.

—Tú te crees muy valiente, y es lo que más me jode de ti. Permaneces junto a la ama como un guardián sin tener ni idea de nada. Y lo más jodido es que la ama cree que la proteges. ¡Qué equivocada está!

—El aita y tú sois iguales. Dos mierdas. Suelta a Sua y lárgate de la cantera, como hizo él.

Daniel se carcajeó sin ganas. Cristian volvió a la carga:

—La ama y Maca te tienen miedo y Max no tardará. ¿No lo ves?

Daniel sintió la rabia recorrerle los músculos. Tensó el brazo con el que la sujetaba y la lanzó al suelo con una fuerza animal. Con el otro brazo dio un manotazo a la escopeta que la voló por los aires y se lanzó contra Cristian con ese abismo en los ojos.

Sua había aterrizado bocarriba sobre unos pedruscos. Le dolían la cabeza y el costado derecho. A su lado, oía a Daniel insultar a su hermano. Con el rabillo del ojo intuyó las siluetas: su amigo estaba debajo y el otro encima. La linterna se había caído al suelo y los iluminaba. Giró el cuello a duras penas para localizarlos. Quería levantarse y ayudar a Cristian, pero no podía con su alma. El golpe la había dejado paralizada. Logró enfocar y se estremeció al ver a Daniel estampándole el puño en el rostro a su hermano. Después lo tomó de los hombros, lo zarandeó de arriba abajo y lo empotró contra el suelo. Estaba descontrolado como una bestia. Quiso gritarle que se detuviera, que lo iba a matar, pero la voz tampoco le salía. Estiró la mano con lentitud para intentar alcanzar a Daniel, para frenar aquella locura. Un ruido desagradable, un chasquido espeluznante, la hizo detenerse. Reparó en que algo oscuro se derramaba por una piedra. Ese algo salía a borbotones de la cabeza de Cristian.

«¡Nonononono! ¡C!», pero los gritos solo sonaban en su interior.

Cristian estaba callado, inerte, y la miraba sin verla con unos ojos que reflejaban miedo y tristeza a la vez. Sua logró alcanzarle la mano.

—¡Hija de puta! —gritó Daniel. Se levantó, se quitó la gorra y la lanzó contra el suelo—. ¡Hija de puta! ¡Mira lo que has conseguido que le haga a mi hermano! —Tomó la escopeta y apuntó contra ella.

Ya no quedaba tiempo. Ya estaba hecho.

Sua entrelazó los dedos con los de Cristian con la esperanza de traspasar juntos el umbral.

Pensó que, si el destino se empecinaba, ni el guardián más feroz sería capaz de protegerla. Le apretó la mano con la esperanza de que la suerte los estuviera esperando en alguna parte.

Después, todo se fundió en negro.

*

Desde el jueves pasado Daniel sabía que tarde o temprano la Ertzaintza lo vincularía con la desaparición de Sua y husmearían en la cantera. También que irían a por él independientemente de que hallaran o no pruebas en su contra. Tenía aquella historia tan fea a sus espaldas y, además, trapicheaba. Era mitad gitano, mitad payo, y vivía en una especie de chabola en una cantera abandonada. Escoria para el resto. La pecosa era una niña formal. Una pija que compraba pura, pero que ni siquiera la consumía. Mundos opuestos. Al margen de lo que hubiera hecho él, una ganadora y un perdedor. Por eso se adelantó. No titubeó a la hora de intercambiar el DNI y la ropa con su hermano, de hacerse su corte de pelo. Ser listo o caer. Llevaba años sabiéndolo. Era su lema. La calle le había enseñado a defenderse. A salir airoso de miles de situaciones.

Su madre y su hermana lo habían encubierto, como les había ordenado. Cuando el cuerpo de Cristian apareció, tuvo que tensar la cuerda para que no se fueran de la lengua. Le dolió ver lo mucho que querían al mierdas de su hermano. Recurrió a las amenazas para que su plan no se fuera al garete y estas optaron por obedecerlo.

Sabían muy bien de lo que era capaz.

Pero, desde el hallazgo del cadáver, el riesgo aumentaba a cada minuto y, por mucha coartada que le dieran su madre y hermana, debía largarse. Pero ¿cómo hacerlo? Los registros en su casa le habían dejado pelado: un kilo de pura y veinticinco mil euros. La Ertzaintza había requisado todo lo que guardaba. Todo lo que tenía. No podía seguir en la cantera. Era peligroso. Por eso llevaba dos días pensando en cómo desaparecer. Volviéndose loco. Sin dinero, sin pura, sin coche

y con las ertzainas y la prensa revoloteando por allí, era imposible. Varias veces había estado a punto de perder los papeles.

El encierro lo consumía.

No salía de la cantera para no exponerse, para no levantar sospechas, y era algo a lo que no estaba acostumbrado. Además, estaba hasta las narices de hacerse pasar por su hermano.

Con la llegada de la abuela y de Roberto se había abierto una posibilidad de fuga. Ahora había un vehículo en la cantera. El cochazo que su tío, según le había dicho, le prestaba para lo que necesitase. Por fin las cosas habían girado. Una familia en Salamanca. Una vía de escape. Bomba de humo y en poco tiempo nadie pediría justicia para esclarecer la muerte de «Daniel»; ¿a quién le importaba? Y lo mejor y lo más importante: nadie recordaría al insignificante de «Cristian».

Nadie lo buscaría.

Pero, para que todo fuera perfecto, debía encargarse de una última cosa. No dejar cabos sueltos.

—Roberto, tengo que hacer unos recados. ¿Me pasas la llave del Mercedes?

*

El día de la desaparición

El traqueteo y el dolor de cabeza la hicieron despertarse. A su alrededor todo estaba oscuro. Elevó las manos y tocó un techo bajo. Se concentró en los sonidos. Las rodadas de unos neumáticos. Estaba en el maletero de un vehículo. Sobre las piernas notaba el peso de algo caliente. Llevó allí las puntas de los dedos.

Cristian.

Entonces Sua lo recordó todo. Los golpes de Daniel, la mirada vacía de C. Retiró la mano y empezó a temblar y a llorar. No podía ser cierto, no era posible. El olor a cítricos mezclado con el de la sangre aleteó por el maletero hasta posarse en sus fosas nasales.

«Cristian no», se dijo con el corazón roto.

Su guardián no.

Se movió como pudo y buscó su cuerpo para aferrarse a él. Le acarició el pelo y los dedos se le hundieron en una masa densa y pegajosa. Buscó a

tientas el pulso en el cuello, en las muñecas. Cabía la posibilidad de que estuviera equivocada. ¿Y si aún vivía? ¿Y si aún tenían una oportunidad? Pero fue inútil buscar un ápice de vida. Cristian ya no estaba. Agarró sus manos grandes y se maldijo por haber ido a la cantera. Por no mantenerse alejada, como le exigió. Apretó la piel y los músculos inertes. Dentro del pecho de Sua algo se revolvió. Algo que pujaba por partirla en dos. Rabia, pena, culpabilidad. Miedo.

«Perdóname —le susurró entre lágrimas—. Perdóname, C».

Un frenazo en seco provocó que los dos cuerpos se menearan y se apretujaran.

Un portazo.

Unos pasos.

El maletero se abrió de repente y Daniel la miró con el gesto desencajado.

Le dio un empujón para soltarla del cuerpo de su hermano y después lo sacó de ahí.

El portón volvió a cerrarse y Sua se quedó dentro. Buscó a oscuras a Cristian pese a que había visto que Daniel se lo llevaba. Arañó la carrocería y gritó lo más alto que pudo. Después se pellizcó para intentar despertarse de ese mal sueño. No podía estar pasando de verdad. C muerto y ella ahí. No era real. Esas cosas solo ocurrían en las películas o en las noticias. Ella no era una de esas chicas de las que iban a hablar. ¡No!

El portón volvió a abrirse.

—Calla la puta boca. —Daniel tenía los ojos rojos y la cara manchada de tierra húmeda—. Lo vas a lamentar toda la vida, zorra de mierda. —Lanzó una pala metálica al interior del maletero antes de cerrar.

Sua sintió el impacto del objeto sobre los brazos, ya que los había subido para protegerse la cabeza.

Se imaginó a Cristian bajo tierra, aún vivo, luchando por salir del agujero. La angustia le hizo verse a sí misma enterrada y eso provocó que perdiera el conocimiento.

*

Fue tonta. Fue muy tonta. Llevaba años en la profesión para saber que ese tipo de deslices se pagaban caro. Ella, que llevaba toda la investigación siendo prudente. Que había aguantado con paciencia hasta no ver el puzle armado sobre la mesa. Y va y la jode con una

mirada. Una mirada de una milésima de segundo. Tiempo suficiente para que un tío como Daniel entendiera lo que sucedía.

Fue al llegar a la cantera. Él estaba a punto de entrar en el Mercedes. Maddi supo disimular y fingió no haberlo visto, pero a Lur se le escapó aquella llamarada. No podían permitir que se largara, ahora no, y estaba tan preocupada por Sua, tan desesperada, que de sus ojos salió un láser delator de un rojo intenso. Un rojo de alerta. El mismo que tienen las señales de peligro. Las luces de las sirenas. La sangre.

Mierda.

Parpadeó, pero ya era tarde. Cuando volvió a buscarlo con la mirada, él ya esprintaba hacia el chamizo en el que vivía.

Joder.

El desconcierto de Jimena, que se había asomado a la puerta para recibirlas, fue absoluto.

—¿Dónde están Maca y Max? —le preguntó Lur.

—Max, dentro. La Maca aún no ha llegado de trabajar. Estará al caer. ¿Por? ¿Qué pasa? —El miedo le brotaba de los ojos.

Las ertzainas intuían que entendía perfectamente qué ocurría. Todo había saltado por los aires.

—¿Y tu madre y tu tío? —quiso saber Maddi.

—También dentro.

—Cierra la puerta y permaneced ahí —ordenó Lur.

La mujer se quedó paralizada, sosteniendo la puerta.

—¿Me has oído, Jimena?

—Sí, sí. Pero qué sucede. ¿Por qué corría el… Cristian?

Tomarse esas milésimas de segundo antes de pronunciar su nombre fue su manera de tantear la situación. También de delatarse.

Las tres mujeres se observaron. No hacían falta palabras.

—Cierra y no salgáis hasta que os lo indiquemos.

Tras el portazo de Jimena, Lur y Maddi se pegaron a la fachada de la casa. Aún indecisas sobre si sacar las armas o no, en un acto reflejo,

las palparon con las manos para cerciorarse de que las llevaban encima.

—De momento nos quedamos aquí quietas —susurró Lur—. Esperamos a los refuerzos mientras nos encargamos de que Daniel no salga de la cantera.

Desde la casa tenían controlados el coche y la vivienda del chico. Si no se movía de esa zona, tenían las de ganar.

El ruido de un disparo hizo que las dos ertzainas se agacharan. Vieron al chaval correr hacia el sur de la cantera con una escopeta entre las manos.

Debía de haber salido por alguna ventana trasera y ahora se perdía entre los bloques de piedras.

Lur y Maddi sacaron las HK USP Compact y fueron tras él. Si Daniel conseguía llegar al otro extremo de la cantera, podría trepar por la ladera que conectaba con la carretera y huir.

Ambas se detuvieron al amparo de unas piedras. Aguzaron los sentidos. La cantera estaba en silencio. Solo tenían que impedir que se esfumara, solo eso. Porque, en cuanto los refuerzos llegaran, él no tendría nada que hacer.

Mientras Maddi se asomaba para intentar localizarlo, Lur envió un mensaje a Nando alertándolo sobre los últimos acontecimientos. En él le pedía que rodearan la cantera y que lo hicieran cagando leches.

Un segundo disparo provocó que se acuclillaran. Daniel tenía buena puntería. Varias piedras se les incrustaron en los abrigos y una le rozó a la oficial el dorso de la mano. Volvieron a tomar posiciones para no perder más tiempo. Maddi había visto asomar la escopeta y señaló el lugar exacto. Lo tenían.

Lur le hizo un gesto para que avanzara. Debían separarse y rodearlo. Ella la cubriría. Apuntó al frente. Daniel se escondía tras una roca mastodóntica. Cuadrada. Un bloque artificial. Cuando se cercioró de que su compañera se disponía a moverse, disparó hacia allí, hacia una de las esquinas.

Una pequeña parte del canto de la piedra se rompió en mil pedazos. Lo siguiente que la oficial vio asomar fue el cañón. Maddi aprovechó esos segundos para avanzar por el lado opuesto y resguardarse lo más cerca posible de él.

Las posiciones de los tres dibujaban un triángulo.

—¡Vamos, Daniel! —exclamó Lur. Tenían que ganar tiempo como fuera—. Entrégate. No empeores la situación.

Como respuesta, un nuevo disparo tronó en la cantera y esta respondió con furia desprendiendo una cascada de piedras por la pared. Maddi, que se hallaba cerca de allí, para que no la alcanzaran, abandonó su posición y se quedó expuesta por completo.

Rodó por el suelo y se clavó piedras de todos los tamaños.

Al percibir el movimiento, Daniel apuntó hacia ella. Rozó el gatillo con los dedos. Si se libraba de una, tendría más posibilidades de huir.

El disparo provocó otro nuevo derrumbamiento. También un grito agudo.

La escopeta se le desprendió como las piedras de la pared.

Maddi, que estaba más cerca, lo vio agarrarse el brazo con la mano. Dedujo que Lur lo había alcanzado. Utilizó esos segundos de confusión para levantarse y correr hacia él.

—¡No se te ocurra moverte! —gritó apuntándolo con el arma.

—¡Hija de puta! ¡Hija de puta! —escupió con rabia. Se soltó el brazo y miró la escopeta.

Un pequeño derrumbamiento distrajo a Maddi, que estaba de espaldas a la ladera, y él aprovechó para lanzarse hacia el arma.

Lur apareció por el otro lado y encañonó la pistola contra la nuca.

—¡Las manos a la cabeza! ¡Ahora! ¡Ahora, hostias!

Daniel estaba doblado. Casi rozaba la culata con los dedos. Maddi la alejó de una patada.

—¡Lo vais a pagar! ¡No tenéis ni idea de quién soy!

La oficial le hincó el cañón en la nuca. Quería que obedeciera, que enmudeciera. Hacerle daño.

—Zorra de mierda —farfulló él al tiempo que se tumbaba bocabajo—. ¡Eso es lo que eres! ¡Lo que sois!

Maddi le colocó la rodilla en la espalda y lo engrilletó. Tiró de las

muñecas. Ella también quería hacerle daño. Una rabia interna pujaba por salir.

—Cuando todo esto se solucione iré a por vosotras…

La arenilla del suelo se mezclaba con la saliva que le brotaba de la boca, y ambas desearon que se convirtiera en una pasta que lo hiciera callar.

Pese a que Daniel se movía con violencia y no facilitaba las cosas, Lur consiguió comprobarle la herida del brazo. El disparo solo lo había rozado.

—Sois todas unas putas. Os voy a destrozar el coño. Os juro que no vais a volver a estar en paz. ¡Os lo juro, joder!

Ellas guardaron sus armas y se miraron. No era la primera vez que les llegaban amenazas de ese calibre. Qué cansadas estaban de la puta violencia. Mientras el ruido de las sirenas cada vez estaba más cerca, Lur contempló el cielo. Seguía blanco. La claridad le hizo entornar los ojos. Los tonos monocromáticos que la rodeaban resaltaron el azul de su iris y la sangre de la herida del dorso de la mano casi como si alguien los hubiese coloreado con Photoshop.

*

El día de la desaparición

El coche volvió a detenerse y Sua se ovilló. Había recuperado la consciencia, pero no había gritado, ni siquiera se había revuelto en aquel claustrofóbico maletero que tanto olía a muerte y a culpabilidad. Se había limitado a permanecer en silencio, a la deriva. Rota. El estómago revuelto y la boca seca. Había alcanzado un estado de resignación que no era capaz de entender. ¿Te rindes? ¿Así de fácil? Estaba agotada. Era posible que esa misma noche muriera. Que Daniel hiciera con ella lo que llevaba tiempo queriendo hacer. Era muy posible que su mente no lograra imaginar las atrocidades que le esperaban a manos de su captor.

«No tengo fuerzas. No puedo luchar contra ese monstruo que acaba de matar a su propio hermano —pensó—. Además, me hace responsable de lo que ha pasado. Y… y… no lo culpo. Yo no dejo de hacerlo».

Un frenazo causó que le sobreviniera una arcada. Después otra.

Se arrinconó en el fondo del maletero, bien pegada a la carrocería.

El sonido metálico del capó al abrirse.

Al otro lado, la silueta de Daniel recortada por la escasa luz que había ahí afuera. Metió la manaza dentro y la agarró del pelo. De su pelo recién lavado esa mañana. Ahora despeinado, maltratado.

Ella no se resistió y se impulsó para salir de ahí antes de empezar a perder mechones a puñados.

—Déjame —rogó sin fuerza.

—Calla la puta boca —dijo entre dientes. Después le soltó el pelo y la agarró de la nuca para empujarla delante de él.

Sua solo veía césped bajo los pies. Terreno irregular. Insectos y aves como únicos testigos. Un búho, con su ulular, se manifestó. Hacía frío. Ella tiritaba mucho, más de lo normal. Media luna iluminaba a su manera. Luz escasa y blanquecina. ¿Sonreía? Se fijó en varios montes perfilados y los reconoció enseguida. No iba a morir lejos de casa. Tragó saliva. Siempre había sufrido por su madre y ahora no lo hacía menos. Sabía que pronto se reunirían las dos. Su madre no lo superaría. Aunque ella esta vez no sería testigo de su dolor. Su madre lo pasaría sola hasta acabar con él.

A Sua no le cabía duda.

Una irregularidad en el camino la hizo tropezar e hincar las rodillas. Apoyó las palmas en el suelo. La tierra estaba fría, húmeda. A su lado había una boñiga de vaca o de caballo en la que a punto estuvo de hundir las manos. Era redonda, enorme, y parecía sonreírle como un emoticono. Como la luna. ¿Por qué solo veía gestos amables? Para contradecir aquellas sensaciones delirantes, Daniel la volvió a agarrar del pelo para levantarla. Sua contuvo un grito. Merecía aquel dolor.

«Cúlpame todo lo que quieras», se dijo.

Siguieron caminando cuesta arriba. El último tramo ella lo recorrió a empujones. Hacia el final, la ira de su captor la hizo caer contra un montículo. Él se agachó, la retiró de un codazo y hurgó en aquella protuberancia que se elevaba del suelo.

Le señaló un hoyo estrecho y profundo.

—Baja —dijo iluminando el interior. Había unas escaleras trepadoras. Estaban oxidadas. Ella no reaccionó. ¿Adónde llevaba ese agujero?—. ¡Baja, hostias!

Sua lloriqueó mientras se acercaba al boquete. Se arrodilló en la tierra y llevó el pie a uno de los escalones verticales. Se agarró con las manos y fue descendiendo poco a poco.

Peldaño a peldaño.

Daniel no tardó en seguirla. Estaba a pocos centímetros de ella. Los pies estaban casi sobre su cabeza. Sua aceleró el ritmo y llegó al fondo del agujero. Se echó a un lado para alejarse de su secuestrador. Él pegó un salto y se agachó para abrir una especie de puerta pequeña y metálica.

—Entra —le dijo.

—No. Nonononononono —susurró ella.

La enganchó con las dos manos del costado del abrigo de cuadros y la arrastró adentro.

El interior de aquel montículo era de piedra y el suelo de tierra.

Daniel se quitó una mochila que llevaba a los hombros, la abrió y le lanzó unas chocolatinas y una garrafa de agua que guardaba.

—Viejo, tienes compañía.

Sua gritó y gritó. Un alarido de pavor que le salió de las entrañas.

—Nadie va a oírte, puta.

Y cerró la puerta.

*

—Tú no puedes entenderlo. No lo conoces. Amenazó con hacernos daño a mí y a mi niño. Siempre ha tenido mala entraña. Siempre. —Maca lloraba como una Magdalena en una sala de interrogatorios de la comisaría y se balanceaba de atrás adelante como si Max estuviera entre sus brazos—. Mi madre y yo estábamos aterrorizadas. Seguimos estándolo. No quiero este destino para nosotras. No lo quiero. Queremos vivir en paz. Criar a mi niño siendo libres. ¿Y ahora qué va a pasar? ¿Eh? ¿Qué demonios va a pasar? ¡No hay derecho!

Lur arrastró una silla para sentarse frente a ella.

—Maca, Maca, mírame.

La chica escondió la cara entre las manos. Las lágrimas le habían mojado buena parte del rostro y varios mechones de pelo.

—A ti y a tu madre no va a pasaros nada —dijo la oficial.

—He leído en internet que encubrir está penalizado con la cárcel —

dijo sollozando—. Yo no quiero ir a prisión. Quiero cuidar de Max. No es tanto pedir. Soy una buena persona.

—Y nadie lo pone en duda; es más, sabemos que has intentado colaborar pese a las amenazas que te rodeaban. Llevas tiempo soportando mucha presión. Claro que no es justo. Y yo te entiendo, cómo no voy a entenderte. Tu hermano Daniel es violento. Es de esos hombres que no tienen límite. Que les da igual hacer daño, incluso a los suyos, con tal de salirse con la suya.

Maca bajó las manos y dejó al descubierto la cara, abotargada por el llanto.

—¿No voy a ir a la cárcel? ¿Estás segura?

—Claro que no. Ni tu madre ni tú. Es un miembro de vuestra familia. Vosotras no sois responsables de sus actos y no habéis incurrido en ningún delito por no denunciarlo.

—¿Y cuándo puedo irme? Quiero estar con mi niño.

—Puedes irte cuando quieras, pero aquí te necesitamos. Te pido, por favor, que me cuentes todo desde el principio. Yo solo quiero saber qué ha sido de Sua y para ello necesito tu ayuda. Ha pasado una semana desde su desaparición y desconocemos si está viva. Si tiene algo que ver con la muerte de Cristian.

Oír el nombre de su hermano produjo que las lágrimas volvieran a brotarle de los ojos.

—Esa chica venía todos los jueves a comprarle a Daniel. —Se frotó los párpados—. A mí me intrigaba porque era diferente al resto de los clientes de mi hermano. Yo siempre la vi de lejos. Nunca hablamos. Al igual que yo, Cristian también se fijó en ella y me consta que alguna vez la acompañó a casa.

»Cristian era un trozo de pan. Era el único que se atrevía a plantarle cara a Daniel. Nos protegía. Nos defendía. —Se le tomó la voz. Bebió un trago de agua para suavizar el nudo que tenía en la garganta—. Los jueves se arreglaba y sonreía tanto… tanto, tanto… Mi madre y yo sabíamos que era por ella. También que la historia no acabaría bien. Con Daniel de por medio era imposible. —Miró a Lur—. Todavía no me creo que ya no esté. No puede ser verdad. ¿Cómo puedo cambiar las cosas? ¿Cómo? Me da mucha rabia. Me da mucha pena. Cristian no se merecía algo así.

—¿Qué ocurrió el jueves?

—La chica volvió. Durante dos semanas no apareció, pero ese día por desgracia sí lo hizo. Yo la vi desde el otro lado de la verja de la entrada. Llevaba un abrigo rojo de cuadros. Como siempre, pasó de largo porque quedaban en el otro extremo de la cantera. Los clientes de Daniel accedían a ella subiendo por la ladera. —Se detuvo para hacer memoria—. Los oí discutir. Luego intervino Cristian y la cosa se puso más seria. Yo no entendía muy bien qué pasaba. Lo último que oí fueron las voces de Daniel. No se me olvidará lo que dijo…

Lur le acarició el brazo con cariño, animándola a que prosiguiera.

—Sus palabras retumbaron en la cantera: «¡Hija de puta! ¡Mira lo que has conseguido que le haga a mi hermano!». Mi madre también lo oyó y me impidió salir de casa. Me dijo que Daniel nos mataría si nos descubría espiándolo. Las dos sabíamos que algo gordo había pasado. Algo irreversible. Nos encerramos y lloramos abrazadas.

—¿Os enterasteis de algo más?

—No tardamos en escuchar el motor del Lada Niva saliendo por la verja. Dejé a mi madre al cuidado de Max mientras yo recorría la cantera con una linterna. No hallé rastro de Cristian ni de la chica. Regresé a casa muerta de miedo. Los tres nos acostamos en la cama de mi madre. Ella y yo no logramos pegar ojo. El pánico, la incertidumbre y el no saber qué hacer, cómo actuar, nos mantuvieron en vela. Fue desesperante. Daniel no regresó hasta bien entrada la noche y, antes de dirigirse a su casa, vino directo a la nuestra. Nos levantamos como un resorte y cerramos la puerta de la habitación para proteger a Max. Mi madre le preguntó por Cristian y se puso violento con ella. La empujó varias veces seguidas hasta acorralarla contra la pared. Yo temí por su vida, por la de todos. Nos dijo que se había fugado con la chica, que lo habían traicionado. Y que si volvíamos a mencionarlo nos cortaría la lengua. Que nosotras decidíamos. Mi madre se echó a llorar, implorándole que le contara dónde estaba. Recuerdo que temblaba. Él cogió un cuchillo y le dijo que, si volvía a derramar una lágrima por Cristian, le sacaría los ojos. Yo estallé y le grité que se callara y le exigí que nos dejara en paz. Eso desató su furia aún más. Me miró como nunca antes me había mirado nadie. Sus ojos eran odio y nada más. Los ojos de un monstruo. Me tiró al suelo y me hincó la punta del cuchillo en el cuello. Me quedé paralizada. Daniel no me soltó hasta que nos dejó bien clara la situación. Estábamos a su merced, nos gustara o no. Luego se fue, no sin antes recordarnos lo que sucedería si abríamos la boca. Mi madre y yo regresamos aterrorizadas a la cama. Por la mañana yo me fui a trabajar y de camino envié el primer email. No podía quedarme de

brazos cruzados, pero tampoco arriesgarme; por ese motivo se me ocurrió hacerlo de esa manera. Quería que el caso no cayera en el olvido. Que se le diera importancia. Nosotras no podíamos denunciar la desaparición de Cristian por muy preocupadas que estuviéramos, pero supusimos que sí lo haría la familia de la chica. Puse el foco en ella con la esperanza de que al buscarla aparecieran los dos. Hasta la tarde del sábado no volvimos a ver a Daniel. Se había rapado las sienes como Cristian, y eso hizo saltar todas nuestras alarmas. Nos explicó que la foto de Sua estaba por todas partes y que esa mierda acabaría salpicándolo. Que era una presa fácil. Vendía pura y tenía aquella medio denuncia por violación. Nos dijo que hasta nueva orden él sería Cristian. «¿Os queda claro que desde el jueves ninguno de los tres ha vuelto a ver a Daniel?», nos soltó en tono amenazante. Y, una vez más, tragamos. Tragamos para salvar el pellejo. —Meneó la cabeza—. Tú dices que no es un delito. Pero mi conciencia grita otra cosa.

—La gran mayoría de la gente habría hecho lo mismo en vuestro lugar.

—No fui capaz de marcar la diferencia. Por cobardía, por…

—Me temo que, si Daniel supiera lo de los emails, no pensaría lo mismo.

Los ojos de Maca brillaron. En ellos había una mezcla de miedo y valentía.

—Cuando tu compañera y tú regresasteis a la cantera para decirnos que habíais encontrado el cuerpo sin vida de mi hermano, mi madre y yo quisimos morirnos con él. Cristian no regresaría jamás y su asesino se hacía pasar por él amparado por su madre y su hermana. ¿En qué tipo de monstruos nos había convertido Daniel? Cuando os fuisteis, admitió haberlo matado y nosotras enloquecimos. Queríamos venganza, pero la ira no duró apenas nada porque cogió a Max de un pie, lo elevó y amenazó con descuartizarlo. Me juró que, si contábamos algo, no descansaría hasta hacerlo trizas. Mi pequeño, cabeza abajo, lloraba sin entender nada. Mi mundo y el de mi madre llevaban tiempo patas arriba y, por primera vez, el suyo también. Se me partió el alma ante aquella visión. Ninguno merecíamos lo que estaba pasando, pero él menos. Contuve mi odio, pero algo debió de cambiar en mi mirada, porque, acto seguido, Daniel dijo que se iría en cuanto pudiera. Que éramos un par de zorras desagradecidas a las que quería perder de vista. Que no teníamos ni idea de lo que había hecho por la familia. Que se largaría, sí, pero que hasta entonces solo

teníamos la opción de obedecer. Comprendí entonces que siempre lo temeríamos. Que, por mucho que se fuera, la amenaza seguiría ahí. Aunque mi hermano ya había aparecido muerto, me prometí que seguiría mandando emails a la app de la Ertzaintza. Corríamos menos peligro si Daniel caía. Además, se lo debía a Cristian. Por eso envíe ese tercer mensaje.

—«Nada es lo que parece. Ese es el problema» —recordó Lur.

—Sí, un mensaje que os obligara a verlo de otra manera. Me moría por que os plantearais la realidad que estábamos viviendo. Pero la idea no era que me descubrierais y me entró el pánico. Me bloqueé. ¡Ni siquiera mi madre estaba al tanto de aquello! Yo debía seguir en el anonimato para cuidar de ella y de Max. Sentí que todo se había ido a la mierda. Que los tres acabaríamos muertos.

—Pero no ha sido así, Maca. Estáis a salvo y Daniel detenido.

—¿Por cuánto tiempo?

—Eso yo no lo sé, pero el caso es serio. Tráfico de drogas, homicidio, suplantación de identidad, coacción, tentativa de homicidio a dos agentes de la ley… Tardará en ver la luz del sol, Maca, eso es lo importante, y durante ese tiempo sabréis lo que es vivir de verdad, sin miedo. Hay material suficiente, pero, cuanto más tengamos contra él, mejor.

La chica rio con tristeza y desánimo. Sabía de sobra que, por mucha condena que le cayera, en unos años Daniel estaría en la calle. Jamás se librarían de él.

—Es importante centrarnos ahora en Sua. —Lur le puso las manos sobre las rodillas—. Lleva una semana en paradero desconocido. No sabemos si está viva o muerta. Cuéntame todo lo que sepas.

—Daniel no nos mencionó nada. Aquella noche le gritó aquello en la cantera y desapareció al igual que Cristian. Intuyo que se los llevó a los dos en el coche. Como ya te he dicho, yo me di una vuelta por allí y no había rastro de ellos.

—Mis compañeros de la científica ahora mismo están trabajando en la cantera. Igual tienen más suerte.

—Solo él sabe dónde está. Tenéis que sacárselo.

*

Se agazapó contra una de las paredes de la prisión. Había un viejo allí dentro. O eso había dicho Daniel. O eso le había parecido entender. ¿Qué viejo? ¿También le sonreiría?

Tenía miedo, frío, angustia, dolor de cabeza y delirios. Y estar allí dentro a oscuras no ayudaba.

—¿Quién está ahí? —La voz de Sua salió entrecortada. Las lágrimas le brotaban de los ojos como una cascada tras un chaparrón—. ¿Quién, eh? —repitió.

La agüilla de la nariz no tardó en unirse al festival húmedo que campaba a sus anchas por el rostro. Lloró con desconsuelo e impotencia. Con tristeza.

Cuando estaba exhausta de lamentarse, decidió que tenía que luchar para salir de ahí. Daniel ya no estaba. Era su oportunidad. No podía rendirse. A Cristian le habría gustado que lo hiciera. Habría velado por ella con la escopeta al hombro.

—¿Viejo? ¿Está ahí? —dijo a media voz, asustada—. Podemos ayudarnos el uno al otro. Escapar juntos. Usted y yo.

Sua lo decía convencida de que hablaba a la nada. En lo que llevaba allí encerrada no había oído ningún sonido. Nadie respiraba al son de sus pulmones.

—Viejo. ¿O prefiere que lo llame de otra manera? —Intentó tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que la lengua se le quedó pegada al paladar.

Buscó con las manos la garrafa de agua y retiró el tapón. Olió su contenido. Distinguió el cloro y poco más. ¿Y si estaba envenenada? Bebió un pequeño trago. Sabía a agua de grifo guardada en una botella usada. Plástico y cloro. Si moría envenenada, no moriría de sed. Y, si moría de sed, no moriría envenenada. No tenía demasiada escapatoria. Colocó el tapón en la garrafa y la dejó pegada a la pared.

—Yo me llamo Sua —se presentó con la boca hidratada y fresca. Por fin una sensación agradable. Por fin.

Hizo el amago de ponerse de pie, pero el techo estaba demasiado cerca del suelo. Dobló las rodillas, apoyó las palmas de las manos y avanzó a cuatro patas por el habitáculo. Había irregularidades en el suelo. Algunas duras y otras blandas. Con el paso del tiempo ese agujero se había llenado de tierra y era lo que impedía que pudiera erguirse. Entre el suelo y el techo apenas había espacio. Le pareció rozar hierba seca con los dedos, aunque tal vez

se tratara de telas de araña o de bichos. No quiso detenerse en esos pensamientos. Si lo hacía, si le entraba el pánico, no lograría sobrevivir ni un segundo. Cerró los ojos y contó hasta diez. Debía detener los nervios.

Al igual que hacía la superheroína Jessica Jones para controlar sus miedos y ansiedades, Sua enumeró las calles de su ciudad: Berio, Miguel de Ambulodi, Diana, San Marcial, Virgen Milagrosa, Fermín Calbetón… Irún no era Nueva York y sus calles no eran famosas, como Broadway o Wall Street, pero el recuento la ayudó a despistar la cabeza.

Con la ansiedad bajo control, retomó el registro del habitáculo. Rozó algo con las manos. Era cuadrado. Varios cuadrados apilados. Una montaña de garrafas vacías. Eso la paralizó. Alguien había estado ahí dentro, como ella.

Muchas garrafas. Mucho tiempo.

—Señor, ¿son suyas?

Ahí dentro olía a viejo, pero no a persona vieja. Era un olor malo. Rancio. A humedad, tierra y estiércol. Paredes y suelo no habían conocido luz ni aire. Hongos. Bichos muertos.

«Y vivos —se dijo con la ansiedad de vuelta en el gaznate—. Bichosbichosbichos».

—Serapio Múgica, Belitz, Mayor, República Argentina…

Inspiró antes de esquivar la montaña de plástico y siguió. Iba a salir de allí siendo una tía fuerte. Una Sua nueva que no volvería a temer a una araña patilarga. Ni siquiera a una cucaracha. Porque iba a salir de allí. Claro que saldría. Cristian la observaba. La protegía.

Avanzó y notó que cada vez estaba más cansada, ya que se rozaba mucho las rodillas con el suelo, casi las arrastraba. ¿Cómo sería de grande aquel lugar?

Se volvió a detener al toparse con otro montículo. Este era diferente, más áspero. No había ni rastro de plástico. Elevó el tronco y se quedó de rodillas. Tocó a ciegas lo que se alzaba delante de ella. Era poca cosa. ¿Palos? ¿Y esa aspereza? Junto a aquella especie de hoguera que se erguía a pocos centímetros del suelo, el olor a rancio se intensificó. Palpó con más intensidad. Más decidida. Agarró con fuerza uno de los troncos delgados y al sacudirlo sintió que algo oponía resistencia. ¿Raíces? Tiró de él y este cedió de golpe, haciéndola perder el equilibrio y caer de espaldas. Sua se quedó bocarriba con el palo entre las manos. Lo recorrió con los dedos. Los extremos eran redondeados, como con forma de corazón. Al volver a

bordearlo lo entendió todo. Absolutamente todo.

Lo lanzó lo más lejos que pudo de ella y gritó con espanto mientras se incorporaba y retrocedía arrastrando el culo hasta el rincón del que había salido.

No eran palos ni troncos. No había una hoguera allí dentro. Ni raíces.

Eran huesos. Un amasijo de restos humanos.

*

La mesa de la sala de interrogatorios separaba a Daniel de la oficial Lur de las Heras y del subcomisario Nando García. Esta vez no habría acercamiento posible, ni por parte de ellos ni por la de él. La frialdad y la dureza se palpaban en toda la estancia. El detenido tenía el cabello sucio y despeinado. La cara polvorienta y la manga del jersey ensangrentada. En su mirada solo había odio. Odio y más odio.

—Nos ayudas a encontrar a Sua y después hablamos de lo demás, ¿te parece? —comenzó Lur.

Loreto Mandier, la jefa de la sección de delitos contra las personas, les había permitido participar en el interrogatorio y seguir en la investigación. Al fin y al cabo, los miembros del departamento de Irún llevaban en el caso desde el minuto cero y estaban familiarizados con los Romedo Bodón.

—Qué herida más fea tienes en la mano —dijo él—. Las piedras de la cantera son traicioneras. Yo me la miraría antes de que se infecte.

Lur tenía las manos sobre la mesa. La rozadura le había inflamado y amoratado la piel. La sangre se había resecado alrededor.

—No te preocupes por mí.

—¿Cómo no voy a preocuparme por la tía que me ha disparado? —Se humedeció los labios—. La enfermera que me ha vendado el brazo me ha dicho que el balazo solo me ha rozado, que había tenido mucha suerte. Me pregunto si tienes buena o muy mala puntería.

—Prefiero centrarme en Sua.

—Antes de eso me contestas, morena: ¿tienes mala o buena puntería?

La chulería de Daniel era repugnante. De esas que incomodan tanto que deseas no volver a toparte con nadie así en la vida. Lur pensó en todo el tiempo que se había hecho pasar por Cristian. Había

conseguido mantener ese mal carácter bajo control. Las había engañado. Era astuto y manipulador. Un narcisista de libro.

—No me gusta hacer daño a la gente —confesó ella.

—Lo sabía. —Elevó las manos engrilletadas e hizo como que disparaba —. ¿Cuando salga de aquí prometes enseñarme a hacerlo?

—Daniel —interrumpió el subcomisario—, no estamos aquí para perder el tiempo.

—El tiempo es tan relativo… Si mal no recuerdo, hace un rato me dijisteis que mi abogado estaba de camino y no hay ni rastro de él. De camino de dónde, ¿de la luna?

—Lo llamo y salimos de dudas —dijo él con el teléfono en la mano.

—No te molestes, yo no tengo nada que ocultar. No me hace falta ningún abogado.

Lur y Nando evitaron mirarse ante la respuesta de Daniel.

—Dinos dónde está Sua —pidió el subcomisario.

—A ti no voy a decirte nada. Lárgate y que entre la rubia.

—¿Dónde crees que estás, eh?

—Se llama Maddi Blasco, por si se te ha olvidado. Y ha rodado por el suelo de la cantera para evitar ser aplastada por un derrumbamiento. Me preocupo por ella, es solo eso.

—Está en perfectas condiciones —aclaró Lur.

—Me gustaría comprobarlo con mis propios ojos.

Nando García golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡¿Dónde está Sua?!

—Delante de este impresentable no pienso decir ni mu —aseguró dirigiéndose a Lur—. Esto es abuso de poder o policial. No quiero gente así en esta sala. Vulnera mis derechos. —Se le escapó una sonrisa de medio lado.

—Y se supone que con la agente Blasco y conmigo sí vas a hablar.

—Por supuesto. Casi somos de la familia ya. ¿No crees? —Movió las manos y le señaló la herida—. Tanto a ti como a mí se nos va a quedar

un bonito tatuaje en la piel para que no nos olvidemos el uno del otro. —Ella se acarició la sangre reseca—. Unidos para siempre —añadió guiñándole un ojo.

Lur miró a su superior. Daniel no iba a colaborar, pero, si cabía una posibilidad de que lo hiciera, debían acceder a su petición por mucho que les jodiera. Nando chasqueó la lengua ante el ruego de la oficial. La conocía muy bien. Entre ellos no hacían falta palabras. Se le acercó y le susurró al oído:

—Recuerda: líneas rojas.

Después abandonó la sala.

—Uy, uy, uy. ¿Hay tema entre vosotros o qué? Las comisarías tienen peor fama que los gimnasios en cuanto a líos de faldas.

—Hacía décadas que no oía esa expresión. ¿De qué siglo vienes, Daniel?

—La oficial De las Heras tiene una excelente puntería y además es una cachonda, en el buen sentido de la palabra.

Lur se arrepintió de no haber apuntado a su cabeza antes de apretar el gatillo. Aquel cabrón de mierda no iba a colaborar. Lo sabía de sobra. Los iba a chulear. Les iba a hacer perder el tiempo.

La irrupción de Maddi detuvo sus pensamientos iracundos.

—Volvemos a coincidir los tres. Así me gusta. —Esta vez le guiñó un ojo a la recién llegada—. Siéntate, rubia. Te veo bien.

—No sé si la visita será corta o larga —dijo mientras se acomodaba frente a él—. De ti depende.

—Corta o larga…, de mí depende. —Elevó las cejas—. Otra cachonda.

Maddi lo ignoró y adoptó un gesto solemne.

—¿Dónde está Sua?

Lur pensó que aquel psicópata había sobrepasado todas las líneas rojas. Todas. Notó un latigazo de rabia abriéndose paso desde el estómago hasta cada rincón de su organismo.

Él se quedó callado, y eso le bastó para estallar.

—Estás jodido, Daniel, y, como sigas jugando con nosotras, te va a ir

de puta pena. ¿Lo sabes o no lo sabes? Mira a tu alrededor. Estás en comisaría. ¡Detenido! —Le clavó los ojos con tanta frialdad que, de haberse visto, ni ella misma se habría reconocido—. Por mis ovarios que te comes veinticinco años por matar a tu propio hermano. Sí, veinticinco, porque pienso encargarme de que la pena no se quede en un homicidio. No, ni hablar. Sabes sumar, ¿no? Pues añade nueve años más por tráfico de drogas. ¡Encontramos más de un kilo de purasangre en tu casa! Eso es una salvajada. —Meneó la cabeza con vehemencia—. Más dos tentativas de homicidio. ¿Te digo cuánto es eso? Nada menos que otros ocho años por cada una de nosotras. ¿Sigo? Suplantación de identidad, tenencia ilícita de armas, secuestro… —Era probable que no le cayeran más de veinte años, pero tenía que apretarlo con lo que fuera para que cantara—. ¿Y has oído hablar de la cadena perpetua revisable? Pues, si no colaboras, si no nos dices dónde está Sua, haremos todo lo posible para que no te libres de ella.

A Daniel le cambió el rostro. Se le contrajo. Apretó los labios hasta hacerlos empalidecer.

—¡No tienes ni idea! Paso de ti y de tus acusaciones. Quieres enredarme, que meta la pata para que ni mi abogado sea capaz de sacarme del atolladero. —La ironía de su voz se convirtió en auténtica rabia—. Conmigo no juegues.

—Daniel, colabora, todavía tienes una oportunidad —intervino Maddi.

—¡¿Dónde está Sua?! —Lur golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Ya me he cansado de vosotras dos. ¡Largaos! —Les echó una mirada intensa en la que no se atisbaba ni un ápice de humanidad—. ¡Y no volváis hasta que esté mi abogado!

*

Dos días después de desaparecer

Decir que sabía cuánto llevaba encerrada era una gran mentira. No tenía ni idea de si habían pasado diez, treinta o cincuenta horas. De si había vivido una noche allí dentro o dos. No lo sabía. Solo que era de día por la luz que se filtraba por el resquicio de la puerta.

Sua dormitaba mucho. Vagaba en el tiempo acurrucada en su rincón. En el mismo en el que Daniel la lanzó. Abrazaba la garrafa como si fuera un peluche. Un amigo. Un bote salvavidas. Y soñaba con la libertad, con la sonrisa de Cristian, con los abrazos de su madre, con las caricias de

Juanma y Oier, con el tacto suave del pelo de Tom, con la emoción que sentía al escuchar las canciones de Florence and the Machine, London Grammar o Lana Del Rey. Soñaba con todo lo que aún le quedaba por vivir.

Se había quedado afónica de tanto gritar y, por suerte, ya no le daba miedo el viejo. Ni sus huesos. Tampoco los bichos. La embargaba tal soledad que cualquier ciempiés o tijereta le habría hecho sentirse viva. Estaba claro que a aquel cementerio ni ellos querían unirse. Bebía sorbos pequeños para dosificar el agua, que, al parecer, no estaba envenenada, y daba algún mordisco a las chocolatinas que le lanzó su secuestrador antes de encerrarla. Apenas tenía necesidades fisiológicas porque ingería muy pocos sólidos y líquidos, pero, cuando apretaban las ganas, se iba al otro extremo de la prisión y dejaba que su cuerpo hiciera el trabajo. Por su culpa, ahí dentro ya no olía a rancio, ahora era peor. Apestaba. Aunque debía de reconocer que, con el transcurso de los minutos, o de las horas, o de los siglos, se iba acostumbrando a ese hedor que la rodeaba. Era suyo. Solo suyo. Todo lo que había allí dentro le pertenecía.

Sola con sus miserias.

Sintió vergüenza al imaginar que alguien la encontrara así.

Se abrazó con fuerza a la garrafa, cerró los ojos y se durmió.

*

—¡Me cagüen en la puta escoria esta! —exclamó el subcomisario mientras daba vueltas por el despacho.

—Estos impresentables nunca colaboran —sentenció Kirmen—. Si decide abrir la boca, será para enredar más la madeja. No podemos fiarnos de él.

—Estoy contigo —reconoció Lur.

Su compañero siempre tan negativo. A menudo, acertado.

—Deberíamos ponernos en contacto con el chico que llamó para avisar de que había visto a Daniel subir a pie por los caminos blancos —dijo el subcomisario; luego se dirigió a Kirmen y a Mateo—: Encargaos vosotros dos. La búsqueda de Sua sigue en marcha. Pedidle que venga. A estas alturas lo mejor es que habléis con él cara a cara y le saquéis todo tipo de detalles. Es importante.

Mateo cogió su teléfono y buscó al testigo en los últimos contactos. La conversación fue breve. El chico prometió personarse en comisaría en

menos de media hora.

—Mientras esperamos, haced el favor de comer algo. Son las cuatro y no habéis probado bocado. —El subcomisario señaló la comida que aguardaba sobre la mesa. Se había encargado de llamar al restaurante Il Capo para pedir unas pizzas, patatas y algún plato sin gluten, y los recipientes aún estaban cerrados—. Me temo que nos espera una tarde larga. No quiero que a ningún miembro del equipo le dé una pájara. Vamos, en marcha —ordenó abriendo las cajas.

*

Veinte minutos después de hablar por teléfono con Mateo, el testigo se presentó en comisaría con ganas de colaborar. Reconoció que habían sido unos días raros. Que, desde que escuchó en televisión que Daniel había aparecido enterrado, no se quitaba de la cabeza el día que lo vio subiendo a pie por los caminos blancos.

—Hacía tiempo que no sabía nada de él, desde que acabamos la ESO. —Se rascó los mofletes sonrojados—. Coincidimos en Eguzkitza los últimos tres años. Era repetidor. Venía del curso superior.

—¿Daniel te vio? —preguntó Mateo.

Kirmen y él lo habían conducido hasta un despacho para charlar con tranquilidad.

—No. Yo estaba en el terreno del caserío jugando con mi perro. Me extrañó encontrarlo por allí. Siempre ha sido el típico que va de aquí para allá en moto o en coche. Nunca andando.

—Describe cómo iba, por favor. En qué te fijaste. —Mateo tenía un cuaderno sobre la mesa. Cogió un bolígrafo de un bote atestado para tomar nota—. Cada detalle es importante.

—Caminaba rápido. Llevaba ropa de abrigo y una mochila colgada de los hombros. —Al decir esto último señaló la espalda con los pulgares.

—¿Adónde crees que se dirigía? —intervino Kirmen.

—Ascendía. Deduje que iba a Peñas de Aia. —Se volvió a rascar los mofletes—. Al monte, vaya. Ese camino no conduce a muchas otras partes. Además, llevaba una garrafa de agua.

—¿Estás seguro? —Mateo apretó el bolígrafo entre los dedos.

—Sí. Una mochila en los hombros y una garrafa en la mano derecha.

Supuse que iba a pasar unos días ahí arriba.

—¿Hubo algo que te llamara la atención? —preguntó Kirmen.

—Me llamó la atención el simple hecho de verlo por allí. El monte no es su hábitat, no sé si me entendéis.

—¿Qué se te pasó por la cabeza? —prosiguió Mateo.

Los mofletes del chico viraron hacia un rojo carmesí.

—Las impresiones son importantes —lo animó Kirmen.

—No sé, no pensé grandes cosas, y menos positivas. Habría estado bien creer que Daniel había cambiado o algo así. Que había dejado el trapicheo o los rollos en los que siempre andaba metido, pero en vez de eso desconfié. Me dio en la nariz que algo se traía entre manos.

—Cuando hablamos esta mañana por teléfono me dijiste que lo viste el martes. ¿Podrías confirmarlo?

—Eso es. Fue este martes a primera hora de la mañana. Después escuché la noticia de que había aparecido un cuerpo enterrado en Peñas de Aia, pero hasta ayer a última hora no me enteré de que se trataba de Daniel. Me pareció importante contarlo, por eso llamé anoche.

—Hiciste muy bien y te lo agradecemos —dijo Mateo devolviendo el bolígrafo al bote—. Para cualquier cosa, ya sabes dónde estamos.

Los tres se levantaron y pusieron rumbo hacia la puerta.

—Acabo de oír que habéis detenido a… Daniel —susurró azorado antes de marcharse—. Entonces, ¿era falso que había aparecido enterrado?

—No podemos revelar nada. Lo siento —Mateo le palmeó la espalda.

Kirmen pensó que los mofletes del chico, ahora granates, recibirían gustosos el frío de la calle.

*

Cuatro días después de desaparecer

Su amiga la garrafa cada vez estaba más vacía y eso le preocupaba y mucho. Se aferraba a ella como a la vida. Sin esa agua no podría resistir mucho tiempo. Había leído que, si pasaban entre tres y cinco días sin beber líquidos, el cuerpo dejaba de hacer sus funciones. Te morías. Se acababa

todo. Otra montaña de huesos que poblaría aquel cementerio. Las chocolatinas no le preocupaban tanto. Según había oído, podía aguantar cuarenta días sin ingerir alimentos. A Sua eso le parecía mucho. Muchísimo. ¿Más de un mes ahí dentro? Enseguida comprendió que la falta de agua le ahorraría ese calvario.

Se sentía enferma y sucia. Paralizada a causa del frío. Medio muerta. Como si una parte de ella hubiera dejado de existir. Era extraño verse así. Ella lo llamaba «hibernación». Su hibernación. El ritmo de su cuerpo ralentizado. En pausa. A veces se imaginaba en una especie de retiro espiritual demoniaco. Una situación provocada por un experimento masoca con el único propósito de enseñar a valorar todo lo que tenemos. «Revuélvete en tu propia mierda. En el encierro, en la soledad, y verás como, cuando se termine, abrazas lo que tienes fuera. Besas tus riquezas. Te fundes con tu oro». Otras veces, las peores, pensaba en el deterioro. Muscular, digestivo, visual. ¿Y si al salir no veía? ¿Y si tenía el estómago del tamaño de un grano de arroz? ¿Y si no podía andar? Esto último la obligaba a moverse. Se tumbaba bocarriba y se movía contra el suelo como los niños sobre la nieve dibujando ángeles. También hacía estiramientos que había aprendido durante el año que estuvo apuntada a pilates. ¿Y cuando le bajara la regla? ¿Cómo se las ingeniaría? No sabía muy bien en qué día vivía, pero calculaba que tendría la menstruación en dos o tres semanas. Aunque era posible que la falta de agua y de comida la mantuviera bajo control. O igual el propio estrés que le generaba su lamentable situación. Estrés igual a cortisol. Cortisol igual a bloqueo de la ovulación.

Qué más le daba. Sin agua no estaría viva para entonces.

Se incorporó y bebió un sorbo. En la garrafa había menos de lo que creía. Bajó los párpados y quiso llorar, pero no estaba dispuesta a perder ni una gota de líquido por los lacrimales. Esa agua era suya. De su cuerpo.

Un sonido metálico provocó que soltara la garrafa de repente. El poco contenido que tenía se derramó por el suelo.

—No, no —susurró afónica mientras la palpaba con las manos.

Ese torrente de frescura le hizo olvidar el ruido. El pánico. Esa agua no podía perderse entre la tierra del suelo. Se frotó la cara con las palmas mojadas. La nuca.

La puerta se abrió de golpe.

Sua se llevó los brazos a los ojos para protegerse de la luz.

Por fin. Por fin. Ya iba a ser libre. Abrazaría sus riquezas. Se fundiría con su oro.

—¿Sigues viva, puta perra?

La voz de Daniel. La violencia de Daniel. La maldad de Daniel. ¿Vendría a llevarse lo que siempre quiso de ella? Sua creía que, con la suciedad que llevaba encima, no querría ni tocarla con un palo. Era su mejor arma. Su antídoto contra aquel cerdo. Se sintió fuerte. Empoderada. Su propia costra la protegería.

—¿Has hecho buenas migas con mi viejo?

—Déjame salir de aquí —dijo sin quitarse los brazos de los ojos—. Tengo mucho frío. No siento los dedos de los pies.

—¿Y esa afonía? Seguro que has gritado como una descosida. —Quería sonar irónico, pero había algo en su voz que lo impedía. ¿Miedo?—. No te molestes. Nadie va a oírte, puta —remató entre dientes.

—Estoy enferma, Daniel. Aquí no aguantaré mucho más.

—Pues inténtalo. Todavía tienes que pagar por la pura y por la muerte de Cristian.

Sua sintió golpes en las piernas. Apretó los párpados y bajó los brazos para protegerse. Se rodeó las rodillas y se hizo un ovillo. Se recostó de lado y la puerta se cerró.

Pum.

Otra vez oscuridad.

A su alrededor, varias garrafas. Y ni rastro de Daniel. Contó cuatro. Con eso podría aguantar hasta la próxima menstruación. Palpó tabletas de chocolate y bolsas por el suelo. Estas últimas le parecieron de frutos secos. Todo aquel avituallamiento la había agredido. La había golpeado sin compasión antes de hacer la labor de mantenerla con vida. Eso era lo que quería Daniel.

«Libérame o mátame. Deja que me reúna con tu hermano. Con mi C», pensó al tiempo que amontonaba su nuevo kit de supervivencia y se abrazaba a él.

*

Los resultados iban llegando mucho más lentos de lo que les gustaría. Con cuentagotas. Lo último lo acababan de recibir y era muy

revelador. Según ponía en el informe, en el maletero del Lada Niva habían hallado restos de sangre de Cristian y Sua. El caso cada vez estaba más claro. Ahora mismo la mayor preocupación del equipo era el paradero de la chica y se sentían atados de pies y manos. Desesperados.

Daniel y su abogado estaban reunidos en una sala y ellos, junto con los miembros de la sección de delitos contra las personas, se subían por las paredes. Letrado y cliente llevaban un buen rato ahí metidos y los segundos se les estaban haciendo eternos.

—Tenemos que hablar con Daniel —opinó Lur—. Volver a intentarlo. No podemos dejar pasar la oportunidad.

—Sí —la secundó Maddi—. No mencionaremos la sangre hallada, pero que explique adónde iba el martes cargado con una garrafa. Que revele dónde está Sua, por favor. Solo necesitamos una ubicación.

—No va a decir ni palabra —la voz de Kirmen surgió para apagar los ánimos de sus compañeras—. ¿No os ha quedado claro ya?

Mateo chasqueó la lengua, pero no dijo nada.

—Conozco a su abogado de otras ocasiones —explicó Nando tras carraspear—. Estoy seguro de que le va a pedir que se muestre favorable a colaborar para encontrar a Sua, que es una actitud buena para la defensa. Ojalá le haga caso.

Kirmen estaba a punto de decir que Daniel negaría su implicación. Que no le cabía duda, pero Maddi se adelantó:

—No todo está perdido, entonces.

A las cinco de la tarde la puerta de la sala donde el detenido y su abogado estaban reunidos se abrió. El letrado salió al pasillo y el subcomisario y la oficial Loreto Mandier avanzaron hasta allí en dos zancadas.

—Es un caso complicado —explicó el hombre. Tenía los ojos claros y el cabello cano. Era un buen profesional. Daniel había tenido mucha suerte—. Debo estudiar la situación a fondo. He aconsejado a mi cliente que no diga nada hasta que se levante el secreto de sumario.

El subcomisario suspiró. Si el abogado no había conseguido que colaborara, a ellos les resultaría imposible convencerlo.

—Solicito que lo trasladen al juzgado. De momento se acoge a su

derecho de no hablar —concluyó y volvió a entrar en la sala.

*

Cinco días después de desaparecer

—¡Ey! ¡¿Estás viva?! —Daniel se tapó la nariz y la boca con la mano—. Joder, qué mal huele aquí dentro, hostias.

Sua había oído la puerta entre sueños, pero no había abierto los ojos. Ahora, la voz agresiva le exigía que se moviese, que demostrara que su corazón seguía latiendo. Ella no quería. Estaba cansada. Rota. Le dolía todo el cuerpo de tanto tiritar a causa del frío y solo quería dormir. Si se hacía la muerta, tal vez dejara de visitarla. Si se hacía la muerta, moriría. ¿Qué es lo que quería? Estar en casa. No ahí. Pegarse una ducha. Tumbarse sobre su colchón. No estar ahí, no estar ahí.

—La pecosilla finge que la ha palmado. ¿Te crees que me chupo el dedo? Muestra un poco de agradecimiento. Sin mí estarías en el otro barrio. ¿O es que no te das cuenta?

Sua tragó saliva. Le escocía la garganta porque no había dejado de chillar.

—No me encuentro bien, Daniel —balbuceó.

—Vocaliza, anda… No tengo todo el día.

—Que estoy enferma. —Su respiración era pausada—. Solo quiero dormir.

—¿Y? No me cuentes películas. ¿Crees que soy un puto médico? ¿De qué coño vas?

Sua seguía tumbada, con los ojos cerrados. Estiró el brazo hacia la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Ayúdame.

—No me hagas reír —soltó enfadado—. El que necesita que alguien le eche una mano soy yo. No te puedes imaginar cómo se está poniendo todo. Las cosas no dejan de complicarse. Por eso he subido. No sé cuándo podré volver.

—¿Por qué? ¿Mi madre?

—¿Tu vieja? Y yo qué sé. Lo único que tengo claro es que, por mis muertos, vas a pagar por lo que has hecho. No voy a permitir que te quedes seca antes de darme lo que me debes.

—Déjame salir. Estoy dispuesta a hacer lo que me pidas. Lo he pensado y voy a pagar mi deuda sin rechistar.

—Te noto cambiada. Veo que el encierro te ha hecho recapacitar. Las pijas como tú solo necesitan un poco de disciplina.

—Pero primero una ducha, por favor.

—Ahora no es el momento. Ya te he dicho que las cosas están feas. Muy feas. —Le lanzó una garrafa, una manta, barritas energéticas y una manzana—. No tienes ni idea de lo que estoy haciendo por ti. He subido andando porque estoy sin coche. ¿Me has oído? Andando. Y me conoces muy bien para saber que no soy ningún tipo de atleta. —Resopló—. Me ha llevado hora y media. Y ahora toca volver. A veces me dan ganas de matarte a hostias. Nos has metido en un buen lío. En un lío de cojones.

—Entra mucho frío —dijo adormilada.

—Hace frío. Tiene pinta de nevar. Tápate con la manta. —Miró en todas las direcciones—. Me voy ya. Dosifica lo que tienes. Te repito que no sé cuándo podré volver. —Rebuscó en la mochila vacía—. Ah, joder. Pásame una barrita. Necesito energía para la bajada.

La voz de Daniel le recordó a la de Cristian y se vio a sí misma en el banco del parque en el que solían sentarse. Se arrimó a él y apoyó la cabeza sobre su hombro. Qué bien que volviera a estar a su lado. Iba a aprovechar cada segundo. No lo dejaría marchar.

—C.

—¿Qué dices? ¿C? ¿Qué C? Deliras.

—C…

—¿Me tiras una barrita o me vas a obligar a entrar en tu pocilga?

—C…

—¡Ya basta! ¡Déjate de C! —Sua se sobresaltó—. ¡Que me lances una barrita!

«Quiere una barrita, quiere una barrita», se dijo.

Movió los dedos con debilidad por el suelo de la prisión hasta que encontró una. Estiró el brazo lo más que pudo en dirección a Daniel. Él se arrodilló y metió medio cuerpo en el agujero para cogerla. Cuando estaba a punto de retirarla, Sua se aferró a su mano. Era suave. La piel de un ser vivo. Un igual. Sintió el calor. La compañía.

—A cambio de pura no, pero sí de libertad —dijo Daniel zafándose—. Todo el mundo tiene un precio.

Los contrastes de luz le permitieron a Sua ver brevemente a Daniel. No llevaba la dichosa gorra y se había cortado el pelo como solía llevarlo Cristian. Sienes y nuca rapadas y arriba más largo. Se preguntó si solo habría uno. Si siempre habían sido la misma persona.

—Llévame, por favor…

El trompazo que dio al cerrar la puerta causó que el corazón de Sua latiera más deprisa. Dejó que recuperara el ritmo pausado. Lo haría más temprano que tarde. Tomó aire. Esta vez no se molestó en reunir el avituallamiento. Se quedó en la misma posición con la esperanza de dormirse y así volver a encontrarse con Cristian en el banco del parque.

—Hola, C —dijo en sueños.

*

La comida que el subcomisario había pedido seguía casi intacta sobre la mesa. Lur cogió una patata fría y la mordisqueó sin ganas. Le sorprendió que siguiera estando buena. Maddi se animó también y cogió una porción de pizza.

Escuchar la decisión del abogado y ser testigos de la salida de Daniel de la comisaría para ser trasladado al juzgado habían dejado agotado al equipo.

—¿Caliento algo en el microondas? —se ofreció Mateo al entrar en el despacho conjunto y verlas comiendo.

—No te molestes. No creo que comamos más de cuatro bocados —dijo Maddi.

Lur se limpió los dedos grasientos con un pañuelo de papel y observó a través de la ventana. Llevaba un rato nevando débilmente. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sua lleva siete días desaparecida. Siete… —reflexionó, contemplando los copos diminutos—. Si sigue viva, no sé cuánto más aguantará.

Kirmen fue el último en entrar y cerró la puerta tras de sí.

—Esa cría está muerta. Seamos realistas —dijo rebuscando en las cajas de pizza.

Mateo lo miró de reojo.

—Y no soy el único que lo piensa —se defendió antes de que su compañero le saltara al cuello—. Loreto y su equipo opinan lo mismo.

—¿Y qué propones? —preguntó, esta vez incapaz de morderse la lengua—. ¿Dejar de buscarla? Si fuera tu sobrina, o tu hermana, o una amiga, ¿qué harías?

—¿Por qué me atacas siempre que abro la boca? —dijo con una ración de pizza en la mano.

Mateo apretó la mandíbula. No contestó.

—Aunque perteneciera a mi entorno más cercano, seguiría opinando lo mismo —continuó Kirmen—. Y haría lo que estoy haciendo por Sua. ¿O es que he propuesto dejar de buscarla?

—No, pero desanimas a cualquiera. Y eso cansa. Yo también estoy quemado. —Señaló a sus compañeras—. Lo estamos todos.

Durante un rato en el despacho no se oyó ni respirar.

—Cargaba con esa garrafa por algún motivo. Si la ha mantenido viva, no puede haberla escondido en muchos sitios —dijo Maddi pensando en voz alta—. ¿Dónde podría haber aguantado viva hasta ahora?

—Daniel y sus viajes a Peñas de Aia —comentó Lur todavía frente a la ventana—. Sua tiene que estar ahí arriba. Me vienen a la cabeza las bordas, los caseríos abandonados, las trepas, los puestos de caza… El equipo de búsqueda debería registrar con urgencia esos sitios.

—Son las cinco y media —murmuró Kirmen—. En un rato anochecerá y suspenderán las labores de búsqueda.

Lur se giró y puso rumbo a la oficina del subcomisario.

—Queda algo más de media hora —dijo—. Casi dos mil minutos. Cada uno de ellos cuenta, y yo no pienso quedarme aquí sentada.

*

Seis días después de desaparecer

Se despertaba y se volvía a dormir. Una y otra vez, como si a partir de ahora esa fuera su vida. En algún momento cerraría los ojos para siempre. Contaba con ello. Con que sería pronto. ¿O ya lo había hecho y lo que estaba sintiendo era una sombra del subconsciente? Un recuerdo vago de

sus últimos instantes en la tierra. Sua hizo un gran esfuerzo para despegar los párpados. Quería comprobarlo. Saber si estaba viva o muerta. Antes de conseguirlo palpó el suelo. Parecía real. Se humedeció los labios, llenos de pieles secas, y no los reconoció.

Buscó a ciegas hasta encontrar una garrafa. Estaba llena. Casi todas lo estaban. Abrió el tapón, bebió un sorbo y sintió asco. Su pobre estómago estaba tan revuelto que no le entraba ni su propia saliva. Tenía náuseas.

De pronto le dio la risa. Una risa tonta, aletargada, sin brío. El diafragma se agitó al hacerlo y ese pequeño movimiento muscular le causó dolor.

—¿Sabes de qué me río? —se preguntó en voz alta, como drogada—. Me ha dado por pensar que estaba embarazada. Por las náuseas, no por otra cosa.

«Sería trágico y surrealista a partes iguales. ¿Te imaginas? —continuó para sus adentros, ya que le resultaba agotador seguir hablando—. Juanma y Oier serían buenos padres, pero de aquí solo puede salir un extraño engendro. Un monstruo sin ojos. Una criatura nocturna con la única cualidad de vivir bajo tierra. Desapegada. Incapaz de dar cariño. De querer. ¿Qué haría yo en este agujero con alguien así? Un ser desconocido al que amamantaría arropado con la manta mugrienta que Daniel me lanzó. Un ser que me destrozaría los pezones con sus diminutos dientes afilados. Me lo imagino del color de las piedras. Apestoso como las tuberías sucias. Con la piel áspera. Con cráteres por todo el cuerpo. Como si estuviera hecho de la tierra de la luna. —Dio otro pequeño sorbo—. Sería delgado y, según fuera creciendo, se movería como un reptil. Jugaría con los huesos del viejo. Se construiría algo parecido a un chamizo con ellos y con las garrafas vacías. Los fémures harían las veces de pilares y el cráneo estaría en medio con las falanges alrededor. Una especie de sol, de altar. Algo a lo que venerar. —Se echó a llorar—. Para entonces yo habría dejado de hablar y él jamás aprendería a hacerlo. No le pondría ningún nombre. Tampoco sabríamos el aspecto del otro. No sé cómo nos comunicaríamos. No lo haríamos. Eso explicaría el desapego. —Se secó los ojos con las manos sucias y buscó algo de alimento. Encontró una tableta de chocolate. La abrió y saboreó una onza—. Odiaría al engendro. Lo odiaría y mucho. Daría mi vida con tal de que no naciera o de que se muriera —dijo con pena. Después se metió otra onza en la boca. El estómago empezó a agradecer la ingesta—. Si lográramos salir de aquí, nadie creería que esa criatura fuera mía. Humana. Me la quitarían. Experimentarían con ella. Le harían daño y se me partiría el corazón por mucho que la aborreciera. Oier y Juanma me llamarían loca. Mentirosa. Nadie estaría orgulloso si descubriera un hijo así. Un hijo que se fecundó con amor, que creció en un útero triste y asustado, que nació en una

prisión subterránea y maloliente y que fue criado por una madre que deseaba que jamás hubiera nacido».

Palpó algo redondo. Lo cogió y lo olió. Era una manzana. Le hincó los dientes y el zumo le salpicó los labios. Qué manjar después de llevar varios días a base de chocolate, barritas energéticas y frutos secos. Por fin algo jugoso. Fresco.

«Lo siento por ti, futura criatura. Sé que podrías jugar con la manzana como si fuera una pelota, pero soy una mala madre. Creo que ha quedado claro». La dejó en el suelo y se acarició el vientre. Estaba plano, para dentro. Como si estuviera haciendo hipopresivos. Sintió una punzada de abatimiento al entender que ahí dentro no estaba creciendo nada.

Seguía sola.

Recuperó la manzana del suelo y le dio otro mordisco. La tierrilla crujió entre los dientes.

«Tierra de Luna», pensó con melancolía.

*

Llevaba un rato nevando con ganas y el equipo que operaba en el parque natural de Peñas de Aia hacía media hora que había suspendido las labores de búsqueda. La predicción meteorológica no auguraba nada bueno e intuían que quizá ni al día siguiente pudieran reanudarlas. ¿Cómo iban a conseguir dormir con aquel pronóstico tan descorazonador?

—Ahora que estábamos más cerca, va y se jode todo —se lamentó Lur.

—Es como si el tiempo se hubiera aliado con el cabrón de Daniel —bufó Mateo.

—¿Qué podemos hacer, Nando? —En los ojos de la oficial, más que una pregunta, había una súplica.

—Lo sabes tan bien como yo… Nada. Han hecho una buena batida por los lugares que me dijiste que les pidiera. —Se rascó la barba—. Y no han hallado ni rastro.

—¿Han registrado todos? No ha podido darles tiempo. Es imposible.

—Han hecho lo que han podido, Lur.

La oficial se levantó y se apostó frente a la ventana. El blanco de la nieve conseguía resaltar entre la negritud que gobernaba. Era posible

que la nieve cuajara incluso en la ciudad. Era de locos.

—¿Y si está en alguno de los búnkeres? —comentó girándose de repente—. En el parque natural de Peñas de Aia hay decenas.

El subcomisario suspiró.

—Lo siento, Lur. Las labores están suspendidas. Yo no tengo poder para ponerlas en marcha. Sabes que el protocolo funciona así. De noche no se busca, y menos con nieve.

A Maddi se le puso un nudo en la garganta. Pensó en su hija. En lo triste y desesperante de la situación. En la rabia y la impotencia. ¿Qué haría si fuera Mía la desaparecida? Tragó saliva antes de preguntar.

—¿Dónde están esos búnkeres? Yo me ofrezco a subir.

Todos la miraron.

—Es peligroso, Maddi —la alertó Kirmen—. La nieve rara vez cuaja aquí. No estamos acostumbrados a conducir con las carreteras en este estado. No somos un equipo de búsqueda ni de rescate.

—Tengo un amigo ertzaina que es amante de todo lo relacionado con las fortificaciones militares —dijo Lur ignorando los consejos de su compañero. Fue hacia la mesa y rebuscó en su bolso—. Seguro que puede indicarnos dónde están situados los búnkeres.

—No son pocos, Lur… —respondió el subcomisario—. Si tuviéramos una ubicación más exacta, yo mismo iría a comprobarlo.

—Voy a hablar con él. —Sacó el teléfono y vio que tenía varias llamadas de Oier. Le extrañó tanta insistencia.

Marcó su número.

—Oier, ¿ha sucedido algo?

—No dejo de oír en televisión hipótesis de todo tipo —dijo nervioso—. Ahora resulta que el cadáver no pertenecía al tal Daniel, ya que hoy lo habéis detenido.

—Es complicado.

—No sé si es complicado o no, pero ya no la buscáis, ¿por qué? ¿Está muerta?

—Seguimos sin saber el paradero de Sua. Y las labores de búsqueda,

nos guste o no, se suspenden por la noche. Además, con esta nevada, en unas horas el monte estará impracticable.

—Sua sigue ahí arriba. Esta tarde estuve con mi perro Tom. Él la conoce y no ha dejado de olfatear en todo momento. Sobre todo en la zona de Erlaitz, por donde los dos primeros merenderos. Sabe que está en algún sitio.

—Pero ¿tu perro está entrenado?

—No, pero es más listo que el hambre. Llevamos dos días buscándola por Peñas de Aia. Le dije que olfateara unas deportivas de Sua y que la encontrara. Ayer estuvimos por otra zona, pero hoy, al acercarnos a los merenderos, no tardó en percibir su rastro.

—Oier… —Lur se frotó la frente con la mano que tenía libre.

Los dos equipos la miraban sin entender muy bien de qué iba la conversación.

—Mi padre no quiere subirme hasta que deje de nevar. Si te he llamado ha sido por eso. Para pedirte que subamos. Que la encontremos.

Ella quiso llorar. También quería dar con Sua. Llevarla a casa. Entrar en cada uno de los búnkeres.

—Te juro… Te juro que voy a hacer todo lo que pueda y lo que no también.

Lur no le dio tiempo al chico a contestar y colgó. Era demasiado peligroso para inmiscuirlo a él también. Oier ya había sido de gran ayuda. Si su intuición no le fallaba, ahí tenían una ubicación más exacta. Buscó el contacto de su amigo ertzaina.

—Aitor, necesito que me enumeres y me indiques dónde se encuentra cada búnker de Peñas de Aia. Y lo necesito ya.

*

Seis días después de desaparecer

Le dolía todo. Se ahogaba. Permanecer ahí dentro tantos días la estaba volviendo loca. No podía incorporarse. Estaba muerta de frío. No veía. El paladar le pedía fruta y verdura para saciar una sed que venía de muy adentro. Los músculos, echar a correr. ¿Y si nadie la encontraba jamás? Estaba hundida ahí. Oculta en medio de la nada. Afónica de tanto gritar y

en un estado de somnolencia constante.

Sacó fuerzas e hizo un recorrido por el espacio para reconocerlo e interiorizarlo. Para contemplar todas las posibilidades. Basura y tierra en el suelo, garrafas vacías, el amasijo de huesos en una de las esquinas y dos ventanucos recién descubiertos. Debía apostarlo todo a esas aberturas estrechas con forma rectangular. La tierra y el musgo las habían taponado, y por allí no entraba ni agua ni luz ni aire. Pero sí que lo hicieron en algún momento de la historia de aquel lugar. Esas aberturas servían para algo.

Apiló todas las garrafas llenas. Tenía unas cuantas. Tal vez con el agua se reblandeciera la tierra. Si eso sucedía, podría escarbar y liberar una de las ventanas. Mirar a través de ella y así dosificar los gritos de auxilio. Los utilizaría solo cuando sirvieran de algo. Cuando observara algún tipo de movimiento ahí fuera.

Abrió la primera y se arrodilló para palpar una de las aberturas.

Ahí estaba.

Cubierta de ese barro duro que el tiempo casi había convertido en cemento.

Elevó la garrafa sobre la ventana y comenzó a derramar el agua. El olor a tierra mojada invadió toda la estancia. A Sua le recordó al aroma que deja la lluvia sobre el suelo seco. Petricor. Así había oído que se llamaba.

La vació por completo y escarbó con las uñas en el barro.

Seguía tieso. Tenía más garrafas.

Comenzó a verter el agua de la segunda. El olor le evocaba libertad y la empujaba a actuar con urgencia. Instinto puro y duro. Necesidad. No había nada más. Derramar el líquido sin pensar en los pros ni en los contras. Iba subida en un tren repleto de buenas sensaciones. Se le agolpaban en el pecho. Se lo ensanchaban. Un tren de alta velocidad que no iba a detenerse.

Petricor.

Lanzó la segunda garrafa vacía y cogió la tercera.

Iba a salir de allí. Iba a ablandar aquella tierra. Vería a través de la ventana y la verían a ella.

Todos la verían.

Por fin la verían.

Cuando solo le quedaba una garrafa llena, puso especial énfasis en escarbar en la obstrucción del ventanuco, pero esa tierra no quería moverse, deshacerse.

Le dolían las uñas. Le escocían los dedos.

No podía haberlas vaciado en balde. Era imposible. Sabía que estaba a punto. No tenía sentido haber desperdiciado casi toda el agua para nada. Ese no era el tipo de suerte que ella iba a correr.

«Aita, ayúdame. Allí donde estés, ayúdame».

Tomó la última garrafa. La del antes y el después. La que le daría lo que deseaba.

Y la derramó sobre la piedra, sobre el agujero rectangular…

Lloró con desesperación al arañar el recubrimiento de la ventana y notarlo prensado con aquella especie de hormigón.

*

Su amigo Aitor se había tomado las molestias de acercarse a comisaría con los mapas que con tanto mimo guardaba en casa. Al parecer, tenía un conocido militar y amante de este tipo de fortificaciones y era quien se los había facilitado. Desplegó sobre una mesa un plano del parque natural de Peñas de Aia que recogía las construcciones de la famosa Línea P.

—Aquí apareció el cuerpo del chico. —Aitor señaló un punto para que se ubicaran—. Y aquí, el Lada Niva.

—¿Y estos numeritos en círculos grises qué representan? —preguntó Lur.

—Son los búnkeres, observatorios y refugios que Franco mandó construir después de la Guerra Civil. La famosa Línea P o, entre otros nombres, Organización Defensiva del Pirineo.

—Hay varias decenas —protestó Maddi.

—Y eso sin contar la obra incompleta del fuerte de Erlaitz, que se inició años antes, en 1891 —aclaró Aitor al tiempo que abría un tubo portaplanos—. Tengo por aquí otro mapa que recoge dónde se encuentran esas construcciones y las de otro fuerte, el de Pagogaina. Esta línea defensiva todavía es más antigua. Se proyectó en 1876, después de la última guerra carlista.

Lo extrajo y lo desplegó al lado del otro.

Maddi pensó que Aitor era un auténtico fanático. Cuando todo pasase, le iba a pedir que le hiciera de guía por todos esos lugares.

—Si mi orientación no me falla —Lur llevó el dedo índice hacia el primer mapa—, los merenderos más cercanos a Irún se encuentran aquí y aquí. Y, por lo que veo, ambos están al lado de las ruinas de los dos fuertes.

—Eso es. El de Erlaitz está hacia el oeste y el de Pagogaina, hacia el este. Los separa menos de un kilómetro.

Lur hizo un círculo imaginario sobre los planos. Le habría gustado coger un bolígrafo y garabatearlos, pero sabía el valor que tenían para Aitor. Cogió varios pósits y los pegó formando dos circunferencias.

—No tenemos mucho tiempo ni equipo. Hay que sacrificar algunas construcciones y apostarlo todo por otras. El amigo de Sua me ha dicho que su perro olió su rastro por esta zona. Centrémonos en las que hay aquí, cerca de los merenderos. ¿Os parece?

Alrededor de la mesa solo estaban Maddi, Lur y Aitor. Kirmen, Mateo, Loreto y sus tres hombres observaban a una distancia prudencial, sin tener muy claro si participar o no, y el subcomisario se había encerrado en su despacho para hacer unas llamadas.

Mateo dio unos pasos al frente y se colocó entre sus compañeras.

—Habrá que intentarlo.

—Yo ya os dije que la buscaría como si se tratase de mi sobrina —se unió Kirmen.

Nando salió de su despacho y asintió en dirección a Lur.

—Contad con nosotros —dijo la oficial Loreto Mandier.

—Y conmigo —se ofreció Aitor—. Me conozco esos lugares de pe a pa.

—Nos llevamos los dos Toyotas Land Cruiser y comprobamos esa zona determinada —declaró Nando—. Por las noches es casi imposible buscar nada, y menos con esta nevada, pero, si no lo hacemos, ninguno va a pegar ojo hoy.

A la oficial se le relajaron los músculos del rostro en señal de alivio.

—Entonces, en total somos diez —dijo Maddi—. Deberíamos

dividirnos en grupos de dos y registrar las construcciones que están dentro del círculo que ha delimitado Lur.

—Id a casa a por ropa de abrigo. Yo me ocupo de buscar prendas de uniforme para Loreto y su equipo. —Nando consultó el reloj—. Son las siete y media. A las ocho os quiero a todos listos.

*

No era la mejor opción, pero, a esas alturas de la tarde, sí la última. Oier temía la reacción de Juanma, la temía y mucho, pero por Sua sería capaz de cualquier cosa. ¿Que quería romperle el labio como la última vez?, pues que lo hiciera. Si esperaba como respuesta que le devolviera el golpe, ya podía hacerlo sentado. Él no pegaba a sus amigos. Nunca.

Estaba de pie frente a la villa de Juanma. Era una casa color vainilla de dos plantas con contraventanas marrones. Oier se mordisqueó la uña del dedo anular. Tom estaba sentado a su lado. Se levantó y comenzó a gemir.

—Sí, ya viene —le susurró tenso. Sabía que su perro lo había olido.

—Te dije que no te volvieras a acercar. —Juanma bajó las cinco escaleras exteriores, salió por la verja y se acercó a Oier. Lo agarró del brazo—. ¿Cómo te atreves a presentarte en mi casa?

Lo arrastró hasta la parte trasera de la vivienda mientras Tom, a dos patas, lloriqueaba con la única misión de saludarlo.

—Suéltame, joder. —Oier se deshizo de su mano. La rabia lo había envuelto en un calor abrasador.

—Yo no sé cómo hay que decirte las cosas, tío. ¿Quién te crees que eres? —preguntó el otro, apretando la mandíbula cuadrada.

Los copos de nieve revoloteaban alrededor de los tres.

—¿Quién me creo que soy? Hasta hace bien poco, tu amigo, Juanma…

—¿Qué quieres? —lo cortó antes de que siguiera.

—Encontrar a Sua. Eso quiero. —Sudaba bajo la ropa de invierno—. ¿Y tú?

—¿Dónde piensas que he estado toda la tarde? —A sus espaldas se alzaba Peñas de Aia. Señaló con el dedo hacia allí.

—Yo también, y por eso estoy aquí. —Oier aprovechó para explicarle su paso por Erlaitz y la reacción de Tom. No podía perder más tiempo. Juanma se largaría o estallaría de un momento a otro. Se armó de valor para pedírselo—. Tu hermano podría subirnos en el todoterreno —tanteó en voz baja—. Esos cacharos están preparados para todo.

—Para tu información —contestó el otro—, mi hermano no me habla. No me perdona que no dijera la verdad delante de la Ertzaintza. Tú, ella y yo estuvimos en su garaje. Maldita la hora. Y no lo conté.

—Porque no te dio la gana. Porque estás más raro que un perro verde.

—Porque me das asco. Tú y lo que pasó —miró hacia otro lado.

Oier se quedó bloqueado. Como si todo el invierno le hubiese caído encima de golpe.

—Y porque me enferma tenerte tan cerca —remató. Tras la confesión, posó los ojos en él.

Este distinguió en las pupilas de Juanma un destello que nada tenía que ver con la rabia. Había otra cosa. Una emoción enterrada. Silenciada.

Se contuvo de darle un abrazo. De besarlo. ¿Qué quería su amigo? ¿Qué necesitaba? ¿Qué podía hacer para ayudarlo? Se arriesgó y dio un paso hacia él. La proximidad los tensó. Por sus cabezas desfilaron los encuentros en el garaje. El amor y el cariño. El placer.

Sua.

Los dos percibieron la misma energía en el otro. Una maraña de hilos invisibles se escapó de sus cuerpos para intentar trenzarse en el espacio vacío.

—Vete, joder —rogó Juanma al borde del llanto.

Oier aguardó unos segundos. Alguno de los hilos había conseguido entrelazarse y le impedía alejarse de él. No podía. No quería.

—Tienes que irte —le pidió por segunda vez. Al hacerlo ocultó el rostro entre las manos.

Él agachó la cabeza. Después, tiró de la correa de Tom. Los hilos le colgaban de todo el cuerpo como apéndices diminutos.

*

Guillermo oyó a Lur entrar en casa y fue a la cocina a su encuentro. Los dos se quedaron quietos a una distancia prudencial. Desde la víspera, cuando Rosa interrumpió sus besos y caricias, no se habían vuelto a ver. La nota de ella seguía sobre la mesa. Pedía a gritos que siguieran a rajatabla lo que allí ponía. Se lo merecían los dos.

—Vengo y me voy —anunció ella. Él tenía las facciones relajadas y los ojos le brillaban con intensidad. Lur pensó en lo mucho que lo deseaba. Era un ser perfecto. Ella misma lo reclutaría para liderar una secta. Su secta—. Menudo día hemos tenido. Y lo que nos queda.

—He oído en la tele lo de Daniel.

Le resumió por encima la jornada y le habló del operativo extraoficial que habían montado.

—He vuelto a casa para coger calzado y ropa de abrigo. Me vienen a buscar en diez minutos.

—Voy con vosotros —dijo decidido.

—Manos no nos sobran, pero eso es imposible, Guillermo.

—¿Por qué?

—Porque, si algo sale mal, se nos cae el pelo.

Él chasqueó la lengua.

—Qué impotencia. Lo que daría por ayudaros. Por encontrar a esa chica.

Lur se acercó y le acarició el rostro.

—Te lo agradezco mucho.

Se besaron y en milésimas de segundos el deseo se disparó en sus cuerpos. La nota latió sobre la mesa. Qué fácil era dejarse llevar y olvidar todo lo demás cuando la química mandaba. Se buscaron la boca con hambre, con rabia, con desesperación. Se retiraron a la vez como si hubieran recibido un calambrazo.

—Encuentra a Sua —dijo casi jadeando.

—Espérame, ¿vale? —rogó ella sin poder apartar la mirada de sus labios.

—No pienso irme a ningún lado.

Lur entró en su dormitorio con la boca ardiendo y rebuscó en el armario. Se obligó a centrarse. Necesitaba prendas que le dieran libertad de movimiento y a la vez la protegieran del frío. Desde que cayó enferma, no había vuelto a subir al monte y le costó encontrar lo que buscaba, ya que estaba en el fondo de una balda.

Amontonó la ropa sobre la cama y abrió el cajón de la ropa interior. Bajo el arsenal de bragas negras guardaba, con una mezcla de mimo y cautela, una camiseta muy especial. Era blanca y se llamaba Milagro. La extrajo con delicadeza y se la llevó a la nariz. Era tan suave y olía tan bien que un halo de bienestar la embargó. Las emociones se le agolparon en el pecho. En el cerebro. Ya no recordaba lo bien que le hacía sentir aquel trozo de tela, pero sí por qué la mantenía oculta bajo la lencería. ¿Cómo explicarle a Guillermo que se enamoró del confort de una de las prendas que comercializaba la secta de la que había salido recientemente? La compró cuando estaba investigando el homicidio de Ari con la intención de entender la filosofía de la comunidad, de acercarse a sus miembros. Y el flechazo fue instantáneo.

La dejó sobre la montaña de ropa y levantó los brazos para sacarse el jersey por la cabeza. Se puso la camiseta Milagro a toda prisa y el influjo que ejercía sobre ella se intensificó. Era como llevar una segunda piel más cálida, más suave y que olía a gloria. Doble refuerzo lumbar para mantener el calor donde a ella más falta le hacía y sujeción a la altura del pecho. ¿Qué más podía pedir?

No se avergonzó por llevarla encima. Hoy haría una excepción. Necesitaba sacar toda la artillería para encontrar a Sua.

Se puso el resto de las prendas y salió del dormitorio.

Sobre la encimera de la cocina las cartas del tarot se aprovecharon de su desesperación y vulnerabilidad, y le hicieron ojitos.

Cuando estaba pensado en que su abuela habría insistido en echárselas para saber qué había sido de Sua, el baúl crujió.

¿Otra vez? No podía ser cierto.

Lur cedió. No había tiempo para contradecir nada ni a nadie.

Las sacó de la caja. Era una baraja bonita. La trasera de cada carta era azul noche con un círculo dorado en el centro y, dentro, una estrella azul de siete puntas llena de símbolos que ella no conocía. Las barajó y depositó la primera sobre la encimera. Le dio la vuelta.

Era la número diecisiete. La estrella.

Una mujer desnuda vaciaba dos jarras de agua, una sobre un lago y la otra sobre la tierra verde y frondosa. Tras la joven se hallaba una enorme estrella. Dedicó unos segundos a interpretarla y no lo logró. A quién quería engañar. Buscó el significado en el móvil. Para su sorpresa, simbolizaba la esperanza.

Depositó una segunda carta. Le dio la vuelta. Era la número trece. Un esqueleto con una guadaña en la mano y montado a lomos de una bestia la observaba. El suelo estaba lleno de restos humanos.

Era la muerte. La famosa muerte.

«Ay, abuela», pensó.

Ella solía decirle que su significado no siempre era negativo. Que a veces estaba vinculado al cambio. No se detuvo a comprobarlo en internet. Las guardó en la caja y las metió en el baúl parlante. Allí dentro estaban mejor. Con la aparición de la estrella y la muerte ya había tenido bastante.

Se calzó sus ajadas botas de monte, se subió la capucha del abrigo y salió por la puerta sin despedirse de Guillermo.

No era el momento de otro acercamiento. Su cuerpo olía a Fritz, y sus manos, a cartas viejas.

*

Demasiado tiempo encerrada para no entender que, fuera, algo había cambiado. Sentía más frío y la luz que se colaba por el resquicio de la puerta era más blanca. Todavía discurría para deducir que había nevado. Que una gruesa capa de nieve lo cubría todo. Su escondite más escondido que nunca. Un montículo blanco. Otro más. En un principio fantaseó con la idea de que era un equipo de rescate que había colocado focos de luces cegadoras para encontrarla en la oscuridad nocturna, pero enseguida lo descartó. Por las noches, según había oído en la televisión, solían suspender las búsquedas, y ella no iba a ser una excepción. Por ello se quedó con la teoría de la nieve. Además, la víspera, antes de que anocheciera, oyó granizar con ira. El hielo golpeando fuerte sobre su prisión. Qué pena que no la partió en dos. Granizo, nieve, frío. Blanco inmaculado ahí fuera y ella ahí dentro.

El pequeño Tierra de Luna seguía danzando en su cabeza. En su corazón. Más que nunca. En un día tan gélido como el que hacía lo habría abrazado. Le habría besado la cabecita gris. Lo habría arrullado con la

manta mugrienta e incluso con su abrigo de cuadros. Todo con tal de protegerlo. Él estaría frío. Su sangre y su piel hosca eran así. En poco tiempo había pasado de odiarlo a amarlo. ¿Cómo no hacerlo? Era todo lo que tenía. Era su bebé. En él hallaría el amor de Juanma y Oier. Ese era el oro con el que, de haber logrado salir, se habría fundido. Con la gente que la quiso tal cual era. Los que jamás le desearon nada malo. La habían cuidado tanto… Cristian ya no estaba, su padre tampoco. Dos personas que habían velado por ella. Quién sabe, quizá pronto se reuniera con ellos. No era creyente, pero esa idea la acercaba a algo bonito. ¿Felicidad?

Llevaba sin beber desde la víspera y tenía sed, mucha sed. Había vaciado todas las garrafas en su intento desesperado por despejar de tierra prensada el ventanuco, pero no había servido de nada.

«Tierra de Luna, voy a hablarte de Oier y Juanma. Creo que se acerca el momento de ir despidiéndonos de todos los que amé, amo y amaré. Porque la muerte eso no me lo quitará. Son fabulosos, ¿sabes? Y, si quisieras, te ayudarían a construir chabolas con los huesos del viejo y jugarían a la pelota con la manzana que me comí. Jamás juzgarían tu aspecto. Ni tu manera de actuar. Lo entenderían y darían su vida por ti. Oier es cariñoso y empático. Juanma, apasionado y leal. Son magníficos. Mis chicos, tus aitas, son buenas personas. Qué suerte hemos tenido, txiki. —Evocó sus sonrisas, sus besos, el sonido de sus voces y el corazón quiso salírsele por la garganta—. Ahora te hablaré de la ama. No ha tenido una vida fácil. Mirando con perspectiva hacia atrás, creo que yo tampoco. Algunos dicen que es culpa del destino; otros, de la suerte. Yo no tengo ni idea. Desde hace un tiempo no dejo de pensar que puede pasar cualquier cosa y que no sé qué mano mueve ese maremágnum de acontecimientos que hace que tu vida cambie de un segundo a otro. Cuando algo así pasa, todo tiembla a tu alrededor. Se descompone. Se eriza. Arde. Y tu vida se va al garete. La ama, tu amona, se llama Nekane. Ella recibió un revés de esa mano maquiavélica cuando yo tan solo tenía cinco años. Se llevó a mi aita muy lejos. No me preguntes adónde. Se lo llevó y dejó a cambio una montaña colosal de tristeza. La ama no supo gestionarla y acabó envuelta en una espiral de adicciones. La última me trajo hasta aquí. Yo solo quería verla bien. Que riéramos como lo hacíamos últimamente. No me importaba que estuviera flaca. Me importaba que estuviera feliz. Porque ¿qué es la vida sin esa chispa? Si ella estaba triste, yo también. Dicen que el ser humano no es altruista. No sé quién lo dice. En realidad no sé nada. Pero nada de nada. El caso es que igual es verdad y yo, de manera egoísta, formé parte de esa espiral de adicciones proporcionándole purasangre para que la alegría reinara en nuestra vida. ¿Por quién lo hice? ¿Por ella o por mí? No voy a culpar a mi juventud. Ni a la mala suerte. Es hora de asumir responsabilidades. Siempre has sabido que no soy una madre perfecta (he llegado a ser mala, muy mala) y quiero que sepas que cargo con errores.

Quizá demasiados. Pero no puedo echar marcha atrás para enmendarlos. Lo único que puedo hacer es morir tranquila. Perdonarme y morir tranquila. —Le acarició la cabeza. Su cabello era corto y grueso como las púas de un erizo—. Tierra de Luna, necesito que me absuelvas. Sé que no puedes hablar, pero sí que vas a hacérmelo saber. Eres único. Mágico. Lunar. Eres fruto de la locura que rige mis últimas horas. O de aquellos encuentros con Oier y Juanma en el garaje de Carlos. Me has enseñado a analizarme. A no avergonzarme de mí misma. A arrancarme las máscaras que me acompañan. A perdonar incluso a Daniel. Porque ¿acaso sabemos cómo fue el maremágnum que agitó su alrededor? Solo él lo vivió. Reconozco que no quiero volver a encontrarlo en ninguna parte. Eso no, por favor. Pero ya no le guardo rencor».

Sua tiritaba de frío. Estaba recostada de lado con una garrafa vacía entre los brazos envuelta en la manta. La apretó con las pocas fuerzas que le quedaban y fue entonces cuando lo sintió.

Una mano pequeña, fría, de seis dedos y porosa como las rocas del mar acariciándole el rostro sucio.

Tierra de Luna.

La absolución.

Ya era libre.

*

El subcomisario Nando García iba al volante del todoterreno que subía a Erlaitz a Lur de las Heras, Maddi Blasco, Mateo Algorta y Kirmen González. No llevaban trabajando juntos ni una semana, pero sí lo suficiente para que la oficial supiera que formaban un buen equipo. Así daba gusto. Gente buena. Gente equilibrada. Últimamente le costaba encontrarla. No abundaba. No sabía si era real o una percepción suya. La dureza de los últimos años la había envuelto en una especie de penumbra. Miró a Kirmen y quiso preguntarle qué opinaba al respecto. Era muy probable que lo mismo. Quizá ella también era una agonías, como su compañero.

«Unos tienen la fama y otros cardan la lana», se dijo.

La carretera era sinuosa. Algunas de las curvas giraban ciento ochenta grados y el subcomisario las tomaba sin prisa. Los limpiaparabrisas trabajaban a pleno rendimiento para que los enormes copos que caían del cielo no interfirieran ni un ápice en la conducción. Sobre el asfalto empezaba a intuirse una película blanca, fina y perfecta que los

neumáticos destrozaban con sus rodadas. Tras su paso, líneas negras y blancas. Paralelas. Dentro del vehículo no hacía frío y las ventanas estaban empañadas. Las luces largas dejaban ver una estampa preciosa. Los árboles, negros, acogían en sus ramas la tremenda nevada y se inclinaban por el peso.

El subcomisario activó el intermitente y estacionó en el aparcamiento que estaba junto al punto de información. El otro todoterreno, que los había seguido a pocos metros, no tardó en llegar.

Enfrente se alzaba el mojón de los Desertores. Era originario del siglo XVII y en la piedra tenía una frase tallada que decía: desde aquí la deserción tiene pena de la vida, una advertencia que iba dirigida a los soldados que vigilaban la frontera y que se estuvieran planteando desertar de España para huir a Francia.

Lur pensó que ahora iba dirigida a ellos. No podrían irse de allí sin Sua o pagarían con su propia vida.

Salieron de los vehículos. Cinco grupos de dos personas. Todos ellos llevaban una copia a tamaño reducido del mapa de esa zona. Todos sabían qué búnkeres tenían que registrar. Linternas y herramientas para forzar las puertas o los candados con los que se topasen. Ese era su arsenal.

Allí arriba el aire azotaba con más fuerza y no tardó en helarles la poca piel que llevaban descubierta.

—Los equipos iremos comunicando nuestros movimientos —dijo el subcomisario. Iba casi oculto bajo su ropa de abrigo. Solo se le veían los ojos verdosos—. ¿Queda claro? —Tras la conformidad de todos, añadió—: ¡En marcha!

Lur y Maddi avanzaron hasta la zona que debían recorrer: una loma empinada llena de vegetación. Tenían que alcanzar la cima para llegar al antiguo fuerte de Erlaitz. La oscuridad y la tormenta de nieve no lo iban a poner nada fácil. La patrullera elevó el rostro para mirar el terreno.

—¿Seguro que quieres subir? —le preguntó a Lur. Conocía sus limitaciones. El ascenso no iba a ser sencillo.

—Debo hacerlo.

Los copos de nieve ya se habían empezado a enredar en la melena de Maddi.

—Por ahí parece más fácil —señaló con la linterna antes de subirse la capucha del abrigo.

Las dos mujeres ascendieron con determinación. Tenían que alcanzar los barracones en ruinas que había en la cima. En 1891 aquellas edificaciones fueron el campamento provisional de los trabajadores que participaron en la construcción del fuerte que había mencionado Aitor. Un fuerte que jamás se finalizó, ya que las obras se paralizaron un año después.

Lur hundía con dificultad las botas entre la hierba y la nieve. No lograba seguirle el ritmo a Maddi. Los músculos de las piernas, rígidos y en baja forma, tiraban y le provocaban dolores continuos. Talones, gemelos, isquiotibiales, cuádriceps, caderas. Todo se quejaba. Como si perteneciera a una maquinaria oxidada y en desuso. Ella estiraba todos los días, no se saltaba la dieta antiinflamatoria. ¿Por qué entonces le costaba tanto recuperarse? ¿Por qué aquella limitación aguda?

—Ya casi estamos —la animó Maddi.

Su amiga la conocía de sobra para saber que las estaba pasando putas. Poca gente la conocía como ella.

Se emocionó al ver que se detenía y le tendía la mano enguantada.

—Vamos —añadió moviendo los dedos.

Lur titubeó, pero enseguida se la tomó. Se agarró con fuerza para seguir ascendiendo. Para no rendirse.

Zancada tras zancada consiguieron llegar a la zona de los barracones.

—Aquí es imposible que esté oculta —dijo Maddi iluminando las tres ruinas—. Son solo esqueletos. Sin techo y sin alguna de las paredes es imposible esconder a nadie.

Las plantas trepadoras se habían adueñado de las construcciones y abrazaban las piedras como si fueran parte de la naturaleza. Los árboles y la maleza crecían dentro y salían sin ningún tipo de orden por los huecos de las ventanas. Era una estampa singular. Hermosa.

Lur sacó el mapa plastificado del bolsillo. Le temblaban las piernas por el esfuerzo.

—El depósito de agua que abasteció la obra y a los trabajadores del fuerte está en esa dirección —señaló.

Las dos mujeres se movieron hacia allí. La pendiente volvió a pronunciarse, dificultando la caminata. Los copos pesados se hincaban en el suelo nevado como proyectiles. Lur se retiró varios de las pestañas.

—Ahí está. —Llevó el haz de luz de su linterna hasta una construcción de piedra semienterrada en una loma. Parecía una torre medio derruida. La tierra que la rodeaba dibujaba una diagonal perfecta en la fachada.

Apresuraron el paso para alcanzarla y avanzaron hacia la zona más alta. Sobre la base había una plataforma redonda y oxidada de unos tres metros de diámetro. La intentaron mover entre las dos, pero no cedió.

—¡Sua! —gritó Lur—. ¡Somos de la Ertzaintza! ¿Estás ahí?

Lo único que oyó fueron los latidos del corazón golpeándole las sienes.

Maddi se quitó la mochila de los hombros y sacó la pata de cabra para hacer palanca. Hincó la punta en una ranura y las dos empujaron la herramienta con todas sus fuerzas, pero la plataforma no se movió ni un milímetro.

—Rodeemos el depósito —sugirió Lur.

Las dos mujeres se agarraron a la piedra para descender sin resbalar. El terreno en el que estaba construido era irregular y empinado. La nieve y la oscuridad de la noche complicaban cualquier movimiento. Dieron con una pequeña entrada con forma de arco. Tenía una puerta encajada.

Maddi volvió a echar mano de la pata de cabra. La ajustó e hicieron fuerza a la de tres.

—Parece que se mueve —susurró la oficial.

—¡Empuja! —exclamó su compañera apretando los dientes.

Cargaron todo el peso sobre la herramienta hasta que la puerta se desplazó por completo. La agarraron entre las dos y la tiraron al suelo.

Los latidos eran tan sonoros que Lur no supo si eran suyos, de Maddi o de ambas.

Iluminó el interior del depósito y asomaron medio cuerpo. Se imaginaron a Sua en el fondo, agazapada, pero solo hallaron vacío y

soledad.

Fantasmas de hacía más de un siglo.

—No está en el depósito de agua —comunicó Lur a través del *walkie* —. ¿Tenéis novedades?

—Ninguna —respondió Nando.

Maddi le quitó el mapa del bolsillo del abrigo y localizó el búnker más cercano. Le pidió que la siguiera con un gesto.

El terreno volvía a empinarse y a llenarse de maleza. A Lur cada vez le costaba más avanzar. El viento la frenaba como si peleara contra ella. Como si quisiera detenerla. También le helaba la nariz desprotegida. Elevó el labio superior para templarla y pestañeó para calentarse los ojos fríos y secos. Permaneció con los párpados bajados y se concentró en esos segundos de tregua. De calidez. Ni siquiera la capucha evitaba que oyera el zumbido constante y obsesivo del aire. Estaba preparado para volver a atacar. Para ensañarse con ella.

Dio un paso al frente y algo que no era el viento la retuvo. Tiró de ella hacia delante y oyó desgarrarse el tejido del abrigo.

Enfocó con la linterna.

Zarzas. Se había quedado atascada en un zarzal. Se ayudó con las manos para desenredarse. Los tallos la envolvían con posesión de cintura para abajo y las espinas se le clavaban por todas partes. Eran afiladas como colmillos de gato. Tiró de las ramas con fuerza para salir de la trampa. Los pinchos le atravesaron los guantes.

—Mierda —susurró mientras peleaba.

Hincó la bota derecha en la nieve y, con un último impulso, logró liberarse.

Delante ya no estaba Maddi. Aceleró el paso para no perderla.

—¡Aaah!

Lur la oyó. Era ella. Era su grito.

—¡Maddi! ¿Dónde estás?

Avanzaba desesperada, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Los copos se habían vuelto más grandes y cada vez era más difícil ver en la distancia.

—¡Aquí!

Su voz no sonaba lejos. Se bajó la capucha para oírla mejor.

—¡Voy! ¡Aguanta!

Distinguió las pisadas de su compañera sobre la nieve. Enfocó y las siguió lo más rápido que pudo. El sendero no tardó en estrecharse y empedrarse, y no le quedó más remedio que aminorar la marcha. Iluminó con la linterna y enseguida entendió el porqué. Un enorme agujero se abría frente a ella. Eran las antiguas excavaciones realizadas para la construcción del fuerte.

—¡Aquí, Lur!

Sonaba cerca. Muy cerca.

Movió el haz de luz en varias direcciones y los copos que pilló a su paso resplandecieron como si estuvieran a punto de estallar. Consiguió localizar a Maddi. Rodeaba con los brazos un matorral que había en el camino. El resto del cuerpo colgaba hacia el socavón. Corrió hacia ella, se arrodilló en el suelo y la aferró de las axilas.

—He resbalado —se lamentó ella.

—Tranquila. No voy a soltarte.

Lur se sentó en el suelo sin dejar de agarrarla y apoyó las botas en una roca para hacer palanca. Había una caída de unos cinco metros. El agujero estaba encharcado y lleno de pedruscos y vegetación silvestre. Ella tampoco tenía fuerza. Le temblaba todo. Se maldijo por haber animado al equipo a subir. Jamás se lo perdonaría si algo le pasaba a Maddi.

—Agárrate a mí e intenta apoyar los pies donde puedas para ir subiendo.

La patrullera se enganchó a sus brazos, dobló las rodillas y fue trepando con su ayuda hasta conseguir regresar al camino.

Las dos se quedaron tiradas como dos fardos sobre la nieve. Se levantaron a duras penas.

—¿Estás bien? —le preguntó Lur, agarrándola de los hombros.

—Sí, sí. Gracias. ¿Y tú? —preguntó Maddi con resuello mientras le arrancaba un resto de la zarza que le rodeaba el brazo.

—Me quedé atrapada unos metros atrás —explicó—. Por eso no iba detrás de ti.

—Si te pasa cualquier percance, grita fuerte. No podemos separarnos.

El cansancio, la ventisca y los nervios les dificultaban hablar con fluidez.

Siguieron la senda sin dejar de enfocar los socavones. Tras el susto, el caminar era más cauteloso.

—Según el mapa —murmuró Lur—, aquí debería estar el búnker.

Pero alrededor solo había zarzales y multitud de arbustos.

—¿Igual nos lo hemos pasado? —dudó Maddi.

Retrocedieron unos metros y dieron varias vueltas por la zona. Les costó un buen rato hallarlo porque estaba camuflado entre la tierra y la maleza. Parecía un montículo que se elevaba unos centímetros del suelo. La patrullera iluminó los ventanucos de las ametralladoras. Estaban taponados a causa del musgo y del barro. Aitor les había explicado que la entrada estaba al otro lado y que se accedía descendiendo por un hoyo. Bordearon el búnker para localizarlo. Había unas escaleras trepadoras en una de las paredes.

—Enfócame con la linterna y bajo yo primero —dijo Maddi—. En cuanto alcance el suelo, ilumino hacia arriba.

El haz de luz de Lur recorrió el agujero estrecho mientras se agarraba a los peldaños. Comenzó a descender con destreza, como si llevara toda la vida haciéndolo.

Cuando le tocó el turno a la oficial, se quitó los guantes y los guardó en la mochila. Necesitaba el sentido del tacto más que nunca. Compensar sus rigideces y su torpeza. Rodeó los estribos con los dedos. Estaban ásperos. Olían a óxido. Descendió un peldaño. Ahí dentro no se oía el zumbido del viento. Solo había silencio. Bajó despacio hasta que consiguió reunirse con su compañera en tierra firme, sobre la capa de nieve que se había acumulado.

Se percataron de que en una de las paredes había una puerta metálica encajada. Mientras Maddi la enfocaba con la linterna, Lur la recorrió con las manos.

—Aquí hay un candado. —Hincó las rodillas en el suelo, se descolgó la mochila y sacó una cizalla.

Abrió las mandíbulas de la herramienta y rodeó el arco del candado con las cuchillas.

Su compañera se arrodilló para ayudarla. Las dos ejercieron toda su fuerza sobre las empuñaduras hasta que oyeron un fuerte chasquido.

Sacaron el candado y tiraron de la puerta, pero estaba tan encajada por culpa de la nieve que no se meneó ni un centímetro. La retiraron con las manos e hicieron palanca con la pata de cabra.

—Una, dos y tres —susurró Maddi para unificar el impulso.

La puerta chirrió de forma desagradable cuando empezó a moverse. La agarraron y tiraron de ella hasta abrirla. Un olor pestilente escapó del interior.

Lur se tapó la nariz y la boca con una mano y con la otra iluminó el interior del búnker. Era tal la cantidad de basura y tierra alojada ahí dentro que entre el suelo y el techo apenas había espacio. Calculó que menos de metro y medio.

—¿Sua? ¿Sua? ¿Estás ahí? —Movió la linterna en todas las direcciones y descubrió un bulto, una melena enmarañada—. Joder. Veo un abrigo rojo.

Lo observaron conteniendo la respiración, los latidos.

Era ella.

Las recorrió un escalofrío que les erizó la piel.

Era ella.

Lur se agarró al búnker para entrar.

—Llamo a Nando y a emergencias —dijo Maddi, sacando el teléfono. Temblaba de pies a cabeza.

*

Creyó despertar o viajar. ¿Dónde estaba? La luz era tan blanca que se filtraba a través de los párpados bajados. Era increíble la fuerza que tenía el más allá. Y el frío que lo rodeaba. Tierra de Luna seguía entre sus brazos y se lo llevaría allí adonde fuera. Oyó voces, dos. Imaginó que había gente vagando, como ella. O volando. No percibía más que claridad. Decidió permanecer con los ojos cerrados y no decir nada. Ya le darían indicaciones. La garganta y las puntas de los dedos seguían escociéndole y el agotamiento no la abandonaba.

«Vaya mierda de muerte», pensó.

Se había llevado consigo no solo lo bueno, también las miserias. Todo eso le sobraba.

—¿Sua? ¿Sua? ¿Estás ahí?

Era su turno. Intentó mover un brazo, pero no lo consiguió. Tampoco reconoció quién la llamaba.

—Joder. Veo un abrigo rojo —repitió la misma voz.

*

Lur se arrastró como pudo allí dentro. El mal olor era tan intenso que tuvo que contener las ganas de devolver.

—Sua, cariño, ya estás a salvo —dijo mientras avanzaba hacia su cuerpo con la linterna enfocando al frente. ¿La estrella o la muerte? No podían haber llegado hasta allí y ahora encontrarla sin vida. No podían, no, joder—. Sua, por favor, dime algo.

La alcanzó. Estaba fría, pero su cuerpo no presentaba signos de putrefacción. Si había muerto, habría sido en las últimas horas. Dejó la linterna en el suelo y, con manos temblorosas, intentó tomarle el pulso. Rosa, Nekane y Anita aparecieron en su cabeza como un fogonazo.

«Vuestra niña está aquí. La hemos encontrado», pensó.

Los nervios no le permitían sentir los latidos.

—Ya he dado el aviso. ¿Está bien? ¿Está viva?

La oficial se volteó y vio a su compañera en la puerta.

—No le encuentro el pulso…

La patrullera se puso a cuatro patas y gateó hasta ellas a buena velocidad. Retiró las manos rígidas de Lur del cuello de Sua y movió el índice y el corazón a la altura de la yugular.

Nada.

Los bajó un poco.

Nada.

Los subió.

Nada.

Los movió hacia dentro.

Pum. Silencio. Pum.

—Está viva. Débil, pero viva —afirmó Maddi. Las dos ertzainas se miraron. Tenían los ojos vidriosos y un nudo en la garganta—. Quédate a su lado —añadió—. Voy a bajar a la carretera a esperar a los sanitarios para guiarlos hasta aquí.

Lur asintió. Después se quitó el abrigo y arropó a Sua. Le acarició la espalda. Le besó la cabeza. Le habló de lo mucho que la habían buscado. De que toda la gente que la quería la esperaba con el corazón en un puño. De que Daniel jamás volvería a hacerle daño.

Enfocó con la linterna dentro del búnker y, entre garrafas vacías y alimentos, descubrió un amasijo de huesos humanos. Solo Sua sabía por el infierno que había tenido que pasar.

La observó sin dejar de acariciarle la espalda. La pobre parecía abrazar algo que estaba cubierto por una manta. Lur tiró con suavidad para saber de qué se trataba y notó la contracción de los brazos de la chica cerrándose sobre el objeto. Le dio tiempo a distinguir qué era.

Una garrafa de cinco litros. Se aferraba a una triste garrafa vacía.

Lur la volvió a cubrir con el mismo mimo con que ella la protegía.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Sua fue abriendo los ojos muy lentamente. Tardó en buscarla con la mirada.

—Hola, Sua —susurró despacio, muy despacio. El corazón volvía a latir con una fuerza sísmica—. Soy Lur, la vecina de tu abuela Rosa. Soy de la Ertzaintza —añadió al tiempo que le metía un mechón despeinado detrás de la oreja—. ¿Me recuerdas?

*

Alguien quería llevarse a Tierra de Luna. Lo había notado en el movimiento de la manta. Abrió los ojos y la vio. La luz apenas le permitía distinguir sus facciones. Era una mujer de pelo largo, oscuro.

La muerte.

—(…) De pequeña solías comer todos los domingos en casa de tu abuela

Rosa.

Sua pensó que igual era el turno de ver pasar su vida o de que alguien se la contara con voz calmada y agradable mientras le acariciaba la cabeza. Jamás habría imaginado una cosa así.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Ella no respondió. Tenía que esforzarse. Comunicarse con la muerte para que le quitara las molestias y la suciedad.

—La… garganta —dijo con un hilillo de voz.

La muerte acercó la cabeza a sus labios para oírla mejor. Su pelo olía bien.

—La gar-ganta. La… cabeza. Todo.

—Enseguida te encontrarás mejor. Confía en mí.

Unas voces acercándose causaron que Sua moviera los brazos para apretar a Tierra de Luna contra sí. Miró con terror.

—Tranquila, cariño. Son los sanitarios. Vienen a ayudarte. A llevarte al hospital y después a casa. Tu madre te espera. También tus abuelas.

Ella la observó. Parpadeó. ¿No era la muerte?

—¡Salga para que podamos entrar! —exclamó alguien.

—Te espero fuera, Sua. —Le besó la frente—. Cierra los ojos. Es posible que necesiten iluminar el búnker.

Obedeció.

La mujer le rozó el rostro con el dorso de la mano antes de arrastrarse hasta el exterior.

Dos personas entraron y la rodearon. Entreabrió los ojos. Eran dos hombres. Iban uniformados y llevaban un maletín. Le hablaron con cariño, pero no entendió qué le decían. Estaba aturdida. Abrumada. Uno de ellos intentó arrancarle de los brazos a Tierra de Luna y ella gimoteó.

—¡Ey! —Era la voz de la mujer—. No le quitéis la garrafa, por favor. Dejad que la tenga.

Y aquello bastó para que permaneciera pegado a su pecho.

*

Se detuvo frente a la puerta de su casa. Tomó aire. Lur contempló las

escaleras que subían hacia las otras plantas. Se imaginó la emoción que ahora mismo llenaría cada rincón del piso de Rosa. Había sido ella misma quien se había encargado de llamarla desde el hospital para decirle que su nieta había aparecido. También a Nekane. Dejó que el sentimiento de satisfacción, de alegría, campase a sus anchas por su cuerpo. Se lo merecía. Se concedió un minuto de paz. De soledad.

Sua estaba viva. Deshidratada y agotada, pero viva. Era muy probable que necesitara ayuda psicológica, pero ya estaba a salvo. Quizá le costase recuperarse del daño emocional, pero con el paso del tiempo lo lograría. Sua estaba viva.

No habían hablado mucho con ella a causa de su estado, pero lo suficiente para que les contara que Daniel la había encerrado en el búnker después de matar a Cristian.

Abrió la puerta y entró. Se quitó las botas de monte y dejó las llaves sobre la encimera. Recordó las cartas del tarot. ¿Esperanza o muerte? Teniendo en cuenta los restos humanos hallados en el habitáculo, las dos cosas. El baúl parlante esta vez no crujió. Menuda noche. Fue hasta el dormitorio de Guillermo como una zombi. Iba descalza y sus piernas respondían por inercia, como si no le pertenecieran. Andar cuesta arriba, con el peso de las botas y la dificultad de la nieve, la había dejado rota. Se recuperaría. Estaba viva. Seguía viva.

La puerta estaba entornada. Del interior salía una luz tenue. Lur golpeó la madera con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. La empujó para abrirla un par de palmos. Asomó la cabeza y vio a su exguía tumbado sobre la cama hecha. Tenía las rodillas dobladas y los auriculares puestos. Se levantó como un resorte al verla. Se arrancó los auriculares.

—¿Cómo ha ido? ¿Estás bien? —dijo preocupado.

En el rostro de ella se dibujó una sonrisa. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Ha aparecido? —preguntó emocionado. De los auriculares se escapaba la canción *White Sands*, de Still Corners.

—Está bien. Está viva.

Se fundieron en un abrazo prolongado que los llenó de algo parecido a la felicidad. Lur movió la cabeza y buscó su boca, su lengua. Quería más de él y no iba a permitir interrupciones. Guillermo parecía ansiar lo mismo y no tardó en empezar a quitarle la ropa de abrigo que

llevaba encima. El anorak frío y aún húmedo, los pantalones mojados hasta la altura de las rodillas.

Ella le hizo levantar los brazos para sacarle la camiseta. Le recorrió el pecho con los dedos como si tocara una escultura recién esculpida. Volvieron a besarse y el abrazo empujó el jersey de Lur contra la camiseta interior, lo que liberó el olor Fritz. Guillermo dejó de besarla al percibirlo. La miró.

—Es una larga historia. —Se quitó el jersey y se mostró ante él con la camiseta Milagro. Al hacerlo, le entregó su cuerpo, su alma. Su verdadera desnudez.

Él ascendió por sus brazos con las manos. Rozando el tejido. Desde los puños de la camiseta hasta los hombros.

—Ya me la contarás otro día —dijo Guillermo al tiempo que se la quitaba. La tiró hacia el pasillo, haciendo añicos todo el misticismo. —Se acercó para olerle el cuello, para recorrérselo con la boca. Buscaba su aroma. Solo su aroma.

Se tumbaron en la cama y se dejaron guiar mutuamente. Recorriendo cada centímetro de la piel ajena. A bocados.

Sin secretos, sin preocupaciones.

Sin pecado.

*

Un chocolate caliente y ropa seca. En concreto, su pijama verde esmeralda y unos calcetines gruesos. Maddi no necesitaba nada más. No pedía nada más. Después del frenesí emocional de la noche, sentía una mezcla de vacío y satisfacción. Tenía ganas de llorar. También de gritar. Pero se mantuvo en silencio, sentada a la mesa. No había angustia. No había globo en la laringe. Calma. Espacio. Que los sentimientos se posaran en el fondo. Su marido la acababa de felicitar, y ella sabía lo mucho que le había costado hacerlo. No le hacían falta sus esfuerzos. La abrumaban. Sua era libre. Sua estaba bien. Esa era la recompensa.

—¿No vas a cenar nada? Quedan macarrones.

Se preguntó cuántos kilos habría cocido durante estos días.

—Me vale con calentar un poco el estómago —susurró rodeando la taza con las manos.

Fidel estaba apoyado en la encimera, observándola.

—García estará contento.

Maddi no le siguió el juego. Intuía en qué desembocaría la conversación. La pregunta le quemaba a su marido en la garganta, en la lengua.

—Me refiero a que estará contento con vosotras.

Sabía a qué se refería. Claro que lo sabía.

Se acercó la taza a los labios y apuró el chocolate.

—¿Y si te ofrece incorporarte al departamento de casos? —lo soltó antes de que las palabras le provocaran quemaduras de primer grado en la boca.

Maddi se levantó y enjuagó la taza en la fregadera.

—¿O ya te lo ha ofrecido? —añadió él.

La metió en el lavavajillas. En otra ocasión, la ansiedad ya habría aparecido, pero los acontecimientos de la noche le habían fundido las terminaciones nerviosas.

—No, Fidel. No lo ha hecho —dijo poniéndose frente a él. Lo miró a los ojos.

«Pídemelo si tienes huevos. Dime lo que quieres», pensó sin apartar la mirada.

Dio un paso hacia él y apoyó la frente en su pecho. Fidel olía bien. Fidel follaba bien. Seguía viéndolo atractivo. Sus cuerpos se entendían.

Él se quedó paralizado. Los brazos paralelos al cuerpo.

«¿Qué te pasa, eh? —se dijo ella—. ¿De qué tienes miedo?».

Pero estaba demasiado cansada para preguntárselo.

Retiró la frente de su pecho.

—El solo hecho de imaginar que nuestra hija podía haber sido Sua ha estado a punto de matarme —le confesó.

—Mía está bien. No te tortures.

—Voy a darles un beso de buenas noches.

Él le dio la espalda para llenarse un vaso de agua y ella aprovechó para salir de la cocina. Entró en el dormitorio de sus hijos. El pijama verde esmeralda, los calcetines gruesos, el sabor a chocolate en la boca y sus hijos. Qué calidez. Qué felicidad.

La tormenta se había quedado en el monte. En la ciudad soplaba un viento gélido pero amistoso. Lloviznaba. Y, aunque algunas gotas de agua se convertían en copos de nieve, eran tan finos que se deshacían con el suave roce de los dedos. Cerró los ojos y trajo de vuelta el frío que había pasado en Erlaitz.

Se acercó a la cama de Igor y le besó la frente. Él ni se inmutó. Dormía como un tronco. Se alejó para dirigirse a la de Mía. Ella tampoco la había oído entrar. Estaba recostada de lado, frente a su hermano, como siempre. Vigilancia mutua. Maddi se ovilló detrás de ella. Contempló su silueta bajo las mantas. Tan pequeña, tan bonita, tan frágil. ¿Quién querría hacerle daño? La opacidad del búnker hizo acto de presencia.

Le puso la mano sobre el brazo. No quería despertarla, pero necesitaba abrazarla.

«Mi niña», se dijo. ¿Conseguiría protegerla de los monstruos? ¿Sería capaz de hacerlo?

Tomó aire. Sua estaba en casa, Mía estaba en casa. Ella estaba en casa.

Vació los pulmones y cayó en un sueño profundo.

Viernes, 17 de enero

Llevaba una semana sin consumir purasangre y el síndrome de abstinencia se había ido minimizando con el paso de los días. Qué terrible era el recuerdo de esas ochenta y seis horas infernales. De esas ochenta y seis horas de sufrimiento que lo único que consiguieron fue incrementar al máximo la angustia por la desaparición de su hija. Pensaba dejarlas atrás. El consumo también. Mirar al frente agarrada de la mano de Sua y de su madre.

Qué cerca había estado de perderlo todo. Qué inconsciente había sido. Qué locura. Había puesto en riesgo lo único que la hacía feliz. No sabía qué habría hecho si hubiera perdido a la persona que más quería, la que más la conocía. No volvería a fallarle.

—Ya he llamado a la clínica terapéutica de Donosti —le susurró a su madre.

Estaban en el hospital. Sentadas alrededor de la cama de Sua, que dormía.

—¿Y qué te han dicho, hija? —Movió la silla para colocarla a su lado. Le puso la mano en el hombro.

Nekane había tomado la decisión de ingresar en el centro antes de que nadie se lo sugiriera. Quería lo mejor para Sua, para las dos.

—Que ahora mismo tienen varias plazas libres.

—Ay, hija —se lamentó. Se le escaparon varias lágrimas.

Ella sonrió con tristeza.

—Voy a ponerme bien, ama. No te preocupes. Me han explicado que varios profesionales me ayudarán a trabajar la desintoxicación y la rehabilitación. Tengo ganas de hacerlo. Estoy animada. Esperaré hasta que Sua se recupere para ingresar. Al principio la terapia será intensiva, por eso he de mudarme allí, pero más adelante podré volver a casa porque me harán un seguimiento ambulatorio.

—No te preocupes por Sua. Ella estará muy bien conmigo. No voy a

moverme de vuestro lado hasta que os recuperéis.

—No quiero ocasionarte molestias…

—Soy tu madre y su abuela —la interrumpió—. No me quites ese privilegio. Y a partir de ahora me pedirás ayuda cuando la necesitéis. Llevo años viviendo ajena a lo que en realidad ocurría y no sabes cuánto me pesa. Hasta el día que me muera podéis contar conmigo para lo que sea. No quiero que lo dudes ni un solo segundo.

Anita le acarició la mejilla. Las pecas de Nekane estaban desdibujadas sobre aquel rostro flaco y pálido y su cabello rizado había perdido el brillo. ¿Dónde estaba su niña? Para que no se le partiera el alma, se agarró a la expresión que ahora mostraban sus ojos. A diferencia de los últimos días, hoy estaban cargados de esperanza.

De ganas.

Sábado, 18 de enero

¿Aquella comodidad era real? Los hospitales nunca le habían parecido muy confortables, pero su paso por el búnker le había hecho cambiar de idea. Un colchón, unas sábanas, una manta. Tranquilidad. Ausencia de miedo. Por no hablar de la higiene. Cuando la sentaron bajo el agua de la ducha fue como alcanzar el nirvana. Había soñado con ello durante todo el encierro.

Tomó aire. El ambiente olía bien. Ni siquiera el aroma a diferentes comidas, a comedor de colegio, interfirió en ese pensamiento. Sabía que alguien estaba a su lado. Escoltándola. Desde que había salido, su familia y amigos se habían turnado para no dejarla sola.

Despegó los párpados. El cabello rizado y alborotado de Oier. El cuello largo y fuerte. Los hombros rectos. La sonrisa sincera se iluminó ante ella. Cientos de mariposillas se activaron en el estómago de Sua.

—Ey —susurró él. La tomó de las manos—. ¿Qué tal has dormido?

Los dos tenían las uñas destrozadas. A ella se le habían caído cuatro por culpa de rascar la tierra del ventanuco, y las de Oier estaban al ras y recubiertas de heridas de habérselas mordido tanto en la última semana.

—Muy bien. —La afonía casi había desaparecido del todo—. ¿Cuándo has venido?

—Muy temprano. A las seis. Le dije a tu madre que se fuera a dormir.

Sua miró sus ojos centelleantes. Oier era como un niño grande, pero llevaba días sabiendo que algo había cambiado. Ahora mostraban sufrimiento.

—Quiero que me cuentes por qué tú y Juanma os rehuís. ¿Qué os ha pasado?

El chico le apretó las manos.

—Nada, Sua… Ahora lo importante es que descanses y te repongas cuanto antes.

—Cuéntamelo, por favor.

Oier suspiró.

—Supongo… supongo que se arrepiente de lo que ocurrió en el garaje de su hermano. —Las mejillas se le sonrojaron—. Creo que se avergüenza, que no puede perdonarme que yo diera el primer paso y lo expusiera ante… ante el espejo, creo.

—Quizá solo necesite tiempo y…

—No lo sé —la interrumpió él, afectado—. Lo hemos pasado mal durante esta semana. Juanma y yo fuimos los últimos en verte el día de la desaparición. Por esa razón, la Ertzaintza nos puso en el centro de la diana. La presencia de tu ADN en el todoterreno de Carlos lo arrastró a él también. Se avergonzaba tanto de lo ocurrido que no fue capaz de contar la verdad. Sacrificó incluso a su hermano. El pobre, de la manera más tonta, se ha comido un buen marrón. Yo no podía entender el comportamiento de Juanma; hoy por hoy sigo sin hacerlo. —Bajó el rostro y le soltó las manos—. Es como si odiara aquel último encuentro. O como si se forzara a odiarlo.

—Su padre es un retrógrado. ¿Crees que tiene algo que ver?

Oier no supo qué contestar.

«Los tres mosqueteros», pensó ella con tristeza.

—Quiero que sepas que, pese a todo, Juanma te ha buscado sin descanso.

Sua observó la garrafa vacía que la había acompañado hasta allí. Estaba en una esquina de la habitación, bajo la ventana.

—Os he echado tanto de menos…

—Y nosotros. No sabes cuánto.

Él seguía hablando de Juanma como antes. Siempre lo incluía en sus conversaciones. A ella la embargó la melancolía.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes.

Oier se encogió de hombros.

—No podemos aferrarnos al pasado. Mira hacia delante, Sua.

Cristian ya no estaba y Juanma, tal vez, tampoco. Rogaba que no la

hiciera elegir entre los dos. Los quería de igual forma.

—Yo no me arrepiento de nada —confesó él.

Ella sonrió y estiró los brazos hacia él.

Oier se levantó de la silla y aceptó su invitación con la emoción en el pecho.

Estaba viva. Estaba viva.

Se fundieron en un abrazo y los dos lloraron en silencio.

*

La búsqueda de Sua le había regalado una sacroilitis. La víspera tuvo que ir al médico porque no aguantaba el dolor y ese fue el nombre que la doctora le dio. Así era el cuerpo de Lur. Cualquier esfuerzo era colosal y sus músculos y articulaciones respondían en proporción. Desde la noche del rescate, se pasaba la mayor parte del día en reposo, pero hoy había hecho una excepción. Necesitaba ver a Sua rodeada de luz, de libertad. Y quería hacerlo antes de que la chica volviera a recuperar su vida. Cuando la retomara, ella no iba a interferir para no traerle malos recuerdos. Hoy cerraría el capítulo.

Guillermo la había llevado al hospital y la esperaría en el aparcamiento hasta que regresara.

—No tardaré —susurró ella.

Los dos estaban apoyados en los asientos del vehículo. En paz. Estudiándose con una sonrisa tonta en los labios. Desde el jueves por la noche apenas se habían separado. El exguía era un buen hombre. No le cabía duda. Estaba hecha un trapo y él se empeñaba en permanecer a su lado pese a todas las consecuencias y limitaciones. Si aquello no demostraba que valía su peso en oro, entonces, ¿qué lo haría? Lur había decidido dejarse caer y resquebrajar la coraza. Que se rompiera en mil pedazos. No oponer más resistencia. Para qué.

Guillermo le acarició el dorso de la mano con los dedos y esquivó la herida que le había dejado la cantera. El tacto de sus yemas seguía electrificándola. La bendita química la hacía cautiva. Que hiciese con ella lo que quisiera. Lo seguiría allá adonde fuese. ¿Una nueva secta? ¿Una ONG? Lo que él decidiera. Acortaron la distancia que los separaba y se besaron sin prisa frente al hospital en el preciso instante en el que una mujer daba a luz a un bebé de cuatro kilos en la sala de partos y otra perdía la vesícula en uno de los quirófanos.

Vivir su momento. Hacerlo con intensidad. Ser felices, como rezaba la pizarra del bar del chocolate con churros. Era lo único que se habían propuesto.

—No te muevas de aquí —dijo tras salir del coche.

La sacroilitis la hizo cojear de camino a la habitación. Detestaba que desde fuera la vieran así. Siempre con sus armaduras, con sus secretos. Lur, la tía de hierro. Ya le gustaría.

La víspera, su doctora había aprovechado para entregarle los resultados de varias pruebas. Le había dicho que había dado positivo en una bacteria. ¿Una bacteria? Que podía ser la causante de parte de su sintomatología. ¿Una bacteria? Y que cuando se recuperara de la sacroilitis se pondrían manos a la obra para erradicarla. ¿Una bacteria? Que era un tratamiento duro. Ciento veinte antibióticos en diez días.

¿Y si era la responsable de todo? ¿Y si mejoraba al eliminarla? No quiso hacerse ilusiones.

Golpeó la puerta de la habitación con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz masculina.

Lur abrió y se topó con Oier. Estaba sentado junto a Sua. Se levantó.

—*Egun on*. Solo quería saber qué tal se encuentra.

—Pasa, pasa. Está despierta. —Su cuerpo tapaba el de la chica. Se movió hacia la ventana.

Tumbada en la cama, Sua resplandecía. Su cabello ondulado y sedoso serpenteaba sobre la almohada. Al igual que la noche a las estrellas, el encierro tampoco había logrado apagarle la luz de las pecas del rostro.

—¿Me recuerdas? —dijo yendo hacia la cama.

—Claro, Lur. —Estiró las manos para que se acercara y se las tomara.

La oficial disimuló la cojera y avanzó. Sus dedos no tardaron en entrelazarse.

—¿Qué tal estás? Te veo muy bien.

Oier se acercó a los pies de la cama.

—Voy a la máquina a por un café. Os dejo tranquilas.

Las dos asintieron.

—Mi ama y yo hemos hablado mucho de ti —confesó en cuanto el chico salió de la habitación—. Incluso me ha enseñado fotos tuyas antiguas.

—¿Las de la boda de tus aitas?

—Sí. Hay unas muy bonitas. Estás con tu abuela. Ibas de negro, como ahora. Llevabas un vestido precioso.

—Sí, lo recuerdo. Aún lo conservo.

—Le diré a mi ama que te las envíe.

—Me encantaría. Gracias.

—No, gracias a ti. Si no llega a ser por…

—No, Sua —susurró con cariño—. No he venido a eso. Simplemente necesitaba verte. Dar contigo nos ha hecho muy felices. A todo el equipo.

La chica sonrió y, al hacerlo, se le cerraron los ojos.

—Te dejo descansar. Tu madre y tú me tenéis para lo que necesitéis. —Le soltó las manos. Miró la esquina, bajo la ventana—. Cuando te encontramos la tenías entre los brazos. Veo que todavía la conservas.

Sua ladeó la cabeza hacia la garrafa. Se quedó unos segundos callada.

—Sí, pero te la puedes llevar.

—¿Estás segura?

—Hazlo, por favor.

Lur le acarició el brazo y fue hacia la garrafa. Se agachó de forma ortopédica esquivando un gesto doloroso, la cogió con una mano y la llevó pegada al cuerpo para que ella la viera lo menos posible. Le dio la espalda y la apretó contra el pecho.

Sua la vio marchar.

Alta, delgada. Abrigo, pantalón, cabello y botas, todo negro.

Pensó que quizá sí tenía algo de muerte, como creyó cuando la vio en el búnker.

No podía conservar la garrafa toda la vida. No podía. Y si alguien debía llevársela era ella.

«*Agur*, Tierra de Luna», se dijo para sí con un nudo en la garganta.

*

En Salamanca los esperaba una nueva vida. Su madre les había tendido la mano y había asegurado que ahora mandaba ella. Nadie más. Que no volverían a pasar miedo ni penurias. Cuidaría de la Maca y de ella. Del pequeño Max. Jimena pensó en su hija. Estaba contenta. Ilusionada. Por fin retomaría los estudios. Accedería a la universidad. Sería profesora. Ella quería eso. «¿Por qué no nos dejamos ayudar?», le había preguntado la víspera. Y eso le bastó para tomar la decisión. La Maca merecía eso y más. Un futuro esperanzador en el que poder sobrevivir sin Cristian.

—En dos horas llegaremos —dijo su tío Alberto, mirándola a través del espejo retrovisor.

Jimena asintió con la cabeza y se acarició el anillo charro.

Su madre iba de copiloto, y Maca, Max y ella, atrás. El maletero atestado de cosas. Poco teniendo en cuenta que se trataba de toda una vida.

—Estate tranquila, ama, Daniel no volverá a hacernos daño —le susurró su hija.

El niño gorjeó. Sostenía en las manitas un sonajero. Jimena lo miró con miedo. ¿Qué tipo de persona sería en un futuro? Los hombres de su familia nunca se lo habían puesto fácil. Primero su padre, después su marido y por último su hijo mayor. Los ojos inocentes de Max le revelaron que él no sería así. Al contrario: se parecería a Cristian.

Suspiró con tristeza.

Lo habían enterrado en Irún y Jimena tenía pensado regresar de vez en cuando. En su cumpleaños, en el aniversario de su muerte, el Día de Todos los Santos. Volvería a él, a sus brazos. Su niño pequeño. Su protector.

Lo añoraría el resto de su vida.

¿Cómo iba a lograr continuar sin él?

Recordó el silencio de la cantera. Ella conocía más que nadie los

sonidos de las noches allí. Los leves desprendimientos de las paredes, el ulular de los búhos, la corriente del río, mansa en verano y salvaje en temporadas lluviosas.

La risa discreta de Cristian. El eco de su risa preciosa.

La cantera sería el paraíso al que su mente viajaría una y otra vez. Donde su hijo nació y creció. Donde fue feliz.

Lo mantendría vivo allí.

Para siempre.

*

Kirmen, acodado en la barra del bar, sonreía. El subcomisario estaba a su lado hablando con el camarero.

—Eso que se le ha dibujado en la cara ¿qué demonios es? —bromeó Mateo.

El equipo había quedado en el Café Irún para celebrar la resolución del caso y estaban sentados a una mesa a la espera de las copas.

—Igual se ha puesto bótox —dijo Maddi.

—¿Bótox? —preguntó él, confuso.

—Lo digo porque a veces tocan algún nervio facial que provoca ese tipo de extrañas muecas —explicó riendo de buena gana.

A Lur esa risa le supo agridulce. Los problemas con Fidel la hacían tirar para adelante y actuar, pero, por mucho que se carcajeara, el malestar se percibía sobre ella como un torbellino turbulento. Vivía a medias. Avanzaba con más dificultades que ella. Kirmen y Nando dejaron las copas y un plato de aceitunas sobre la mesa antes de acomodarse.

—¡Por el equipo! —dijo Mateo, elevando la suya.

Las cinco copas chocaron con un júbilo que ni la música del local fue capaz de silenciar.

—¿Qué tal con los de arriba? —preguntó Lur después de dar un trago. Sabía que su jefe había tenido que dar explicaciones sobre el operativo alternativo que montaron para rescatar a Sua.

—Están contentos. Quieren reunirse con todos vosotros.

—Lo importante es que ya está a salvo. —Kirmen elevó la copa—. Brindo por ello.

—Por Sua —dijeron a la vez.

Todos intercambiaron una mirada cómplice.

—Oficial De las Heras, agente Blasco, creo que es el momento de hacerlo, aquí, junto con Mateo y Kirmen: os quiero en el equipo —soltó Nando—, en el departamento de casos. Esas dos plazas son vuestras. Siempre lo han sido. No me jodáis y haced el favor de aceptarlas.

Maddi cogió su cerveza y la bebió de trago. Observó a Lur.

Sonrieron.

No hacían falta palabras.

—Por nuestra incorporación —dijo la oficial. Vertió un poco de su cerveza sin gluten en la copa vacía de Maddi para que bebiera tras el brindis.

*

Había tocado la felicidad con la punta de los dedos. Sua estaba viva. Viva. En cuanto se enteró, Juanma cogió la moto, condujo en plena nevada hasta el hospital e hizo guardia allí hasta que le permitieron verla. Jamás olvidaría lo que lloró al abrazarla. Tampoco lo que sintió. Un amor inmenso que a punto estuvo de romperle el corazón en dos. Un amor lastrado por el dolor, por la negación, por la despedida. No se quedaría junto a ellos. No podía. Su padre no toleraría algo así. No lo entendería. No lo soportaría. Sus dos hijos, su progenie, eran hombres. Dos líderes que heredarían la empresa de transportes. Juanma quería ser entrenador personal. A él le gustaban los gimnasios, el deporte, no las oficinas. Después del instituto su idea era estudiar educación física. «Una carrera, aita», solía decirle para intentar convencerlo. Para que se sintiera orgulloso. «La empresa que he levantado con el sudor de mi frente es lo que te va a dar de comer. Lo que te permitirá vivir como Dios. Podrás tener lo que quieras. No sé por qué hostias sigues negando lo evidente», le reprochaba al borde del cabreo.

Juanma sabía que nunca estaría orgulloso si no seguía sus pasos.

Si no era un calco de él.

Empresa, mujer, hijos y cochazo.

Se subió a la moto, miró de reojo la ventana de la habitación de Sua y se alejó a buena velocidad del hospital.

*

La poca nieve que quedaba en la ciudad era más bien gris, ya que se había mezclado con la suciedad de la calle. Ese era el rastro que perduraba de la gran nevada que cayó el jueves. Maddi la contempló a través de la ventana del Café Irún mientras se ponía el abrigo. Los montes, sin embargo, aún conservaban una buena capa, aunque la oscuridad de la noche no permitía verla.

Lur abrió la puerta del bar. Eran las primeras en irse a casa. El resto del equipo tenía pensado seguir brindando por la vida y el futuro. Le tendió la mano desde fuera y Maddi se la tomó para salir.

Caminaron con el brazo entrelazado hasta el aparcamiento. Habían hablado largo y tendido sobre Guillermo, sobre la propuesta de Nando y sobre Fidel en compañía de un par de cervezas y aceitunas manzanilla.

La calle se empezó a llenar de copos ligeros cuando entraron en el coche. Nevaba y no había miedo. Que el tiempo hiciera lo que quisiera. Ahora ya les daba igual. El búnker estaba vacío.

El coche se detuvo frente al portal de Lur.

—Mándame un mensaje cuando hables con él, ¿de acuerdo? —Esta vez no se anduvo por las ramas.

—Lo haré.

Le apretó el hombro con la mano antes de apearse.

Maddi se incorporó a la carretera y condujo bajo la débil nevada hasta la playa de Hondarribia. No sabía si para postergar el momento, para recapacitar o ambas. ¿Cómo se lo tomaría? ¿Le montaría otro numerito?

Ella nunca había soñado con pertenecer a un grupo de investigación. Se había conformado con patrullar, con ingresar una nómina al mes, con ver crecer a sus niños. Pero el caso de la familia Fritz se interpuso en su camino y sus ilusiones no tardaron en tomar otro rumbo. Desde entonces era otra persona. Una pasión. Una Maddi nueva. ¿Cómo iba a darle la espalda a aquella mujer? La vida había que vivirla antes de

que se esfumara.

De vuelta en casa, metió el coche en el garaje y subió. Consultó el reloj. Era medianoche. Mía e Igor ya estarían dormidos. Agotados. Los tres habían disfrutado de una tarde en el monte con los trineos.

Fidel estaba en la sala jugando a la consola, recostado y con cara de sueño. Maddi se quitó el abrigo, la bufanda y los guantes, y los dejó sobre el sofá. Se sentó a su lado.

—Tenemos que hablar —dijo ella tras suspirar.

—Nando te ha ofrecido el puesto. Es eso, ¿verdad?

Ella se estrujó las manos.

—Ya lo sabía yo —murmuró él, apagando la consola—. Y has dicho que sí, ¿o me equivoco? —Fidel olía bien. Fidel follaba bien. Seguía viéndolo atractivo. Sus cuerpos se entendían—. ¿Por qué no me contestas?

Quince años a su lado. Lo había querido de una manera salvaje. De esas que anulan, que te hacen beber los vientos por alguien. Besar el suelo que pisa.

—¿Te da vergüenza decir que has aceptado, Maddi?

Todavía le gustaban algunas cosas de él. Otras no. Esas eran imperdonables.

«Te llevaste a los niños para castigarme. Qué golpe tan miserable. ¿Cómo sigo mirándote a la cara?», pensó.

Ya no estaba en shock. Ya no era un colibrí.

—No es de eso de lo que quiero hablar —dijo por fin. Iba a ser la única manera de expulsar la ansiedad. De poder ser ella misma.

A Fidel se le contrajo el rostro. La piel se le llenó de arrugas profundas.

Maddi, frente a la playa, había barajado mil frases para decirle que lo dejaba, pero ninguna le había gustado. No era fácil expresarlo. Qué va. Y menos teniendo en cuenta que era el padre de sus hijos y un hombre orgulloso con el que iba a tener que tratar por los siglos de los siglos.

Eligió una, la primera que le vino a la boca, o quizá la que condensaba

lo que sentía, y se zambulló en el agua. De cabeza.

Epílogo

Un mes después

Salió de la celda con calma. La vida seguía adelante. No se detenía. Treinta días atrás, mientras pasaba la noche en los calabozos del juzgado, Daniel se enteró de que los ertzainas habían dado con el búnker. ¿Cómo lo habían logrado? ¿Qué pistas los llevaron hasta allí? Aún no se lo explicaba. Se arrepentía de no haberse follado a la pecosa y de no haberla matado después, pero, entre unas cosas y otras, el tiempo se le echó encima y ahora ya era tarde. Aquella zorra se había salido con la suya y lo iba a pagar. Vaya que sí. Él no tenía prisa. Esperaría a estar en libertad, a que estuviese limpita y confiada.

Con el hallazgo de Sua también habían encontrado los huesos de su viejo. Como desde el principio se había negado a colaborar, su abogado le había aconsejado no hablar hasta que se levantara el secreto de sumario. Y eso era lo que había hecho. Se puso delante de la jueza y no dijo ni mu. Ella ordenó su ingreso en prisión. De inmediato y sin fianzas.

Ya llevaba un mes allí dentro.

El letrado le había adelantado que se enfrentaba a varios delitos graves. Acabara el juicio como acabara, la pena sería larga, aunque ya se las arreglaría para salir en cuanto cumpliera la tercera parte. Sería listo. Allí dentro no pensaba quedarse.

Había intentado tener una conversación con su madre y con su hermana, pero las muy putas no le cogían el teléfono. Le hubiese gustado hablar con ellas. Tenerlas cara a cara para decirles que eran unas desagradecidas. Que fue él quien les quitó al viejo de encima. Quien arregló ese asunto y les permitió vivir en paz. ¡Y no Cristian, al que tanto veneraban!

Lo encerró después de la paliza que le dio a su madre porque sabía que regresaría para acabar lo que había empezado. Lo sabían todos. Era un ser despreciable. Violento. Su hermano dormía con la escopeta, ignorando que su padre ya no era ningún peligro.

Ignorando que murió de inanición en el búnker.

El cabrón aguantó casi tres meses. Él se encargaba de subirle agua para prolongar la agonía. Sin líquidos no le habría durado ni un asalto. Aquel castigo no habría sido suficiente. Durante el encierro leyó mucho sobre el tema para decidir qué hacer con él y cuando se topó con el término «catabolismo» tomó la decisión. Sometería a su padre a eso. A una especie de autocanibalismo interno. Los nutrientes orgánicos degradándose, descomponiéndose, con tal de obtener combustible para seguir adelante. Metabolismo destructivo y salvaje.

Tuvo su merecido.

Su madre por huevos debió de olerse que la había palmado. De tonta no tenía ni un pelo. Vivían de la pensión del viejo y enseguida comprobaría que él ya no gastaba un euro. Ahí lo supo. Pero se calló. Porque era como él. Todos eran como él.

Supervivientes.

Había entrado en la cárcel con la cabeza bien alta y con un buen plan para que nadie lo pisara. Él no era un don nadie. La calle le había enseñado. La vida.

Se estaba adaptando rápido. Al igual que había hecho en todas las situaciones.

Salió al patio. Localizó a dos de los tres desgraciados que le seguían el rollo. Eran dos yonquis a los que la adicción a diferentes drogas los había llevado hasta allí. Uno había atracado varias gasolineras a mano armada. El otro había entrado en una vivienda en plena noche y se había liado a palos con los dueños cuando inesperadamente lo sorprendieron. Putos perdedores. Que lo hubieran pensado antes de engancharse. Buscó al tercero, pero no lo vio. Este era más pájaro. Tenía que andarse con cuidado con él. No podía haber dos gallos en el mismo corral. El tío había matado a dos hombres que intentaron quitarle un kilo de farlopa. Yonqui, asesino y trapichero. Para qué más.

De pronto Daniel lo olió. El aliento le apestaba; tenía los dientes podridos. No le hizo falta verlo para saber que estaba detrás de él.

—Tu hermana te envía recuerdos —le susurró el otro al oído.

Cuando estaba a punto de girarse, notó un objeto afilado clavársele entre las costillas. El dolor agudo le encogió las tripas. Quiso detenerlo, pero el arma entró y salió del costado cinco veces seguidas

y lo paralizó por completo.

Cayó de rodillas bajo la atenta mirada de los otros dos yonquis, que lo contemplaban con indiferencia.

Daniel supo que esta vez lo tendría más difícil. Brotaba mucha sangre de su cuerpo. Demasiada.

Maldijo a Maca desde lo más hondo de sus entrañas, y el corazón se le detuvo al bombear en vacío mientras comprendía que la buena suerte, esta vez, no lo acompañaría.

Agradecimientos

Qué sería de mí y de mis historias sin todos los que las hacéis posibles.

Gracias a mis lectores cero, por las sugerencias y por esperar con ilusión cada nueva aventura: Sonia Lorenzo, Olatz Somoza, Rakel Canales, Jorge Prado y Laura Balagué.

A mi marido, por escucharme, aconsejarme y disfrutar del proceso tanto como yo o incluso más.

A mi agente editorial Justyna Rzewuska, por defender esta nueva novela.

A mi editor Alberto Marcos, por trabajar codo con codo conmigo y por enseñarme tanto.

A los que me habéis ayudado de una manera más técnica con vuestra sabiduría: Laura Balagué, Juan Infante, Fernando García, María José Tejedor, Aitor Otxoa.

A todo el equipo editorial de Plaza & Janés.

A vosotros, lectores, por cuidarnos tan bien a Lur, a Maddi y a mí. *Eskerrik asko!* ¡Gracias! *Gràcies! Grazas!*

Y, por último, a mi familia. En especial a mi ama y mi hermana.

P. D.: En esta novela me he tomado algunas licencias, entre ellas, la invención de la droga purasangre. Los que soléis leerme seguro que recordáis la maravillosa camiseta Milagro o la terrible electrorradial. ¡Que viva la ficción! Nos vemos en la próxima. ♥

Noelia Lorenzo Pino (Irún, 1978) es profesora de corte y confección de formación. Su carrera profesional está ligada al mundo de la moda hasta que en 2013 publica *Chamusquina*, su primera novela. Dos años más tarde ve la luz *La sirena roja* (Erein, 2015), donde nos presenta a la pareja de ertzainas Chassereau-Macua, quienes protagonizan cuatro novelas más: *La chica olvidada* (Erein, 2016), *Corazones negros* (Erein, 2018), *La estrella de quince puntas* (Erein, 2020) y *Animales heridos* (Travel Bug, 2021).

Corazones negros ganó el Premio Cubelles Noir a la mejor novela negra publicada ese año, y *Animales heridos*, con el Premio Alicante Noir. Noelia también ha sido finalista con sus obras en el festival Tenerife Noir y en Salamanca Negra, además de conseguir galardones como los Premios Novelpol, los Premios Tormo negro, los Premios Euskadi de Literatura y el prestigioso Dashiell Hammett, que se entrega en la Semana Negra de Gijón.

Con *Blanco inmaculado* (Plaza & Janés, 2022) inauguró una nueva serie, con las inspectoras Lur y Maddi como protagonistas, que ahora

continúa con *Purasangre*.

Además de novela negra escribe literatura infantil. Ha publicado cuatro cuentos en la colección *Ane eta Moon*, escritos en euskera.

Índice

Sobre este libro

Purasangre

Dedicatoria

Cita

Viernes, 10 de enero
Sábado, 11 de enero
Domingo, 12 de enero
Lunes, 13 de enero
Martes, 14 de enero
Miércoles, 15 de enero
Jueves, 16 de enero
Viernes, 17 de enero
Sábado, 18 de enero
Epílogo. Un mes después
Agradecimientos

Sobre Noelia Lorenzo Pino
Índice
Créditos

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Noelia Lorenzo Pino
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con
Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Josep Dols
Fotografía de portada: © Wendy Stevenson / Arcangel, iStock y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03398-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros